



Taller de Escritura  
**Móntame  
una Escena**

Recopilación nº 2  
octubre 2013 - mayo 2014

Literautas Editorial

# Taller de Escritura

# Móntame una Escena

RECOPILACIÓN DE TEXTOS DEL TALLER  
OCTUBRE 2013 - MAYO 2014

Literautas

[www.literautaseditorial.com](http://www.literautaseditorial.com)

LITERAUTAS EDITORIAL  
A Coruña - España  
editorial@literautas.com  
www.literautaseditorial.com

© 2014, Literautas

Los relatos recogidos en esta publicación son una recopilación de textos participantes en el taller de escritura online *Móntame una Escena*, de Literautas.com

De conformidad con la vigente Ley de Propiedad Intelectual, el autor de cada relato es el único responsable en decidir si la publicación de su obra se realiza con su nombre o bajo seudónimo. Literautas no se hace responsable de los contenidos de los relatos publicados, siendo responsabilidad de cada autor verificar el cumplimiento de la normativa vigente en relación con los contenidos y los derechos de autor.

Ninguno de los relatos puede ser reproducido, modificado, comercializado o transmitido en manera alguna sin el previo permiso escrito de sus autores.

# ÍNDICE DE CONTENIDOS

## **Introducción**

\*\*\*

### **Escena 11: entre brujas**

*No hay edad para creer en brujas - Aurora Losa*

*El sabor de un arcoíris - Expósito*

*La bruja y yo - Iraide Talavera*

*La Muerte de La Bruja - Laura Gaspar Rodríguez*

*Lazos familiares - Merche González*

\*\*\*

### **Escena 12: muy, muy quieto**

*Regalo del cielo - Nancy Gómez Quispe*

*Canción de cuna - Tilly*

*Inmóvil - Patricia Reimóndez Prieto*

*El olor de la soledad - Nuria Caparrós Mallart*

*Cloroformo - Maiwey*

*Se ha movido - Iracunda Smith*

\*\*\*

### **Escena 13: supersticiosa**

*El pelirrojo del viernes trece - Patricia López Garrido*

*La cuenta atrás del relojero - Juan F. Valdivia*

*El día trece de la abuela Carmita - Aristides Neppo*

*El encanto del trece - Ana Lozano Cantó*

*La de la mala suerte - Ángela Iniciarte*

*Gregorio no puede dormir - María Chamorro Alpuente*

*Siete palabras. Relato a tres voces - Chiripa*

*Valgus - Eunice Espejo*

\*\*\*

### **Escena 14: doce campanadas**

*Había una vez - Patricia Enderica Espinosa*

*El error - Simon Wallace*

*Nadie puede bañarse*

*dos veces en el mismo río - Eloyzinho*

*La frontera - Guillermo Cédola*

*La décima musa - Rosalía Navarro Morente*

*La encrucijada - Peter Walley*

*Destino: una nueva vida - Juan Carmona Fdez.*

*Campanadas finales - Servio Flores*

*Fin de año - Noe Melià*

*Los latidos de la bestia - José Molina*

\*\*\*

### **Escena 15: enfrentada**

*El negro - M. H. Heels*

*Gorok, el temido - Zero*

*Sé buena, princesita - David Rubio*

*A contracorriente - J.J.Walt*

*Ajuste de cuentas - Alonso García-Risso*

*El dolor salvaje actúa - Adeti*

*Ya nada será nunca igual - Fernando Sanz Félez*

*Cuestión de honor - Constanza*

\*\*\*

**Escena 16: el parque y el periódico**

*Ajeno al peligro - Wolfdux*

*Déjà vu - Denise*

*El viejo roble del parque - Emma Cofer*

*Un te quiero por decir - Momo Atesma Lign*

*Aún sigues aquí - Olaya Pérez*

*El vagabundo - Ana de Santiago*

*Gente de la calle - Cristina Peris*

*Mala - Rosa Chenovart*

*Los vigilantes - Lunaclara*

*Ciudad fantasma - María Victoria di Gioia*

*Mañanas en el parque - Pilar Gómez Cortés (Trescatorce)*

*Un hombre futurista - Iris Borda*

*Richard, “el marqués” y Dani, “el cojo” - Marazul*

*El escondite perfecto - Ferminangel*

*Misterio en el parque - Yolanda Tovar*

\*\*\*

**Escena 17: en un castillo**

*Desesperada - Borja González Otero*

*Confunde el necio valor y precio - Miranda (Adela Paramio Miranda)*

*Cuando el cazador se convierte en presa. Versión él - Luca Severini*

*Cuando el cazador se convierte en presa. Versión ella - Virginia Figueroa*

*Discusión de almenas - Leosinprisa*

*El final del camino - Diego Manresa Bilbao*

*Doppelgänger - Pato Menudencio*

*El abuelo y su tango - Osvaldo Mario Vela Saenz*

*El castillo, el rey y el juego del ajedrez - Francisco Javier García del Río*

*El juego de Mountliburne - Noemí*

*La torre habitada - Carmen Membrilla Olea*

*Infierno interior - Julieta Ortiz*

*Ladrillo a ladrillo - David M. Sobrino Platas*

*Por encima del bien y del mal - juanjohigadillo*

*Sitiados - Robe Ferrer*

*Un sacrificio necesario - Luis del Moral Martínez*

*Herencia mágica - Guillermo Lobato*

*Verdades en el castillo Banbridge - Miguel Zoltan*

*El estío y el sueño - Saray Pérez*

*La historia de cómo mis padres murieron por amor - Minat*

*El príncipe y el brujo - Dina Casserino*

*El palacio de la luz - KiriOtaku*

\*\*\*

### **Escena 18: el circo y el beso**

*La cita - Kelly J. Hernández*

*El orfanato - Carlos Dauro*

*Brindis - Maude*

*Aquellos años del circo - Ismael Tomás Perez*

*El tipo que tenía el Funk - Keeper Tom*

*Por una sonrisa - Verónica Cervilla*

*Feriantes - Fernando Seguí*

*El encargo del arzobispo - Rogelio Fernández (NHICAP)*

*El gallo no tiene quién lo mate - Kangreja*

*La verdadera maldad - Frank Novalis*

*Simplemente ella - Silvia Villaverde Tejado*

*Que se pare el tiempo - Cristina Murillo*

*La ascensión - Tarodsim*

*Alma de piedra - Maureen*

*La promesa - José Torma*

*Parcas - Sergio Mesa*

*Suave como el terciopelo - Luis A.R. Selgas*

*El abuelo Rhodo - Ana Vera*

*Alas - Ichabod Kag*

*Último viaje - Sonia Pozo*

*Juegos malabares - Marisa Cuñat Mafé*

\*\*\*



# INTRODUCCIÓN

## *El taller literario Móntame una Escena*

Este libro es la recopilación del segundo año de vida del taller de escritura “Móntame una Escena”. Dicho taller nació en septiembre de 2012 como un experimento dentro del blog de escritura Literautas. Teníamos muchas ganas de poner en marcha algún tipo de grupo de escritura gratuito y en abierto que permitiese trabajar en equipo a escritores de diferentes edades y niveles.

En este segundo año, el taller ha seguido creciendo y tomando forma, como un organismo vivo. Esperamos que continúe en constante crecimiento y desarrollo con la ayuda de todos los escritores que han participado hasta ahora y aquellos que están por llegar. A todos ellos queremos agradecerles su apoyo y su entusiasmo, porque son lo que hace posible este taller.

“Móntame una Escena” no solo es un lugar para la literatura; es también un ejemplo de compañerismo, de buen ambiente y de ilusión. Porque la escritura puede parecer una tarea solitaria, pero es en realidad una enfermedad contagiosa y cuanto más colaboramos con otros, más fácilmente nos enganchamos a ella; al mismo tiempo que crecemos y nos desarrollamos como escritores.

Con motivo del segundo aniversario del taller, publicamos la segunda colección de textos participantes. Pero antes de contarte qué vas a encontrar en las páginas que siguen a esta introducción, permíteme que te explique un poco más en qué consiste el taller:

### **¿Cómo funciona “Móntame una Escena”?**

“Móntame una Escena” es un grupo de escritura online, abierto a todo el que quiera participar, voluntario —no es necesario registrarse ni hace falta participar todos los meses— y completamente gratuito. El día uno de cada mes publicamos en el blog de Literautas una nueva propuesta —llamada escena— a partir de la cual hay que desarrollar un relato corto.

Todo aquel que quiera formar parte del taller ha de enviarnos su relato antes de la fecha indicada a través de un formulario que habilitamos en la

web. Automáticamente, queda inscrito para participar en la edición de ese mes.

Lo que hacemos a continuación es lo que aporta la originalidad al taller: una vez finalizado el plazo de envío, se reparten los textos entre los participantes. Es decir, cada escritor recibe tres textos distintos en su correo junto con un pequeño cuestionario para que analice y comente los relatos de sus compañeros.

Finalmente, cuando termina el mes, todos los participantes reciben los análisis que sus compañeros han realizado sobre su propio texto, para que pueda saber qué partes del relato han funcionado bien y qué partes necesita mejorar.

### **¿Qué encontrarás en este libro?**

Este libro es la segunda recopilación de textos del taller, seleccionados de entre los cientos que han participado en él durante el pasado año.

Escritores de múltiples nacionalidades, edades, estilos y géneros, se aúnan aquí para dar forma a una curiosa antología que creo merece la pena leer. Resulta fantástico ver cómo, partiendo de una misma idea —o escena—, surgen tantas historias distintas y maravillosas.

Pero mejor que lo compruebes tú mismo/a. Te dejo ya con ellos, los verdaderos protagonistas de este libro. Espero que disfrutes de la lectura. Y te esperamos en las próximas ediciones del taller para seguir compartiendo fantasías.

Iria López Teijeiro  
[www.literautas.com](http://www.literautas.com)

.....

# **Móntame una escena... entre brujas**

*Octubre, 2013*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Para participar en esta edición del taller, había que enviar un relato cuya frase inicial fuese:

«Decidí visitar a la bruja» o «Decidió visitar a la bruja», dependiendo del narrador y el punto de vista elegidos para la historia.

# No hay edad para creer en brujas

Aurora Losa

.....  
[www.ladesdichadesersalmon.wordpress.com](http://www.ladesdichadesersalmon.wordpress.com)  
.....

«Decidí visitar a la bruja.

»Sé que puede sonar algo extraño teniendo en cuenta que acabo de cumplir los ochenta y, básicamente, a mi edad, nadie espera tener que hacer este tipo de cosas; pero lo bueno de hacerlo ahora es que la experiencia de la vida me ha enseñado a no temerle a nada salvo a la muerte, y este viene siendo el motivo de que decidiera emprender el camino.

»Mi nieto Luis fue de gran ayuda; después de repasar varias veces cada uno de los cuentos que llevaba leyéndole desde que nació, creí que habíamos dado con la clave para encontrar la casa de esa mujer.

»No resultó tarea fácil. Esos retorcidos cuentistas esconden la información como si fuera el código de seguridad de una tarjeta de crédito: que si agujeros en el suelo a los que te lleva un conejo blanco, que si bosques frondosos donde viven cerdos constructores... Tenía claro dónde había conejos, blancos no, pero supuse que me podían servir de los normales.

»Lo de los cerdos me habría costado lo suyo si no fuera por el paseo que dimos el domingo. Terminamos en el polígono industrial y allí, junto a una empresa de ladrillos, estaba la fábrica de fiambres y me dije: “Ahí lo tienes, Tomás, los gorrinos constructores”.

»Lo más duro era encontrar los dichosos fuegos fatuos, que a saber qué aspecto tenían; la semana pasada recibí una pista bastante buena, gentileza de Disney, mientras veíamos su última película sobre una

niña que convierte a su madre en oso o algo así.

»A Luis le gustó, yo sólo escrutaba las escenas buscando algún parecido con el monte que hay al lado de la carretera, pero nada, ni los árboles son de la misma especie, porque aquí se da más lo que viene siendo el pino piñonero y desconozco la existencia de piedras mágicas en los alrededores.

»Convencido de que no necesitaba más información y consciente de que el tiempo se me agota, cosa harto normal a mi edad, me pertreché con mis alpargatas, la cachaba y la boina calada hasta las cejas y salí de casa en cuanto todos se marcharon a trabajar.

»Juro que lo intenté, intenté no cruzarme con el Abilio, el Juan y el Wenceslao, mis compañeros de tute y anisete los jueves en el hogar del jubilado, pero esos siempre andan merodeando por el extrarradio y, apenas llegué al parque, me topé con ellos.

»Cruzamos unas palabras sobre el tiempo, que todo aquello era campo cuando éramos jóvenes y un par de temas más que forman parte de nuestro repertorio habitual. Yo temía el momento en que me preguntaran a dónde iba y no tardó en llegar así que, tras barajar diferentes opciones, decidí decirles la verdad; con suerte lo tomarían por majaderías de viejo y me dejarían en paz, pero nada más lejos, se empeñaron en acompañarme en mi aventura.

»Cogimos el sendero que tantas veces habíamos recorrido de mozos cuando subíamos a vendimiar donde el tío Bartolo, que siempre fue un potentado; fue allí precisamente donde sonaron los tiros y el Abilio cayó al suelo.

»Pensando que era otra vez la guerra, nos tumbamos nosotros también, y entonces llegaron ustedes y el resto de la historia ya la conoce, señor agente del SEPRONA.

»Lo que le agradecería es que no le contara nada a mi familia de lo de la bruja porque, si se enteran, me meten en la residencia de cabeza, que mi yerno anda con las ganas de hace tiempo y no es cuestión de

darle motivos ¿no le parece?».

«Descuide, Don Tomás, que le guardo el secreto. Lo que sí les pediré, a usted y sus amigos, es que no se les vuelva a ocurrir buscar a esa bruja hasta que no termine la temporada de caza, que lo mismo a la próxima no salen tan bien parados».

«No se preocupe, Agente, porque hasta que el Abilio no pueda sentarse sin un flotador, dudo mucho que se nos ocurra salir de aventuras. —Le guiñó el ojo, cómplice—. Tute, anisete y pa casa. Si no demanda nada más. —Recogió la boina de encima de la mesa y salió del cuartel con paso firme».

«Menudos personajes estos cuatro, Jiménez».

«Habrà que tenerlos vigilados, a esas edades nos dan más problemas que los chavales de quince».

«Es porque no tienen nada que perder».

«Salvo la vida, García, salvo la vida».

# El sabor de un arcoíris

Expósito

.....

Decidió visitar a la bruja, pues decían que era la única persona que podría sanar su enfermedad. Aunque muchos vilipendiaban sus artes, era famosa en el pueblo por su enorme poder y su admirable sabiduría. Se rumoreaba que podía resolver cualquier duda, aunque sus respuestas fuesen confusas. Se llamaba Ravin Treacle.

Poseía una belleza divina, mas intentaba alejarse de todo halo de misticismo. Mientras atendía a los clientes, era común que comiese golosinas, contase chistes o canturreara alguna cancioncilla famosa. Aquellos que dudaban de su profesionalidad callaban cuando descubrían que curaba y respondía con verdad.

—Adelante, la puerta está abierta —dijo la bruja con tono jovial.

Cuando el hombre entró en su refugio, se encontró con una muchacha que lucía mechones rosa fucsia en el cabello y vestía con las últimas tendencias en moda. Su perfume era muy similar al olor del algodón de azúcar y estaba impregnado por toda la estancia.

Pensó que aquella imitadora de estrella del pop sería incapaz de ayudarlo. Pero cuando se quiso dar cuenta, le había tumbado en una camilla y estaba masajeando su espalda desnuda mientras silbaba una versión acelerada de «*Somewhere over the rainbow*». La relajación que experimentaba provocó que sus deseos de marcharse volaran con el viento. Los síntomas iban desapareciendo, y a su vez, toda negatividad fluía lejos de su organismo. La salud parecía reconciliarse con todas aquellas partes de su anatomía que tanto habían sufrido. Sabía que estaba curado.

El proceso no duró más de unos minutos. Cuando terminó, Ravin le entregó la factura y extendió la mano para recibir la cantidad



estipulada. Tras el pago, examinó al detalle la autenticidad de cada billete. Mientras, aquel individuo deseaba divulgar el milagro que vivió en sus carnes. Ahora que se sentía sano, su mentalidad había dado un giro radical y confiaba en ella.

—¿Deseas que lea tu futuro? —dijo la curandera.

Aún podía darle un último servicio a aquel buen hombre.

Fue incapaz de negarse. Espera que su clarividencia fuese tan efectiva como sus poderes de sanación. Estaba entusiasmado.

Se colocó frente a él y posó sus cálidas manos a ambos lados de la cara. Miró más allá de sus ojos, como si penetrara en cada pensamiento que encontraba y nadase en su interior. Murmuró una oración rebotante de armonía.

Cuando terminó la sesión, la bruja se sentó en un taburete y quedó inmóvil, como si el tiempo hubiese dejado de existir. Reflexionaba sobre sus visiones.

—He traspasado los tres primeros muros y colado mi vista a través del cuarto. Allí hablé con El Creador y supe más de ti.

—¿Qué has descubierto? —dijo él, consciente de no haber comprendido bien sus palabras.

—El Creador te da vida y El Lector te observa.

—¿Te refieres a Dios?

Ella emitió una sonora carcajada. Sus mejillas se sonrojaron al comprender cuan escandalosa había sido su reacción.

—Te sorprendería el rostro de aquel que llamas Dios.

—¿Y El Lector? ¿Quién es?

—Es uno y es muchos a la vez.

—¿Muchos? ¿El Lector es el Diabolo? ¿Aquel que es llamado Legión?

Volvió a reír aún con más fuerza, llegando a derramar algunas lágrimas. Está vez no se avergonzó.

—A veces puede ser un demonio de cuernos retorcidos si su crítica es severa.

Él cerró los ojos y se frotó las sienes. Su cuerpo se sentía renovado, pero su mente no podía soportar tanta información confusa.

—No entiendo nada.

—Lo que intento explicarte es que vives gracias a ellos. Sin embargo, ninguno de los dos se para en tu existencia. Careces de nombre, rostro y personalidad. No tienes valor y tu existencia pronto llegará a su fin.

El hombre se encogió atemorizado. La alegría que le dio su óptima salud se desvaneció en segundos.

—¿Quieres decir que moriré pronto?

Ella emitió un suspiro. Aquella parte siempre resultaba más difícil de aceptar.

—Sí, antes de lo que crees —respondió con expresión maternal.

El cliente se echó las manos a la cabeza y dejó escapar un leve sollozo. Entonces, imaginó por qué tanta gente hablaba mal de la bruja.

«Aunque pueda hacer el bien, la magia siempre pedirá algo malo a cambio».

—¿Me vas a matar? —dijo con voz temblorosa.

Ella lanzó una débil risilla y volvió a posicionarse frente a él, con saltitos de niña traviesa y su canción favorita volviendo a salir de sus labios.

—Yo no lo haré, cariño. Lo hará el malvado Olvido.

Acarició su mejilla y le introdujo en su boca una piruleta que sacó del bolsillo. Degustó su sabor y se puso en pie. No se parecía a nada que

hubiese probado con anterioridad. Caminó hacia la puerta, y sin que ella intentase impedirselo, salió al exterior con la mirada clavada en el suelo.

Ahora que se reencontraba con la luz del Sol, creía comprender todas aquellas crípticas palabras que la extraña mujer le había regalado. Su presente, pasado y futuro yacían en un universo que se escondía más allá de los sentidos. Era un reino infinito que se alzaba al otro lado de la cuarta pared. Su nombre era Imaginación. Y él era solo un habitante más de un vasto mundo que ya no le necesitaba. Como un último consuelo, gracias a Ravin Treacle, sabía que caminaría hacia el Olvido con un dulce sabor en la boca y el deseo de encontrar un arcoíris en el cielo.

# La bruja y yo

Iraide Talavera

.....  
*www.iraidetalavera.wordpress.com*  
.....

Decidí visitar a la bruja. Después de pasar años sin animarme a escribir una línea, una solitaria mañana de verano me armé de papel y bolígrafo y confeccioné para ella un castillo a base de vocales y consonantes, líneas y párrafos; ventanales literarios desde donde su imaginación pudiera echar a volar. Esperé encontrarla dentro del regio hogar que acababa de construir, pero cuando llamé a su puerta solo se oyó el eco de mis puños sobre la madera. Así pues, me senté a esperarla en la escalinata de entrada al palacio.

Horas después, escuché una voz cuyas notas llegaron a mis oídos mezcladas con el viento. A medida que se acercaba, intuí que pertenecía a una niña. Poco después, adiviné su silueta en la lejanía: isí, ahí estaba, cantando y brincando por el camino hacia el castillo! No tendría más de seis años. Cuando estuvo a unos pocos metros de mí, gritó mi nombre y corrió a abrazarme. Sumergida entre mis brazos, me preguntó por qué había tardado tanto en visitarla.

Luego, nos miramos frente a frente y mis ojos volcaron dos lágrimas de emoción. Su sonrisa, aunque mucho menos ajada por el tiempo, se curvaba del mismo modo que la mía, y sus ojos emitían un idéntico destello azul. Así que aquella era la bruja, mi pequeña bruja de la inspiración. Sentada a mi lado, me confesó que se había sentido muy sola desde que yo había dejado de escribir. Tomó mis manos entre las suyas y me pidió que siguiera haciéndolas bailar al ritmo de las palabras; si cumplía mi promesa, ella nunca se iría de mi lado.

# La Muerte de La Bruja

(Primer capítulo de la obra Muerte: Profecía de Sangre)

Laura Gaspar Rodríguez

.....  
*[www.amzn.to/1pHLbjN](http://www.amzn.to/1pHLbjN)*  
.....

Decidí visitar a la bruja de mi tía.

Nunca me llevé bien con esta mujer, ni yo ni mi hermana, y mis padres... porque la aguantan. Desde la muerte de nuestros abuelos, mi padre y su hermana están peor, pues ni siquiera se presentó al entierro.

Ahora es ella la enferma.

Nuestros padres nos dijeron que fuésemos a llevarles el suero que le aliviaba su enfermedad, conocida como el síndrome de Gorham-Stout, este mal le afectaba a los huesos. Ellos hoy no podían pues mi madre estaba en una reunión importante en la que cabía la posibilidad de que la ascendieran, y en el bar en el que trabaja ahora mi padre seguramente habría redada.

Que ojo tiene este hombre para los trabajos

Ambos se deslomaban día tras día para poder llevarnos comida. Hoy todos esperábamos ansiosos la subida de puesto de mi madre.

Desde que se fueron los abuelos vivíamos bastante mal: Yo misma no soportaba llevar ropa de hace tres temporadas, pero mi hermana lo llevaba peor: ella era mucho más repipi con la ropa, y a la hora de ir de compras se volvía rematadamente loca por no poder comprar todo cuanto veía.

Hoy tuve que ir yo sola pues mi hermana, finalmente, había conseguido una entrevista de trabajo como posible recepcionista. Aunque yo no

quería ir a llevarle los medicamentos, no había excusas... ¡como para que luego muriera a la noche por no llevarle el dichoso suero!

Tantas razones en mi contra y ninguna excusa a mi favor. Es increíble, como dos mismas palabras dicen lo mismo pero con distintas perspectivas.... Razones y excusas.

Es fascinante el mundo de las palabras.

Cuando llegué a su urbanización, tan sucia y lúgubre, di un respingo al encontrarme en medio de la calle un gato negro muerto. Al pobre animal le habían atropellado a base de bien, estaba reventado. No pude evitar las arcadas, afortunadamente el vomito sí.

Que se te cruce un gato negro, dicen que da mala suerte... muerto no quiero ni comprobar lo que podría ocurrir.

Unas casas más abajo y llegué, antes de llamar miré la puerta: esta necesitaba una mano de pintura y limpiar el umbral inmediatamente, vi corretear ágilmente un arácnido por el tirador.

Ni siquiera había rozado la puerta cuando ella gritó desde dentro que pasara.

Lo dicho, es una bruja.

—Hola tía —dije amablemente. Al verla me quedé atónita. Hacía dos días que no la veía y... ¡uff! Vaya cambio en su cara.

Daba cierto repelús mirarla directamente, entre el cambio aquel, pues parecía que todas sus arrugas se habían puesto de acuerdo para hacer fuerza hacia abajo, además de la gran narizota típica en la familia de mi padre, que suerte que mi hermana y yo no la heredamos, junto con esos pelos a lo Eduard Punset e ir tan vestida de negro... era.... Alucinante.

—Dame ya el suero, niña —dijo con desdén al quedarme mirándola tan fijamente. Aun así, medio muerta, no dejaba los modales. —Niña —la miré fijamente —¿Y tu hermana?

—Ha ido a una entrevista de trabajo

—Claro —añadió en tono reprobatorio—. Tendré que dártelo a ti — le entendí decir entre dientes. Estaba segura que convite no sería—. Niña, pásame esa cajita, la que... esa. —Me miró suplicante cuando se la entregué, nunca antes la vi así.

Parecía un corderito.

Pasó su lengua por sus secos y agrietados labios de forma torpe y nerviosa.

Ella siempre tan... altanera y ahora nada.

La enfermedad pone a cada cual en su sitio.

La enfermedad y el tiempo.

Entonces hizo una mueca y de aquella cajita, no sé como, sacó una caja aun más grande. Parecía una de esas donde mi abuelo guardaba sus antigüedades, cómo aquella donde tenía el viejo fusil de guerra.

—Guárdala bien niña. De que muera vendrán a por esto.

—Pero, tía... —dije desganada. Inmediatamente se puso más pálida. Se le notaban las venas más que nunca—. ¿Tía? ¿Mali? ¡Tía!

Al comprender lo que le había pasado me llevé las manos tapando el grito más atroz que he dado en mi vida. Todo el odio que tenía por ella se esfumó al golpe de la caja contra el suelo. Miré a todos lados atónita. Dijo que guardara la caja pero no dijo que me la tenía que llevar a casa. Que por cierto, ¿Qué sería?

Mi curiosidad se hacía un hueco pero mi instinto me decía que saliera corriendo de allí, que avisara a mi padre y que me olvidara del tema.

Inmediatamente llamaron a la puerta, sonó como un trueno. Di otro grito del susto, un grito brutal, no sabía que tenía tal capacidad pulmonar. Este grito alarmó a la persona de detrás de la puerta.

—¿Mali? —dijeron al otro lado atropelladamente, intentaba pasar

adentro. Por la voz supe que era Renato, su vecino. Una de las pocas personas que conocía con quien se llevaba bien. En ese momento decidí darle la caja a él

—¡Renato! —Abrí la puerta esperanzada. Necesitaba ver a alguien conocido.

No había nadie al otro lado. Miré a todos lados en la calle, el gato muerto que vi antes cerca de por allí, había desaparecido.

Tras oír la voz de Renato volví la vista hacia mi tía topándome con lo más atroz que vieron mis ojos en aquella siniestra noche, desde que pise la casa. Di un grito aun peor a los anteriores a la vez que salía corriendo confusa y con mucho pero que mucho miedo de la casa, dejando sin querer la puerta abierta y la caja a los pies de la muerta

Ya ha pasado una semana de todo esto. Sigo crispada y confundida. Ver como murió Amalia y todo lo que sucedió a continuación me ha afectado mucho.

A su entierro ha venido gente que ninguno de los familiares conocíamos.

Varias de estas personas me miraban mucho y de forma siniestra, se me acercaron y me hablaron de Amalia, de lo que pasó la noche de su muerte y de lo que me había dejado, la caja que dejé en su casa. Una de esas personas me la devolvió.

Ahora ya comprendo todo, y también porqué vi a ese gato de ojos amarillos con el lomo aplastado y la mandíbula desencajada sentado tan placidamente sobre el regazo de mi tía.

Realmente era una bruja.



## Lazos familiares

Merche González

.....  
*www.merchitagonzalez.blogspot.com.es*  
.....

Decidí visitar a la bruja. ¿Qué otra opción tenía?

Su nombre era Tecla. Un día, hace ya más de treinta años, mi madre insistió en que la acompañara a visitarla, quería que la conociera. Y yo, que tan sólo tenía 6 o 7 años, no pude negarme.

Entramos en aquel piso de la calle Calvario, lúgubre, vagamente iluminado y que, además, olía a cerrado. Recorrimos un pasillo angosto, largo, cubierto con un papel pintado de flores que se despegaba ya por algunas esquinas. Al fin, llegamos al salón donde nos esperaba la bruja Tecla, una habitación espaciosa pero tan llena de adornos y ornamentos que apenas quedaba espacio para nada más.

Aunque mi madre la llamaba bruja, yo no entendía muy bien el porqué. Aquella señora no llevaba sombrero, ni tenía la nariz afilada ni verruga alguna, como cualquier bruja que se precie. Tampoco había rastro de ninguna escoba y, probablemente, hacía tiempo que una escoba no había visitado ese lugar. Era una mujer ya de cierta edad, alta, corpulenta, iba bien vestida y llevaba su melena oscura recogida en un perfecto y redondo moño. Mi madre me agarró del brazo con determinación y me acercó hacia la mujer. La bruja se dirigió a mí.

—Recuerda, niña: tendrás hijos, cuantos más, mejor. Y los traerás aquí para que los conozca. —Más que lo que dijo, fue cómo lo dijo. Me cogió de las manos con firmeza—. No lo olvides. Los traerás aquí. —Un hondo escalofrío me recorrió de la cabeza hasta el dedo gordo del pie. Nunca antes había sentido una mirada tan profunda y triste sobre mí y jamás he vuelto a tener esa sensación de vacío en mi interior.

Durante todos estos años, no volví a hablar con mi madre de aquello. Nunca surgió... o no me atreví... o quizá pensé que de esa forma acabaría olvidándolo. Hasta que un día...

—Cariño, ¿recuerdas a la bruja Tecla? —me preguntó mi madre sin venir a cuento—. ¿Recuerdas lo que te dijo el día que te llevé a conocerla?

—Sí, lo recuerdo. ¿Pero a qué viene eso ahora, mamá? —Mi madre cosía unos pantalones a mi padre y no levantaba la vista de su labor.

—Tienes que hacer lo que te dijo. Tienes que ir a visitarla... y llevar a Laura contigo. Es muy importante. —Las lágrimas asomaron por encima de sus párpados, aunque se esforzaba por no llorar.

—Pero, mamá, ¿a qué viene eso ahora después de tanto tiempo? ¿Por qué es tan importante? Además, probablemente esa señora ni siquiera esté viva. Hace treinta años ya era una anciana... —Yo intentaba restarle importancia al asunto y tranquilizar a mi pobre madre, que se alteraba más y más por momentos.

—Sí, lo está. Verás, hija mía... la bruja Tecla... no siempre fue “bruja”. —Mi madre dejó a un lado el pantalón que cosía y sentó junto a mí, mirándome a los ojos—. Tecla era una dama adinerada, de buena familia. Hace años, muchos años, se casó con un caballero, tuvieron varios hijos y fueron felices durante un tiempo. Pero la mala suerte, o quizás el destino, quiso que, siendo aún joven, Tecla enfermara. Su marido no cejó en su empeño y la llevo a visitar a los mejores doctores de la ciudad, pero ninguno consiguió dar con el remedio a su dolencia.

—Su salud empeoraba día tras día, se encontraba débil y sabía que le quedaba poco tiempo. La desesperación les llevó a contemplar una opción que hasta entonces habían desechado: acudir a una gitana de la que todo el mundo había oído hablar. Se decía de ella que podía curar casi cualquier enfermedad, que de manera sorprendente los enfermos mejoraban tras su visita, pero también se rumoreaba que el precio a pagar era muy alto.

Fui a interrumpir a mi madre en varias ocasiones, pero ella estaba tan metida en la narración, que tuve que dejarla continuar.

—La gitana aceptó ver a Tecla y sólo hizo falta un primer encuentro para notar su mejoría. Tecla se sentía bien, el dolor había remitido y hasta su estado de ánimo había cambiado. Estaba tan feliz que no le importaba lo que tuviera que pagar a la gitana, estaba dispuesta a entregarle lo que le pidiera. En la segunda visita, Tecla le mostró sus avances, le habló de lo bien que se encontraba, de que incluso había podido salir a pasear con su familia. Fue en ese momento en el que la gitana, con gesto sereno, le explicó lo quería a cambio: no quería dinero, ni joyas, el precio a pagar era mucho más que eso. Le impuso una tremenda maldición: si no quería que su descendencia contrajera la misma enfermedad que ella habría sufrido, tendría que robarles diez años de vida. El tiempo que les robase sería el mismo que se alargase su propia vida. De no hacerlo, de no tomar ese tiempo prestado, sus hijos enfermarían y, después de meses de sufrimiento, morirían.

Yo no atinaba a decir nada. Aquella historia parecía sacada de un relato infantil, pero la curiosidad me obligaba a seguir escuchando. Quería saber cómo acababa y qué tenía que ver con mi madre y conmigo.

—Tecla pasó semanas llorando, sin consuelo, preguntándose porqué habría acudido a visitar a aquella gitana loca. Preferiría haber muerto. Ahora sus hijos tendrían que sufrir las consecuencias de su egoísmo. Tras darle vueltas y más vueltas, Tecla llegó a una conclusión, la única posible: asumiría el calvario de robarle a cada uno de sus descendientes unos años de su tiempo. Evitaría así que el descabellado encantamiento los enfermase. —Mi madre enjugó sus lágrimas y me apretó con fuerza las manos, como Tecla había hecho hace años—. Llegadas a este punto, ya imaginarás porqué te pido que acudas a verla. Tecla es la abuela de la abuela de mi abuela. Y nosotras, hija mía, somos sus descendientes.

Me quedé perpleja. No podía creerlo, pero no me atrevía a no hacerlo. La decisión estaba tomada. En aquel momento, decidí visitar a la bruja. ¿Qué otra opción tenía?

.....

**Móntame una escena...**  
**muy, muy quieto**

*Noviembre, 2013*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Para participar en la edición del taller de este mes había que crear un relato corto, con su inicio, su desarrollo y su desenlace, en el que apareciese un personaje que no pudiese moverse. Nada más. Los motivos por los que no se puede mover o lo que pasa a causa de eso ya dependían de cada autor.

# Regalo del cielo

Nancy Gómez Quispe

.....

*www.naeliagomez1.blogspot.com*

.....

—¡Vuelve a casa inmediatamente, Patty se ha movido! —escuché al otro lado del teléfono y no dudé un instante en salir rauda del trabajo rumbo a casa.

Con el corazón palpitando a mil por hora, recorrí presurosa el corto trecho que me separaba. La frase “ise ha movido, se ha movido!” martilleaba mi cabeza. No podía creerlo. Un atisbo de alegría iluminaba mi rostro, pero algo en mí se negaba a creer y las dudas como aves carroñeras carcomían mi cerebro. Empujé la puerta de entrada y con la suave brisa de la esperanza envolviéndome toda, ingresé a su dormitorio. Allí estaba mi niña, rodeada de muchas personas amigas, con su suéter blanco y el cabello suelto, recostada en su cama, preciosa como ningún otro día, pero inmóvil y quieta, sin ningún atisbo de movilidad, tan cerca y tan distante a la vez. Todo mi febril entusiasmo cayó sepultado en un abismo, derrumbando la tenue esperanza que me envolvía y sostenía.

Nuevamente las “reacciones involuntarias” como consecuencia de su estado de coma, retozaban con mis ilusiones, agitándome como las plantas en pleno vendaval, conduciéndome a un estado calamitoso e irremediable de profunda pena.

Cuando todos se hubieron retirado me quedé a solas llorando una vez más, pero en silencio. Mis lágrimas rodaban una tras otra empapándome el rostro, recordando con tristeza el día más desconsiderado y despreciable de mi vida. Era viernes. Ella había salido temprano del colegio y me esperaba en mi cuarto con un ramo de preciosas rosas, sorprendiéndome cariñosamente por mi cumpleaños.

La tarjetita celeste sujeta en el centro del ramo con la frase “Para la mamá más linda del mundo” me emocionó, pero como tantas veces solía hacerlo cuando me desobedecía y cuando el cansancio y el estrés me desestabilizaban, la regañé una y otra vez por ausentarse del colegio. La reprendí bruscamente sin contemplaciones. Con la voz gruesa y ronca que brotaba de mi garganta y que no permitía insolencias, recibí el ramo, fría, seca y lo dejé en la silla. Ella me miraba asustada, esperando una sonrisa mía que nunca llegó.

Mientras los recuerdos me abrumaban, acomodé una manta en sus piernas y acondicioné una silla a su lado para sentarme y velar su sueño. Me quedé dormida y si no fuera por mi hermana habría permanecido muchas horas más a su lado.

—¡A ver, dónde está la enferma! —masculló la sanadora que había traído mi hermana como último recurso de mi madre. Llevaba una pañoleta blanca en la cabeza y un mandil del mismo color bien planchado y sin arrugas. Se acercó a la paciente y se quedó mirándola unos segundos, luego levantó los brazos a la altura de sus hombros y balbuceó unas palabras indescifrables con los ojos cerrados. Una tensión asombrosa se apoderó de la habitación. De la ventana se colaba un aire fresco con olor a geranios, hierbas y humus que apaciguaba tan bien mis nervios alterados. Tenía mucha fe en la sanadora. Los comentarios sobre sus actos milagrosos me persuadieron y no dudé en aceptar su presencia para que despertara a mi hija de ese largo sueño. Había permanecido casi dos minutos con los brazos estirados, sin moverse, concentrada; luego oraba mirando al altísimo y otra vez el balbuceó. De pronto un ligero movimiento se apoderó de la “enferma”, casi imperceptible, fugaz.

—¡Es la señal! —gritó la sanadora, mirando complacida a los espectadores que atónitos nos mirábamos sin creer.

De un salto, sin medir las consecuencias, embebida del más tierno y perturbable sentimiento, me lancé a los brazos de mi hija, pronunciando su nombre, imaginando inequívocamente su evidente despertar.

—¡No señora, no lo haga! —rugió muy tarde la sanadora. Ya estaba encima de la enferma acariciándole el rostro, estrujándole los brazos, avivando sus movimientos.

Me sacaron a rastras de la habitación presa de un incontenible llanto. Ignoro cuánto tiempo me dejaron dormir después del incidente. Desperté confusa, sin recordar lo sucedido y, cuando poco a poco las imágenes aparecían en mi mente como fotografías, corrí a su habitación, segura de encontrarla despierta, sentada en su cama, estrujando el conejo blanco que tanto quería. Empujé la puerta, trastocada, nerviosa. No había nadie. Su cama vacía de súbito ensombreció la habitación. Creí morir de la angustia, la respiración se me detuvo y los pensamientos se me atropellaban de la desesperación. En ese instante el sonido del teléfono me despertó a la realidad. Era mi madre que urgía de mi presencia en el hospital. Quise apabullarla con preguntas pero mis nervios imposibilitaron mi habla, brotando balbuceos y frases entrecortadas ininteligibles. Mi madre cortó la comunicación. En el trayecto al hospital, ya más tranquila, los recuerdos me asaltaron y me transportaron a aquel fatídico día que nunca olvidaría.

Era su último día de vacaciones. Caminábamos por la avenida Sáenz Peña, riendo, conversando animadamente, sin discusiones, ella con una revista en la mano y yo con el periódico del día. El semáforo estaba en rojo y nos detuvimos sin descuidar nuestra charla. En ese momento, sin percatarnos, apareció la camioneta azul a toda velocidad, zigzagueante. Al levantar la vista, el vehículo que estaba a unos metros se vino hacia nosotros. En la confusión busqué a tientas la mano de mi niña para empujarla hacia la vereda. Muy tarde. La camioneta se la llevó varios metros lanzándola al pavimento.

—¡Ven, está aquí! —Era mi madre que me esperaba en la puerta, interrumpiendo mis pensamientos.

En mi estado envidié a esa viejecita hermosa que vivía con muchos problemas, pero tranquila, sosegada, sin la angustia de tener a uno de sus hijos enfermo. Aferrándome a la última plegaria que hice en mi habitación, avancé detrás de mi madre. Al llegar a la puerta, ella se



hizo a un lado. Caminé despacio buscándola con la vista. Allí estaba. Frágil, tierna, esta vez con el cabello recogido y el suéter blanco de la mañana, más hermosa que nunca, ¡Oh mi niña! ¡Cuánto hubiera dado porque esos ojitos se abrieran y me mirasen! Tomé su mano y la estreché a mi pecho. Las lágrimas rodaban por mi mejilla. Cerré los ojos y en mi imaginación ella abrió los ojos, me miró con esa mirada dulce y tierna de sus nueve años y me sonrió. Me sentí tan dichosa. De pronto, mientras soñaba despierta, sentí un leve cosquilleo en mi mano. Sacudí la cabeza, sospechando alucinaciones mías. Luego sentí uno de sus dedos presionando suave la palma de mi mano. No podía creerlo, algo en ella se movía. No era un sueño. Quise gritar y llamar al médico, a mi madre, a mis hermanas, pero me contuve. Dominé mis nervios y le hablé, le susurré pronunciando su nombre y observé cómo una vez más sus dedos presionaban suavemente los míos. Ya no era imaginación. Ella me oía.

—¡Pequeña mía, mamá está contigo. Levántate, vamos, tú eres fuerte, levántate! —le decía.

No se movía y el leve cosquilleo en mi mano cesó abruptamente. De repente, mientras examinaba su rostro, observé casi sin creerlo, cómo sus párpados vibraban y parpadeaban intentando abrirse. ¡Oh Dios, un milagro! Presa de la felicidad más grande que pueda existir, continué pronunciando su nombre, llamándola. Sus ojitos poco a poco empezaron a abrirse y, cuando al fin se abrieron, nuestras miradas, desbordando infinita ternura, se cruzaron después de mucho tiempo. Ella estaba viva y me miraba. No pude contener mis lágrimas e hice enorme esfuerzos por no quebrarme. Allí estaba frente a mí, el momento soñado, la escena esperada, el milagro concedido y la vida regalándome, sin merecerlo, una nueva oportunidad para ser feliz.

# Canción de cuna

Tilly

.....

Los olores que envolvían sus sueños no le dejaban aliento para la memoria. Amortajada en sus efluvios estaba completamente perdida, no podía acordarse porque estaba en una habitación oscura donde las sombras eran sus únicas compañeras, ni porque algo le impedía moverse.

Una misma melodía salía una y otra vez de una caja de música, una canción de cuna que le traía pequeños zarpazos de tiempos pasados.

De vez en cuando, las patas de un insecto recorrían su cuerpo enflaquecido y mugriento. Escuchaba pasos en la casa y en su cabeza, atada con los brazos en cruz, como en el día del parto de su niñita... ¡Si pudiera recordar qué pasó aquel día! Lo había borrado de su mente. Cada vez que se esforzaba en recordarlo una puñalada le atravesaba el corazón. Se daba cuenta de que las piernas no le respondían, estaban heladas como el resto del cuerpo. ¿Cuándo acabaría esta tortura? Su respiración se estaba volviendo espasmódica, la nariz acartonada, sólo dejaba un hilo para el paso del aire.

Aún inmóvil, todos sus sentidos estaban alerta. El chirriar de las puertas la sobresaltó, estaba llegando; se preguntó si existía Dios. Se hizo más pequeña, apretó los ojos hasta hacerse daño y esperó.

La luz de neón, al encenderse de golpe, reflejó su cara espectral.

—Buenos días, mamita. Vamos a jugar un poco.

Era la voz dulce que aún quería y las mismas palabras que decía ella cuando iba a bañarla.

—Estás sucia, muy sucia, mamá. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no hay que revolcarse en el parque? Mala, mala. Pareces una simia

subiendo a los árboles, no tienes ninguna gracia, nadie se casará contigo.

Repetía una y otra vez las mismas palabras mientras trasteaba en el baño ¿Qué estaría haciendo? Con los ojos borrosos vio que llevaba algo, su cuerpo tembló, estaba cada vez más cerca.

Una jarra de agua fría le violentó la cara, la miró con angustia, su hija seguía hablando y dando vueltas en círculos alrededor de la cama.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había llegado a esto? Pequeños flashes de memoria alumbraron su cerebro: la escalera, un empujón de alguien, alguien que la arrastraba y le decía: «¡Mala, ya sabes que no puedes salir al jardín, eres una guarra, tendré que atarte!».

Aquella voz, la misma voz cansina y dulzona, la voz que salía del cuerpo deformado de su niña.

Los dientes castañeaban, no imaginaba lo que podría ocurrir; seguramente nada bueno. Los ojos pegados por las legañas le transmitieron la señal de un bulto inmenso acercándose hacia la cama con algo en la mano: ¿un cuchillo? No, era la lija, la lija de todos los días. Ella empezó a frotarle el cuerpo, paró, volvió hacia la cómoda; había olvidado darle la cuerda a la cajita de música. El sonido de la nana inundó la habitación y le trajo recuerdos de biberones y papillas. Una última lágrima se asomó débilmente al borde de los párpados cansados.

# Inmóvil

Patricia Reimóndez Prieto

.....  
*www.deprincesasyameigas.com*  
.....

*«Inmóvil», esa fue la última palabra que escucharon sus oídos humanos, un beso lo último que sintieron sus labios de carne y la cara de quien hasta ese instante creía que correspondía su amor, lo último que vieron sus ojos antes de convertirse en piedra. Así terminó su aventura, como una estatua adornando el palacio de su querida princesa. No pasó la prueba, no fue la elegida, ocupó su lugar como todos los que antes que ella habían fracasado. El salón de los pretendientes olvidados, así llamaban a ese lugar repleto de figuras con la sorpresa esculpida en el rostro.*

*Mientras la colocaban en su privilegiado lugar, se preguntaba si todos aquellos también creyeron que los correspondían, que los besos y caricias recibidos no eran un engaño, que serían los únicos que conseguirían derretir el corazón de hielo de la princesa. «Qué ilusa», pensó, a cambio tendría toda la eternidad...*

—¡Pero papá, que ya tengo cinco años!

—¿Qué pasa? ¿No te está gustando la historia?

—Es un cuento para niños y yo ya soy mayor.

—Pero si aún no te he contado que era una valiente guerrera con la fuerza de mil hombres y que ella sola acabó...

—Con un dragón, ¿a qué sí?

—Bueno...

—¿Ves?, es para niños pequeños.

—Supongo que tienes razón.

—¿Puedo ir a jugar al fútbol?

—Claro, claro que puedes.

—No te enfades papá —le dijo mientras corría hacia un grupo de niños —, es que yo soy muy mayor.

Su padre suspiró y sonrió mientras veía alejarse a su hijo que apenas levantaba un metro del suelo. Sentado en un banco del parque se giró para mirar la estatua que había a su espalda.

—Ya ves, no le ha interesado tu historia. Al menos lo he intentado.

El hombre se levantó y cogió la mochila de su hijo. Apenas quedaban un par de horas de luz, era normal que quisiera aprovecharlas jugando con sus amigos y no aguantando sus desvaríos. No se percató de la inesperada oyente que, sentada en el suelo a un par de metros de él, había interrumpido el dibujo de una antigua guerrera en el mismo instante que había comenzado su relato. La joven miró fijamente la estatua hasta que el sol desapareció en el horizonte. «Tal vez si», pensó, «ahora que nadie me ve...».

Un cálido beso fue lo último que sintieron sus labios de piedra, una joven con pintura en la cara lo último que sus pétreos ojos contemplaron, «muévete» la última palabra que oyó antes de empezar a sentir cómo la piedra se resquebrajaba.

Así comenzó su historia.

# El olor de la soledad

Nuria Caparrós Mallart

.....  
*www.inspirandoletrasyvidas.wordpress.com*  
.....

Era un soleado día de verano en el balneario Montmichelle de Suiza. Sus ojos cansados apenas distinguieron la masa borrosa que se dibujaba ante él. El murmullo de unas voces lejanas le despertaron de aquella larga ensoñación en la que vivía desde hacía unos años. La familia Uribe, de origen venezolano, había llegado poco antes del mediodía para hablar con el médico responsable de rehabilitación.

María Belén, la pequeña del clan, le acarició un pie. Le recorrió un escalofrío, nadie le había tocado así desde hacía tiempo. Se sentía invisible.

—¡Mira papi se le posó una mariposa! ¿Le hará cosquillas? —preguntó la niña emocionada.

—Sí mi vida pero no se da cuenta —le contestó su padre acariciándole el cabello.

La niña espantó a la mariposa con la mano y salió tras ella correteando por el jardín.

—Siéntense por favor- indicó con un marcado acento francés el doctor Leboussier.

—Hijo ve con Belén- dijo el señor Uribe a Iván, su hijo mayor.

—Pero ¿por qué? ¡Quiero saber cómo está Adrián! —protestó el chico.

—Haz lo que te dice tu papá —dijo con dulzura la señora Uribe.

El matrimonio llevaba casado 20 años y se amaban como el primer día. Isabel Uribe tenía una belleza inusual, exótica, que florecía con

el paso de los años. Su cabello esculpido en un perfecto moño dejaba entrever una larga y cuidada cabellera castaña oscura. Sus gestos eran elegantes y su lenguaje discreto. Lucía un elegante vestido de tirantes azul largo hasta la rodilla a juego con sus sandalias de verano.

Manuel Uribe aparentaba más edad por el bigote, pero el brillo azulado de sus ojos le imprimía la vitalidad y la dulzura de una lejana pero feliz juventud. Desde aquella tragedia sin embargo, parecía haber envejecido un par o tres de años. En cada una de sus visitas vestía con un elegante traje de domingo, el mismo con el que vio casarse a su hermano menor, Adrián, que yacía desde hacía meses en aquella cama.

—Doctor, ¿cuál es el pronóstico? —preguntó angustiada Isabel.

—Señora Uribe, me temo que en estos momentos es precipitado y poco prudente emitir conclusión alguna —hizo una pausa—. Si bien es cierto que ha habido una evolución en el aspecto físico, la parte cognitiva es la que va más lenta.

—Pero se recuperará ¿verdad? —preguntó Manuel tomando la mano de su esposa.

—Doctor, se lo suplico díganos la verdad. Estamos... —A Isabel se le quebró la voz.

—Estamos preparados para escuchar lo que tenga que decirnos —continuó Manuel con los ojos anegados—. Sabemos que nunca recuperaremos quién fue antes de la tragedia, pero si hay una remota posibilidad de evolución... —Hizo una pausa para tragar saliva—. Haremos lo que sea.

Su cuerpo, frío y desgastado, albergaba un alma atrapada en una jaula de dolor punzante y diario. Las palmas de sus agrietadas manos miraban al cielo, como suplicando clemencia. Las pocas ocasiones en que la gente le observaba eran por compasión y casi por obligación. No lo soportaba, y agradecía no poder siquiera mover su cabeza porque en esa postura sus ojos recibían el consuelo de los árboles, las montañas y

el vuelo de los pájaros. El sonido del agua procedente de la fuente que alguna vez bañaba su rostro lo llevaba lejos de aquel lugar, y soñaba que su cuerpo inerte cobraba vida y corría, corría lejos siguiendo el rastro invisible de alguna mariposa entre las flores.

—Señor Uribe, su hermano era una persona de fuerte compleción y muy sano debido a su juventud y a su condición atlética, sin embargo el accidente le provocó unas heridas internas prácticamente irreversibles.

—Doctor, vaya al grano. —El rostro de Manuel se endureció.

—Como les dije, no podemos emitir un diagnóstico definitivo, pero por el momento creemos que, para evitar más daños cerebrales, lo mejor es inducir a su hermano a un coma profundo.

Isabel se tapó los ojos con las manos. Manuel la abrazó, lloraron juntos.

Avanzaba la tarde, las nubes aterciopeladas dieron paso a una ligera llovizna. Cada gota era un elixir de vida, quizá todavía habría esperanza para él en aquel lugar rodeado de tristeza y dolor.

La pequeña María Belén se arrodilló ante él, las primeras lágrimas rodaron por sus mejillas:

—Angelito bello, cuida de mi tío y haz que algún día despierte por favor.

Isabel la cogió en brazos.

—Vamos amor, llueve. Llevaremos a tu tío a su habitación.

Siempre supo que era sólo una estatua de piedra buscando a Dios en aquel jardín, pero por primera vez sintió que más allá de aquel ambiente espeso con olor a soledad y teñido de voces amargas, él representaba la esperanza y el amor de aquel lugar, bajo aquella lluvia.



# Cloroformo

Maiwey

.....

Valeriano Martínez, químico de profesión, se encontraba inmerso en la inconsciencia cuando el olor a sangre le despertó. Un olor metálico, pútrido y ligeramente picante, camuflado bajo un intenso aroma a desinfectante. Tal fetidez formaba una mezcla casi sólida que se subía por las fosas nasales, se pegaba a la parte alta de la nariz y le taladraba el cerebro. Era realmente molesto.

Intentó abrir los ojos, pero no pudo. Algo suave y resistente le oprimía los párpados y fijaba su cabeza contra una superficie plana. Apenas podía sentir las extremidades, los límites de su cuerpo parecían difuminarse en el espacio y el tiempo. No podía pensar con claridad.

Ante la imposibilidad de gritar o realizar cualquier clase de movimiento, Valeriano concentró sus mermados sentidos en descubrir donde estaba. Un repiqueteo metálico, algo que goteaba desde cierta altura, un pitido corto y agudo que se repetía a intervalos regulares, un golpe, otro golpe, algo que se arrastra, murmullos... Oía voces en la distancia tan lejana y distorsionada que apenas podía entender lo que decían. Valeriano no lograba componer una imagen de lo que le rodeaba, sin embargo, un recuerdo casi primigenio le alertaba del peligro a una muerte inminente.

Un cosquilleo en el bajo vientre le alertó de que unas manos enguantadas le palpaban con demasiada dureza, una caricia fría y después el dolor. En el preciso instante en el que el bisturí atravesó su carne se dio cuenta de que se encontraba. Un quirófano. Al momento se le vinieron a la cabeza multitud de relatos y vivencias de pacientes que habían asistido impotentes a su propia operación porque el anestesista había cometido un fallo al calcular la mezcla de fármacos. Cada fibra de su cuerpo clamaba de dolor cada vez que las manos

cortaban, separaban y jalaban trozos de su ser. Mas no se permitió entrar en pánico, concentró todas sus fuerzas en la punta del dedo índice de su mano derecha, tal vez consiguiera moverlo a tiempo para alertar a los médicos y detener así semejante tortura.

Tenía que lograrlo, tenía que lograrlo ¡Tenía que lograrlo!

El apéndice se movió de forma espasmódica ,apenas unos centímetros, pero fue suficiente. El médico se dio cuenta y un instante después Valeriano sintió un frío vertiginoso que le subía por el brazo, se retenía un momento en el pecho y llegaba a la espina dorsal donde el impulso nervioso se convirtió en oleadas de felicidad.

Mientras volvía a sumergirse en las negras aguas de la inconsciencia tuvo un último pensamiento: “¿Por qué estoy en un hospital si nunca he estado enfermo?”.

El médico, era en realidad, un fallido estudiante de medicina que había abandonado los estudios por el lucrativo negocio del mercado negro de órganos. Una vez terminada la extracción, y mientras la enfermera procesaba los órganos para su posterior envío, comenzó la sutura. Estaba satisfecho, por este trabajo su cliente, un viejo anónimo podrido de dinero, alargaría su vida unos años más mientras él ingresaría otros 50 millones en su cuenta de las islas Barbados. Ya sólo quedaba el desagradable asunto de deshacerse del cuerpo, pero eso no era asunto suyo.

Semanas más tarde saltaría a la prensa la noticia de Valeriano Martínez, un químico que había desaparecido de la región sin dejar rastro al igual que otras tres personas en los últimos tres meses. Habría una investigación, por supuesto, pero nunca lograrían sacar nada en claro ya que los chicos del matadero hace mucho que habrían despiezado el cuerpo y vendido sus restos como morralla para la fabricación de pienso para cerdos. Ninguna prueba o indicio podrían relacionarle con la muerte y desaparición de Valeriano Martínez.

# Se ha movido

Iracunda Smith

.....  
*www.iracundasmith.wordpress.com*  
.....

Si pienso en cómo empezó se me nubla aún más la mente. Sé que tenía una vida anterior a mi llegada a este bosque, a esta cabaña, pero al recordarla parece la de otra persona.

Llegué hasta aquí en un coche, lo recuerdo porque la primera vez que lo vi yo estaba al volante. Me pareció extraño encontrarlo tan lejos de todo, pero no le di importancia... al principio no.

Llevo mirando por esta ventana más de doce horas, vigilándolo. A veces oigo las voces de personas que sé que conozco pero que, aunque me esfuerce, no logro reconocer. Son retazos de conversaciones antiguas: “¿Has terminado el trabajo?”, “Pareces cansada”, “Quedamos a las siete”, “Deberías tomarte unos días libres”...

Una voz sobre todas las otras, la de un hombre, me dice que todo irá mejor cuando vuelva. No le creo, no confío en él.

En algún momento comprendí su maldad, la de ese ser que me vigila tras el cristal. No puede moverse, o eso parece, pero sé que quiere matarme.

La primera noche (o puede que la tercera) oí unos arañazos en el cristal. “Son sólo ramas” me tranquilicé. Al día siguiente comprobé que el cristal estaba arañado y recordé que no había ningún árbol lo suficientemente cerca de la cabaña.

Y allí estaba él, tan sólo a unos metros. Alguien se había dedicado a amontonar nieve para darle forma. Le había colocado un par de ramas retorcidas a modo de brazos y un par de piedras oscuras por ojos. “¿Qué clase de niño desquiciado te ha hecho?” pensé.

Sí, ese fue el momento en el que lo comprendí.

Las pocas dudas que pudiese tener se disiparon una tarde cuando apareció en mi puerta una rata muerta y unas pisadas desconocidas que conducían al demonio de nieve. Cuando estuve a una distancia prudencial (la suficiente para ver sin ser vista) comprobé que a sus pies había restos de vísceras y huesecillos.

Atranqué puertas y ventanas, todas menos la que me permite vigilarlo y me pegué al cristal. El permanece inmóvil pero sé que no aguantará mucho así. Tarde o temprano tendrá que comer, tarde o temprano hará un movimiento y sabré que ha llegado el momento.

¿Cómo acabar con un demonio de nieve? Fácil...

Mientras recorría la casa buscando lo necesario para la hoguera encontré lápiz, papel y un tubo en el que guardaré mi nota para arrojarla a la nieve. Quiero que se conozca mi historia, que el mundo sepa que me he sacrificado por un bien mayor.

Sigo mirándole a los ojos.

Se ha movido.

\* \* \* \* \*

El incendio se habría extendido mucho más rápido si un cazador no hubiese visto el humo desde su cabaña. Cuando el pobre hombre llegó al lugar sólo pudo llamar a los bomberos y los diez minutos que pasó esperando, oyendo los alaridos de la mujer que estaba atrapada dentro, se le grabaron en el alma y lo atormentaron hasta su muerte.

Después de que extinguiesen el incendio y sacasen el cuerpo, el cazador se enjuagó las lágrimas y volvió a su casa. Allí no había nada que hacer.

Fue entonces cuando vio un objeto naranja en el suelo. Era un bote traslúcido que parecía contener un papel doblado. Llevaba una etiqueta en la que se leía el nombre de una mujer y, más abajo, el medicamento

que solía contener: “Clozapina”.

.....

# **Móntame una escena... supersticiosa**

*Diciembre, 2013*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Para participar en la edición del taller de este mes de diciembre, había que enviar un relato corto, con su inicio, su desarrollo y su desenlace, en el que:

1. Apareciese un personaje muy supersticioso.
2. A lo largo del texto apareciesen las palabras: «escritor, candado y trece».

# El pelirrojo del viernes trece

Patricia López Garrido

.....  
*www.relatame.tumblr.com*  
.....

Angie estaba convencida de que el simple hecho de abrir los ojos un viernes trece significaba tentar a la mala suerte. Por eso, había creado su propio ritual para esta fecha en cuestión, que consistía básicamente en no moverse de la cama excepto para ir al baño.

Cada jueves doce preparaba cuidadosamente en su mesita de noche todos los aparejos que podría necesitar al día siguiente: algo de comida, una botella de agua, unos libros y el teléfono cargado. El resto de integrantes eran amuletos de lo más variopintos. Presidía, impresionante, un lapislázuli como recién pulido. A su alrededor, una pata de conejo, una herradura, un ojo turco, una cruz de Caravaca, un pedazo de madera y una cabeza de ajo.

No obstante, ese viernes trece de diciembre se levantó, muy a su pesar, para cubrir el turno de su compañera de trabajo, Sivil, encamada con cuarenta de fiebre. Sin más remedio, pisó con cuidado el suelo primero con el pie derecho y, tras unos segundos, con el izquierdo. Se vistió de blanco impoluto, y después, asignó sitio a sus amuletos. En la solapa de la chaqueta, la pata de conejo; en el bolsillo derecho, el lapislázuli y, en el izquierdo, el trozo de madera; se colgó al cuello la cruz de Caravaca y el ojo de turco; y, por último, guardó la herradura y la cabeza de ajo en el bolso.

Aún con todo, la mañana no iba a transcurrir tranquila. Nada más salir de casa vio marchar el autobús delante de sus narices. Llovía a mares, y encontrar un taxi en esas condiciones y en plena hora punta fue toda una odisea. Consiguió subirse a uno media hora después tras quedar totalmente empapada, haber manchado sus impecables



pantalones de barro y ser casi atropellada.

Cuando logró llegar a su librería, cerró rápidamente la puerta y resopló con alivio. Acto seguido, desplegó su arsenal de reliquias bajo el mostrador y se mostró dispuesta a moverse más bien poco en lo que quedaba de día.

Sin embargo, en torno al mediodía, se presentó su verdadero desafío en forma de apuesto caballero con gabardina y sombrero, esos que sólo aparecen en las novelas románticas. Entró en la tienda y comenzó a husmear entre los libros de segunda mano. Debió de ser que no encontró lo que buscaba porque se acercó hasta Angie y, tras dejar al descubierto su cabello ipelirrojo!, le preguntó por un ejemplar antiquísimo sobre talismanes.

Angie miró hacia el cielo, implorando comprensión. El hombre ipelirrojo! había sacudido su corazón pero sabía que, en los estatutos de los supersticiosos, los ipelirrojos! están completamente vetados. En un acto reflejo de manual, se tocó un botón.

Volvió en sí para buscar el libro de talismanes en el ordenador. Lo localizó guardado en el almacén, un pequeño cuarto situado bajo el hueco de la escalera al que, por supuesto, nunca entraba, así que para evitar males mayores fingió no haberlo encontrado.

Pero el sensual hombre ipelirrojo! insistió tanto que Angie, movida por una fuerza interior extraña, simuló en ese momento haber encontrado casualmente el último ejemplar. Cogió la llave del candado que cerraba la puerta del almacén y entró con los dedos cruzados, por supuesto. Alcanzó el libro, que estaba colocado en la estantería más alta, y, a la vez, cayeron otros tantos formando un estruendo espantoso. Se fijó en uno: *Fórmula para fulminar a la mala suerte en viernes trece*. Se lo guardó, concluyó la venta con su atractivo cliente, apenada y aliviada al mismo tiempo, y se puso a hojear el texto que se había llevado con ella.

Realizar el conjuro fue relativamente fácil. Los materiales que precisaba

los encontró todos en la librería: una hoja en blanco, un bolígrafo de color verde, una muestra del cabello de Sivil que descubrió en su chaqueta de emergencia “por si refresca”, y poco más. Tan solo unas palabras supuestamente mágicas y un mensaje destinado al universo que se llevó el chico de correos en el reparto.

La cosa no mejoró hasta la hora de comer. Fue entonces cuando apareció Sivil, visiblemente mejorada, para continuar con su turno. El conjuro hizo su trabajo, ¡sí señor!, y desear la recuperación de su amiga había sido una buena jugada para ambas. Así que Angie no dudó un momento, recogió sus bártulos y se fue.

Fuera había salido el sol y, justo en ese momento, se aproximaba su autobús. ¡No lo podía creer! El seductor ¡pelirrojo! estaba allí, de nuevo, y la invitó a sentarse a su lado. Durante el viaje, no dejó de tocar botones, obviamente, pero disfrutó bastante de la conversación con aquel hombre que, en su tarjeta de visita, figuraba como escritor. Vaya, su día no dejaba de mejorar por momentos en ¡viernes trece!

Bajó en la parada más cercana a su casa, confusa. Era como si la mala suerte se hubiera diluido. ¿El conjuro, tal vez? Dudó cinco segundos pero, después, como alma que lleva el diablo, subió las escaleras hacia su piso. Puso en marcha su ritual del viernes trece y se metió en la cama para el resto del día. Quizá mañana llamaría al pelirrojo.

# La cuenta atrás del relojero

Juan F. Valdivia

.....

*www.juanfvaldivia.wordpress.com*

.....

Al escuchar el tañido Shergev saltó de su silla: se había quedado traspuesto en la sala leyendo una vieja crónica. Medio amodorrado corrió hacia la alacena que presidía la habitación sólo para maldecir al descubrir que todos los candiles tenían un ínfimo nivel de aceite.

—¿Es que nadie los rellena? —Las paredes de la sala, decoradas con tapices tan antiguos y densos como mugrientos, devoraron su grito—. Hoy me toca descender. Como se me agote en plena tarea...

—Razón de más para que te apresures —rezongó Mareisha, su mujer. La voz emergía a través de la puerta de la cocina—. Están dando las doce y todavía estás aquí. ¿Deseas que el Escritor se detenga?

Espantado, el relojero gesticuló un signo de protección.

—¡Ni lo mientes!

Debía moverse. Ya.

Todavía refunfuñando Shergev escogió el candil que creyó más lleno y salió corriendo de su pequeño piso en la colmena de relojeros. Descendió a toda prisa los siete pisos que le separaban del patio. Al otro lado de la desgastada explanada se elevaba la aguja del Campanario Mayor. Un último y duodécimo tañido resonó mientras Shergev cruzaba el portalón que llevaba a los sótanos.

Un relojero llegando tarde, pensaba. Imperdonable.

Al entrar en la oscuridad su mano izquierda murmuró una plegaria acariciando el emblema cosido en la camisa de su librea. El medallón respondió conjurando una llama trémula en el extremo del candil. La

luz danzarina revelaba escalones desgastados por incontables pies. A medida que se adentraba en las entrañas del campanario la humedad aumentaba, cubriendo los peldaños de una pátina resbaladiza. Un pie inexperto pisaría en falso con facilidad, pero Shergev llevaba realizando ese descenso desde que tenía memoria: sabía dónde, cuándo y cómo pisar. Apoyando su mano llave en la pared incluso se permitía forzar la velocidad. Su mano normal, la izquierda, sostenía firme el candil. Al ritmo al que descendía podría llegar al fondo en menos de quince minutos. Eso le dejaría tiempo de sobra para cumplir su misión: abrir los siete candados y dar cuerda al Reloj Maestro. Eso lo recargaría de energía, ofreciendo al Escritor otro ciclo entero de tiempo para proseguir su tarea.

El Escritor. Curioso dios. Los amos habían transmitido su historia a los relojeros generación tras generación, siempre recalcando la importancia de impedir que la maquinaria se detuviera:

—El Escritor narra al son del reloj. Si éste se detiene el Escritor dejará de relatar.

Eso decían los amos en sus Escritos de Mantenimiento.

Los amos. Hacía mucho que no se dejaban ver por el vasto complejo del Campanario. Tampoco necesitaban estar presentes: sus enseñanzas habían quedado grabadas a fuego en las mentes de los relojeros.

¿Qué sucedería si el reloj se detenía?, se preguntaban muchos relojeros. Nadie lo sabía, y los amos siempre esquivaban el tema:

—Para eso os hemos creado, para que jamás ocurra esa calamidad —respondían, y en sus palabras vibraba un aire lúgubre y amenazador que invitaba a no indagar más.

Sin embargo, como en todo lo Humano, la imaginación vuela sola. Las habladorías murmuraban desgracias, la destrucción del Códice de la Historia, e incluso que la Realidad acabaría sumida en el Olvido.

—Y yo llego tarde —musitaba Shergev aterrado.

La escalera se retorció en una interminable espiral. Había recorrido tres cuartas partes del camino cuando la llama empezó a guiñar exhausta.

—No, por favor. ¡No te apagues!

Pero el candil había agotado su combustible. Tras un parpadeo final la luz desapareció sumergiendo a Shergev en una oscuridad casi sólida. Por un instante el pavor le dominó, lo justo para haciéndole resbalar y arrojarle al abismo de escaleras. Los tumbos y golpes se sucedían sin aparente final. Shergev notó cómo el segundero de su vida crepitaba al son de los crujidos emitidos por sus huesos por al romperse.

Al fin la caída cesó. Había llegado al fondo, la antesala de la maquinaria. Allí yacía, descoyuntado, su ropa desgarrada y empapada. Le dolía todo el cuerpo, pero sobre todo la mano derecha: la llave. Rezó porque no hubiera quedado inutilizada. Debía comprobarlo, pero para ello necesitaba luz. En la antesala debería haber candiles de emergencia. Apretando los dientes Shergev intentó incorporarse. Su pierna izquierda falló, sumergida en una súbita llamarada de fuego líquido. Dentelladas semejantes le acuchillaban en el costado, en la espalda, en el brazo y mano derechos...

Aunque todo ello importaba poco: debía dar cuerda al reloj.

Notando cómo las astillas de los huesos desgarraban su carne Shergev se arrastró, gateó y se revolcó buscando la pared. ¿Dónde estaba la maldita estantería? Tras un rato tanteando dio con ella. Ahora sólo necesitaba encender un candil. Shergev acarició el emblema y volvió a rogar a la diminuta Voluntad que estaba atada a él. Instantes después, ya con luz, examinaba su mano: el dedo guía estaba desviado y le dolía como si lo hubiera sumergido en aceite hirviendo. Lo sujetó con los dedos de la otra mano y, tras respirar hondo, empujó para enderezarlo. Estas paredes sí que devolvieron su grito, que llenó la oscuridad. A través del velo de lágrimas miró cómo había quedado el dedo. Ahora lucía bien; hinchado pero recto.

Debía hacer su trabajo.

Al fondo de la antesala aguardaba la puerta blindada de la maquinaria. Arrastrándose, regando su avance con lágrimas y gemidos, llegó a ella. Siete candados, a cual más sofisticado, cerraban el paso. Sólo su reconstruida mano de relojero podía abrirlos. Estudió las falanges guía una última vez: la hinchazón parecía haber remitido, devolviendo la llave a su forma original.

Los dos primeros candados no le supusieron problema alguno. Con el tercero le costó crear la configuración de apertura. Al cuarto descubrió que la carne se había vuelto a inflamar: ni siquiera pudo introducir la llave. Su mano estaba inutilizada, pero el reloj interno de Shergev gritaba que apenas quedaba media hora.

Si no daba cuerda al mecanismo...

Con la llave rota sólo quedaba una opción, desesperada y terrible. Pero no había otra salida. Depositó el candil en el suelo, acarició el emblema de Voluntad e imploró su ayuda:

—Por favor, haz que todo regrese a su forma. Destruye y recrea.

Shergev musitó aquellas palabras asfixiado por el terror. Sabía lo que vendría.

Un latigazo salvaje desgarró todo su cuerpo: la reconstrucción de emergencia empezaba. La carne bullía ante sus ojos: los músculos licuándose, los huesos deshaciéndose. Su materia regresaba al estado de arcilla primordial, sólo dejando intacta y consciente su mente. Después la masa amorfa empezó a reordenarse. Pero Shergev no pudo contemplar ese milagro: para entonces el dolor ya le había sumido en la inconsciencia.

Despertó cuando el proceso hubo terminado. Apenas restaban diez minutos. Se puso en pie e introdujo la llave en el cuarto candado. Notaba la carne tierna, hipersensible. El menor contacto le escocía. Pero el dedo funcionó. Abrió ese y los siguientes candados. Empujó

las dos hojas de la puerta y se precipitó hacia la mole de metal y engranajes: el mecanismo de correa. No necesitaba la luz del candil para saber dónde debía introducir por última vez su llave. Introdujo la mano y destrabó el mecanismo activador. Mientras, con su otra mano empezó a girar la manivela. Los engranajes chasquearon indicando que el resorte se tensaba.

Cinco minutos.

Todavía quedaba bastante. El sistema obligaba a aplicar toda la cuerda para funcionar. ¿Qué sucedería si no acababa a tiempo? ¿Se detendría el Escritor? ¿Borraría de la existencia, de un simple plumazo, la Realidad?

—Cuentos de vieja —masculló. Pero el terror grabado a fuego en su mente desde pequeño se resistía a desaparecer.

Un minuto.

Casi había acabado. Si el reloj marcaba la hora trece sin haber recibido toda la cuerda...

Shergev aceleró el giro de la manivela. Sudaba.

Entonces, procedente de las remotas alturas del campanario, sumergiéndose en el pasadizo espiral, resonó una campanada marcando la hora trece. Luego otra campanada. Y otra. Shergev continuaba actuando la manivela: apenas quedaba recorrido.

Sonaron nuevos golpes, para horror de Shergev desde dentro de la maquinaria. Algo pretendía... ¿salir?

Sobre el eco del decimotercer y último tañido la manivela llegó a su tope.

La maquinaria vibraba. Shergev se apartó horrorizado: de entre los engranajes surgían volutas blanquecinas, un vaho resplandeciente. Escuchó un coro de tristes gemidos, no todos metálicos. La bruma acabó anegando el cuarto.

Shergev creyó ver cómo la niebla cuajaba formando algo. Gritó. Gritó y suplicó perdón. Luego... luego nada.

\*\*\*

Claridad.

Aire.

Superficie. El suelo del patio.

Una mano. Le sacudía.

Alzó la vista. Una mujer.

—¿Qué ha pasado ahí abajo?

Rebuscó en su mente, pero algo se retorció esquivo, huidizo. Evanescente.

—No recuerdo... golpes... humo... aullidos traicionados... desencantados...

La mujer. ¿La conocía? ¿Sí? Rebusco en el libro de su memoria. Entre todas sus páginas creyó leer un nombre: Marei... Iba a pronunciarlo cuando una fuerza (luminosa y salvaje, exudando vapor blanco) arrancó la hoja.

Shergev sólo adivinó a decir:

—¿Quién eres?

Mientras pronunciaba esas palabras notaba cómo un horror absoluto le poseía, un horror para el que carecía de palabras... porque se las habían borrado. Arrancado.

Desvanecido.



# El día trece de la abuela Carmita

Aristides Neppo

.....

El día viernes trece, del mes de junio del año 2003; dos días antes de ser encontrado el cuerpo de María Pérez; brutalmente apuñalado y flotando en las aguas de Laguna Chiquita; su octogenaria abuela Carmita se había levantado muy exaltada. Tuvo pesadillas esa noche. Soñó con dientes rotos ahogándose en sangre oscura y mierda pestilente. Esa clase de sueños era de mal presagio y según sus creencias, alguna cosa mala podía acercarse, sobre todo, siendo ese un día de mala suerte: viernes trece.

María Pérez veía a su abuela ir y venir desde muy temprano, envuelta en una espesa humareda de incienso, brasas ardientes y extraños conjuros, según ella “para alejar a los malos espíritus y librar de ellos a la familia”. Para sus adentros, la muchacha se reía de las supersticiones de su abuela, pues ella no daba crédito a esas tonterías, pero muy a pesar suyo, no podía evitar una extraña sensación que la inquietaba.

—¿En verdad crees en esas cosas abuela? —le preguntó con una risita oculta entre dientes.

—Pues claro que creo mi niña —respondió la abuela—. Son como mensajes que llegan del más allá y no puedo ignorarlos. Para estas cosas, hay que estar siempre preparados hija mía, nunca olvides que el enemigo malo (el diablo), no duerme y esta siempre al acecho —agregó, y en su voz había tal convicción, que la muchacha se sintió estremecida.

María Pérez era de rostro bonito y andar cadencioso. Más que andar parecía que danzaba. En el café claro de sus ojos se advertía un brillo cálido y soñador. No pasaba de diecisiete años de edad. Aún no tenía

novio conocido aunque ya era el centro de atención de la mayoría de los hombres que la observaban en el barrio, incluido Matteo Viglietti.

Matteo Viglietti era italiano. De unos cuarenta años más o menos, ex actor de segunda en su Florencia natal. Había emigrado a la República Dominicana en compañía de Altagracia Delgado, una atractiva y joven mujer con quien vivía en pareja, hacía poco menos de dos años. Pero muy pronto cayó el italiano bajo el influjo de la particular belleza de María Pérez. Nada de esto había pasado inadvertido para los demás y mucho menos para su prima Anisa. Una tarde y con muy claros motivos, se presentó ante la muchacha para hacerle un obsequio: Había comprado un oso de peluche para ella.

Mientras María Pérez contemplaba emocionada y nerviosa el regalo, Matteo Viglietti estaba tan ensimismado en la contemplación de la joven, que no advirtió a tiempo la presencia de su mujer, Altagracia Delgado, quien en un solo movimiento arrebató el oso de peluche de las manos de María y lo hizo pedazos. La mujer estaba frenética. Una cólera casi incontrolable se le desbordaba por los poros, en un increíble ataque de celos. María se alejó a toda prisa, asustada por la inesperada reacción de la mujer. Sus ojos estaban dilatados por el terror.

Altagracia Delgado era de carácter volátil, posesiva y muy celosa. «Matteo Viglietti era suyo y nadie se lo quitaría, y mucho menos aquella mosquita muerta». Así pensaba mientras peinaba su negro y corto pelo. «Demasiados esfuerzos para conquistar a su hombre, para que venga ahora esta carajita de mierda a metérsele por los ojos».

María Pérez y su prima Anisa Almonte Pérez crecieron juntas, casi como hermanas. Eran de la misma edad, con diferencia de días apenas. De niñas viajaban juntas a la escuela; solían dormir en la misma cama y jugaban con las mismas muñecas. Sus respectivos hogares se enclavaban en el mismo vecindario, lo cual les permitía estar casi siempre juntas.

Pero Anisa Almonte Pérez guardaba un secreto: a ella le gustaba Matteo Viglietti. Hacía meses se derretía por el italiano. Por las noches soñaba

con él y se despertaba inundada por las íntimas mieles de su propia lujuria. Lo miraba y se quedaba alelada, como ida del mundo real. Era casi insoportable verlo con otra mujer, y peor aún, ver como se fijaba sólo en su prima. Así, una extraña mezcla de amor y odio, lujuria y celos fue poco a poco anidándose en algún oscuro punto de su ser.

Altagracia Delgado no perdía de vista a su hombre. Casi lo vigilaba. «Te mato el día que te encuentre con esa perrita muerta de hambre; a los dos los mato», le dijo una tarde la mujer, y agregó: «¡Por mi madre muerta te lo juro!».

Ella había hablado con tal convicción, que Matteo Viglietti no dudó de sus palabras, comprendió entonces la difícil situación en la que se encontraba, pues conocía muy bien a su mujer y sabía de lo que era capaz.

—Debes tener cuidado con esa mujer —le dijo esa misma tarde la prima Anisa a María Pérez—. Es muy peligrosa, me da mucho miedo. Creo que no deberías permitir que ese hombre se acerque a ti.

Pero el italiano no cesaba, le gustaba la muchacha y no podía contenerse. Su corazón latía como caballo desbocado cuando la tenía cerca. Sus poros se dilataban y un sudor frío asomaba a su piel, mientras un alud de emociones incontenibles pulverizaban su voluntad. Se había enamorado de la muchacha y no tendría fuerzas para renunciar a ella. Aprovechaba las más mínimas oportunidades para acercarse a María, buscando agradarle.

A todo esto, un brillo extraño revoloteaba en las pupilas de Anisa Almonte Pérez. Su piel enrojecía y se mordía los labios. Su mente se retorecía entre un alud de celos, un odio creciente y un sentimiento de impotencia que la desgarraba hasta el alma.

Una noche, justamente la noche del día catorce de junio, exactamente una noche después de las pesadillas de la abuela Carmita, Anisa Almonte Pérez invitó a su prima a dar un paseo; un rutinario paseo que ambas solían dar algunas noches. Había luna llena y soplaba un

vientecillo triste. A la luz de la luna, las sombras parecían fantasmas al acecho y el canto de los grillos y las luciérnagas luminosas, agregaban un tinte casi mágico a la noche. En la casa de María Pérez, nadie vio salir juntas a las primas. Nadie tampoco las vio tomar el camino hacia Laguna Chiquita, y poco después de una hora y media, nadie tampoco vio retornar sola a Anisa Almonte Pérez.

# El encanto del trece

Ana Lozano Cantó

.....

Aquel viernes me levanté de excelente humor. Era trece del doce del dos mil trece. Solo faltaba que el año hubiese tenido 13 meses para ser una fecha redonda.

Yo desde siempre escribía relatos cortos, pero tenía el sueño de ser un gran escritor. Así que durante años ahorré en los distintos trabajos que compaginaba para poder sobrevivir, hasta que reuní un pequeño capital y me encerré en mi angosto apartamento a escribir mi primera novela. Hacía más de un año que la había acabado, había tocado ya a muchas puertas, todavía no había conseguido respuesta de ningún editor y mis ahorros estaban a punto de acabarse.

Ester, aparte de un buen físico, era de ese tipo de personas con las que no te aburres nunca. Además sabía camelarte para que hicieses lo que se proponía. Yo me estaba quedando sin un euro y si mi manuscrito no interesaba pronto, tendría que ponerme a trabajar en lo que fuera. La verdad es que me había acostumbrado a no tener jefes y me daba pereza salir otra vez desde mi desaliñada y cómoda guarida hasta el inhóspito mundo exterior.

En casa de Ester las cartas, el Tarot, las bolas de cristal, los gatos negros y toda esa parafernalia de la magia blanca eran lo normal. El padre había sido un gran ilusionista y una de las hermanas una afamada pitonisa. Ella, sin dedicarse profesionalmente, tenía ciertas dotes adivinatorias.

Pasaban los días y el deseado editor no se presentaba. Así que deseé creerle cuando ella me dijo que tenía un buen presentimiento y que mi horóscopo lo confirmaba. Seguro que la suerte está de tu parte y ya que parece que no es por el lado de la literatura, yo que tú probaría en

algún juego de azar. Me recordó una verdad de Pero Grullo: A nadie le toca la lotería, si no echa.

Decidimos diversificar y jugar pequeñas cantidades en los Ciegos, la Lotería Nacional, La Quiniela, la Primitiva, la Bonoloto , había que cubrir todos los frentes posible porque nuestras arcas estaban casi vacías.

Y sí, pronto tuvimos la recompensa de unos miles de euros que nos sacaron del apuro durante unos meses. Pero, ¡Ay, la dicha nunca es completa! Inconscientes, como suele ser la juventud, gastamos alegremente hasta que nos quedamos de nuevo en situación casi precaria, por lo que tuvimos que recortar y cada semana fuimos alternando solo un juegos distinto. Mientras, yo seguía escribiendo a la espera de que apareciese un ángel protector que me diese una oportunidad. Pero, parecía que los ángeles no se paseaban mucho por la Tierra

No sé si influenciado por Ester o qué, aquel viernes me levanté de excelente humor. Era trece del doce del dos mil trece. Solo faltaba que el año hubiese tenido 13 meses para ser una fecha redonda. Aún así, ella continuaba diciéndome que tenía un buen presagio.

¡Con ese pronóstico y esa fecha quién habría sido capaz de resistirse!. Pensamos probar en el Casino. Una amiga de Ester había ganado una suma considerable y le explicó la estrategia.

Mi novia se empeñó en que antes teníamos que ir al puente situado en el centro de la ciudad. Allí siguiendo la moda, los enamorados colgaban un candado símbolo de su amor. Yo lo encontraba un tanto cursi, pero opté, por la buena convivencia, en no llevarle la contraria. Escribí nuestros nombres y los rodeó con una guirnalda de corazones rosas, traspasados por la flecha de Cupido y para inmortalizarlo bien, me arrastró hasta conseguir que nos hiciesen varias fotos

—Cariño, ¿nos vamos ya? —le pregunté con un aburrimiento que se reflejaba en mi cara—. Me estoy helando de frío—dije mientras me

soplaba las manos.

—¡Vaya, tienes prisa por ser rico! ¡Eh? —me contestó riéndose.

Los llamativos letreros de neón se veían desde la autopista a gran distancia. Un portero uniformado con levita y guantes como si fuese a ir de boda, nos recibió y nos derivó a un empleado que nos hizo un carnet especial. Al entrar me deslumbró una decoración barroca, algo pasada, como de película de época.

Rompimos mano empezando por el Desert Treasure, una versión de las máquinas traga perras. Tiramos tres veces y ganamos dos, no estaba mal. Luego hicimos dos partidas a los dados, ahí creo que nos engañaron. El Keno, un juego chino, resultó divertido y nos embolsó cien euros. Pasamos luego a la Ruleta Americana. Cambiamos mil euros y apostamos a números diversos. Pronto, Ester perdió sus quinientos. Yo con el cinco, en la penúltima vuelta, gané tres mil euros.

¡Bueno aquello fue un subidón! ¡Nueva apuesta y nueva ganancia! Mi novia me dijo que se iba a explorar otras mesas. Yo enloquecido seguí jugando. ¡Mala suerte! Casi sin darme cuenta perdí una suma considerable.

Me acerqué donde estaba Ester y noté que se ruborizaba. Ella lo achacó a que hacía demasiado calor en aquel lugar y me apartó de allí convenciéndome de que el Black Jack resultaba demasiado arriesgado.

De pasada a la barra, nos detuvimos en el Silver Bullet, apostamos quinientos y ganamos, pero a la tercera mano la suma se esfumó. Sentía nostalgia de la suerte que había tenido en la Ruleta y retorné a ella. Aposté otros quinientos y crucé los dedos. ¡Bingo! Gané dos veces seguidas. Parecía que estaba en racha, así que continúe. Ofrecí otros mil al nueve. ¡Lástima, no acerté!. Me quedaban solo mil trescientos. Desanimado, opté por apostar quinientos al trece. ¡Dios, no me lo creía! De nuevo ganancia doble. Envalentonado, jugué dos mil más. Mientras giraba la ruleta, cerré los ojos. De pronto, “pleno al 6 rojo, gana la casa” La voz monótona había adquirido un leve matiz de

triumfo. Se acabó. Nos miramos atónitos. Solo quedaban cuatrocientos euros y teníamos que pagar aún el taxi de regreso.

Mohínos, nos enzarzamos en una tremenda pelea en la que Ester me echaba la culpa sacando reproches recónditos que iluso yo ya creía olvidados. Ella ya no quiso volver a casa conmigo. A los pocos días supe que estaba liada con el crupier del casino.

Me tocó aceptar trabajos de poca monta en revistas de escasa categoría, incluso trabajar de negro para algún que otro escritor venido a menos. Y yo, ¿a quién me iba a confiar sino al sufrido papel, mi compañero de toda la vida? Más por desahogo, me dediqué febrilmente hasta altas horas de la madrugada en plasmar toda mi frustración en una historia de género negro que de alguna manera constituía mi venganza. Hecha la catarsis y agotado, lo dejé descansar una temporada en el cajón. Un día, lo revisé a fondo y sin muchas esperanzas lo envié entre otros textos más a un nuevo editor. Pasó el tiempo y me enfrasqué en otro proyecto literario y también personal, por eso de que un a relación fallida se resuelve con nueva compañía.

Sorpresas de la vida, cuando menos lo esperaba. Hoy martes y trece, dos años y medio después, he recibido un correo: quieren hablar conmigo porque les parece que la novela tiene posibilidades. Con este empujón mi actual novia se ha puesto a soñar. Quiere que hagamos oficial nuestra relación y nos casemos, por eso me ha pedido que para celebrarlo pongamos un candado con la fecha del compromiso, asegura que en el puente hay mensajes muy bonitos.

He sudado intentando convencerla de que hay que ser todavía cautos y de que, en todo caso, es mucho más práctico grabar los nombres en un árbol del parque. Allí, le he dicho estarán a salvo de modas pasajeras y a la vista de las siguientes generaciones

Pero a mí me queda la duda: ¿será está la suerte definitiva o me seguiré equivocando de mujer y de año?



# La de la mala suerte

Ángela Iniciar

.....  
*www.palabras-de-sobra.blogspot.com*  
.....

Siempre he creído en la mala suerte.

A ver, que no siempre salen las cosas como las planeamos.

Y eso tiene que ser producto de algo. Porque uno va siempre con la buena disposición, pensamientos positivos y, nada.

Así, nada.

Los planes se arruinan. La gente se arrepiente. Las cosas, sencillamente, no pasan. Pero hay señales que te mantienen prevenida. Anoche, por ejemplo, mientras cenaba se derramó el vino y ya sabía yo que algo pasaría.

Se supone que debería estar entregando un manuscrito de mi próxima novela pero, me he quedado encerrada en mi propia casa. Mi novio ha cerrado la puerta con candado y se ha llevado la llave, ¿no es eso maravilloso? Que ya he intentado llamarlo al móvil y adivinen, pues que lo ha dejado en el mueble de la cocina mientras desayunaba.

Pero en fin, como les comentaba, soy escritora. Escribo sobre lo que veo, siento y presiento. Soy supersticiosa, sí. No sé si de pequeña barrí sin querer los pies de una viuda o jugando pasé por debajo de una escalera. Puede ser que también haya abierto un paraguas dentro de la casa. El punto es que me cansé de tener mala suerte y en una feria me compré una pata de conejo. También le robé a mi abuela un manojito de perejil y me hice una corona. Las cosas comenzaron a marchar mejor y desde entonces colecciono amuletos y cumplo con ciertas reglas de supervivencia.

A mis amigos nunca les he regalado ni tijeras ni cuchillos, ni mucho menos pañuelos o zapatos y pasan los años y siguen a mi lado. Vaya con ponerse a tentar a la suerte ¿eh?

Aunque tengo en casa dos gatos negros y creo que uno de ellos hace poco rompió un espejo.

Lo cierto es, que siempre duermo del lado derecho de la cama, lo que al principio me causó problemas cuando Manuel se mudó a casa. Eso, y el hecho que pretendía sentarse en mi “sillón de la suerte” para ver los partidos de fútbol. Luego de una ardua discusión y que nuestro equipo perdiera, entendió que yo debo sentarme allí en cada jornada.

Lo que si le dejé bien claro es que no nos vamos a casar ni en Mayo ni un trece. Mira que esa mala suerte no la espanta ni que lleve el *bouquet* repleto de tréboles de cuatro hojas.

Él dice que se enamoró de todas mis “rarezas” y hasta terminó colgando una herradura detrás de la puerta.

Ustedes seguro piensan igual pero, ¿acaso ustedes no piden un deseo cuando ven una estrella fugaz? ¿Nunca han lanzado una moneda a una fuente? ¿O cuando se derrama la sal no echan un poquito sobre el hombre izquierdo? ¿Se comen o no las 12 uvas con las 12 campanadas en año nuevo? Claro, pero la rara soy yo, escribiendo esto un Viernes 13.

# Gregorio no puede dormir

María Chamorro Alpuente

.....

Gregorio se revolvía inquieto entre las sábanas. Incapaz de conciliar el sueño, no paraba de darle vueltas al mismo asunto: esa misma tarde Pelusa, el espantoso gato negro de su vecina, se le había cruzado en la calle, justo delante del portal. Por culpa de ese estúpido y maloliente gato no pudo reaccionar a tiempo, y tuvo que pasar a la fuerza debajo de la puñetera escalera que algún erudito había colocado al inicio de la acera. Malditas obras.

Gregorio se giró en la cama, dando una vuelta sobre sí mismo girando así hacia el lado derecho: *“Jamás gires hacia la izquierda, Grego; ese camino sólo te llevará el infierno”*; que solía decir su madre. Agarró las gafas de la mesita de madera, posadas sobre un tapete amarillento, y enfocó la vista hacia el reloj despertador: las 3:13.

Trece. Lo que faltaba.

Aquello ya era el colmo. *“Claramente me ha mirado un tuerto”*, pensó Gregorio, recordando la carta certificada que un cartero le había entregado esa misma mañana. Aquel hombre tenía un parche sospechoso. Se acabó, no recogería más cartas certificadas.

Se levantó rápidamente de la cama, lanzando la manta nórdica sobre la mesita, con tal mala suerte que ésta cayó sobre una foto enmarcada de sus padres del día de la cabalgata del 64, rebotando en el suelo dando tres saltitos. El tercer saltito fue decisivo: *“¡CRASH!”*. El cristal se había roto.

Dios santo.

Gregorio había roto un cristal. *“¿Qué era malo? ¿Romper un cristal? ¿Un espejo? ¿Las dos cosas? Ay, Dios mío”*. Necesitaba claramente

una estrategia de defensa. Sal, herraduras, perejil. Lo que hiciera falta. Mañana mismo le haría una visita a la Paqui. La Paqui era una voluptuosa mujer gitana, ataviada siempre con unos mantones de colores que la hacían parecer una carpa de circo en navidades. Tenía una tienda de santería en el centro de la ciudad, justo al lado de un Sex Shop. Gregorio iba a hacerle una visita de vez en cuando, según su alto nivel de agobio espiritual, lo cual sucedía unas cuatro o cinco veces a la semana. Aquel era, sin duda, un estado crítico de manual.

Con cuidado para no cortarse las plantas de los pies, atravesó la polvorienta alfombra, llena de pedacitos pequeños de cristal. La fotografía de sus padres, ahí tirada, le recordó a su niñez. Qué tiempos aquellos. Toda la familia reunida a la hora de comer, tirando sal a través del hombro. Las peleas con sus hermanos por quién la recogía luego. Los chillidos de su hermana mayor, Carmen, cuando le barrían los pies. Al final murió soltera. Ya lo decía su madre: *“Hay cosas con las que no se juega”*.

La madre de Gregorio había sido escritora. Sólo escribía los días pares. Si algún día estaba apurada con la entrega de algún texto, escribía aunque fuera impar, pero con las piernas cruzadas debajo de la mesa y una corona de perejil en la cabeza. *“Más vale prevenir que curar, Grego, no me mires así”*, recordaba.

Gregorio caminó hacia la cocina a por un vaso de leche. Quizás eso le ayudara a conciliar el sueño, o al menos a relajarse. Desearía tener el número de la Paqui para efectuar una intervención de urgencia, pero dudaba de que tuviera móvil. No era amiga de las radiaciones. Paseó por la entrada de su casa, un vestíbulo lleno de fotos antiguas y retratos de gatos sobre cojines; la herencia de su tía abuela Concepción, una mujer muy rica pero un tanto extraña. Antes de morir lo dejó bien claro: para Gregorio, *“las fotos de los gatos”*.

De repente escuchó un extraño sonido, como un zarpazo, a través de la puerta principal. Le había dado seis vueltas al candado. Era imposible que nadie entrara. Gregorio se acercó tembloroso a la mirilla, la leche salpicando la madera vista del suelo del vestíbulo. Nada. No se veía

nada, pero se escuchaba algo. Dios santo, no se había santigüado al acostarse. Era eso. Ahora pagaría las consecuencias por su falta de rigor.

*“La Paqui. Me voy a ver a la Paqui”*, pensó Gregorio. Total, tenía una cama montada en la trastienda, no sería difícil encontrarla. Corrió hacia su cuarto y abrió el armario con el objetivo de ponerse cualquier cosa rápidamente.

*“Ñiiiiii”*.

La ventana.

*“Ñiiiiiiiiii”*.

El ruido venía de la ventana.

Se giró y ahí estaba. Con la mirada penetrante. Aquel oxidado cascabel tintineando contra su mugriento pelaje.

Puñetero gato.

# Siete palabras.

## Relato a tres voces

Chiripa

.....

I.—

Las niñas bromeaban con su abuela, sabiendo que pronto dejarán de verla por algún tiempo.

Camino al aeropuerto, las tres sentadas en el asiento trasero del auto, Silvia planteaba acertijos que sus nietas, divertidas, se trataban de resolver. Su hija Elena, al volante, reía con ellas y recordaba que eran las mismas adivinanzas que le hacían a ella sus padres cada vez que viajaban los fines de semana o en vacaciones. Las cuatro habían pasado cinco días muy agradables y ahora era tiempo de separarse, de regresar, Silvia, a su casa en Montreal.

De repente, un agradable sonido las sacó del juego. Era el móvil de Elena.

—Madre, te solicitan —comenta, al tiempo que le hace entrega del aparato.

—¿Es usted la Sra. Silvia Rubio?

—Eso es correcto. Diga Ud. —respondió ella

—La llamamos desde Canadá, de.....

Silvia no escuchó más, sintió como la voz se alejaba y a ella comenzaron a zumbarle los oídos. En fracciones de segundo retrocedió cinco días en su vida.

Martes 13.

II.—

Las decisiones importantes respecto a lo nuestro deben tomarse de mutuo acuerdo, al menos eso es lo que aprendí de mis padres, pensaba Silvia mientras iba en taxi camino al aeropuerto

¿Cómo se le ha ocurrido a Rafael disponer de nuestros ahorros sin consultarlo conmigo? No es que yo sea una experta en finanzas pero buena parte de ese dinero perdido lo ahorré con mucho esfuerzo, restringiendo gastos y privándome de ciertos gustos.

Es que lo que éste ha hecho es para no confiar nunca más en él. Siento tanto odio que quisiera que desapareciera de mi vida.

III.—

Con la excusa de que nuestra hija tiene que viajar por su trabajo, Silvia viajó hoy a Los Estados Unidos a ocuparse de las nietas. La acompañé hasta el taxi que la llevaría al aeropuerto y antes de abordarlo me susurró al oído y con un odio que ignoraba que ella fuera capaz de sentir:

—¡Lo mejor es que te mueras, Rafa!

Airado y efervescente entré a la casa y cerré la puerta con una fuerza tal que el espejo de la entrada, clavo incluido, se desprendió y al caer se convirtió en un charco de vidrios.

«Eramos muchos y parió la abuela», pensé.

Días atrás le confesé a Silvia que había invertido lo que habíamos ahorrado durante años para nuestro fondo de retiro. En ese “negociaso” perdí todo y gané considerables deudas que no se como voy a pagar. Después de mi confesión, petición de perdón (lágrimas incluidas) y propósito de enmienda, Silvia me pidió el divorcio.

Preso del pánico, todavía, ruego que regrese el domingo arrepentida de su decisión de divorciarnos, que me perdone y que sigamos viviendo como si nada se hubiese perdido, como si “aquí no ha pasado nada”.

Pasé por la cocina y me dirigí a la biblioteca donde continuaría ordenando las ideas para la novela que me he propuesto escribir.

Sobre la mesa coloqué una bandeja con los últimos alimentos del día: un par de huevos cocidos, sal, pimienta y té. A través de la ventana observo que diluvia y está oscuro.

—Perfecto ambiente para que actúe el asesino de mi novela, pienso.

El vino libado me hace sentir relajado, me ayuda a olvidar el miedo a perder a Silvia y me permite caer en los brazos de la musa literaria que coquetea conmigo desde ayer:

*Llovía a cántaros. Los pinos se movían desordenados por las corrientes de aire que sin piedad los castigaban. De vez en cuando, un rayo iluminaba la noche oscura...*

Balú, mi única compañía, ladra enfurecido cuando ve pasar por la ventana un gato negro. Me sobresalto de tal manera que tropiezo el salero y el pimentero. Miro con horror la sal derramada y me apresuro a agarrarla con dos dedos de mi mano derecha y echarla, por pizcas, por sobre mi hombro izquierdo.

Desde pequeño he sido supersticioso, gracias a mi madre, y me parecen pavosos, de mal agüero, pues, los gatos negros, los espejos rotos, los cuadros torcidos, los martes trece, dejar abiertas unas tijeras, poner un sombrero sobre la cama y una buena cantidad de cosas por el estilo.

¡Diablos! hoy en martes trece, rompí un espejo, seguro que con el portazo el cuadro de la entrada quedó choreto y como broche de oro hay un gato negro rondando por aquí.

*...El escritor no podía concentrarse en su novela. Estaba inquieto. Apoyando las dos manos sobre la mesa de trabajo se levantó de la butaca, se dirigió hacia la puerta de la cabaña y echó llave al candado...*

Doy cuenta de la cena y, con mucha calma, saboreo el Rutini Malbec 2008. Me dejo envolver por la melodía de esta sinfonía de Mahler que



me arropa con sus notas profundas, desgarradoras.

Aunque Silvia me dijo que ya no podía confiar en mí, voy a pedirle otra oportunidad de vida juntos. Si es necesario me arrodillaré y juraré que me esforzaré para publicar las cinco novelas de la serie policial. Se que me va a ir bien y repondré del dinero perdido. —Hoy es martes trece, pienso de nuevo.

*...Un par de horas después oyó un ruido metálico, agudizó el oído y percibió un movimiento dentro del candado. No se le ocurría quien podría estar entrando a esa hora y mucho menos bajo aquella tempestad. Se acercó a la puerta, y se mantuvo muy quieto tratando de escuchar algún ruido que le diera una pista de lo que sucedía del otro lado.*

*Con la mirada recorrió la biblioteca tratando de localizar algo que le sirviera para defenderse. Se aferró a las tijeras...*

Siempre he sabido que ojo para los negocios no tengo. ¿Cómo pude dejarme convencer por mis amigotes, como Silvia les dice? Y peor aún, ¿por qué no lo consulté con ella, la co-dueña de los ahorros?

Relleno mi copa con el jugo de las uvas. Me recuesto un poco y pienso en Mahler, en lo que habrá sentido cuando componía el Adagietto de su quinta sinfonía.

El gato negro me observa con sus redondos ojos amarillos. El perro esta vez no lo ha visto. Recuerdo el espejo roto. Me incorporo y retomo la escritura:

*...Se acercó de nuevo a la puerta, se asomó por el visor y fue entonces cuando vio pasar aquella horrorosa masa que trastocaría su vida para siempre...*

Siento una presión en el hombro izquierdo y en la mandíbula. Un cosquilleo me recorre las manos, la visión se me ha nublado, sudo y tengo náuseas.

—El espejo roto, el gato negro y la sal derramada un martes trece me

han traído mala suerte, pienso. Mi corazón late descompasado. Me cuesta respirar.

Domingo 18.

Cinco días con su hija y sus nietas bastaron a Silvia para reconsiderar la petición de divorcio que hizo a su marido varios días atrás. Ya no confía en él, lo siente un desconocido y un sentimiento de rabia la invade cada vez que recuerda el “negocias” que hizo Rafa sin si quiera pedir su opinión. Sin embargo, y por los buenos tiempos que han vivido juntos, le dará una oportunidad al matrimonio. Al fin y al cabo, Rafa ha sido su compañero por casi 35 años. Sabe que le tomará tiempo perdonarlo, pero intentará convivir en los mejores términos posibles.

—Sra. Rubio, ¿me escucha?

—Sí, lo escucho —se disculpó Silvia.

Del otro lado de la línea la voz le informa que el cuerpo de quien fue su esposo fue hallado sin vida en la biblioteca de su casa. Un vecino había llamado a la policía al notar que las luces de la casa permanecieron encendidas mañana y noche por cinco días. No hay señales de agresión, ni robo. Los paramédicos comentaron que había sido un infarto al miocardio, pero esto habría de ser confirmado por el forense en las próximas horas.

Sábado 24.

Nunca pensaron que se volverían a ver tan pronto. Elena y sus hijas viajaron a Montreal para echar las cenizas de su padre y abuelo en las aguas del río San Lorenzo.

De allí en adelante los hechos se desarrollaron de una manera vertiginosa, podría decirse que mágica, pues Silvia logró cobrar con relativa facilidad el seguro de vida de Rafa, pagó las deudas que le heredó, vendió la casa e hizo unas inversiones que le permitieron consolidar un nuevo “fondo” para disfrutar durante su vejez. En

la actualidad vive en Florida con Balú como compañero en un apartamento cerca de la casa de Elena.

Y todos los días, cada vez que su reloj la despierta con el Adagietto de la quinta de Mahler, Silvia piensa que nunca había sido tan complacida como aquel martes 13, cuando susurró al oído de su marido: «¡Lo mejor es que te mueras, Rafa!».

# Valgus

Eunice Espejo

.....  
*www.kimerasdelfuturo.blogspot.com*  
.....

—¿A qué viene esa extraña obsesión?

Sladrer la miró sorprendido y continuó apagando las luces de los compartimentos contiguos.

—¿En serio no lo sabes? Todo el mundo conoce esa superstición.

—Pues yo no. Sabes que es mi primer viaje al espacio —contestó Is esbozando una sonrisa.

—Esta bien, te lo explicaré. No me creo que no lo sepas, pero te lo contaré de todas formas. Imagino que sabes que nosotros no somos los primeros en ir hacia el planeta L-2227...

—Ya. Hubo otra nave antes, la Valgus, pero se perdió en el espacio antes de llegar allí.

—No exactamente —Sladrer hizo una pausa para crear expectación—. Hace 50 años, la Valgus, que por si no lo sabías significa Luz, viajaba a través del espacio para explorar por primera vez el planeta L-2227. Todo iba bien, llevaban varios años dormidos y como nosotros ahora, acababan de despertar porque sólo quedaban unos pocos meses para alcanzar su destino. Entonces, sin previo aviso, la Valgus desapareció.

Is hizo un gesto de escepticismo pero esperó a que Sladrer continuara antes de dar su opinión.

—No pongas esa cara —respondió él—. Lo he dicho bien, desapareció. No se perdió, no cambió de rumbo, simplemente estaba en un sitio y cuando volvieron a mirar ya no estaba ahí.

—Me cuesta creerlo. Una nave como esa no desaparece. La central debía tener los aparatos estropeados, es imposible que una nave tan grande esté en un sitio y al momento deje de estar ahí. Yo creo que...

—¿Me vas a dejar continuar?

Is hizo un gesto con la mano como si cerrara un candado sobre su boca y siguió escuchando.

—La nave desapareció, puedes creerlo o no, pero el caso es que no saben lo que pasó. Enviaron satélites de exploración en años sucesivos y ninguno de ellos encontró nada, ni en la ruta que debía seguir, ni en ninguna parte del espacio. Según el escritor que documentó la investigación, sólo se descubrió que, cuando la Valgus desapareció, estaban en funcionamiento todos los aparatos eléctricos de la nave, incluidas las luces de los distintos compartimentos.

—Claro, ya lo entiendo —volvió a interrumpir Is—. Por eso ahora crees que nos va a dar mala suerte pasar por el mismo sitio que ellos con todas las luces encendidas.

—Algo así. Realmente se ha extendido a todas las naves. Se cree que es más probable que pase algo malo si están encendidas las luces de los compartimentos donde no hay nadie o si están encendidas todas las luces a la vez.

—¿Eres consciente de que eso es la mayor tontería que se ha dicho en esta nave desde que partimos? —dijo el capitán Stein que llevaba unos minutos escuchando la conversación desde fuera—. La Valgus tendría algún tipo de problema que desconocemos, pero dudo que tuviera algo que ver con las luces. Esta chatarra está preparada para eso.

—No tienes por qué entenderlo —respondió Sladrer molesto—. Yo sólo digo que es mejor no arriesgarse. Si todo el mundo lo hace es por algo. ¿Por qué crees que esta nave se llama Pidemus en lugar de Valgus II? Porque Pidemus significa oscuridad, que es lo contrario de la luz. Una luz menos que apagar.

—Se llama así porque los ingenieros tienen mucho sentido del humor. Te lo demostraré.

El capitán Stain salió y se dirigió a la sala de control. Is y Sladrer le siguieron curiosos. Nada más llegar allí, el capitán comenzó a accionar todos los interruptores de la nave. Estaba encendiendo todas las luces.

—¿Pero qué hace? ¿Se ha vuelto loco? Estamos a unos días del lugar donde pasó la otra vez. ¿Quiere que muramos todos como lo hicieron ellos?

El capitán no hizo caso a los gritos de Sladrer. Las luces de toda la nave estaban encendidas. Todos permanecían a la expectativa de que algo pasara, pero todo permanecía en calma. Cuando pensaban que el peligro había pasado, el suelo comenzó a vibrar. La nave entera vibraba. Podían sentir el efecto de la electricidad estática en su cuerpo. Al cabo de un momento todo paró.

El radar mostraba algo extraño, la nave ya no estaba donde debía estar. Estaban en un lugar del espacio desconocido. El capitán abrió el mirador esperando no encontrarse con aquello que temía. «Mirador trece: abriendo», cantaba la nave y tras el cristal, estaba ella. La Valgus les esperaba.

.....

# **Móntame una escena... con doce campanadas**

*Enero, 2014*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Para participar en la edición del taller de este mes había que enviar un relato corto, con su inicio, su desarrollo y su desenlace, que comenzase con una de las siguientes frases:

«Apuró el paso al escuchar las doce campanadas»

«Apuré el paso al escuchar las doce campanadas»

El tema del relato, el estilo o el género eran completamente libres. El requisito consistía en que comenzase con una de estas frases.



# Había una vez

Patricia Enderica Espinosa

.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas, intentando llegar lo más pronto posible; no me dejarían otra vez plantado, no, ya no.

¡Se me va, permiso, por favor, déjenme pasar! Mis palabras parecían no ser escuchadas; debía guardar la formalidad y saludar a tantos condes, marqueses y baronesas se me cruzaban en el camino. Por primera vez una idea de mi padre me parecía acertada y, ¡estaba a punto de írseme de las manos!

Corrí tan rápido como pude, pero ella ya no estaba, se había marchado; y, para añadir a mi colección de *souvenirs* que conmemora mi fracaso con las mujeres, me dejó un zapato de cristal. ¡Sí, un zapato de cristal! ¿A quién demonios se le ocurre caminar sobre zapatos tan frágiles? Con razón su caminar era tan grácil, como si anduviera sobre nubes... Ahhh, casi como un ángel...

Bueno, pero regresemos a mi relato.

Mi padre siempre ha mostrado cierta obsesión porque su apellido trascienda, así que, desesperado porque a mis veinticinco años todavía no le había presentado ninguna novia, se dio a la tarea de buscar a la candidata idónea para desposarme. Con ninguna se concretó nada serio, todas me encontraron un “pero” y me dejaron algún recuerdo: un brazalete de jade, una tiara de rubíes, una pañoleta de lino, un pendiente de oro rosado, hasta un corsé... Bueno, esa es otra historia.

Jamás entendí por qué lo hacen, ¿por qué las mujeres dejarían a un tipo como yo? Ni un “hasta pronto”, o un “no eres mi tipo” por lo menos; lo cierto es que siempre he tenido mala suerte con las damas. Desde que fui adolescente y tuve la cara llena de granos —porque a la gente como yo también nos sale granos—, empezó mi historial de rechazado.

Pero aquella noche, esa dama de profundos ojos azules vio algo en mí; yo lo sentí. Tal vez huyó abrumada por lo sublime del sentimiento que acababa de experimentar, o quizás deslumbrada por la majestuosidad y esplendor del lugar. No sabía cuáles fueron sus motivos, pero pronto lo iba a averiguar.

A mi padre le pareció una locura ir a buscar a la muchacha casa por casa, teniendo como referencia únicamente un zapato.

—¿Acaso no te das cuenta que más de la mitad de las mujeres de por aquí, calza del número seis? —dijo exaltado—, sería más fácil que te organicemos otro baile y así podrías encontrar a cualquier otra señorita.

Yo sabía perfectamente que esa tarea sería como buscar una aguja en un pajar, pero, también sabía que estaba harto de las miradas inquisidoras de los familiares y la servidumbre, sospechando alguna inclinación afectiva por el otro género; si al fin de cuentas en todos los compromisos sociales siempre se me habían visto solo y sin ninguna presencia femenina que me acompañara.

Los hombres bajo mi mando se tardaron casi un mes en encontrar a la joven del zapatito extravagante, pero, por fin, aquella tarde me la traerían de vuelta y yo le dejaría en claro mis sentimientos.

La espera era larga y me producía ansiedad; intentaba no sucumbir ante la posibilidad de ser rechazado otra vez. Entonces, ordené a mi fiel lacayo traer una porción de mi manjar favorito. Ese mismo manjar que he comido desde que tengo memoria, ya sea que estuviere angustiado, emocionado o entristecido por algo; simplemente ha sido mi aliciente.

—Sus anchoas, señor —anunció Fidencio con reverencia.

Casi le arranqué el plato de las manos y me las comí de prisa, estaba nervioso. Fidencio me observaba de reojo. Luego de un largo rato de silencio y tomando en cuenta de que él me había acompañado desde que yo era un niño, me atreví a preguntarle cuál creía él que podría ser la razón de mi infortunio con las mujeres.

El hombre palideció, carraspeó un poco e intentó secarse las gotas de sudor que le bajaban por la frente. Yo estaba impresionado por su reacción. Luego de notar que lo observaba impaciente esperando una respuesta, Fidencio se atrevió a hablar:

—Uhm, con todo respeto señor..., creo..., creo que son las anchoas — hizo una pausa y, cobrando un poco más de ánimo continuó—. A decir verdad, después de comerlas, no... no le dejan un buen aliento.

¡Y hasta ahora me lo decía! ¡Toda la vida las comí y nunca me percaté de que mi halitosis ahuyentó a cada una de mis candidatas! Sentí como la sangre se me acumulaba en la cabeza y una sobrecarga de ira hizo cerrar mis puños. Pude haber sacado a Fidencio por la ventana de mi aposento, pero las canas en sus sienes no me lo permitieron. Yo estaba desesperado, la comitiva con la hermosa doncella llegaría en cualquier momento. Caminé de un lado a otro y pensé otra vez que sólo un plato de aquel maldito manjar podría calmarme del todo.

—Se... señor, si me permite unas palabras... —dijo mi lacayo tímidamente—, no debería usted preocuparse; yo personalmente me he encargado de averiguar todo acerca de aquella muchacha y, según sé, no posee olfato. Varios años expuesta a cenizas y hollín, la han dejado con esa condición.

De pronto mis ojos se abrieron asombrados, fue como si me volviera el alma al cuerpo; abracé a Fidencio y elevé su encogida figura por el aire. Tuve la sensación de que los pajaritos me cantaban, las nubes se despejaban y un arcoíris salía en mi recámara... Y, bueno, el resto de la historia con la muchacha del frágil zapatito, podría decir que se asemeja a un maravilloso cuento de hadas.

# El error

Simon Wallace

.....  
*[www.ismaeln.es/blog](http://www.ismaeln.es/blog)*  
.....

Apretó el paso al escuchar las doce campanadas. La calle era oscura, fría y estaba inundada de niebla. Franqueó el portal número trece buscando la puerta verde. Encontró dos, una junto a la otra. Del mismo color, pero en una la pintura llevaba años sin ser repasada y estaba ligeramente levantada. Llamó con dos golpes secos.

Ella abrió de par en par. Al otro lado la voz del hombre susurró:

—Busco calor en una noche fría.

Lynda se asomó un poco más y arrugó la nariz. Para su gusto, aquel hombre no olía nada bien: como a una mezcla de fritanga y alcohol barato. La realidad era que él no había bebido en su vida. Sí que fumaba y, para ocultarlo, utilizaba una colonia fuerte. Aún no se había dado cuenta, pero al final de cualquier día el sudor acumulado convertía aquel cóctel corporal en un pantano de aceite usado que inundaba las fosas nasales de cualquier ser vivo.

Lynda no arrugaba la nariz solo por eso. Era algo más: el hedor dio paso a una sensación de mala espina, de que algo no iba bien. A pesar de todo, contestó:

—Será porque no vas muy abrigado.

Le abrió paso y el hombre entró quitándose un gran sombrero que ocultaba su rostro. Un rostro insignificante, en el que Lynda nunca hubiera reparado si no hubiera entrado a aquella habitación. El hombre extendió la mano saludando:

—Soy Simon Wallace.

Simon escrutó la estancia: un solo espacio; una cama vieja, una mesa, una cocina y una puerta que, supuso correctamente, daría al baño. Como le habían prometido algo sencillo, no esperaba más.

La mujer que tenía ante él sí le sorprendió: tan alta que sus largas piernas le recordaron todos los caminos que soñaba recorrer; con una melena rubia que bailaba con el aire del exterior, ocultando parte de unos ojos, verdosos y felinos, totalmente fijos en él. Algo recorrió la espalda de Simon. Él quiso atribuirlo al frío, pero sabía que no era eso.

Mientras Simon disfrutaba de la vista, Lynda cerró la puerta y resopló ignorando el saludo del hombre. Estaba harta de que le enviaran novatos. ¿Simon Wallace?; pensó. ¿En qué estaba pensando ese tipo?. Con su gabardina sucia, su colonia barata y su sombrero de ala ancha; como gritando al mundo: «Eh, miradme, soy un maldito espía, estoy aquí para saber lo que hacéis». Menudo lelo. Y encima ese nombre: Simon Wallace, al estilo de un escritor olvidado, como si fueran dos palabras que juntas no pasan desapercibidas. Desde luego, Lynda estaba harta de novatos, y no iba a soltar prenda hasta que Wallace demostrara tener mejores dotes para el espionaje que para la puntualidad, la vestimenta y la higiene corporal.

—Llegas tarde. —Lynda caminó hacia la cama y se sentó en el borde.

—Lo-lo siento —tartamudeó Simon—. Me perdí... es decir, pasé por la calle, pero... no se veía nada con esta niebla...

Simon se sentó al lado de Lynda e intentó sacudirse los nervios del cuerpo, pero no podía. Era la primera vez que hacía algo así. Se sentía sucio. Se imaginaba lo que diría su familia si se enterara de lo que iba a pasar allí. Sería señalado. Sería rechazado. Prácticamente, sería desterrado. Pero Simon necesitaba atravesar esa barrera que rodeaba su soledad. Que buscara calor en una noche fría era algo más que una contraseña.

Al ver como Simon se sentaba sin quitarse la gabardina, Lynda se inquietó aún más. En cuestión de segundos decidió que como no le

demostrara algo, abortaría la misión y se buscaría un “plan B”. Ya no iba a soportar más primerizos inseguros. Antes de hablar, metió la mano disimuladamente debajo del colchón. Le resultaba muy reconfortante tener el cuchillo ahí para protegerla.

El silencio se hizo algo tenso. Simon carraspeó:

—¿Empezamos?

Lynda sacó el cuchillo y se lo puso a Simon en la garganta. Acariciándole la piel. Firme, pero sin rajar. Lo suficientemente cerca para que Simon pudiera notar el frío del metal. Y lo notó, tanto que del susto dio un respingo y estuvo a punto de cortarse.

—¿Quién te envía? —susurró Lynda.

—¿Qué-qué-qué-qué quieres decir?

—No me jodas, Wallace —amenazó Lynda—. Si ese es tu verdadero nombre.

—¡Claro que no es mi verdadero nombre! —respondió Simon—. ¿Estás loca? ¿O te llamas Dulcita Lulú de verdad?

Lynda estaba confusa. Tenía en la habitación a un hombre asustadizo diciendo incoherencias. Si ese mendrugo había llegado hasta ella, alguien había hecho algo muy mal y ella estaba en claro peligro.

Simon no sintió nada. Para cuando su sangre manchaba las sábanas ya llevaba un rato muerto. Y Lynda había escapado apresuradamente sin dejar rastro de su presencia.

Apretó el paso al escuchar las doce campanadas. La calle era oscura, fría y estaba inundada de niebla. Franqueó el portal número trece buscando la puerta verde. Encontró dos, una junto a la otra. Del mismo color, pero en una la pintura parecía fresca, como si hubiera sido pintada esa mañana. Llamó con dos golpes secos.

Ella abrió de par en par. Al otro lado la voz del hombre susurró:

—Busco calor en una noche fría.

—Y Dulcita Lulú te va a dar más calor que un volcán, guapo —respondió la mujer dejándole paso.

# Nadie puede bañarse dos veces en el mismo río

Eloyzinho

.....  
*www.serlopeor.wordpress.com*  
.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas. Inmóvil desde mi escondite observé con atención al individuo que se aproximaba con tanta prisa. No le podía ver la cara pero daba la impresión de ser un joven normal y corriente; alguien a quien probablemente en otras circunstancias no le habría dedicado un segundo vistazo. Claro que aquélla no era una situación ordinaria.

Hacía veintisiete minutos que me encontraba haciendo guardia en las proximidades del sitio indicado en el anuncio. No había error posible, ya que en él venían especificadas las coordenadas UTM. Naturalmente no llevaba el mensaje encima, pero me sabía su contenido de memoria a pesar de los años transcurridos desde mi época de estudiante en la Crono-Agencia, donde todo alumno de primer curso debía recitarlo si quería aprobar la asignatura “Historia de los Experimentos Temporales”:

«Está usted invitado  
a una recepción  
para viajeros del tiempo.  
Organizada por  
el Profesor Stephen Hawking  
Tendrá lugar en  
la Universidad de Cambridge  
Gonville y Caius College  
Trinity Street  
Cambridge



Ubicación: 52° 12' 21" N, 0° 7' 4.7" E

Hora: 12:00 UT 28/06/2009

No se requiere confirmar asistencia».

Lo curioso de esa célebre invitación no era su contenido, no. Lo interesante era que ese texto se había difundido hasta unos días después de haber tenido lugar la fiesta: nadie que no viniese del futuro podría haber sabido que precisamente allí y en ese justo momento iba a celebrarse la recepción.

Este evento singular me había obsesionado durante gran parte de mi vida. Debo confesar que la primera vez que me lo describieron me pareció algo ingenuo e infantil, pero a medida que iba pensando en él me fue pareciendo más y más original. Gran parte de ese encanto residía en su sencillez: la idea de que uno de los más eminentes científicos de la época recibiese de esa forma nada ortodoxa a unos hipotéticos viajeros del futuro tenía cierta elegancia. Tanta elegancia como ineficacia, ya que, como es por todos sabido, resultó siendo un rotundo fracaso: no acudió nadie. Muchos lo consideraron una demostración de la imposibilidad del viaje al pasado, aunque hubo otros que propusieron hipótesis alternativas para justificar el resultado final: algunos opinaban que las invitaciones no habían tenido la suficiente publicidad como para perdurar a lo largo de los siglos, por lo que la existencia de esa fiesta sería desconocida en el futuro; varios argumentaron que quizás no se llegaría a disponer del control necesario para ajustar con la precisión exigida el traslado a un instante concreto del pasado, con lo que ese tipo de viajes no tendrían tanta precisión como para afinar tanto el momento de llegada; también hubo unos pocos que especularon con la idea de que los viajeros temporales quizás preferirían invertir sus recursos en otros destinos más atractivos, como acontecimientos cumbre de la historia o sucesos de importancia cultural; y hubo incluso quien bromeó con que no es que no hubiesen acudido asistentes, sino que el Profesor Hawking tras hablar con ellos se había visto forzado a asesinarlos a todos para preservar el continuo espacio-tiempo.

Bromas aparte, la realidad era que los viajes en el tiempo serían efectivamente posibles. Llegaría el día en que se dispondría de la tecnología necesaria para ello, por lo que, una vez verificada su viabilidad, se convendría en consensuar una serie de directrices para regular su uso, entre las cuales figuraría como exigencia imprescindible la prohibición a todo viajero de provocar cualquier tipo de interacción que de manera directa o indirecta desembocase en la revelación de la naturaleza del viajero ante personas de un tiempo anterior al de aquel. Hay un control de lo más estricto sobre ese apartado con el objetivo de minimizar los riesgos de incidentes que lleven a una situación comprometida. Los protocolos de seguridad son muy exhaustivos y el personal es entrenado a fondo para reaccionar inmediatamente ante prácticamente cualquier contingencia. Sé muy bien de lo que hablo porque yo soy uno de los encargados de hacerlo cumplir. Como el hecho era que nadie había acudido a la cita del 28 de junio de 2009, mi misión era asegurarme de que así continuase siendo. Yo estaba allí para garantizar la coherencia histórica en ese nudo concreto.

El intruso avanzaba rápido y solo le separaban unos pocos metros de mi posición, por lo que reaccioné con decisión, atravesé la calle, y me dirigí de frente hacia él.

—Disculpa, ¿tienes hora?

Apenas se sobresaltó al oír mi voz.

—Acaban de dar las doce, ¿no ha oído el reloj? —respondió con cierto descaro una versión de mí mismo de 17 años de edad, sin reconocermelo como su versión madura.

—Lo siento, la verdad es que me noto algo desorientado. Ya conoces los efectos que produce cruzar el umbral de Miller-Kobayashi —dije con una sonrisa de complicidad—. Calma, chico, no te pongas nervioso ni hagas ninguna locura que me obligue a tomar medidas más extremas. Sé muy bien que ésta no es la bienvenida que habías imaginado, pero deberás conformarte con haber llegado hasta aquí sin haber causado ningún daño irreversible. Aún tienes mucho que aprender.

Él, en lugar de intentar huir o presentar resistencia, bajó la vista avergonzado, tal y como yo recordaba haber hecho tantos años atrás. Sin revelar mi identidad, le pasé un brazo por el hombro y juntos dimos la espalda al edificio para regresar a nuestros respectivos puntos de origen. La calle recuperó la tranquilidad y la historia continuó con normalidad sin que se produjese ninguna paradoja.

Sigo pensando en aquel experimento muy a menudo. Casi puedo ver al anfitrión solo en su salón, rodeado de globos flotando cerca del techo, mesas llenas de canapés, botellas de champán esperando a ser descorchadas, música alegre,... He vuelto a recordar cientos de veces el botón de la puerta, prácticamente al alcance de mi mano, y he sentido esa mezcla de excitación, esperanza y temor que debió sufrir el Profesor Hawking segundos antes de la hora mientras aguardaba ansioso a que sonara el timbre. Y también he entendido mejor que nadie la decepción final y su posterior resignación. «Lo siento, Profesor», me oigo decir a mí mismo, «la idea era buena, pero la fiesta tendrá que esperar. Quizás en otra ocasión ¿Quién sabe?».

Porque, veréis, hay un detalle que no había recordado hasta este último mes y que hace que lleve inquieto varias noches sin pegar ojo. El caso es que aquella distante jornada, cuando el chico y yo nos alejábamos de la casa, nos cruzamos con un hombre con bastón que paseaba solitario. No le pude ver la cara pero daba la impresión de ser un anciano normal y corriente; alguien a quien precisamente no le dediqué un segundo vistazo dadas las circunstancias. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho, porque la pregunta que no deja de asaltarme a cada momento y que me atormenta hasta hacerse insoportable es si, aquel bastón que golpeaba firme como un metrónomo contra el pavimento, no será el mismo que me regalaron hace tan solo un par de semanas por mi cumpleaños; exactamente el mismo bastón que uso en este instante. ¿Quién sabe? Quién sabe...

# La frontera

Guillermo Cédola

.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas. Siempre me causaba miedo la frontera entre los dos días. No supe qué dirección tomar, tampoco supe qué pensar. Ya era tarde y no había posibilidad de volver atrás lo hecho, ni estaba muy seguro de querer hacerlo.

“Me apabullas con tu cantinela, con tu hidalguía bufonesca”, declamaba irónicamente Laura, impostando la voz pero envuelta en un halo de fastidio, lindando con la intolerancia y en parte actuando el personaje de la obra que estaba preparando. Una vez más habíamos discutido: ella no quería que yo interrumpiera su ensayo y yo sólo quería mirarla, verla hacer sus ademanes principescos frente al espejo.

Algunas veces la espiaba por el ojo de la cerradura mientras se quitaba las medias de encaje que usaba representando a una corista, o cuando interpretaba a la cortesana, ese era el que más me gustaba porque se desnudaba toda y bailaba dando vueltas sobre sí. Cada vez que me descubría la furia la poseía y no cesaba de insultarme sin el menor reparo, luego comenzaba su silencio atronador e ignoraba mis disculpas, mis explicaciones y a mí.

“Me causas gracia”, solía decirme cuando nos acostábamos y quería tocarla. “Es lo único para lo que tienes iniciativa”, murmuraba casi sin fuerzas, con abulia, desgano y desinterés; luego se apoyaba sobre el hombro que tenía más distante de mí, dejando que la indiferencia construyera, entre ambos, una infranqueable grieta amurallada. Después sólo me quedaba de ella: la espalda apenas cubierta por su pelo negro, el perfume que tanto me excitaba y los recuerdos de otros momentos en esa misma habitación, en esa misma cama y posiblemente hasta en las mismas sábanas.

¿Por qué?, ¿por qué me lo pidió si pudo ver en mi cara el dolor y

desconcierto que me causaba? Teníamos una vida juntos, nuestras cosas en común, los recuerdos, eso, los recuerdos: cuando caminamos por la arena, junto al mar, de espaldas al sol sin soltarnos de la mano. Cuando jugábamos a encontrar la primer estrella que apareciera en la noche. Contándonos aquel libro que nos había conmovido, recitándonos un nuevo poema. Aquella cena donde planeamos nuestro casamiento, la compra de los muebles, el primer te quiero, el primer beso, ¿por qué los olvidó? ¿Cómo pudo dejar de lado todos los sueños que compartimos, los planes, los proyectos?

¡Qué poco le hubiese costado restañar mi pena! Yo sólo necesitaba una sonrisa suya, o al menos la intención de una sonrisa, una mirada cálida, un gesto dulce y nada más. O quizás sí, tal vez una palabra cariñosa, un arrumaco o que me escuchara alguna vez sin mostrar la displicencia del que sólo oye.

Escuché una campanada. Ya había atravesado largamente el límite de la noche y dejado detrás de sus confines las aflicciones de la víspera. Esa era la única ventaja que tenía cruzar la frontera: todo lo sucedido quedaba en el ayer, y el ayer ya había pasado, no era presente y por lo tanto era sólo un recuerdo y los recuerdos siempre están aderezados con los desvíos que provoca nuestra mente, entre lo que fue y lo que nos hubiese gustado que sea.

Bueno, en definitiva se lo buscó. Siempre tan indolente, con juicios tan severos sobre mis proceder y tan benevolente para con sus actos, creyéndose inmaculada y perfecta y... Pero la extraño, siento como un vacío en la panza y me duele. No sé bien si me duele lo que pasó o el por qué pasó, porque en definitiva se pudo haber evitado, ella pudo haberlo evitado, pero no, como de costumbre seguía hablando, y hablando y hablando y no escuchaba, no escuchaba y no escuchaba. ¿Qué podía hacer? Pero ahora me da pena porque cuando quería era dulce, cariñosa, me encantaba como era pero después no me encantaba porque se volvía agresiva, acusadora y reclamadora. Pero cuando era buena sí que me gustaba, pero era pocas veces buena, casi siempre era mala. Y como decía mi abuela: “Quien mal anda mal acaba”, y ella

acabó mal. Pero ahora qué hago, ya me había acostumbrado un poco a que fuera mala y cuando yo estaba tranquilo no me molestaba, pero cuando estaba nervioso me ponía muy mal y yo soy muy nervioso y ella lo sabe y tiene que entender que no puedo manejarlo. Si se lo dijo el médico y se lo dije yo muchas veces, por qué me quiere poner nervioso siempre. ¿Se habrá manchado la alfombra del cuarto? Espero que no, porque si no Laura se va a enojar y me va a retar como siempre.

Estaba tan linda con esa bata de baño negra que hace juego con su pelo y contrasta tanto con la blancura de su piel, esos ojos verdes (son lo que primero que me enamoró de ella) y la desnudez de sus pies sobre la alfombra que mojaba a su paso. Claro ella podía hacerlo pero si yo caminaba con los pies mojados sobre la alfombra se enojaba mucho y me retaba. Qué injusta que era. Ella sabía que me ponía nervioso su injusticia pero no le importaba, seguía, seguía y seguía y claro ¿cómo no iba a reaccionar? Ella sabía que yo soy muy nervioso. ¿Se habrá manchado la alfombra del cuarto? Espero que no, porque si no Laura se va a enojar y me va a retar como siempre.

Pero se lo merecía. Claro que lo merecía si siempre está... Pero la extraño, quiero olerla, quiero su calor, su perfume, su espalda. Pero no te preocupes Laura, todo fue del otro lado de la frontera, acá está todo bien, ni siquiera se manchó la alfombra.

# La décima musa

Rosalía Navarro Morente

.....  
[www.albeagaynavarro.blogspot.com](http://www.albeagaynavarro.blogspot.com)  
.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas. Había quedado con Verónica; una compañera del gimnasio de mi barrio. Apenas nos conocíamos pero compartíamos entrenador personal. Sin embargo, no solo la escogí por eso, sino porque, sin ella saberlo, había inspirado mi última novela aún por publicar: *La décima musa*. Y para colmo, la chica se llamaba como yo.

Mi plan era recrear las escenas de sexo de la novela con ella. Aproveché mi anonimato en el mundo editorial, escribía bajo un seudónimo; Natalie Romano, y nadie conocía mi apariencia física. El primer paso era encontrarnos a medianoche en la esquina de la calle España.

La soledad era evidente en ese entorno asfaltado y mal iluminado. Llegó apresurada, casi sin aliento. La sorprendí por la espalda y la besé en el cuello con fiereza. Le gustó, lo sentí. La arrastré hasta un rincón oscuro. Esperé a que un coche patrulla de la policía local pasara. Después introduje una de mis manos en sus pantalones, que se hizo paso hasta su sexo húmedo y excitado. Jugueteeé con su clítoris mientras ella se deshacía del gozo que ardía en su interior. Le susurré al oído la dirección de nuestro próximo encuentro; dentro de un par de horas en la plaza Cataluña, y me fui sin despedirme.

Al día siguiente busqué a Verónica en el gimnasio. Había faltado a nuestro segundo encuentro y me sentía decepcionada. La décima musa se resistía. Pregunté por ella en recepción pero no sabían nada de Verónica. Sin embargo, encontré una nota de suya en mi bolsa de deporte. Me citaba en un local de copas a medianoche, uno de los lugares que mencionaba en mi novela. Era imposible que ella tuviera

esa información, porque la nueva novela aún no se había publicado.

Faltaban cinco minutos para las doce cuando entré en el club *Las Vegas*. Sonó mi teléfono móvil, era la doctora Pérez. Recordé que me había saltado la cita de los jueves y seguramente me llamaba para saber de mí. Ignoré la llamada. Vi a Verónica en la barra. Su imagen se reflejaba en uno de los espejos del club. Estaba radiante y no llevaba las gafas puestas. Sus labios rosados me lanzaron un beso mudo. Me puse a su lado y nos tomamos una copa. A continuación, salimos del local y nos besamos en un callejón mientras la oscuridad nos envolvía. Hicimos el amor allí mismo; pecho con pecho, pubis contra pubis, lenguas enfrentadas en bocas húmedas...

De camino a casa le pregunté cómo supo el lugar exacto de nuestro segundo encuentro. No me contestó, pero me regaló una sonrisa. No era una mujer muy habladora. Su personalidad misteriosa comenzaba a gustarme y merecía ser mi única musa.

Nuestros cuerpos volvieron a encontrarse en mi dormitorio. Contemplé su desnudez en el espejo de la pared, el que utilizaba para vestirme a diario. Alcanzamos el orgasmo al unísono, sin penetración. Nuestros gemidos sonaron como música celestial. Cuando nuestros corazones se calmaron, la despedí con un beso cándido. Regresé a mi dormitorio y el teléfono sonó como un trueno, perturbando el dulce momento que estaba viviendo. Estuve hablando con mi doctora un buen rato hasta que me citó en su consulta el próximo viernes. Insistió en que no faltara, la medicación no estaba dando los resultados esperados y tenía que ajustarla.

Verónica volvió a sorprenderme. Nuevamente se adelantó a mis planes y adivinó el lugar del tercer encuentro de mi novela.

Su sexo me era familiar, sus pechos, el sabor de su boca, la fragancia que utilizaba en todas nuestras citas y el gusto por la ropa cara. Por fin había encontrado a la musa perfecta que además me correspondía.

Era una mujer afortunada, hasta que la doctora me dio una mala



noticia. A pesar de mi buena apariencia física, estaba enferma.

A la salida de la consulta de la doctora Pérez descubrí que Verónica era un espejismo, igual que todas mis novelas. Ajustar la medicación significaba que mi musa, igual que las anteriores, sería una nube evaporándose en el olvido. Significaba perder a Verónica. Tomé una decisión que afectaría a mi salud.

Hoy vivo con ella: la décima musa.

# La encrucijada

Peter Walley

.....

Apuré el paso al escuchar  
las doce campanadas en la iglesia;  
luché contra el impulso de correr  
al ver la luz brillando tras la puerta,  
y desde lo más hondo suspiré  
por que dentro de casa no estuvieras.

Mas es deseo vano e infantil  
el de escapar de las seguras penas.  
“Pasa”, dijiste, “no te quedes ahí,  
que ya ha sido muy larga nuestra espera”.

Entré en el cuarto, y un escalofrío  
me estremeció al contemplar la escena:  
amordazado en el suelo estaba el niño,  
los ojos ciegos por la sucia venda.

“¿Qué ha sido de ella? ¿Por qué ya no está aquí?”,  
te pregunté, temiendo la respuesta;  
y entonces vi la sangre en el cojín,  
e intuí el cuerpo debajo de la mesa.

“Lloraba mucho, me crispó los nervios,  
y por uno es la misma recompensa;  
desde entonces el niño no se mueve,  
me imagino que el mismo fin sospecha”.

El horror me invadió y al punto fui  
a por una bebida a la despensa;

apuré el trago, las manos temblando,  
y maldije otra vez mi vida entera.

Comprendí así que no podría escapar,  
que era cuestión de tiempo que perdiera;  
a no ser que...vinieran a por ti,  
y que al llegar, tú muerto aquí yacieras.

Sí, resolví, no tengo otra salida,  
matarte y evadir así la pena,  
que pagues tú la falta de la niña,  
y también la del niño, si se terciara.

“¿Y bien?” dijiste, “¿qué tal la reunión?,  
¿conseguiste el dinero por las buenas?  
No querría cortar dedos al niño,  
pero si nos obligan ahí les llegan”.

Tu risa terminó de decidirme,  
con una mueca me acerqué a tu vera,  
me miraste curioso, y al instante,  
mi cuchillo asomó por tu cabeza.

Tu balbuceo despertó al pequeño,  
y agradecí su temporal ceguera;  
ya que la venda le ocultó tu sangre,  
y esa expresión cuando la muerte entra.

Se escucha la primera campanada,  
puedo sentir cómo el final se acerca,  
les oigo ya a lo lejos, o eso creo,  
pero antes de irme y acabar la escena,  
una pregunta angustia a mi cerebro:  
¿para matar al niño tendré fuerzas?

# Destino: una nueva vida

Juan Carmona Fdez.

.....  
[www.juancarmonafdez.wordpress.com](http://www.juancarmonafdez.wordpress.com)  
.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas que marcaba el reloj. El tren estaba a punto de partir y el jefe de la estación me instaba a darme más prisa; sin embargo, corría todo cuanto me permitían los tacones y la pesada maleta que arrastraba tras de mí. Cuando finalmente alcancé el vagón, escuché con desatino como el hombre dejaba escapar un bufido de desaprobación.

La puerta se cerró y el sonido del silbato quedó amortiguado por el ruido de la locomotora. Nos movíamos. Tomé aliento, ya no había marcha atrás.

Recorrí con torpeza el estrecho pasillo del vagón, mientras revisaba concienzudamente cada compartimento. Al cabo de un rato encontré uno vacío y totalmente de mi agrado. Intenté colocar la maleta en el portaequipajes, pero los recuerdos y las inseguridades que guardaba en ella pesaban demasiado, por lo que opté por mantenerla a mi lado.

Había decidido viajar de noche para ampararme en las sombras, para no levantar rumores en el pueblo donde vivía. Simplemente, la gente se levantaría al día siguiente y descubrirían incrédulos que ya no estaba allí. Aunque también lo había hecho para poder dormir tranquilamente mientras durase el viaje, suavemente mecida por el vaivén hipnótico del tren.

Disfruté de un breve sueño ligero, aún temiendo que alguien entrase en el compartimento. Cuando finalmente abrí los ojos pude descubrir sentado frente a mí a un apuesto y joven desconocido que me observaba sonriente.

—No la ha soltado ni un solo minuto —dijo el muchacho, haciendo referencia a la maleta que sujetaba entre las piernas—. Nadie podría haber intentado robársela.

Me sonrojé e intenté reincorporarme en el asiento de la forma más natural posible.

—Discúlpeme señorita, no me he presentado: Oliver Bonnaire —añadió, extendiendo su mano.

Dudé.

—Isabelle Bouquet —respondí mientras hacía lo correcto y le estrechaba la mano—Me dirijo a Limousin, allí vive mi hermana...

Me detuve de repente, dándome buena cuenta de que no era necesario explicarle a aquel joven los detalles de mi viaje. Oliver comenzó a reír, por lo que deduje que intuía lo que estaba pensando. Era una risa inocente, jovial y contagiosa, por lo que inmediatamente yo también me puse a reír.

Permanecimos en silencio durante un largo espacio de tiempo. Aproveché para examinar a Oliver, para reflexionar sobre aquella situación, para valorar y descartar los miles de pensamientos que se me pasaban por la cabeza.

El muchacho también me observaba, y noté como mis mejillas se sonrojaban y ardían ante la imposibilidad de adivinar que era lo que estaba pensando. Tenía sus ojos de color miel clavados en mí y los labios apretados en una mueca sensual.

—Y usted, ¿hacia donde se dirige? —pregunté entonces, rompiendo sin saber porqué aquel momento.

—Casualmente también a Limousin —respondió—. Trabajo allí como profesor en Saint Jean.

¿Saint Jean?

Sentí como el corazón me daba un vuelco en el pecho y este comenzaba

a latir muy deprisa.

Saint Jean era el colegio en el que mi hermana Charlotte había conseguido una plaza de maestra para mí.

*—Olvida a Laurent. No le debes nada, tan solo sufrimiento. Ven conmigo a Limousin, allí podrás empezar desde cero* —me había aconsejado mi hermana semanas antes.

Me abracé a mi misma acariciando las heridas invisibles que me había provocado ese amor tan grande que había sentido por Laurent. El tormento grabado a fuego en mi piel. Intenté disimular las lágrimas para que el joven no descubriese el inmenso dolor que guardaba en el interior de mi alma. Vi mi rostro reflejado en el cristal de la ventana, los ojos húmedos. El retrato de la persona vencida.

No. No podía permitirlo. Ya no.

*—Cerca de la estación hay una cafetería —dijo Oliver, una vez más el muchacho pareció intuir que algo no marchaba bien—. Si usted quiere puedo invitarla a un buen café cuando lleguemos.*

*¿Acaso el destino me ofrecía otra oportunidad para ser feliz?*

Tomé aliento y dibujé el esbozo de una sonrisa en mis labios. Un buen café junto a una persona por conocer era lo que necesitaba para comenzar mi nueva vida. Una nueva vida lejos del amargo sinsabor del pasado, del recuerdo opresor de Laurent que poco a poco se iba diluyendo de mi memoria como sangre vertida en agua.

# Campanadas finales

Servio Flores

.....

Apuro el paso al escuchar las doce campanadas. Intento ubicarme. Trato de hacer un mapa mental de donde puede estar la iglesia. Por alguna razón no tengo nada claro, es como una mezcla de haber vivido esto antes y al mismo tiempo de no haberlo vivido nunca. *¿Jamais vu, deja vu?*

—Uno...

Hago el recorrido por una calle de tonos sepias, es como un atardecer. Hay algunos elementos conocidos o al menos familiares, pero en sí la calle es como de una película. *¿De qué película?* Seguro ya lo recordaré después. Casi siempre sucede eso. Uno se esfuerza y no logra recordar, sin embargo recuerda a veces todo, casi sin esfuerzo.

—Dos...

La calle es amplia, hay edificios de arquitectura clásica, no creo que alguien viva en ellos, seguro son edificios de oficinas, eso explica lo vacío de la calle a esta hora. Es una calle bella, amplia, con árboles a los lados, pero luce descuidada, llena de hojas, como en un otoño intenso.

—Tres...

El eco de la última campanada aún resuena en mi cabeza. Se moviliza dentro de ella tocando fibras de recuerdos de un pasado próximo, pero aún todo sigue siendo muy borroso. Algo me recuerda que debí acudir, o que acudí a un duelo. La cita seguramente era a las doce campanadas y frente a la iglesia. No sé si traigo arma, siento mis manos pesadas y como sin tacto, no puedo saber si tengo arma, pero me apresuro para llegar a tiempo. Me siento sudoroso, como aquella vez que me desmayé

por un bajón de azúcar. Esta vez siento que floto. Allí está la misma calle pero no hay iglesia. Mi mente se transporta, percibo un olor a sangre, lo siento cerca, tan cerca como si de mí misma nariz brotara. Ya he sentido ese olor antes, intento ignorarlo. No lo logro. Escucho voces, más que voces son murmullos. Como mucha gente comentando al mismo tiempo y sobre cosas que desconocen. Hay un olor a tabaco que llega tenue, disminuido por el olor de la sangre que se vuelve más intenso.

—Cuatro...

De momento me parece que veo una ciudad, las luces de lo que parecen autos me encandilan, por un momento pienso en las estrellas. Busco la constelación de Tauro y no la encuentro, siempre fui malo identificando estrellas. No debe ser el cielo, pienso y tampoco son autos, digo, definitivamente no es una ciudad, concluyo.

—Cinco...

Escucho pasos, más que pasos son los brincos de alguien que espera algo. Los percibo en un solo puesto. El sonido me hace evocar un enorme gong que espera mi respuesta. ¿Pero qué respuesta, yo solo tengo sueño? Pero no puedo dormirme, la iglesia debe estar muy cerca y mi compromiso es llegar.

—Seis...

Las campanadas se escucharon aquí cerquita, alguien debe estar esperándome para batirse en duelo contra mí. ¿Porque no puedo aclarar mis ideas? ¿Qué me pasa?

—Siete...

El sonido de las campanas, me resulta ahora diferente, ya no como un eco, más bien como algo actual, como un golpe seco que se repite cada segundo. Exactamente cronometrado y avanzando de forma decisiva y cruel.

—Ocho...



Recuerdo un objeto rojo que se acercó a mi cara, parecía algo blando, pero me golpeó con fuerza...

—Nueve...

Acomodo mis ojos, me ubico boca arriba, las luces que están sobre el ring me deslumbran, siento el tibio correr de la sangre fluyendo desde mis fosas nasales. El protector bucal me impide respirar con todos mis deseos. Mi mente ordena ponerse en pie pero mi cuerpo no responde, estoy grogui. Sin embargo me doy cuenta que mis días de campeón han terminado, entonces lo razono, no han sido doce campanadas, solo la campanada final del último round que he peleado, el décimo segundo creo. Ubico el martillar del cronometrista indicando los segundos, las botas de mi adversario en la esquina neutral saltando de impaciencia y miro al *referee*. Sus manos señalan nueve y recuerdo que en este estado, ni aun en el último asalto, no salva la campana...

—Diez.

# Fin de año

Noe Melià

.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas.

Como siempre apura al escuchar algún sonido.

Sonidos que profundizan, que se me meten en tu ritmo interno.

Y lo cambian.

Lo modifican.

Ya nada vuelve a ser como antes.

Llegar a casa el 31 de diciembre a las siete de la tarde. Quitarse la ropa manchada y aburrida del trabajo. Disfrutar, desnuda, de la nada. Disfrutar de los últimos momentos del año sin esperar nada nuevo. Mirándose en el espejo unos minutos como le enseñaron en la clase de *reiki*. Puede que tener un poco de miedo porque el tiempo, aunque ella disimule, no pasa en vano. Hemos hecho ese montón de cosas. Y los días son días de verdad. Esto es el tiempo. Y ese tiempo es la vida que no deja de picar en la cabeza. La vida que apartas de una bofetada ese día de enfado, y que vas a buscar desesperada al terminar la tormenta.

Desnuda.

Recorrer habitaciones. Buscando a esa persona que se ha ido. Ese momento que pasó. La decisión que nunca pudo tomar. La botella de ginebra que escondió y que ahora quiere beberse. Bailar. Mientras recorre habitaciones y en cada una se encuentra. Estirarse en la cama y decidir: no voy a darme prisa. No tengo prisa. Puedo hacer lo que quiera. El año no va a cogerme. Esta noche no tengo que vestirme. No tengo que maquillarme. No es necesario.

Lleva días pensándolo.

No es necesario. No tiene ninguna cena adonde ir. Nadie la ha invitado a nada. Al fin y al cabo, es un día cualquiera. Así que no vale la pena teñirlo de excentricidades.

Al poco de estar tumbada en la cama se duerme. De cansancio de mirar fotografías con la mente. De cansancio de echar de menos y de cambiar de piel y de mirada, Y de cansancio de convencerse de que no tiene frío ni hambre ni sed. Es un sueño profundo y largo. En el que se reencuentra con su madre convertida en sapo. En el que hace una excursión a caballo por el bosque espeso. Tiene que apartar las ramas para no arañarse la cara. Va vestida de exploradora, pero sabe que esa ropa no la ha elegido ella. Puede que algún habitante de aquel lugar para observarla cabalgar de lejos, recorriendo sus tierras.

—¡Observemos cabalgar nuestros caballos a la desconocida, que se cree reina del mundo nuevo! —grita de repente el dueño de las tierras de las que se cree descubridora.

Abre los ojos, y como si hubiese descifrado un antiguo mensaje oculto, le recorre el miedo. La ansiedad. La obsesión. ¿Qué pinta durmiendo un Fin de Año? ¿Dónde está la gente, la música latina molesta, la canción de Mecano? ¿Dónde está la ropa que solo utiliza la noche de Fin de Año? Demasiado transparente. Nueva. Vulgar. Brillante. ¿Y su sombrero de fiesta? ¡No! Debe levantarse. Mira el reloj. Son las doce menos cuarto. En quince minutos el 2013 habrá pasado. Se viste lo más deprisa que puede.

Baja a la calle ajustándose los zapatos de tacón. Moviendo el cuerpo enmascarado en el disimulo propio del que se da cuenta de que quitarse las máscaras no es cuestión de acción sino de paciencia. Las doce menos cinco. Se dirige triunfante hacia la Plaza del Sol. Compra el cava y las uvas en el camino. Está preparada de nuevo.

Y, al escuchar la primera campanada, apura el paso. Y coge una uva y se la mete en la boca. Cada vez está más cerca del centro de la plaza. Y al escuchar la segunda, otro paso, y más cerca, y otra uva. Y así hasta doce. Y en la doce. Hay una chica guapa en medio de Sol. Mirando el

reloj. Esbozando media sonrisa. Pensando que ya está. Que allí está.

Y allí están, a lo lejos, los amigos de siempre. Todos brindan por el nuevo año. Al verla de lejos, le hacen un gesto.

—¡Mía! ¡Qué guapa! ¡Ven! —Y Mía va. Como si tuviese un hilo invisible atado en el ombligo que tira de ella. Y vuelve a apurar el paso. Y a dar un saltito. A esquivar a miles de personas. Y se funde en un abrazo infinito y confuso. Y hasta mañana.

# Los latidos de la bestia

José Molina

.....  
*www.trazosyrasgos.com*  
.....

Apuré el paso al escuchar las doce campanadas. Mi corazón se detuvo durante un instante, algo imperceptible para cualquier persona, pero no para mí. Inspiré entre dientes y continué mi carrera por los callejones del barrio gótico de Barcelona.

Con una mano me levanté un poco la manga para mirar la hora en el reloj. Hacía exactamente dos minutos que habíamos entrado en un nuevo año y en los próximos dieciocho minutos debía encontrarla. Porque, de lo contrario, este sería el año más corto que habría conocido toda la humanidad.

Mi corazón se detuvo de nuevo, pero esta vez fue más doloroso y perdí el control de mis piernas brevemente. Apreté los dientes y seguí con paso decidido. No podía fallar ahora.

Las luces navideñas que iluminaban Las Ramblas me deslumbraron. Me cubrí los ojos como pude e intenté seguir moviéndome entre la multitud, pero tuve que detenerme y calmarme durante unos segundos. Los amasijos de colores fueron tomando forma cuando mis pupilas consiguieron por fin adaptarse al entorno. Todo estaba decorado para la ocasión. La gente se agolpaba en pequeños grupos, celebrando la llegada del año. No estaba interesado en ellos, pero sus gritos y risas se estaban tornando estridentes y molestas, y dudaba de que pudiese controlar mucho más la bestia que habitaba en mi interior. Agité la cabeza apartando esos pensamientos. Yo buscaba a una persona en concreto, y estaba seguro de saber hacia dónde se dirigía.

Volví mi mirada hacia plaza Catalunya. Desde donde me encontraba, podía ver la enorme carpa de la pista de hielo. Antes de poder retomar

mi búsqueda, una punzada atravesó mi pecho y tuve que contener un grito de dolor. Caí de rodillas en medio de la calle y coloqué mi mano en el suelo para no derrumbarme por completo. Sentía que me faltaba el aire.

Unos zapatos desgastados aparecieron en mi campo de visión y aprecí cómo esa persona se agachaba para apoyar una mano sobre mi espalda.

—Perdona, chico, ¿te encuentras bien? Puede que hayas bebido demasiado.

Todo lo contrario. El que había bebido demasiado era él, puesto que el aliento le apestaba a alcohol. Tenía los ojos entornados y ojerosos, acompañados de una sonrisa exagerada. Su camisa blanca estaba arrugada y tenía manchas y restos de comida pegados a ella. Y para colmo, con la otra mano sujetaba una botella de cava, casi terminada.

Aparté su mano con la mayor delicadeza posible y me incorporé como pude.

—Estoy bien, simplemente he tropezado. Muchas gracias y feliz año nuevo.

Continué mi camino hacia la plaza, pasando de largo de aquel desconocido. Sin embargo, aún no me había alejado de él unos pocos pasos cuando de nuevo se dirigió a mí levantado su voz.

—¿Estás seguro de que ha sido un tropezón? A mi parecer creo que lo que deberías hacer es cuidarte un poco más tu corazón.

Al escucharle me quedé helado. Me giré y vi cómo aquel joven borracho había desaparecido y ahora se mantenía en pie sin tambalearse. Mientras daba un largo trago a la botella no dejaba de mirarme con sus ojos llenos de pura maldad. Se limpió la boca con la manga de la camisa y mostró una sonrisa de complicidad. Cómo no podía haberlo reconocido antes.

—No... No puede ser. Tengo que encontrarla.

Antes de que pudiese salir corriendo noté su mano agarrándome con fiereza el brazo izquierdo, parando mi huida.

—No irás a ninguna parte. Tu destino está decidido. En cinco minutos la ciudad de Barcelona se convertirá en el epicentro de la extinción humana. Y tú, mi querido compañero, vas a ser el detonante.

No. No quería aceptarlo. Esa maldita historia me había atormentado desde que tenía uso de razón, pero no quería creerlo. Sabía que tenía una oportunidad de acabar con todo eso y era encontrarla a ella.

—Suéltame. —Apretaba los dientes con fuerza.

—Oh, vamos. ¿Te has enfadado? Solo quiero ver cómo va a empezar todo esto.

—¡He dicho que me sueltes!

Mi rabia había ido aumentando a medida que me mantenía prisionero y, cuando lancé aquel grito, no pude dar crédito a lo que pasó a continuación. El hombre salió despedido, estrellándose contra unos contenedores de basura que había cerca.

La energía que lo había empujado era similar a una ráfaga de viento, un campo de fuerza generado a mi alrededor para protegerme. Desconocía la existencia de tal poder. Tenía agitada la respiración y notaba mi cuerpo cansado, frágil.

El silencio que me acompañaba me ayudó a comprender enseguida que había llamado demasiado la atención y ahora era el centro de todas las miradas. Debía escapar de allí.

Pero mi corazón falló una vez más. El dolor era desgarrador y provocó que encorvara mi espalda hacia atrás, como un latigazo. Cerré los ojos. Grité y grité hasta que mi garganta no pudo soportarlo más. Al parecer, aquella tensión había acelerado el proceso y el momento de mi transformación se había adelantado. La bestia iba a salir.

Y cesó de repente.

Todo. La ira, el dolor... No comprendía qué estaba pasando. Como un suave susurro, empecé a escuchar su voz, que me llamaba. Y por fin pude verla con claridad. La mujer con la que tantas noches había soñado ahora se acercaba hacia mí, apartando a la gente con suaves movimientos. Me tendía el brazo para que tomase su mano.

Pero nunca llegaría a cogerla.

Mis ojos se desviaron de su figura para captar cómo aquel bastardo saltaba con el cuchillo en ristre arrancándole la vida.

Y ese fue mi último recuerdo como humano.



.....

# **Móntame una escena... enfrentada**

*Febrero, 2014*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Aprovechando que en el blog estábamos tratando el tema de cómo escribir escenas de peleas y luchas, la propuesta para el mes de febrero consistía en enviar un relato (con su presentación, su nudo y su desenlace) en el que se cumpliesen las siguientes características:

1. Dos personajes que se enfrenten en una pelea, lucha, batalla, escaramuza o combate.
2. En el relato ha de aparecer la palabra «secreto».

# El negro

M. H. Heels

.....  
*www.mhheels.wordpress.com*  
.....

—¿Algún otro héroe? —rugió a la grada.

El temporizador holográfico marcaba que aún quedaban 35 minutos de lucha, a su lado, el marcador del premio aumentó en otros cien mil. El pentágono que formaban las gradas alrededor del campo de batalla enmudeció.

—¡Negro, Negro, Negro! —comenzó a aclamar poco a poco el público, quizás ya no encontrase a ningún otro oponente esa noche. Le llamaban El Negro, aunque no tenía nada que ver con su color de piel.

Desde la parte más alta de la grada, Desmond respiró hondo y sopesó la situación. Una fea herida cruzaba la espalda del Negro, cojeaba y tenía una ceja tan hinchada que esperaba que no le dejase ver. Debería estar cansado y débil, aprovecharía la oportunidad.

Desmond levantó la tapa del pulsador y puso su dedo índice sobre el lector. El sonido de la bocina que anunciaba el nuevo oponente le retumbó en las tripas. Cómo llegó desde su asiento hasta el campo de batalla acabaría siendo un misterio.

De cerca, El Negro era mucho más grande de lo que parecía desde la grada, era un titán. Desmond intentó separarse de la pared del pentágono. El Negro corrió hacia adelante con una rapidez y agilidad que desentonaban con su envergadura, empujando a Desmond contra la pared con toda la fuerza de su peso, lo que hizo que los pulmones se le vaciaran de golpe. Su fuerte antebrazo derecho presionó su garganta elevando su cuerpo medio palmo del suelo, dejándole colgado como un muñeco de trapo.

—¿Por qué luchas?

La pregunta del Negro le pilló desprevenido. En esos momentos todas sus neuronas estaban concentradas en conseguir un poco de aire. A pocos metros de donde estaba, la lanza dorada del primer oponente brilló más que los puntos negros que comenzaban a formarse en su visión. Si pudiera alcanzarla...

Reunió las pocas fuerzas que le quedaban y lanzó un rodillazo contra su entepierna. Siempre había pensado que lucharía con más elegancia, pero ahora ya le daba igual. Su rodilla chocó contra algo metálico. El Negro le devolvió media sonrisa burlona mientras se dejaba caer sobre su espalda, rodando hacia atrás y lanzándole por encima de su cabeza.

El golpe contra el suelo fue brutal. Nunca antes había tenido una costilla rota, pero ahora no tenía ninguna duda de que, al menos, se le habían roto un par de ellas. Al girarse en el suelo pudo ver la lanza a la altura de su mano derecha pero apenas la había tocado cuando le pisó con fuerza la muñeca.

—¿Por qué luchas? —repitió—. ¿Por el dinero? ¿Por venganza, quizás?

Notaba los tendones de la muñeca ceder bajo la fuerza de aquel titán y sentía un pinchazo agudo cada vez que intentaba respirar. Supo que había perdido la batalla antes de pisar el campo. Ni siquiera había tenido la oportunidad de luchar.

—¡Por la gloria! —gritó sin pensarlo mirando directamente a los ojos de su verdugo.

—¿Es eso lo que quieres?

Desmond asintió.

El Negro sonrió de nuevo, pero esta vez no era la media sonrisa de superioridad de antes, sino que era una sonrisa cálida, casi de hermandad. Se inclinó levemente hacia Desmond.

—Escúchame atentamente: con la mano libre tira de mi rodilla, la

tengo lesionada y no será raro que me hagas perder el equilibrio. Levántate rápido, sujeta con fuerza la lanza y clávamela en el hueco de la garganta, justo debajo del mentón. Si dudas, te mataré. No puedo dejar que sospechen de mí ¿me has entendido?

—¿Quieres que te mate? —Desmond no entendía lo que estaba pasando.

—Es la única manera de dejar este juego, ese es su secreto —respondió señalando levemente con la cabeza hacia la tribuna principal—. ¡Muévete!

Desmond obedeció casi sin pensar. En un instante, El Negro estaba tumbado boca arriba y él sostenía con fuerza la lanza por encima de su cabeza. El público en la grada enloquecía por momentos. Llevó la lanza hacia atrás para coger impulso. Las facciones del Negro se relajaron, como si por fin estuviera en paz... y Desmond dudó. Únicamente fue una fracción de segundo, pero dudó.

La lanza ya no estaba en su mano, sino que salía desde su estómago. El Negro le miraba con una mezcla de rencor, odio y decepción que no había visto jamás en ningún otro ser humano.

—¿Algún otro héroe? —rugió El Negro a la grada mientras el cuerpo de Desmond se desplomaba sobre el barro.

# Gorok, el temido

Zero

.....  
*www.zeromaniatic—return.blogspot.com.es*  
.....

Lodo, eso era todo en kilómetros a la redonda, le llegaba el agua hasta la cintura. La lluvia que caía le salpicaba por la espalda y él se ponía rígido. Heisen era un joven de cabello corto y rubio, con unos ojos azules que se veían a través de su casco y un cuerpo lleno de cicatrices de antiguas batallas en la academia. Su armadura no conseguía retener la mayoría de las gotas que caían, y él se mojaba. Sin embargo, pese a la lluvia, consiguió ver la silueta de su contrincante. Heisen sacó su espada y su escudo del amarre de su espalda. Había un mínimo de niebla que también le hacía imposible de ver las facciones de aquella bestia. Esta se fue acercando, poco a poco, hasta que finalmente pudo ver al enorme ogro verde, con un martillo sobrenatural (a ojos de Heisen) y una cara que expresaba su mal humor, unos dientes amarillos, un traje hecho de piel de puma y huesos de humanos y animales por igual.

—Tú serás Gorok —dijo Heisen, el ogro resopló—. Tomaré eso como un sí.

Los dos comenzaron a girar en círculos mientras Gorok sacaba su martillo de la espalda.

—No eres digno de acercarte al templo —dijo Gorok con un tono de voz muy profundo y grave.

—Ni vosotros de asaltar a aldeanos constantemente —dijo Heisen—, me han ordenado que mate a toda tu orden, habéis dado bastantes problemas.

—Hay un secreto en ese templo del que os estamos protegiendo —dijo

Gorok—, qué menos que exijamos una pequeña paga.

—Me importa poco el secreto. Solo he venido a luchar por mi pueblo, así que eso haré.

Heisen se abalanzó contra Gorok, que lo esquivó y le dio un martillazo en la espalda que lo hizo caer bajo el lodo. Heisen se puso en pie como pudo y Gorok ya estaba a su espalda listo para aplastarlo, pero cuando el martillo chocó Heisen estaba ya a un lado. Con su espada intentó cortar el brazo de la bestia, pero esta le dio un codazo y salió disparado de nuevo, cayendo bajo el agua de lodo una vez más, pero esta vez había perdido su espada. Intentó salir de debajo del lodo, pero Gorok llegó antes y le puso el pie sobre el pecho impidiéndole moverse. Mientras más apretaba el pie, más estrés sentía Heisen y más se oía el crujir de la armadura, tenía que descubrir pronto una manera de salir de allí. Mientras tanto, Gorok levantaba el martillo para dar el toque final aplastando el cráneo de Heisen. Cuando se disponía a acabar con él, Gorok sintió un dolor horrible en su pie, Heisen le estaba arrancando las uñas con las manos. Gorok cayó de espaldas gimiendo de dolor mientras Heisen se levantaba y cogía aire fuertemente. “Ha estado cerca”, pensó Heisen. Entonces Gorok se levantó enfurecido y se lanzó de cabeza y con el martillo en la mano a por él. Heisen usó su escudo, que aún llevaba en mano, y retuvo el impacto de cabeza pero no el empujón. Gorok paró de empujar por el dolor de su pie, lo que le permitió a Heisen buscar su espada bajo el lodo, pasó su pie hasta que le dio una patada a algo duro. Alegre, Heisen cogió su espada y se abalanzó contra la bestia. Gorok le intentó dar un martillazo con dificultad, pero Heisen pasó por debajo del trayecto el golpe. Pudiendo encontrarse de cara al estómago de la bestia. Heisen clavó su espada hasta el fondo, el fuerte sonido de chapoteo en el agua dejaba claro que Gorok había soltado el martillo. El pantano quedó en silencio, no se oía ni la caída de una cascada, ni un pájaro, ni si quiera un grillo. El silencio se cortó con la caída del cadáver de Gorok al pantano. Heisen guardó su espada, su armadura estaba cubierta de gotitas de sangre de Gorok que iban desapareciendo con la lluvia. Heisen miró a un lado del pantano: la cueva estaba allí, y seguramente había más de un ogro

allí dentro, pero él avanzó hasta su interior, esperando encontrar el misterioso secreto del que Gorok hablaba.



# Sé buena, princesita

David Rubio

.....

Al agente Jack Cooper le molestaban esos ruiditos que emitía su compañero, el gordo Steve, cuando devoraba donuts en el coche patrulla.

—Los mejores son los clásicos, sin rellenos ni confites. ¿Qué opinas Jack?

—Espero que después limpies el volante.

—Tienes que relajarte y disfrutar de los pequeños placeres. ¿Con qué disfrutas tú?

“Unidad 437”, emitió la radio.

—Aquí unidad 437 —respondió Cooper con premura.

“Hemos recibido una llamada, vayan al ciento veinticinco de la calle siete”.

—¿De qué se trata?

“Estaba aterrado. Solo hemos entendido que en su casa suceden cosas raras”.

—¿Cosas raras? —apuntilló con desagrado—. Pasaremos cuando podamos.

“Deben acudir inmediatamente. El hombre que nos ha llamado es el padre de Laura Flint”

—¿La chica desaparecida? —intervino Steve.

“Exacto. Conocen la cera que nos está dando la prensa con este caso, y la facilidad con la que el Sr. Flint aparece en los medios. No queremos

verlo mañana en televisión acusándonos de que no atendemos sus llamadas”.

—Está bien, nos pasaremos por allí y les cantaremos una nana —dijo Jack.

“Gracias. Cuando terminen infórmennos inmediatamente.”

—¿Pero qué te pasa, Jack? —recriminó Steve mientras giraba la llave de contacto—. Imagínate el infierno que están viviendo esos padres.

El coche patrulla inició la marcha.

—Yo creo que haría lo mismo —dijo Steve tras apretar el botón del ascensor que llevaba a la quinta planta.

—El qué —inquirió Jack.

—Utilizar a la prensa. Es la única manera de que los de homicidios se lo tomen en serio y atrapen a ese asesino.

—¿Asesino? Que yo sepa, todavía se trata de una desaparición.

—Vamos Jack, han pasado tres semanas. Todos sabemos que esa chica ha muerto. Me han soplado que mañana empiezan a fondear el río —dijo el gordo Steve, mientras se alisaba el uniforme—. Vamos a ver qué nos encontramos —concluyó una vez el ascensor se detuvo.

El Sr. Flint les esperaba en el rellano. Vestía una cara de cansancio, sudor y miedo.

—Gracias por venir con tanta rapidez.

—Tranquilo, es lo menos que podemos hacer —dijo Steve con amabilidad—. ¿Qué sucede?

—Ahora todo está... tranquilo pero... —El Sr. Flint bajó la cabeza y se quedó callado, ensimismado.

Los agentes se miraron desconcertados hasta que, finalmente, se decidieron a entrar.

Les recibió un silencio que embotaba los oídos pero, sobre todo, sintieron un frío que congelaba los tuétanos.

Al alcanzar el salón vieron que, dispuestos sobre el suelo, había tres colchones. Sobre uno de ellos se encontraba la Sra. Flint, abrazada a sus dos hijos pequeños.

—Es solo para pasar la noche —apuntó avergonzado el Sr. Flint—. Los niños se sienten más tranquilos así.

—Ya... —Steve entró en la estancia mientras Jack se quedó en el pasillo—. Sr. Flint, ¿a qué se refería con: “suceden cosas raras”?

—Es esta maldita casa —respondió dirigiéndose a su mujer—. Le he dicho mil veces que nos marchemos, pero ella prefiere quedarse aquí, sufriendo las locuras de esos demonios.

—¡No hables así de tu hija! —replicó la Sra. Flint aferrada a sus pequeños.

Steve buscó la cara de Jack que miraba perplejo la escena. Después se volvió hacia la mujer.

—¿Su hija? ¿Va todo bien, Señora?

De repente, unos gritos desgarrados retumbaron en toda la casa. Los niños escondieron sus cabezas en el regazo de su madre.

—¿Hay alguien más? —preguntó Jack al padre.

—No... vienen de la habitación de Laura. Ya empieza otra vez.

Con cautela los agentes atravesaron el pasillo para llegar a la habitación. Estaba cerrada. Steve exclamó:

—¿Quién anda ahí? ¡Abra!

Los gritos cesaron.

—Cúbreme, Jack. Voy a entrar.

Steve cogió el pomo de la puerta y lo giró. Pero no consiguió abrirla.

—¡Sr. Flint! ¿La puerta está cerrada con llave?

En ese momento, un enorme estruendo les sobresaltó. Los policías volvieron atropelladamente, a tiempo de ver como los Sres. Flint y los pequeños salían corriendo de la vivienda. Al llegar al comedor se quedaron boquiabiertos. Los cajones y puertas del armario se abrían y cerraban con frenesí, los cuadros se precipitaban contra el suelo y la lámpara se balanceaba enloquecida. Un horror de luces y sombras que perduró hasta que las bombillas comenzaron a estallar una a una, provocando una lluvia de chispas macabras.

—¡Dios Santo! ¡Qué locura es esta!

—¡Vámonos Steve!

Marcharon hacia el recibidor. La puerta estaba abierta, pero cuando los policías iban a traspasar el umbral, se cerró de golpe.

Jack desenfundó su pistola.

—¡Apártate!

Disparó tres veces hasta reventar la cerradura. Pero la puerta permaneció cerrada.

—¡No quiere que salgamos! ¡Nos quiere aquí! —Gritó Steve.

—¿No pensarás que este caos lo está provocando un fantasma?

El silencio regresó. Los policías aferrados a sus pistolas, volvieron al pasillo. Un olor a podrido comenzó a inundar el aire. Y entonces un escalofrío les erizó la piel: sobre la pared, empezaron a dibujarse trazos de color carmesí que, poco a poco, formaron una sola palabra:

“Asesino”.

De nuevo, atronaron los ruidos y golpes. Sin saber hacia dónde apuntar, retrocedieron sobre sus pasos. Así llegaron a la cocina, donde observaron el mismo aquelarre que vieron antes. Una locura en la que los platos volaban cruzándose con los cubiertos, que salían en tropel

de los cajones.

De repente, un cuchillo se lanzó contra ellos, clavándose con furia en el pecho de Steve. El agente cayó de bruces.

Jack se agachó y dio la vuelta al cuerpo. La sangre manaba a borbotones por la herida, pero no fue eso lo que le aterró; fue su cara de tonos azulados y marcas de putrefacción: como las de un cadáver descomponiéndose en las aguas de un río.

Aquel ser, que ya no era su compañero, se abalanzó sobre Jack y comenzó a estrangularlo. Impotente, trató de zafarse de la presa que lo ahogaba. Sintió el aliento de su boca acercándosele al oído.

—Asesino —le susurró.

Los ojos del agente Cooper se desorbitaron. Reconoció aquella voz. No era la de Steve. Era la voz de una adolescente: era la voz de Ella. Agarró las manos que le apresaban, pero sus fuerzas no ofrecían la menor resistencia ante aquella mole encolerizada. A punto de desmallarse vio su pistola en el suelo. Consiguió alcanzarla y dispararle en la sien.

Se quitó el cuerpo de encima y vomitó. Fue apenas un segundo de paz, hasta que, pese a su cabeza deshecha, aquel engendro volvió a ponerse en pie. Le disparó de nuevo. Pero las balas le atravesaban sin derribarlo.

Jack huyó por el pasillo hasta encontrar refugio en el cuarto de baño. Cerró la puerta y apoyó su espalda contra ella. Su cuerpo exudaba sangre, miedo y horror. Agarró su pistola y comenzó a llorar.

El ruido cesó.

—No tienes nada que temer, soy policía —dijo aquella voz al otro lado de la puerta—. Eres muy guapa para andar sola por este lugar.

Cooper sintió el calor húmedo de la orina empapando la pernera de su pantalón.

—Princesita, sé buena, verás que bien nos lo pasaremos.

El policía clavó el cañón de su pistola entre sus ojos.

—Princesita... voy a entrar.

# A contracorriente

J.J.Walt

.....  
*www.elmundodejenn96y.blogspot.com.es*  
.....

Un hombre esbelto y con cara de pocos amigos camina hacia una mujer que está tecleando sin cesar en un ordenador.

—El comisario quiere hablar contigo.

La mujer camina al despacho de su superior confusa. Que ella sepa no ha hecho nada para que quiera hablarle... ¿O sí?

Al entrar ve al comisario Luna sentado en su silla de cuero y la recibe con una extraña sonrisa dibujada en su rostro.

—Estrada me ha dicho que quería hablar conmigo —consigue decir.

—Así es, agente Martínez —corrobor—. Siéntese, por favor.

—¿Sucedo algo? —pregunta temerosa.

—Sí y no. He estado hablando con la Brigada sobre sus antecedentes.

—Pensaba que ese asunto estaba cerrado... Yo misma hablé con ellos.

—E hiciste un trato con ellos, ¿no es cierto?

—Sí.

—Que consistía en que, si en algún momento lo necesitasen, te tendrían a ti para infiltrarte en el narcotráfico.

—En efecto... En su momento me pareció una buena idea...

—Y hasta este momento lo fue —admite—. ¿Conoces a Richard?

La mujer hace memoria. Son muchas las personas que conoció cuando

estuvo metida en ese mundo... Personas que ha intentado olvidar con todas sus fuerzas.

—Sí, le conozco bastante bien, ¿por qué lo pregunta?

—¿Tendrías fácil el acceso a su banda?

—Sí, supongo que sí. Siempre me quiso bastante. ¿Por qué lo pregunta?  
—repite.

—La Brigada quiere que te infiltres en esa banda.

La agente Martínez se queda sin habla. Sabía que ese momento podía llegar, pero nunca quiso que lo hiciera. Una de las razones por las que decidió meterse a policía fue esa: dejar a un lado que era una famosa narcotraficante.

—Si no quieres infiltrarte...

—Lo haré. No tengo nada que perder.

\*\*\*\*

Álex se levanta esa mañana nerviosa, en pocas horas se enfrentará a su mayor enemigo: Richard, un famoso y malvado mafioso con el que lleva trabajando desde hace casi un año... Aunque quien dice enemigo dice amor. La relación que mantienen de amor-odio perdura desde se conocieron, cuando ella tan sólo tenía dieciséis años.

Pero las cosas ahora han cambiado, la mujer sabe que la ha fastidiado, y que eso en ese tipo de “mundo” se cobra con la muerte. A pesar del amor. Aún así, piensa luchar, a sabiendas de que tiene todas las de perder.

Un poco antes de la hora en la que ha quedado con el mafioso se dirige al lugar: la azotea de un alto edificio abandonado desde hace muy poco en medio de la ciudad.

Al llegar escucha como la puerta por la que acaba de entrar se cierra, y se gira de inmediato. Ve a Richard, con una malvada sonrisa dibujada



en su demacrada cara.

—Hola, Álex.

—Buenos días, Richard. Un extraño lugar para mantener una conversación, ¿no crees?

—Aquí nadie escuchará lo que te tengo que decir —le dice sacando una pistola de la parte trasera de su pantalón y apuntándole con ella.

En ese instante la mujer se percata de que estaba en lo cierto. Ese mafioso ha averiguado su secreto: que es agente de policía, y va a acabar con su vida.

—Me han traicionado de muchas maneras, ¿sabes, Álex? Pero ninguna me había dolido como la tuya —pronuncia el hombre con notable resentimiento—. Nunca tuvimos una relación lo que se dice... normal, pero yo confiaba en ti, Álex, ¡confiaba en ti!

—Prefiero que acabes con esto cuanto antes, Richard —le dice Álex acercándose a él con cautela. La mujer llega lo suficiente cerca de su contrincante como para poder darle un golpe con el brazo en la mano de este, haciendo que se le caiga el arma al suelo. Richard mira furioso a la mujer y le pega un puñetazo en la boca, partiéndole el labio. Al mismo tiempo, Álex le da una patada a la pistola, que se detiene en el medio de la azotea.

Los dos miran el arma. Álex saca la suya y Richard se la intenta quitar. Entre zarandeos, golpes y movimientos de lo más extraños, el arma de ésta sale volando por los aires y cae fuera de la azotea. Álex le pega un puñetazo en la nariz. Richard le da una patada en el estómago, haciendo que retroceda. La mujer ve un hierro en el suelo y no duda en cogerlo y asestarle un golpe en la cabeza al mafioso, que cae al suelo con una brecha sangrante en la frente.

Álex aprovecha para recuperar el aliento, aún con el hierro en las manos. Richard coge un palo de madera y lo utiliza como bastón para poder levantarse.

—Eres muy dura, chica. Pero eso no significa que vayas a sobrevivir —le dice asestándole un golpe también en la cabeza.

La mujer pierde la noción del tiempo por un segundo. Mira la pistola. Está demasiado lejos. Es imposible que la pueda coger. Mira al mafioso. Está herido, pero sabe que ha ganado peleas, tiroteos, estando en peor estado. Aprieta fuerte el hierro, pensando que es la única arma que tiene. Lo levanta con todas sus fuerzas y le da un nuevo golpe, esta vez en el estómago. Escucha el crujir de una de las costillas del mafioso, y, sin querer, se le dibuja una sonrisa en el rostro. La sonrisa se le borra al instante al notar un nuevo golpe en su brazo izquierdo y al sentir un fuerte dolor: se lo acaba de romper.

Vuelve a mirar el arma. Sin pensar, corre hasta ella, pero, a tan sólo un centímetro, Richard la tira al suelo. Ella alarga todo lo que puede su mano y el hombre hace todo lo posible para que no pueda conseguirla.

Álex le da un cabezazo, rompiéndole la nariz. El hombre se levanta, dejándola libre. Ella aprovecha para coger el arma y se levanta también. Mira al mafioso segura, pensando que ha ganado la pelea.

—Este es tú fin, Richard.

La mujer saca de su bota derecha un teléfono móvil y llama a su comisaria. Richard aprovecha la distracción de ella para atacarla. Se enzarzan en una nueva pelea, uno con una costilla que le duele a rabiar y la otra con un brazo que en ese momento no le sirve en absoluto.

De repente se escucha un fuerte ruido, un disparo. Los dos se miran. La chica se cae de rodillas al suelo. Le acaban de dar.

—Ya te dije que no sobrevivirías a esta, chica.

Richard baja de la azotea. Álex mira el cielo por última vez. Cierra los ojos, abatida, aún sin poder creerse que le hayan dado, preguntándose cómo es posible que, habiendo estado en miles de tiroteos siendo narcotraficante, le hayan conseguido derrotar siendo... policía.

# Ajuste de cuentas

Alonso García-Risso

.....  
*www.garcia-risso.blogspot.com*  
.....

Diez días habían pasado del duelo. Se echó otro trago de aguardiente.

Olegario, acodado en la barra de la cantina «Los Cuervos» en Puente Alto, revivía la noche en que Juan Morocho, entregó su alma al Diablo. Conocía al finado de mucho tiempo; ambos vivían al filo de la ley. No habían tenido roces ni desavenencias; hasta que, el Morocho soltó ‘el comentario aquel’ —embriagado—, entre parroquianos del burdel «La Rueda», regentado por Doña Otilia:

—...tráfico cocaína desde Bolivia —lo había dicho con pelos y señales—. Cuando el comentario llegó a oídos de Olegario, dijo: “Atrincaré a este desgraciado lenguaraz, a la primera de cambio”. —Lo terció en las afueras de la Ciudad de Los Andes, en un sitio baldío. Lo acompañaba otro sujeto al que no conocía. De entrada, increpó al desconocido con bronca:

—¡Con vos no es la cosa!, así que alejate del Juancho, para que arreglemos nuestros enredos, como corresponde a machos. —Luego, peló el puñal; Juan Morocho, hizo lo mismo.

Gentes de los alrededores se fueron arrimando hasta formar el ruedo en torno a los bravos que —sin mediar palabra— giraban como gallos buscando lado para tirar la estocada. Iban y venían, lanzando y amagando puñaladas. A la luz de las luminarias de la noche, los aceros dibujaban —tejiendo—, curvas cerradas y abiertas, dejando grabadas en las retinas una geometría de muerte.

El sino de los astros tronó los dedos, guió la mano de Olegario Daza que asestó puñalada mortal. Juan Morocho abatió el cuerpo como

ventana que se cierra sobre sí misma, dejó caer los brazos, dobló las rodillas; luego, quedó tendido en el suelo, cuan largo era.

Olegario —en un resabio cristiano—, se persignó ante el cuerpo de su rival; sabiendo con alivio, que éste se llevaba el secreto a la tumba.

# El dolor salvaje actúa

Adeti

.....

Salió huyendo en la oscuridad de las calles mal iluminadas. Corría rápido y le crujían las rodillas. Dolorido y jadeante subió la escalera, abrió la puerta, encendió la tele y se sentó.

Lo despertó el sonido del teléfono. El reloj señalaba las cuatro de la madrugada. Su hija, desde el otro lado del aparato, le comunicaba que a su marido le habían dado una paliza y estaba en el hospital con diversos huesos fracturados. Colgó y en su cara no mostró emoción alguna.

Su hija, su única y adorada hija, fue una niña querida y feliz. El mundo de comodidades que la rodeaba la hacía ser cariñosa y sensible; al mismo tiempo que dinámica y divertida. Creció responsable y buena estudiante. Con un feminismo muy marcado aprendido de su madre y alimentado por sus propias vivencias, quería hacer una carrera. Deseaba ser independiente y trazar por ella misma su vida y su futuro.

Se fue a una universidad lejos de casa. Su facilidad para hacer amigos hacía que siempre estuviera rodeada de muchos. Cursaba tercero de Ingeniería Aeronáutica cuando, por sorpresa, visitó la casa familiar.

Entró radiante. De sus ojos salían chispas que salpicaban la estancia y a todos abrazaba en su calor. Entusiasmada, presentó al joven que la había conquistado, enamorado... Su ser ya no era suyo, sino que le pertenecía a él. Haría lo que él dijera y le seguiría allá donde fuera.

Abandonó sus estudios. Se casaron y nació Samuel, un hermoso niño.

Todo cambió.

Dejó de ser ella para ser lo que él quería que fuera. Su cara se

ensombreció con tristeza permanente. Sus ojos perdieron la mirada franca para hacerla huidiza. Nunca más volvió a visitar a sus padres. Las visitas que estos le hacían también tuvieron que ser suspendidas. Ella les rogó que no la visitaran ya que perjudicaban la convivencia con su marido. Además, les reprochó que nunca la enseñaran bien. Se consideraba culpable de ser una mala madre y esposa. En todo lo que hacía se valoraba negativamente. A su marido, sí que lo valoraba positivamente. Todo en él era perfecto. Estaba aprendiendo mucho de él.

El paso del tiempo se volvía cada vez más angustioso para los padres. No sabían nada de su hija.

Un día, al cruzar la calle, los padres se la encontraron. Corrieron hacia ella y la abrazaron. Fue como abrazar un poste de la luz. Sus ojos miraban y abarcaban todo el espacio. En ellos había súplica, desgarro, dolor... Llevaba un brazo en cabestrillo: explicó que se cayó por la escalera con el niño en brazos.

La madre lloró y lloró. La situación de su hija le produjo tal desconuelo que una semana después la enterraron. La hija no pudo despedirse: estaba en el hospital con una hemorragia nasal producida, según decía, por un golpe contra una puerta.

El padre, en la soledad, se sentía envejecer. Un dolor salvaje le atenazaba el cuerpo impidiéndole el movimiento.

Se apuntó en un gimnasio. Fortaleció brazos y piernas. Aprendió nociones de lucha y artes marciales. Su cuerpo seguía dolorido y crujiente, pero ágil.

Aquella noche salió de su casa. Llevaba el "Bo" japonés de roble rojo que utilizaba como arma en su entrenamiento. Se apoyaba en él usándolo como bastón; quien lo viera no vería en él más que un viejo inútil.

No fue muy lejos. Se apostó en la esquina de la calle larga y luminosa con el callejón ruinoso y en penumbras. Esperó agazapado en las tinieblas. La noche era ventosa y fría. Al fin apareció quien esperaba.

Caminaba hacía el callejón. La oscuridad le borraba la definición de su rostro. Cuando pasó a su lado solo vio a un viejo apoyado en la pared. El viejo lo siguió, le puso la mano en el hombro...

—¡Hola, yerno! —saludó.

—Oh, ¿qué hace por aquí, suegro? ¿Se ha perdido? ¿Con el *alzheimer* no sabe llegar a su casa?—dijo con sorna y recuperándose de la sorpresa.

—No, no me he perdido. Te esperaba. Es la hora que vienes de ver a tu amante. Se muchas cosas de ti —contestó.

—... explicaciones que me ahorra... —No pudo seguir hablando.

Notó que algo le caía sobre sus costillas y las oyó astillarse como si fueran cañas de bambú. Se dobló y sin poder enderezarse miró... ¿De dónde venía el golpe? Vio el bastón, quiso agarrarlo, pero este ya subía a gran altura fuera de su alcance para ir a caer, quebrándolo, en el hueso de su pierna derecha. El dolor fue tan intenso que el grito se heló en su garganta. No había sangre. Con gemidos sordos se arrastró; la visión borrosa le impedía ver dónde estaba el atacante. Ahí estaba. Levantó la mano y ahora sí pudo agarrar el bastón, pero el viejo, haciendo una pirueta en el aire, manejó el *Bo* con maestría, se lo zafó y lo condujo con habilidad estrellándolo sobre su brazo izquierdo. No hubo grito.

Ya el viejo se iba... retrocedió y le asestó un último golpe con gran precisión en su aparato de macho dominante. El alarido se escuchó en todo el barrio. Se abrieron ventanas. El viejo se acercó y le dijo:

—Ah, mi hija no querrá el divorcio, pero tú sí.

Y salió huyendo...

Cuando entró en la habitación del hospital la imagen que se veía podía muy bien ilustrar una viñeta cómica: allí estaba su yerno, tan lleno de vendas y yeso que parecía una momia. También estaba ella, su hija, con la cabeza gacha, recibiendo los rayos de sol que se filtraban por la ventana en forma de aureola. Lágrimas de dolorosa corrían por sus mejillas.

Se acercó a la cama y la movió como si meciera la cuna de un niño llorón. Su yerno parecía dormido. Le apretó con fuerza la pierna vendada. El yerno abrió los ojos y lo miró horrorizado; el suegro sonrió: los dos compartían un secreto.

Salió al pasillo. Su hija fue detrás. Se abrazaron. En aquel abrazo había reencuentro, liberación, descanso...



# Ya nada será nunca igual

Fernando Sanz Félez

.....  
*[www.dosmildiasconjulia.blogspot.com.es](http://www.dosmildiasconjulia.blogspot.com.es)*  
.....

Se adentró en el bosque sin dudar. Cogió el libro y lo guardó entre sus ropas. Abrió la puerta con cuidado y salió al camino, cubriéndose la tonsura con la capucha del hábito. No dijo nada a sus hermanos ni al abad. Tenía una misión que cumplir. Quizás algún hermano observó su huida desde el campanario y dibujó la señal de la cruz en el aire. Cuando llegó a la última curva tras la que el monasterio desaparecía de la vista, se giró y contempló los altos muros del claustro. Se santiguó y se adentró en el bosque. No sabía cuánto tardaría en salir al otro lado, nunca antes había recorrido aquel camino, pero sabía que tenía que hacerlo. Los árboles eran altos como las iglesias más altas y el sol caía en vertical iluminando el camino. Unos pocos metros más allá, en cambio, la oscuridad era casi absoluta. El monje se giró varias veces e incluso detuvo sus pasos para escuchar. Permanecía quieto, atento a cualquier ruido por si le seguían. Pronto se convenció de que nadie le había visto salir. Para cuando echaran de menos el libro ya sería tarde. Ya habría llegado adonde debía ir. Y cuando mostrara al mundo lo que había descubierto ya nada volvería a ser igual. Se sentó un instante a descansar. Descubrió su cabeza y se secó el sudor con la manga. Desató la calabaza que llevaba atada al cordón del hábito y bebió un trago de agua. Algo se movió entonces entre los arbustos. Se levantó de un salto y la calabaza y el libro cayeron al suelo mientras él buscaba algo para defenderse.

—¿Quién está ahí? —gritó.

Nadie respondió. Cogió una piedra y la lanzó hacia los matorrales. Un instante después saltó un ciervo y desapareció entre la espesura sin hacer ruido alguno. El monje respiró. Lamentó no haber tenido

la precaución de proveerse de un cuchillo. Se santiguó y se agachó a recoger el libro. El agua de la calabaza había mojado algunas hojas. Las secó con cuidado con la manga. Después lo guardó de nuevo entre los pliegues del sayo. Recogió la calabaza vacía, la anudó al cordón y retomó el camino. Estuvo andando durante horas. El bosque parecía interminable. Entonces, y casi por sorpresa, se dio cuenta de que pronto se iría el sol. Y supo que con la oscuridad vendrían otros temores. ¿Y si no consigo cruzar el bosque a tiempo? ¿Y si me pierdo? Aceleró el paso. De nuevo escuchó ruidos fuera del camino. El fraile se detuvo. Cogió una piedra y la lanzó contra la oscuridad.

—Lárgate de aquí, maldita bestia.

El silencio del bosque respondió a la piedra. Siguió andando sin reducir la velocidad

—¿Qué hace un hermano tan lejos de todas partes? —escuchó entonces de detrás de los árboles.

El fraile se detuvo de nuevo. De entre los faldones sacó el libro y se cubrió el pecho con él.

—¿Quiénes sois? Mostraos a la luz.

De detrás de los árboles surgieron tres hombres con harapos y capas raídas.

—No tengo nada, hermanos —se asustó el monje—. Soy tan pobre como vosotros.

—¿Y eso? —se acercaron a él y señalaron el libro.

—¿Esto? —se extrañó—. Sólo es un libro. Un libro santo —apostilló justo antes de que el que parecía dirigirles se lo quitara de las manos con un tirón—. No. Es un libro santo —intentó recuperarlo.

—Quita —le empujó un segundo hombre, mientras el tercero le ponía un cuchillo en el cuello desde detrás.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó.

El jefe observaba el libro.

—¿Cuál es el secreto que esconde? ¿Qué hace aquí un monje solo con este libro?

—Es un libro sagrado. Por favor —suplicó—, no le hagáis daño.

—¿Daño? Sería estúpido —se rió—. Nos servirá para encender el fuego en los días húmedos, ¿verdad? —se rieron los tres.

—No —se liberó del que le tenía sujeto y se abalanzó sobre el que tenía el libro—. Dámelo.

El del libro lo soltó y casi a la vez cogió al monje por el cuello. Un segundo después le clavó el cuchillo en el estómago.

—Vosotros —balbuceó mientras seguía sujeto por el que le había apuñalado—, vosotros... no entendéis... —cayó al suelo— El mundo debe saber...

El bosque se quedó en silencio.

—Mirad a ver si tiene algo de valor y vámonos —le quitó el libro de las manos y lo abrió—. No está mal el librito. Tiene colores. A mi hijo le gustará.

# Cuestión de honor

Constanza

.....

El claro de luna disipaba las tinieblas que debían cubrir el hayedo. El trote de un caballo rompió la quietud de la noche. Eran el lugar y la hora convenidos. El jinete descabalgó sobre el tapiz de hojarasca crujiente que se extendía bajo sus botas.

Sombrero negro y capa negra con embozo para evitar ser reconocido. Manuel de la Vela, hombre de tan alta cuna como baja moral, villano y pendenciero pese a su linaje, que por azares de la vida casó con Catalina del Valle, joven hermosa, exquisita y enamorada... de otro.

Escuchó un galope tendido a lo lejos y supo que su adversario acudía a la cita.

Cristóbal San Martín, bravo, apuesto, amigo y compañero inseparable de juegos, estudios y correrías; y amante secreto de Catalina. Huérfano, de origen más modesto que el anterior, tuvo la suerte de ser tutelado por un tío suyo, hermano menor de su madre; un buen mentor que hizo de él un caballero respetable y aceptado en los círculos nobles.

Descabalgó a unos metros del caballo de Manuel de la Vela. Lucía vestimenta impecable y elegante para la ocasión según la costumbre. Correcto en las formas y de trato agradable, siempre suscitó cierta envidia oculta en Manuel de la Vela, que veía en él la imagen que ningún espejo podría devolverle de sí mismo.

Fue todo un triunfo que Catalina le prefiriera a él y un imperdonable agravio el descubrimiento de la traición que conoció aquella misma mañana, por culpa de una carta que ella no pudo o no quiso ocultar debidamente.

Ahora debía limpiar su honor y su nombre frente a quizá, la única

persona con la que nunca hubiese querido medir su espada.

—Os retrasáis, don Cristóbal —dijo en ligero tono de reproche y visiblemente irritado.

—Disculpad, don Manuel. Un asunto de cierta importancia requirió de mi presencia en el momento de partir —contestó San Martín ajustándose los guantes con estudiada calma.

—Disculpado quedáis. Y ahora..., ¿estáis dispuesto a batiros? —dijo Manuel de la Vela fijando sus pupilas en el rostro impasible de su recién estrenado enemigo.

—¿Veis acaso en mi semblante alguna sombra de duda? —contestó don Cristóbal sonriendo de medio lado mientras se deshacía de su larga capa sin dejar de mirar a su contendiente.

—Bien podría ser este vuestro último lance —advirtió don Manuel.

—¡Dejaos de chanzas, don Manuel! ¡Vive Dios que no os temo! —dijo don Cristóbal quitándose el sombrero y lanzándolo al suelo mientras sostenía la mirada desafiante al ofendido.

—Solo uno de los dos ha de volver cabalgando, lo sabéis —dijo Manuel de la Vela señalando con un gesto de su cabeza a los dos caballos, que, ajenos a la gravedad del asunto, parecían disfrutar de la serenidad del bosque a aquellas horas.

—Mi caballo tiene instrucciones precisas, descuidad —dijo Cristóbal San Martín sonriendo de nuevo a su adversario.

—Cara habréis de pagar vuestra burla, caballero don Cristóbal.

—No me subestiméis, don Manuel. Ya no somos niños. Resolvamos cuanto antes; me esperan.

—¿A estas horas? ¿Quién, si no ofende la duda? —preguntó don Manuel.

—Bien lo sabéis —contestó Cristóbal San Martín con lo que sabía era

una descarada provocación.

—¡Basta! ¡Acabemos de una vez! ¡Que hablen las espadas! ¡A muerte! ¡Desnudad vuestro acero, que a los Infiernos he de enviaros! —dijo don Manuel con los ojos encendidos de rabia al percatarse de la torpeza de su pregunta, al tiempo que arrancaba la espada de su vaina y tomaba posición de combate.

—¡Lo veremos! ¡En guardia! —dijo don Cristóbal desenvainando también con furia la suya. Y se enzarzaron en lo que necesariamente había de ser un duelo a muerte.

Don Manuel ejecutó sus primeros movimientos de ataque embistiendo con fiereza, con intención de romper cualquier táctica premeditada por parte de su adversario. Don Cristóbal bloqueaba con su hoja cada acometida, y respondía rápidamente con réplicas y eficaces estocadas. Ya no era el contrincante fácil de antaño. Manuel de la Vela se mostró sorprendido por la destreza de su rival:

—Vaya, San Martín, habéis progresado mucho en los últimos tiempos —dijo en tono burlesco.

—Os lo agradezco, de la Vela. Viniendo de vos es todo un cumplido —contestó sonriendo al tiempo que le lanzaba un coupé que a punto estuvo de alcanzarle en el cuello.

Don Manuel cambió varias veces de estrategia ejecutando movimientos de distracción en dirección opuesta al ataque. Su maestría con las armas le permitía adaptarse y desconcertar a cualquier oponente.

Hizo retroceder a don Cristóbal, que, al parar uno de los impetuosos golpes, perdió la espada; don Manuel le permitió recogerla en un gesto que a su pesar delataba un fondo noble en su impenetrable corazón. Nunca consintió mostrar su lado más vulnerable ni siquiera con los más íntimos, excepto con quien ahora tenía delante y cuya traición le dolía en lo más profundo de su condenada alma si es que la tenía.

En el siguiente asalto, le hirió en el hombro izquierdo con un estoque

certero y veloz como un rayo. La camisa blanca de San Martín se tiñó de rojo. Este, agarrando con fuerza el acero, realizó un ataque a la carrera que don Manuel no pudo esquivar y también resultó herido en el abdomen. Sujetándose la herida con la siniestra, comprobó que era superficial y atacó de modo feroz a San Martín hasta hacerle caer en un brusco envite que le produjo otro corte, más profundo que el anterior, en el costado derecho. Don Cristóbal cayó al suelo, debilitado por la pérdida de sangre.

De la Vela se le acercó y le ofreció la mano al tiempo que le decía:

—Cristóbal San Martín, renunciad a Catalina. Estoy dispuesto a perdonaros.

—¡Jamás! —contestó Don Cristóbal firmando así su sentencia de muerte.

—Levantaos pues y luchad por vuestra vida. ¡Maldito seáis mil veces!

Y sacando fuerzas de donde ya no había, Cristóbal San Martín se incorporó y adoptó posición de guardia de nuevo mientras se desangraba, dispuesto a matar o morir.

El último ataque resultó agresivo y despiadado: saltaron, forcejearon, chispearon fuego sus espadas, cruzaron miradas desafiantes, blasfemaron y regaron con sudor y sangre aquella aciaga noche. En un descuido, don Cristóbal tropezó de espaldas contra un árbol y se encontró con el acero de don Manuel en su mejilla y acto seguido en su gaxate. Reaccionó dando una brutal patada en el estómago a su rival, apartando así a este y a su temible filo. Don Manuel, que había rodado por tierra, se levantó de un salto y acosó a don Cristóbal con un remesón, hasta que este hizo un movimiento en falso y le atravesó el corazón.

Don Cristóbal cayó herido de muerte y de la Vela lo supo de inmediato. Se aproximó arrojando su espada al suelo, le sujetó la nuca, le incorporó la cabeza para evitar que se ahogara con su propia sangre y buscó tal vez una mirada de perdón:

—Os lo advertí, querido amigo. Siempre fui superior a vos con la espada. Tal vez solo en eso... y creedme que hubiera dado cualquier cosa por no batirme con vos, sino a vuestro lado, como solíamos hacer.

—Cuidad de mi hijo, os lo suplico; solo eso os pido a cambio de mi vida —dijo don Cristóbal.

—¿Un hijo?! ¿Tenéis un hijo?! Perded cuidado que nada le ha de faltar. ¿Donde le encontraré? ¡Decidme, presto!

—Vuestra esposa lo alumbrará a la llegada de la primavera —dijo Cristóbal San Martín con un hilo de voz.

Dejó salir con su último aliento estas palabras tiñendo de negro para siempre el pensamiento y la vida de Manuel de la Vela.



.....

# **Móntame una escena... el parque y el periódico**

*Marzo, 2014*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Para participar en el taller de marzo había que enviar un relato (con su presentación, su nudo y su desenlace) en el que se cumpliesen los siguientes requisitos:

1. El relato debía tener lugar en una única localización y ésta tenía que ser un parque urbano.
2. En el relato tenía que aparecer un ejemplar de un periódico atrasado.

# Ajeno al peligro

Wolfdux

.....  
*www.wolfdux.blogspot.com.es*  
.....

Se detuvo delante de lo que parecía ser un cartel y lo observó. «Miau», se dijo a sí mismo mirándolo con perplejidad. Se lamió una de sus patas delanteras y continuó caminando adentrándose en el parque. El sol lo mantenía caliente, su corto pelaje oscuro retenía el calor y un olor agradable que llenaba el lugar le hicieron ronronear de alegría.

Era mediodía y el lugar estaba tranquilo, los pájaros canturreaban y volaban como locos entre los árboles, el gato los miraba con atención, escondido entre unos arbustos. Sus orejas comenzaron a moverse, escuchando, aquí y allá, sus ojos, iban y venían siguiendo el veloz vuelo de los pájaros. El rabo, tieso temblaba ante la expectación del momento exacto en que saldría de su escondite para atacar.

—Miau —susurró tras ver un colibrí, posándose sobre un antiguo periódico abandonado cerca de su posición—. Miau —continuó mientras se colocaba en posición de ataque. Se agazapó a ras de suelo, sus orejas adoptaron una pose más aerodinámica y el rabo dejó de temblar. Se alzó, y poco a poco se acercó sigilosamente al descuidado pájaro ajeno al peligro que corría. Contuvo la respiración y comenzó a tensar los músculos para efectuar una maniobra fatal para el ave.

Por el rabillo del ojo descubrió como una pelota de fútbol se dirigía hacia él. Saltó hacia atrás y el balón golpeó con violencia en el banco, asustando al colibrí. Tras la maniobra evasiva se volteó huyendo a toda velocidad. «Miau.» se quejó mientras corría a toda prisa. Cuando se dio cuenta estaba en medio de una explanada, había mucha gente pero no hacían mucho alboroto. Algunos dormían y otros tomaban el sol, por lo que se sentó sobre sus cuartos traseros mientras observaba

con atención a su alrededor. A lo lejos, el piular de unos pájaros le hizo bajar las orejas y escuchar prestando atención. Mientras se giraba captó otro sonido, procedente del lugar por donde había venido. Media docena de niños jugaban pasándose la pelota los unos a los otros. Tras observarlos unos minutos se tumbó y se acomodó para poder disfrutar del sol. Comenzó a ronronear hasta que dejó de escuchar cualquier otro sonido. Cerraba los ojos lentamente, como evitando dormirse mientras mantenía el oído preparado por si escuchaba algo fuera de lo normal.

Cuando volvió a abrir los ojos no había nadie en el parque, el sol estaba más bajo y comenzó a sentir un gusanillo en el estómago. El mismo colibrí que había visto antes, le pasó justo por encima volando dirección a la fuente. Observó cómo se posaba sobre una de las esculturas y bebía. Corrió hasta la fuente, disminuyendo la velocidad a medida que se acercaba. La cola rígida con la punta ligeramente flexionada se elevaba por encima de las sus orejas. Sacó la cabeza de entre las sombras y el pájaro al verlo voló lejos de allí.

—Miau —se maldijo acercándose al borde de la fuente y encaramándose con las patas delanteras. Se vio a si mismo reflejado en el agua, mirándose desde allí abajo. Arqueó las orejas y acercó la pata al agua—. Miau —espetó al tiempo que alzaba la pata y se la llevaba a la boca. Sintió el agua fresca, por lo que bebió un poco más antes de buscar algo de comida.

Dedicó varios minutos a limpiarse por completo después de haberse hidratado. Mientras se lamía una de las patas, una mujer montada en bicicleta apareció por el camino. El felino con un gesto ágil se levantó sorprendido y erizó su corto pelaje, inflándose. La mujer pasó por su lado y miró al gato dedicándole una sonrisa. La bicicleta se alejó y el comenzó a caminar tranquilamente adentrándose en la sombra de los arboles. Sus pasos le llevaron al mismo banco dónde había intentado dar caza a aquel asustadizo pajarillo, miró con recelo buscando algo que poder llevarse a la boca, por lo que se acercó a un banco con paso seguro y olisqueó un periódico. «Miau», pensó.

Tras marcar el territorio continuó caminando hasta una papelería que había en otro banco más alejado, allí divisó un trozo de manzana que alguien había tirado. De camino allí, el mismo colibrí de la fuente aterrizó al lado de ella. Nada más verlo corrió esta vez directo al pajarito, saltó sobre él pero consiguió esquivarle con facilidad. El felino se lamentaba mientras intentaba hacerse con unas pequeñas plumas que flotaban por el aire.

Observó la manzana y la olió, arrugando el hocico se alejó. Justo al lado había un vaso con restos de helado en su interior. Se acercó, sintiendo el olor nada más llegar. Comenzó a lamerlo con tranquilidad mientras vigilaba las inmediaciones. Una vez hubo terminado, el colibrí se posó en un banco cercano, observándole. El gato esta vez con la barriga llena, se quedó inmóvil. Con un par de saltitos, el pájaro llegó hasta la manzana y le observó con desconfianza, aguantándole la mirada.

—Miau —le dijo con reproche mientras se sentaba. Se sorprendió al ver la velocidad con la que comía aquella cosa tan pequeña. «Miau», pensó al tiempo que divisaba una sombra tras el banco. Trató de huir pero una mano le aferró del cuello inmovilizándolo en el suelo. Dos niños aparecieron tras el enorme rostro que tenía enfrente suyo, lo sujetaban con firmeza.

—¡Miau! —gritó asustado. Lo alzaron con violencia mientras escuchaba unas risas histéricas—. ¡Miau! —volvió a gritar. Una mujer que estaba corriendo pasó por al lado del grupo de niños y se percató de que lo tenían apresado.

—¡Vosotros! —gritó ella parándose ante ellos—. ¡Soltadlo ahora mismo!

Los niños sorprendidos le soltaron y corrieron alejándose de allí. El gato se volteó cayendo sobre sus cuatro patas, en el mismo instante que notó el suelo, comenzó a correr dirección contraria a sus captores. Oculto entre las ramas vio como la mujer le buscaba haciendo ruidos raros con la boca y se acercaba por lo que se marchó de allí dejándola sola.

El sol ya comenzaba a ocultarse entre los árboles y decidió que ya era hora de volver a casa después de ese incidente. Olfateó el ambiente y dio media vuelta. Sus lentos pasos le llevaron a la entrada del parque. La gran puerta de hierro estaba cerrada y en una valla cercana se encontraba el colibrí esperándole. El gato se acercó y le miró.

—Miau —le dijo antes de saltar entre los barrotes y dejando un día agotador detrás suyo.

# Déjà vu

Denise

.....  
*[www.primeranaturaleza.blogspot.com.ar](http://www.primeranaturaleza.blogspot.com.ar)*  
.....

El sol le daba de lleno en el rostro. La doctora Solano, profesora de física devenida inventora, se puso la mano en la frente a modo de visera para poder ver mejor. El fuerte mareo inicial iba disminuyendo, pero todavía se sentía atontada.

Estaba en el Parque Centenario, junto a los puestos de libros usados. “Bueno, al menos es un lugar que conozco bien”, pensó. Desde su adolescencia tenía la costumbre de ir allí cuando deseaba despejar su cabeza. Siempre había algo para distraerse, y siempre volvía a casa sintiéndose mejor. Pero este no era el caso. Había sufrido una repentina pérdida de memoria, algo totalmente inexplicable, y no podía saber cuán grave era.

Decidió que lo mejor sería volver sobre sus pasos. Dio media vuelta y anduvo por el sendero. Se sentó en el primer banco que encontró, bajo la sombra de un árbol. A pesar de que el otoño ya había llegado, el sol seguía siendo fuerte. La doctora Solano miró a su alrededor, y vio un diario del día anterior. Tuvo la sensación de haber visto el título antes, vagamente diferente, ¿más nuevo, quizás? De pronto recordó algo.

Había ido al parque para intentar resolver tranquila el problema de funcionamiento de la máquina de salto temporal en la que estaba trabajando desde hacía diez años. Había dejado a sus colaboradores en el laboratorio con la orden expresa de no tocar nada hasta su regreso, y se había llevado consigo el control remoto para asegurarse. Confiaba en ellos, pero ese aparato era el trabajo de su vida.

Al pensar en el control, buscó en su guardapolvo y lo encontró: un relojito de bolsillo que había hecho modificar bajo su supervisión

estricta. Lo miró unos instantes y pensó en el último problema que tenían: la parte electrónica fallaba y nadie sabía la razón. Su equipo le había insinuado más de una vez que la máquina funcionaba bien; al menos, según las pruebas. El problema era el reloj. El mismo jefe de ingenieros siempre que podía le echaba en cara que arruinaba el trabajo al jugar con él, cosa que hacía cada vez que se sentía tensa. La última discusión regresó a su mente, y así supo ella por qué estaba en el parque.

En ese punto, el mareo regresó, tan fuerte como antes. La doctora Solano cerró los ojos y se alegró de estar sentada. Al abrirlos vio que en sus manos todavía tenía el control, y se dio cuenta de que esa vez no sólo no había perdido la memoria, sino que además podía recordar que antes del primer mareo había estado jugando con el reloj igual que en ese momento.

Una mariposa pasó volando perezosamente a su lado y por un instante se posó en el borde del banco, junto a ella, y siguió su camino hacia el cantero de enfrente. La mujer giró la cabeza para verla, y notó que el diario del día anterior había cambiado. Tenía otro título.

Y entonces comprendió. El ingeniero en jefe había tenido razón todo el tiempo. El problema siempre había sido el control y ella de alguna manera lo había activado, no una, sino dos veces, con esa manía de jugar con lo que tenía en la mano mientras pensaba.

La euforia la invadió, pero en seguida se dio cuenta de que no tenía idea de cómo regresar.



# El viejo roble del parque

Emma Cofer

.....

El centenario roble se encontraba situado en la parte central de aquel extenso parque que, por fortuna para ella, estaba instalado delante de su propia casa. Solo tenía que abrir la ventana y se mostraba exuberante ante sus ojos; y solo tenía que bajar las escaleras para salir e instalarse en el gran banco de piedra, situado justo debajo de aquellas tupidas y envolventes ramas.

Aquel descomunal y fantástico árbol formaba parte de su vida desde que recordaba tener uso de razón. Había heredado de su padre la afición de abrazar a los árboles y se recordaba junto a él a los pies del roble en un repetido juego, a todas luces frustrado, de intentar abarcar con sus brazos al colosal tronco.

—¡Siéntelo! —le solía decir su padre—. ¡Siéntelo y déjate sentir! ¡Solo entonces escucharás como te susurra!

No sabía exactamente si aquella era la razón, pero cuando se sentaba bajo su abrigo y examinaba el extraordinario tronco centenario, con sus inmensas ramas repletas de nueva vida, sentía que el viejo roble le hablaba y le contaba secretos. Secretos de otras vidas, de personas que a lo largo de los años se habían cobijado bajo el amparo de su sombra. Historias desconocidas que algún día formaron parte de la vida de alguien y que solo quedaron en la memoria del roble.

Cientos de años siendo testigo mudo de todo lo que acontecía a su alrededor. Había servido de refugio tanto a personas de mal vivir, como a jóvenes enamorados, a niños revoltosos, al transeúnte cansado... Y a muchos de ellos los había visto envejecer a la par que él.

Cuando la gente creía que nadie les oía, hablaban sin tapujos, sin

reparos, pero él en silencio lo escuchaba todo. Aunque ella pensaba que, más bien, aquel viejo árbol poseía el poder de leer los pensamientos de quienes buscaban su cobijo.

Como cada mañana, fue al encuentro de su rincón preferido, pero al acercarse observó que estaba ocupado por alguien. Alguien que aparentemente dormitaba en él. Le llamó la atención verle aferrado a un ajado periódico que con ambas manos oprimía contra su pecho, como el que guarda un gran tesoro.

Esperó impaciente a que el desconocido abandonara su hasta entonces inviolable espacio y después, como siempre, se instaló bajo la gigante cúpula que creaba sus entrelazadas ramas. Sentía deseos de escuchar los murmullos de su viejo amigo y confidente, pero en esta ocasión solo escuchó el sonido del viento.

No era la primera vez que dejaba de hablarle. Algunas veces durante días e incluso meses guardaba silencio. Ella ya lo sabía y nunca osaba romper su mutismo. Simplemente esperaba impaciente su retorno, el cual se hacía presente sin previo aviso, de la misma forma que llegaba su afonía.

Durante los días siguientes, cuando bajaba al parque estaba aquel hombre sentado o dormitando en el banco del roble. Siempre abrazado a su viejo periódico.

Intentó calcular su edad, pero no pudo precisarla debido a la barba de varios días y su descuidado aspecto. Pero percibió que su físico resultaba atractivo y dedujo que las ropas, que actualmente lucían desaliñadas, debían de ser caras. Tenía grandes ojos azules, que en otros tiempos posiblemente desprendieron una brillante luz. Sin embargo, ahora estaban apagados, sin apenas vida. Su mirada era lejana, ida, ajena a todo lo que acontecía a su alrededor.

Aquel día, como hacía desde que él irrumpió en su espacio, paseaba por el parque intentando acortar el tiempo de espera para ocupar su sitio bajo el viejo roble, cuando se percató de que el misterioso desconocido

se alejaba porque abajo.

Al tomar de nuevo la posesión de su banco, vio posado sobre él, posiblemente olvidado, el preciado tesoro del intruso. La curiosidad le hizo tomar y ojear el revoltijo de hojas y observó que se trataba de una edición de meses atrás de un periódico local. Un pequeño titular, enmarcado por un reiterado círculo de rotulador rojo, llamó su atención:

“TRÁGICO ACCIDENTE DE TRAFICO EN EL QUE FALLECEN UNA MUJER Y DOS NIÑOS”.

Miró porque abajo buscando la figura del desconocido, intentando entender todo aquello y entonces, sin previo aviso, volvió a escuchar el murmullo del árbol que le susurraba y que le hablaba de Carmen y Adrián: de los primeros encuentros bajo su sombra, de los primeros besos robados, de una joven pareja feliz, de unos padres afortunados, de sus brillantes carreras. Y también le habló de la tragedia posterior: de aquella fatídica tarde lluviosa, del dolor de él, de la culpa, de la soledad y del deseo de morir también y terminar con todo.

Sin pensarlo dos veces, corrió tras él con las maltrechas hojas de aquel periódico entre sus manos y sin saber cómo, gritó un nombre:

—¡Adrián!

—¡Adrián! —volvió a exclamar, mientras aligeraba su paso intentando alcanzarle.

El desconocido detuvo su pausado deambular. Lentamente volvió la cabeza y la miró con cierta extrañeza.

Ella se vio plantada ante él, azorada, sin saber lo que realmente hacía allí y alargándole el periódico, simplemente acertó a saludarle.

—¡Hola! Soy Ángela. Disculpa pero... creo que esto te pertenece.

Adrián clavó sus ojos interrogantes en Ángela y después, durante algunos segundos, observó lo que ella le entregaba como si no supiera

de qué se trataba; hasta que entendió que, incompresiblemente para él, había dejado olvidado lo que hasta entonces había sido su mayor tesoro.

— Gracias... —dijo Adrián. Y de una forma casi autómata, tomó aquello que Ángela le ofrecía—. Pero.... ¿nos conocemos? —acertó a decir, sin dejar de mirarla a los ojos. Confundido, desorientado, como si acabara de despertar de un largo sueño.

—Hasta hoy no, pero durante unos días, has descansado bajo nuestro viejo roble y me gustaría seguir compartiéndolo contigo.

Él esbozó una leve sonrisa y en sus ojos Ángela descubrió un destello de luz.

# Un te quiero por decir

Momo Atesma Lign

.....

*www.lavidaderoser.wordpress.com*

.....

A lo lejos aparece Clara corriendo, como cada día a las ocho de la tarde. Se para en el banco de siempre situado en la zona más cercana a la puerta del parque para estirar. Primero ralentiza el paso de la carrera y luego procede a mover sus largos brazos haciendo giros. Su torso se contonea para estirar los músculos de su fina cintura. Apoya su pie izquierdo en el banco dejando la larga pierna bien estirada haciéndole esperar sus manos que van a la caza de la zapatilla. Luego repite el mismo movimiento con la otra pierna. Realiza los movimientos con una coreografía milimetrada y hartamente ensayada.

El viento sopla ligeramente en el parque, esto alivia el día tan caluroso. Pese a ser tan tarde el calor aún es asfixiante y la brisa se agradece. Aunque ésta haga remover todos los papeles que la gente no tira a la papelera por pereza. Como todos los días hace su pequeña colaboración a la comunidad y recoge unos cuantos papeles que están tirados en el suelo y los vierte a la papelera. Qué desastre. Bolsas de pipas, de patatas fritas, pañuelos, incluso algún periódico Recoge todo lo que está cerca de su banco.

Por curiosidad le echa un vistazo al periódico. Hoy ha tenido tanto lío en el trabajo que no ha tenido tiempo de mirar nada. Empieza a ojear los titulares cuando de repente se queda paralizada. Los ojos se le abren como platos y el corazón se le paraliza por un segundo. Siente mucho frío y las piernas empiezan a fallarle. Busca con la mano el reposabrazos del banco y se sienta sin soltar una de las hojas del periódico mientras las demás salen volando.

“No puede ser”, ese es su primer y único pensamiento. “No puede ser,

no puede ser, ino puede ser!”. Toda su vida se le cruza por la mente. Aún tiene muchos te quiero y te echo de menos acumulados por decir. No puede ser que haya sucedido. Siente un impulso por salir corriendo pero las piernas aún no le responden. Dos lágrimas se deslizan por su aún más pálida cara después de conocer la amarga y triste noticia.

Clara coge el teléfono móvil y hace una sola llamada.

—¿Papá?... Acabo de leer una noticia en el periódico que no te lo vas a creer. —Se para a coger un poco de aire e intenta calmar el nerviosismo—. Me he dado cuenta de que hace mucho que no te he dicho que te quiero, que eres y has sido un maestro para mí, que te echo mucho de menos y tus consejos han sido muy importantes para realizarme como persona —con voz temblorosa continúa—: Te quiero, te quiero, te quiero mucho. Ahora me he dado cuenta que siempre tenía que haber hecho las cosas como tú creías que se debían hacer. Tenía que haber estado a tu lado en todas las situaciones. Tú sabes diferenciar el bien del mal sin tener en cuenta amistades ni familia. Eres la mejor persona que he conocido y siento mucho no habértelo dicho antes. Te quiero mucho y te echo mucho de menos —terminó la llamada con su último ruego—. Dame consejos al oído o en mis sueños para que logre ser la mitad de buena persona que tú has sido. Deja que tu alma esté un poco en mi interior... Te quiero.

Clara no pudo dejar grabado todo el mensaje para su padre, el pitido del contestador ya había sonado y la llamada se había colgado antes del primer te quiero. Un nudo en la garganta no le dejaba respirar, lo deshizo soltando un grito y rompiendo a llorar. En ese momento los pájaros se enmudecieron, el viento se paralizó. La esquela de su padre estaba plasmada en aquél periódico fechado de hace tres días. Ya era tarde para los te quiero, para velar, para todo.

# Aún sigues aquí

Olaya Pérez

.....  
*www.senderosdeletras.wordpress.com*  
.....

El objetivo de nuestra mirada se sitúa en un espacio de ocio cualquiera. Entre árboles y senderos creados artificialmente, una mujer llamada María disfruta del aire falsamente puro y el sonido de los pájaros adaptados ya a la contaminación. Sentada en un banco, María observa los cisnes que se dejan llevar en el estanque y aparta con la mano un viejo diario que alguien ha dejado olvidado a su vera. Respira profundamente como queriendo absorber la quietud y tranquilidad que el lugar evoca, aunque algo irrumpe en su momento de desconexión:

—¡Mamá, mamá!

—¿Qué quieres, Pablo? —responde ella.

—Los otros niños no me dejan bajar en el tobogán. Me empujan y se tiran ellos primero.

—Te he dicho mil veces que no te tires por el tobogán, que...

María levanta la vista hacia un rincón del estanque. Apoyado en la barandilla de madera un hombre mayor la observa fijamente.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada, hijo. Toma dos euros y vete a comprar unos barquillos a aquel puesto. Pero no te alejes de mi vista, ¿entendido?

—Sí, mami.

María aparta la mirada del hombre pero le inquieta profundamente y no sabe por qué. Él disimula y echa unas migajas de pan al agua que causa una algarabía entre los animales de los alrededores.

La mujer intenta autoconvencerse de que está teniendo pensamientos paranoicos sin fundamento pero vuelve a notar que está siendo analizada, por lo que decide cambiarse de banco y comprobar si sus sospechas son infundadas. Al realizar este movimiento, la figura del improvisado espía se gira para alcanzar una mejor panorámica de María. Ésta decide no amedrentarse y sostener la mirada del acosador obteniendo como resultado un nuevo gesto esquivo por su parte. Cansada de su descaro y con una sensación de desasosiego que no es capaz de explicar, decide irse de uno de los pocos remansos de paz que le quedan. Se levanta para dirigirse al puesto de barquillos cuando se queda helada de miedo: Pablo no está.

Desesperada, comienza a llamarlo: “Pablo, Pablo...”, primero con voz más queda para acabar gritando sin importarle nada ni nadie: “¡Pablo!, ¡Pablooo!...”. Pero el pequeño no aparece. Caminando de un lado a otro, nota que es el foco de atención de los allí presentes, pero en ese momento es una sensación atenuada por la sequedad de boca, la taquicardia y un sudor manifiesto que recorre su cuerpo.

—¡Pablo! ¡Pablooooo!

Por desgracia uno de sus tacones se queda enganchado en una grieta del camino. De repente alguien toca con suavidad su hombro, lo que provoca en ella un brinco que hace que su zapato salga con facilidad del obstáculo. Aterrada, contempla a la persona que ha tenido el atrevimiento de tocarla en tan angustiada situación: es el hombre del estanque.

—Discúlpeme, señora. ¿Se encuentra bien?

—Sí, es sólo que... —Su rostro se transforma—. Perdome, me tengo que ir...

—Espere —le dice el anciano—. Antes se le han caído dos euros al suelo. Tome.

—Gracias. —Agacha sus hombros y se aleja por el camino, sin rumbo y con la cabeza llena de cuestiones sin resolver.



\*\*\*\*\*

Ahora dirigid vuestros ojos hacia el hombre del estanque. No tiene nada de temible sino que más bien destila comprensión y sabiduría. Manolo tiene 73 años y durante la guerra ha vivido horrores que jamás ninguno de nosotros podría siquiera imaginar. Sin embargo no es nada comparable a aquel 23 de julio, cuando paseaba disfrutando del sol que el cielo había tenido a bien regalar. Manolo jura que incluso las ramas de los árboles dejaron de moverse con el viento, petrificados por el grito desgarrador de una mujer. Con las fuerzas que aún le quedaban, había corrido hacia su origen encontrándose un panorama desolador. A un lado, María sujetaba la cabecita inerte de Pablo y al otro, un enajenado con un cuchillo en la mano gritaba al cielo reivindicando que había cumplido el mandato divino.

Manolo sabe que la cabeza de María se perdió entonces al igual que la del hombre esquizofrénico que, sin razón aparente, degolló a su niño una tarde que iba a ser de juegos y alegría. También sabe que cuando las personas pierden abruptamente a un ser querido a menudo se resisten a dejarlo ir.

Y ahora vámonos, dejemos de ser *voyeurs* de sentimientos ajenos, cerremos el pequeño visor de esta cámara omnipotente y centrémonos en nuestras vidas. Al fin y al cabo, nuestro mundo se compone de microhistorias, pero más importante es la nuestra propia.

# El vagabundo

Ana de Santiago

.....  
*www.unlibroyuncappuccino.wordpress.com*  
.....

Aquella noche la nieve había borrado los senderos de tierra del parque, que se veía desierto bajo la tenue luz de las farolas. Pablo y Alberto avanzaban embozados en sus anoraks, protegiéndose como podían del viento, que les cortaba la cara.

Cubrían la parte norte del parque y habían logrado localizar a tres vagabundos que, ateridos de frío, accedieron a regañadientes a ser trasladados a un albergue en el que dormir a cubierto, conscientes de que pasar la noche a la intemperie era una muerte casi segura.

Estaban a punto de dar por concluida la búsqueda, cuando Pablo creyó escuchar un débil gemido que provenía de unos arbustos que separaban uno de los caminos de tierra, ahora cubierto por la nieve, de una zona arbolada.

Se acercaron con cautela y a medida que se aproximaban, escucharon con claridad una tos profunda y cavernosa que delataba un estado de salud muy deteriorado.

Alberto iba delante y fue el primero en divisar un bulto informe tirado en el suelo, que se contorsionaba con cada tos. Cuando estuvieron encima, vieron que se trataba de un hombre que, a juzgar por el tamaño del saco de dormir en el que se resguardaba, debía ser bastante corpulento. Por el extremo superior del saco raído asomaba la cabeza: una maraña de cabellos grises y sucios y una barba igualmente cana, abundante y descuidada que cubría un rostro castigado por las inclemencias del tiempo y la enfermedad.

—Señor —dijo Alberto, poniendo su mano sobre el hombro del

mendigo, y sacudiéndolo suavemente—, señor, ¿se encuentra bien?, ¿puede oírme?

El vagabundo entreabrió los ojos, pero volvió a cerrarlos al contraerse su rostro en una mueca de dolor ante un nuevo ataque de tos que sacudió todo su cuerpo.

Pablo y Alberto sabían que era vital trasladar al hombre a un lugar cálido y seco y tal vez ni siquiera eso sería suficiente para salvarlo. Esta vez fue Pablo quien, una vez cesó la tos, trató de comunicarse con el vagabundo.

—Caballero, no puede pasar la noche aquí. Hace mucho frío y parece que va a seguir nevando. ¿Por qué no viene con nosotros? Le llevaremos a un albergue muy cerca de aquí y allí podrá pasar la noche y comer algo caliente.

El mendigo, tiritando y respirando con dificultad, miró a Pablo y negó con la cabeza. Pablo se sintió confundido por un instante. Aquellos ojos le resultaban familiares, pero no sabría decir dónde los había visto antes.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alberto.

—Rafael, me llamo Rafael —susurró el mendigo, que reunió todas sus fuerzas para seguir hablando—. Les agradezco sus buenas intenciones, pero preferiría no moverme de aquí y me gustaría estar solo, si es posible.

Les sorprendieron la cortesía y los modales de aquel hombre acabado, que parecía estar resignado a morir aquella noche y que casi parecía desearlo.

—Vamos, Rafael, no sea terco, si se queda aquí no sobrevivirá —le dijo Pablo, tratando de sonar paciente.

—¿Y eso sería tan grave? —y volvió a clavar sus ojos en los de Pablo, esta vez con una expresión de tristeza que paralizó al joven. No había visto la desesperanza en ningunos ojos como en aquéllos.

Otro ataque de tos del mendigo sacó a Pablo del trance y le hizo una seña a Alberto para levantarlo entre los dos y arrastrarlo a la ambulancia. Sabían que no podían obligarlo a acompañarlos, pero su conciencia nos les permitía marcharse dejándolo allí.

Abrieron la cremallera del saco de dormir y el hedor les hizo retroceder un paso. Se recompusieron y trataron de levantarlo cogiéndolo cada uno por un brazo. Un periódico viejo que el vagabundo abrazaba contra su pecho cayó al suelo y el mendigo emitió un grito desgarrador. Parecía imposible que aquel grito hubiera salido de aquel hombre, que estaba más muerto que vivo. Lo sentaron sobre el saco para tratar de calmarlo, pero ya no oía ni veía, inmerso en su dolor.

Pablo cogió el periódico y la portada le dejó tan helado como la noche. En primer plano, la foto de un conocido empresario y el titular: “La esposa y la hija del empresario Rafael Atienza fallecen en accidente de tráfico”. En letra más pequeña se leía: “Atienza conducía el vehículo siniestrado”.

—Por favor... Déjenme aquí —suplicó el mendigo.

Pablo asintió con tristeza y le devolvió el periódico, que el mendigo abrazó con fuerza.

—Vámonos —le ordenó a Alberto, y ambos se alejaron cabizbajos escuchando el sonido de sus pasos en la nieve.

# Gente de la calle

Cristina Peris

.....

Noto que se acerca el otoño, lo noto en el movimiento de las copas de los árboles, en el cantar de los gorriones, en el aroma que desprende la tierra húmeda... Poco entiendo de letras y números, no soy muy ducho en esas artes, y hace tiempo que perdí el reloj, pero sé que llega el otoño. Mis cansados huesos me advierten; es hora de prepararse.

Hace un día espléndido, el cielo luce limpio y la brisa sopla suave y fresca. Me desperezo con fuerza, advierto la tensión en mis músculos y luego los relajo; qué maravillosa sensación.

Metó mis pertenencias en la mochila y me dispongo a dar mi paseo matutino por el parque. Aquel banco recibe los rayos del sol, es un buen lugar donde dejar pasar las horas. Me siento en él viendo cómo llegan los primeros niños que, con sus risas y alegría, calientan mi corazón.

Suben y bajan, una y otra vez, por aquel tobogán, otrora rojo sangre, que luce descolorido después de años soportando las inclemencias del tiempo. De repente, aquel niño de pelo rizado se sienta en mi banco, lo he visto más veces, es un asiduo del parque, igual que yo. Me mira de reojo. Yo no muevo un músculo. Me observa con curiosidad infantil. Mi indumentaria no es muy habitual y mi aspecto totalmente desaliñado ha de resultarle de lo más peculiar. No ha pasado ni un minuto cuando su progenitor, advirtiendo que no soy una de las mejores compañías que puede tener su hijo, muy sutilmente, se lo lleva a jugar con los demás niños.

Así paso las horas, una tras otra, viendo a aquellas personitas ingenuas e inocentes corretear felices e incansables.

Siento un vacío en el estómago; es hora de comer. El parque se ha

vaciado casi por completo, así que aprovecho para buscar algo que llevarme a la boca, con un poco de suerte encuentre también algo para cenar.

Tengo localizado un gran contenedor detrás de los columpios, entre varios coches aparcados y, ¡qué suerte la mía!, justo enfrente hay un restaurante, ¡con la comida que se desperdicia durante el día en esos sitios! El contenedor está lo suficientemente escondido para que los chiquillos no se den cuenta de lo que hago. Me importa bien poco que la gente me mire reprobatoriamente al rebuscar entre sus basuras, hace apenas un año yo era como ellos; con una mal disimulada arrogancia me atrevía a juzgar a aquellos que tenían que subsistir con lo que la mayoría considerábamos que era basura, pero los niños..., me avergüenza que puedan verme rebuscando en aquel cubículo de inmundicias y que con su maravillosa inocencia se acerquen a preguntarme por qué estoy recogiendo basura. He tenido suerte, parece ser que todos los vecinos están haciendo la siesta y el restaurante ha desperdiciado más comida que de costumbre, así que me voy a dar un gran festín y puede que hasta me sobre para cenar.

A medida que pasan los días, las noches se vuelven más frescas. Me he proveído de unos cartones que calienten un poco mis sueños, pero no sé qué hacer de ellos durante el día. De momento, lo único que se me ha ocurrido es guardarlos debajo del banco. Como todos los días, aquel niño de pelo rizado ha vuelto al parque y se ha sentado en mi banco. Después de dos semanas de extraño ritual, un buen día me habló, fue un saludo, un hola rápido y en voz baja, pero fue el primer saludo que recibía desde hacía poco menos de un año, aquella simple palabra me dio más calor que todos los cartones que pudiera encontrar el próximo invierno. Hoy ha llegado un poco más tarde que de costumbre, empezaba a impacientarme, y sin más me ha preguntado:

—¿Por qué guardas esos cartones ahí abajo?

—Son las mantas de la gente de la calle —le respondo. La gente de la calle es como él llama a los mendigos. Me gusta.

Mi respuesta ha debido satisfacerle porque se ha levantado y se ha ido al tobogán.

El ocaso se acerca y el parque se vacía. Me arrebujó entre mis cartones dispuesto a pasar una noche más, cuando una sombra me sorprende. Me incorporo sobresaltado: “nazis”, pienso. Pero una mano infantil me agita algo frente a los ojos.

—Te traigo unas sábanas para pasar la noche.

Sonriendo, le cojo de entre las manos un ejemplar de periódico atrasado mientras una figura, que le espera, asiente con la cabeza.

# Mala

Rosa Chenovart

.....

Inmaculada estaba sentada en el mismo banco de siempre. Se encontraba frente a un pequeño parque infantil y ese día, como la mayoría últimamente, se había levantado con mal cuerpo. No es que le doliera nada pero tenía una especie de desasosiego que la incomodaba y presentía que ese sentimiento iba a condicionar el resto de ese día primaveral. Su irritación había ido creciendo al ver que no podía controlar esa ansiedad. Apretaba las mandíbulas hasta el punto de dolerle y se las tenía que masajear de vez en cuando y abrir y cerrar la boca varias veces para aliviar la tensión. Ella siempre había sido capaz de dominar cualquier situación. Se lo habían enseñado en casa y, cuando eso le pasaba, y ahora era cada vez más a menudo, se despertaban en ella sentimientos extraños y desconocidos. Su madre, su querida madre, siempre le había señalado cómo debía sentirse en las diferentes situaciones y, se acostumbró tanto a vivir siendo otra persona y a seguir siempre sus indicaciones que, el día que murió, hacía solo unas semanas, no supo cómo reaccionar. Sus ojos ni siquiera se llegaron a humedecer y eso la hizo sentirse aún más culpable.

Un hombre que no había visto antes se sentó a su lado y se dispuso a leer el periódico.

—¡Eres muy *mala*! ¿Cuántas veces te he dicho que la tierra no se come?  
—Una madre le sacaba a su hija de no más de dos años la tierra que se había metido en la boca—. ¡Yo no puedo más! ¿Por qué me ha salido una niña tan *mala*?

«Menos mal que no tengo hijos. Solo me faltaba eso. Los hijos solo estorban», lo decía mi madre. «Te cambian, y te tienes que adaptar a ellos. A no ser que hagas que ellos se ajusten a ti y consigas modelarlos». Se alegró de seguir soltera, a pesar de sus cincuenta y tres años. «Mejor



sola que mal acompañada», le recordaba su progenitora siempre que podía. Y ella se lo había creído. Y más cuando su único novio había dejado de visitarla de repente, sin darle ninguna explicación. Sucedió unos días después de ver a su madre darle un sobre cuando creía que ella estaba en la cocina. Inmaculada nunca preguntó.

Tiró del borde de la falda para asegurarse de que no se le veían rodillas y se alisó sobre el pecho el pañuelo que había pertenecido a la difunta. Se dio cuenta de que el hombre, que había estado leyendo al otro extremo del banco, ya no estaba y se había olvidado el periódico. Lo cogió sin una intención concreta y ojeó la primera página. «La mala racha del Real Madrid se acabará con la entrada de Mourinho como entrenador», leyó en un titular. «Pero, ¿de cuándo era este periódico?». Buscó la fecha. Efectivamente, era del veinte de mayo de 2010. «¿Qué hacía alguien leyendo un periódico de hacía cuatro años? Bueno, qué más da». Siguió hojeándolo. «El álbum de La Mala Rodríguez, *Dirty Bailarina*, ha tenido buena acogida en...», «La mala puntería del pivot le privó de la victoria de...». Dejó el periódico donde lo había encontrado y levantó la vista. El sol del mediodía acariciaba su rostro. Se pasó la yema de los dedos por la cara y recordó el acné que había dejado esas horribles huellas en ella. En el parque, sentada en medio de sus juguetes y rebozada de arena, seguía la niña, que se lamía los mocos como podía.

—¡Es más *mala* que el demonio! No he conocido nunca a nadie igual —Una mujer de piel morena y acento sudamericano le explicaba a otra las cosas que la obligaba a hacer su jefa—. Y encima, en el último momento, me dice que le corte las uñas de los pies, que ella no llega bien. ¡Como la odio! Si no fuera porque necesito el dinero... Bueno, me voy, que se me ha hecho tarde. Hasta mañana, Evelyn.

De repente se dio cuenta de que, desde que había dejado el diario, sus manos habían estado como agarrotadas y de que se estaba clavando sus propias uñas al cerrar los puños. Su cabello ralo y sin peso, a pesar de llevarlo por los hombros, le tapaba la cara cada vez que se levantaba un poco de viento. Ella se lo colocaba una vez tras otra donde se suponía

que debía estar. Nadie la miraba. Siempre había sido así. Incluso en la escuela, aun sentándose en la primera fila para agradar a la profesora y llamar su atención, parecía invisible.

—¡Ay! ¡Qué bien que estás aquí, Inmaculada! ¿Me puedes hacer un favor? Su vecina Pepita se acercaba a ella, implorándole con la mirada—. ¿Me puedes vigilar a Susy un momento? Me he olvidado las sardinas en la peluquería y esta perra es tan vieja y camina tan despacio que cuando llegue ya estará cerrado. No tardo más de cinco minutos. ¡Gracias!

No le había dado ni tiempo a contestar cuando se encontró con la correa del chucho en la mano. Este le gruñía sin razón, como hacía siempre que la veía. Parecía estar siempre de mal humor y no soportarla. Tras un minuto, sin apenas decidirlo, enrolló la cinta alrededor del cuello del yorkshire, que la seguía mirando con recelo pero completamente ajeno a lo que le esperaba. Pasó la correa por detrás de la pata del banco y empujó al animal con el pie hacia atrás. Entonces intuyó en el fondo de los ojos de su víctima algo que le era familiar. Era ese odio sin razón, esa rabia mal canalizada, ese desprecio gratuito con el que había convivido toda su vida, y al verlos en ojos ajenos otra vez, juzgándola y castigándola, no le cupo duda de lo que quería hacer. Había algunos arbustos y apenas se le veía. Empezó a enseñarle los dientes, con ganas pero sin fuerzas, y ella comenzó a tirar lentamente del extremo de la correa, hasta que la perra quedó pegada a la pata. Su dueña estaba a punto de venir. El animal empezaba a gemir pero solo tardó unos segundos en quedarse mudo. Ni siquiera hizo el amago de liberarse, la pobre bestia. Esperó un poco más y la soltó. Desenredó la correa y dejó al animal tendido detrás del banco sin dejar de sostenerla por el otro lado. Se volvió a sentar, se apoyó en el respaldo y suspiró. Abrió un poco las piernas y notó cómo le temblaban mientras un escalofrío le recorría el estómago y bajaba hasta su vientre. Sentía como si sus extremidades ya no le pertenecieran. Había conseguido liberar la tensión y se sentía bien. Quería disfrutar de ese momento pero vio que su vecina se acercaba a paso ligero. Inmaculada se levantó despacio. Aún le flaqueaban las piernas. La última vez que había sentido algo

parecido había sido con Tomás, pero de eso hacía una eternidad.

Frente al espejo de su tocador, en el dormitorio que había compartido con su madre toda la vida, observó su imagen y la vio distinta. Las enormes flores de las cortinas, a juego con las colchas, eran testigos de su transformación. No hubiera sabido decir qué había de diferente, qué había cambiado desde que se levantó. Su corazón se aceleraba al recordar a la perra inmóvil detrás del banco. «Susy, chiquitina. ¿Qué te pasa? ¿Estás *mala*?», le había preguntado su vecina al cuerpo sin vida de la perra. Sabía que lo que había hecho era espantoso pero no sentía ni una pizca de arrepentimiento porque el acto había sido necesario para su curación. Pepita la había mirado con gesto interrogante, al borde del llanto, había cogido al animal y se había alejado corriendo como pudo, sin siquiera atreverse a preguntar.

Se estudió sin prisa. Se tocó las caderas, el vientre plano y estéril y los pechos, apretujados en el sujetador que le había regalado su madre años atrás. Se quitó la rebeca y la camisa y comprobó lo pálida que era su piel, casi transparente, surcada por finas líneas azules aquí y allá. Se acarició los brazos con la punta de los dedos y se preguntó en qué momento su cuerpo había empezado a cambiar y cuándo su vida había dejado de ser suya, si es que alguna vez lo había sido. Mostró los dientes torcidos y amarillos al espejo que le devolvió una mueca de desagrado y, sin embargo, se vio radiante, liberada y tranquila. Y por fin comprendió, a pesar de lo que había hecho, que ella no había sido la *mala* y que, a lo mejor, la vida tenía algo bueno preparado para ella, porque, en realidad, acababa de empezar.

# Los vigilantes

Lunaclara

.....  
*[www.mhelengm.blogspot.com.es](http://www.mhelengm.blogspot.com.es)*  
.....

Los nuevos que llegan a esta sección no saben que se les puede complicar el trabajo. Vigilamos el parque del Alamillo de Sevilla desde tiempos inmemoriales. Cervantes lo nombra en una de sus obras. Pero, actualmente, este parque no es famoso tanto por su aparición en los libros como por tratarse de una amplia zona de reunión y divertimento de miles de personas que acuden a él por variados motivos. Es, además, un magnífico ejemplo de cómo pueden llegar a convivir en paz y armonía los hombres, la vegetación y los animales que moran en él.

La belleza extraordinaria consecuencia de tal equilibrio tiene un alto precio, y no siempre es fácil conservar ese concierto entre mundos tan dispares. Así que si nuestra experiencia puede ayudar a las siguientes generaciones, bienvenido será.

Contaré uno de los últimos sucesos, transcurrido durante la mañana del 28 de febrero del año 2013, día de Andalucía. Además de ser día festivo, ese año se cumplía el vigésimo aniversario de la apertura del parque al público y numerosas personas podían reunirse en él por la cantidad de celebraciones previstas.

Ese día hacía yo el servicio y llegué al parque a las 7 de la mañana. Nosotros solemos incorporarnos de forma progresiva, por lo que al ser el primero aproveché mi soledad para dar un paseo, al igual que otras veces. Entré por la puerta norte y caminé hacia el lago mayor.

Desde un banco situado en una pequeña colina contemplé complaciente cómo el cable esquí era movido por la leve brisa que procedía del río. Los primeros rayos de sol acariciaban ya la superficie del lago.

Me extrañó que ningún martín pescador planeara sobre las aguas. Tampoco los patos chapoteaban por la orilla. Miré a mi alrededor. El parque estaba callado. Los árboles no me contaban nada: ni los chopos más próximos a la ribera, ni los olmos más alejados de ella. Era raro.

Miré hacia la izquierda y me fijé en un periódico del día anterior abandonado en el banco. ¡Hay gente que no aprende! No merece la pena aparecerse, lo digo de verdad. El diario estaba arrugado y mojado por la humedad de la noche. Lo cogí con la intención de tirarlo, lo sacudí un poco y seguí mi paseo. Un par de conejos, corriendo frenéticos, cruzaron la senda por la que andaba hacia las formaciones boscosas más próximas. ¿Por qué tanta prisa?, pensé.

Quería bordear el parque. A la altura del lago menor estaba estacionado el tren de paseo. Entonces, oí el sonido que suelen hacer las ramas secas al pisarlas. Tan temprano no podía haber nadie por allí. Mirando más allá del tren intenté captar posibles movimientos entre las sombras. ¡Qué diantres! Nada está oculto a nuestros ojos, pero en ese momento podía jurar que no veía nada.

Había dejado caer el periódico. Lo busqué con la mirada y leí la noticia que encabezaba la sección de sucesos: «*A tres se elevan los muertos por explosión en la cárcel Sevilla 1*». ¡Y yo no me había enterado! Es importante estar al tanto de las noticias destacadas que han ocurrido en la ciudad en los últimos días; y más nosotros, que somos los que velamos por la seguridad de los humanos que se mueven por los sectores cercanos al lugar del siniestro. Lo que pasa es que la comunicación entre departamentos siempre ha flojeado. Hay mucho trabajo, hay muchas personas con una casuística muy distinta, hay de todo en este mundo, sí, ¡pero la comunicación instantánea hay que optimizarla!

De nuevo aquel crujido llamó mi atención. Levanté la vista y pude verlos. La creciente claridad del día había desvanecido ya las sombras de la noche. Advertí que tres hombres vestidos de negro pegaban algo en el tronco de uno de mis sauces, y no eran guirnaldas. Es corriente que las familias vengan al parque y celebren los cumpleaños de los

niños colgando tiras de papel de distintos colores en los árboles, cosa que permitimos sin más miramientos; pero este caso no era nada corriente. Tenía muy mala pinta.

He de decir que solo la experiencia de siglos ayuda a saber distinguir lo maligno de lo benévolo. En nuestra organización sabemos que todo ocurre por algo, todo tiene una causa inicial sin la cual no podría existir; no como presumen aquellos que creen en el azar y para quienes nada tiene sentido o explicación. El periódico no había venido a mí por casualidad. Quizás lo abandonó en el banco alguien ajeno a esto; quizás no. Relacioné la noticia leída con lo que estaba presenciando en ese momento. Además, era el día de Andalucía, y sabemos que durante este tipo de celebraciones existe mayor probabilidad de que pueda ocurrir cualquier cosa en un parque metropolitano.

Aquellos tres seres aullaban palabras ininteligibles. Sufrían por alguna razón: cojeaban arrastrando sus piernas; por sus bocas caían babas espumosas y sanguinolentas; sus ropas quemadas dejaban ver heridas que segregaban pus. Sabían perfectamente lo que tenían que hacer, pues no respondían a orden ninguna, actuando de forma mecánica. De ese mundo ya no eran. ¿No se habían dado cuenta y continuaban por donde lo habían dejado? En una de mis clases de la academia me habían contado que podía ocurrir. Pertenecían a mi quinta, estaba seguro.

A través del santo y seña pedí ayuda; es lo mejor en los momentos apremiantes. Apretando uno de los botones de mi pulsera, todo el parque quedó envuelto en un haz de luz roja. Apareció una estrella titilante entre las copas de los árboles, que comenzó a expandirse formando una bóveda blanca y brillante que cubrió la zona en la que estábamos nosotros.

Ya habían aparecido los primeros ciclistas y gente corriendo. En breve, se sumarían un montón de familias con sus neveras. Algunos hombres montaban los escenarios para las actuaciones. No disponíamos de mucho tiempo. Aparecieron dos compañeros y en un santiamén habríamos tenido acorralados a los presos si no fuera porque una

pareja de enamorados vino a recostarse entre ambos.

En algunas ocasiones podemos vernos en el dilema de no saber quién necesita realmente nuestra ayuda. O íbamos a la caza y captura de aquellos tres prófugos, evitando muertos por doquier y seguro cierre del Alamillo, o avisábamos a esos dos jóvenes del peligro que corrían por venir a besuquearse al parque. No es que esté mal, no; lo que es peligroso y mengua las fuerzas vitales del ser humano es perder el control del coche por exceder los límites de velocidad. ¡Qué no son seres espirituales! ¡Que son muy limitados e imperfectos! Pues nada, esto es algo difícil de entender con amor y pasión de por medio. Sin embargo, sondeando sus almas, vi que la huella que había en ellas aún era muy leve. Como seguro que volverían, podríamos intentar que nos entendieran en otro momento.

Hice que saltaran los aspersores de agua y los chicos, calados, corrieron hacia los baños del cortijo. Vía libre. Mis ayudantes fueron por detrás y se abalanzaron sobre dos de los espectros que, viéndose descubiertos, habían empezado a correr como sus magulladas piernas les permitían. Les sujetaron los brazos a la altura de la espalda e hicieron que se arrodillaran en la hierba. Yo me fui hacia el otro, que se escapaba en dirección al lago. Le pisé los talones, perdió el equilibrio y, al caer al suelo, lo agarré con fuerza. Los sonidos guturales que despedían sus gargantas embravecidas podrían paralizar a cualquiera. A nosotros no. Se retorcían como serpientes y chillaban como bestias hambrientas. Menos mal que ningún humano puede verlos ni oírlos.

Aunque eso era lo que yo pensaba hasta que observé con estupor cómo el chico enamorado había vuelto a por un bolso olvidado, quedándose atrapado dentro de la bóveda. Nos miraba, paralizado por el terror y con la cara desencajada. ¡No podía ser! ¡Era uno de aquellos humanos que poseían la percepción *transcendental*! ¡Uno entre un millón!, suelen decir los expertos.

Mis compañeros y yo, mirándonos desconcertados por el descubrimiento, encendimos nuestros infrarrojos los tres a la vez, los colocamos en las nuca de los espectros y los mandamos a la antesala

del averno. No se habían ganado la gloria, precisamente.

La bóveda se plegó en su original punto de luz, que salió disparado perdiéndose por el bosque. El chaval humano recuperó la movilidad de sus piernas y corrió hacia el cortijo. No lo seguimos: registramos sus rasgos faciales y lo pudimos localizar en otro momento. Pero esa es otra historia.

Retiramos los explosivos de mi pobre sauce y el parque volvió a ser el mismo de antes: un paraíso donde poder esponjar el espíritu. Los animales correteaban de nuevo entre los matorrales, los árboles sacudían tranquilos sus ramas y los sevillanos continuaban con su diversión. Pero ojo, nunca hay que perder el estado de vigilia, en cualquier momento pueden necesitarnos.

El periódico, por supuesto, desapareció.



# Ciudad fantasma

María Victoria di Gioia

.....

*www.iitsnotmeitsyou.blogspot.com*

.....

Frío. Viento frío y seco siento calando por mis huesos en este invierno frío, frío. Siento un pitido en mis oídos. No se va. En el parque no se escucha ni se ve ningún niño con quien jugar, los toboganes están empolvados, los columpios rechinan, se ven tristes en soledad, moviéndose con el viento. Cae la tarde como todas. Estoy aquí, no sé muy bien cómo llegué ni cuándo, solo sé que hace mucho frío y que no tengo suficiente abrigo con que cubrirme. ¿Dónde están los otros niños? ¿Dónde está mamá? Quiero irme a mi casa. Se hace cada vez más difícil dar pasos, está todo muy confuso y el silencio me molesta. Qué extraño, los árboles tienen un color algo rojizo. La calle está tan desierta, no se oye nada y sin embargo no puedo quitarme este zumbido de la cabeza. Toso. Toso más. Necesito algo de comer, ya siento que estoy desapareciendo. Mis manitas se ven borrosas, es decir, creo que todo se ve borroso ya. Veo un banco sumergido en el interior del parque y me dirijo hacia él. Aquí podré dormir algo, tengo mucho sueño y no sé cómo llegar a mi casa. Tengo mucho miedo. ¿Qué ha pasado? Mientras me abrazo el cuerpo contra mis piernas en el banco para sentir menos el frío observo fijamente lo que queda de un periódico lleno de polvo, tierra y escombros. Leo la fecha, Sábado 26 de abril, 1986. No me acordaba en qué día estábamos. Sin embargo, ¿por qué me resulta tan familiar esa fecha? ¿Fue hoy? No, imposible. ¡Ah! Aquel día habíamos quedado en este mismo parque con mis amigos para un partidito de pelota. Pero no me acuerdo quién ganó. De hecho, tampoco me acuerdo haberlo jugado. Fue hace mucho ya de eso. Ojeo un poco el diario mientras veo una rata tendida boca arriba detrás de donde estoy sentado. Ay mamá, ¿dónde estás? No me gustan las ratas. Parece dormida pero me gustaría que la saques. La última vez que la

vi a mamá se estaba peinando en su habitación y me dio un beso. Me dirigía aquí, a este parque, fue ese veintiséis, me tocaba a mi llevar la pelota para el partido. ¿Qué pasa? ¿Dónde están Iván, Marko y Viktor? Ya no puedo verme los pies. Tengo mucho frío. Solo me acuerdo... una explosión. ¡Papá! Creo que algo se prendía fuego. Un hongo salía de donde trabaja papi, ayer en su oficina no había visto eso. ¿Qué pasa? ¿En dónde estoy? Se me nubla la vista. ¿Mamá, papá, en dónde están? ¿A dónde voy? Estoy solo, tengo frío y ya no veo nada.

# Mañanas en el parque

Pilar Gómez Cortés (Trescatorce)

.....

*www.trescatorcedreams.blogspot.com*

.....

Llegó al parque con paso tranquilo, el periódico arrugado cogido bajo el brazo. En el otro el bastón, que le ayudaba a caminar. Divisó el banco donde siempre se sentaba, su banco, y sonrió al encontrarlo vacío. Hoy no tendría que discutir con nadie.

Se sentó pesadamente, con un quejido escapando de sus labios. Una vez se acomodó, suspiró. Parece que no te puedes hacer mayor sin ruidos, pensaba. Era duro, con lo que él había sido, y ahora verse impedido en los movimientos. La agilidad se escapa con los años, se escurre, se pierde. Se siente atrapado, él sigue siendo un joven de 40, pero el espejo le devuelve la imagen de un viejo de 70 años, y sus extremidades ya no le obedecen como antes. Quién tuviera 20 años menos, sabiendo lo que sé, rumiaba.

Estiró el periódico encima de sus piernas, le quitó amorosamente las arrugas y lo acarició hasta que quedó tan liso como a él le gustaba. Y con el periódico reposando en su regazo, se dedicó a observar, como todas las mañanas.

Hoy el día estaba fresco, se agradecía después de tantos días de calor. Pero a él, hombre previsor, no le pillaba desprevenido. Una rebeca se ocupaba de arroparle. Con el inicio del día la vida hacía acto de presencia en el parque. La primera en llegar fue la barrendera, una chica joven que siempre llevaba unos cascos por los que atronaba una música estridente.

—Buenos días, abuelo —le sonrió mientras se quitaba uno de los auriculares.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo se presenta la mañana?

—Han dado en el parte que será un día nublado, lo que nos da tregua. Yo lo prefiero, que voy achicharrada todo el día.

—Ya será para menos. Bebe mucha agua, que aunque no haga calor te puedes deshidratar igual.

—Sí, abuelo.

—Y date prisa, que la guarrería no se barre sola. —Le guiñó un ojo.

—¡Ya voy! Qué prisas... —La barrendera se dio la vuelta para irse, pero se lo pensó mejor y se giró de nuevo—. Por cierto, ¿qué le dijo el médico? ¿Está todo correcto?

—Todo en su sitio, preciosa. El colesterol alto, las transaminasas bajas y las ganas de vivir que te las dejan por los suelos. —La chica alzó las cejas, y el abuelo negó con la cabeza—. Te quitan de todo, que si el tabaco, el vinito, los huevos fritos...

—Pero hay que cuidarse...

—Y ya, para qué... Si ya me quedan cuatro días aquí, que por lo menos me dejen disfrutarlos tranquilo...

La chica se rió y se despidió con un movimiento del brazo.

—¡Hasta mañana, abuelo!

Él la vio ponerse de nuevo el casco y coger el cepillo. Barría al ritmo de la música, dando al paisaje una nota de movimiento.

Sus manos jugaban con el periódico, le gastaba las esquinas, cuando vio aparecer al primer deportista. Este era el incondicional, el que todas las mañanas, hiciera frío, lloviera o hubiera sol, salía con su ropa de deporte a trotar. Debía empezar lejos, porque cuando pasaba por delante del abuelo, y le saludaba con la mano, el sudor ya caía por su frente y en su cara se veía una mueca de dolor. No creía que le doliera, pero el esfuerzo hace sufrir y aquel hombre, de unos 35 años,

se esforzaba mucho. Le siguió con la mirada, consciente del ritmo de sus zancadas, casi hipnótico, hasta que dobló la esquina. Otro día más. Mañana le vería de nuevo, tan seguro como que saldría el sol.

Después del primero, pasaron otros cinco deportistas. En dos grupos distintos. Las mujeres, tres, trotaban suaves mientras hablaban. Los hombres, dos, iban en silencio marcando un ritmo más alegre. Todos levantaron la mano al pasar junto a él. Incluso una de las mujeres, una chica joven, de unos 20 años, le sonrió.

A la hora de todos los días llegó su amiga. Ella siempre llegaba a media mañana, con el paso lento, como el suyo, pero sin bastón. Se sentó junto a él, y le sonrió. Sin ni siquiera mover un dedo desprendía energía, mucha energía para la edad que tenía. Era algo más joven que él, pero, coqueta, no quiso nunca decirle su edad.

—El periódico es de ayer. —Señaló al regazo y sonrió.

—Sabes que sólo lo compro los domingos y lo voy leyendo durante la semana.

Ella sonrió de nuevo. Miró hacia arriba, hacia el cielo cubierto de nubes. Él la miraba a ella, bella en su vejez, la última llama que había iluminado su corazón, cuando ya creía que había pasado su tiempo.

—Hoy se va a estar bien en la calle, no va a hacer mucho calor. —Le miró—. ¿Vamos?

—Claro.

Se levantó con dificultad. Le ofreció el brazo a su acompañante y con paso lento, pero seguro, se alejaron del banco. Comenzaba su parte favorita del día.

# Un hombre futurista

Iris Borda

.....  
*www.lukti.wordpress.com*  
.....

Me siento muy descansada para que sólo hayan pasado diez años. Quizás me equivoque. Claro, ya ves. Tampoco estoy demasiado segura de que este sea el parque al que solía venir con el abuelo. Aunque ahora el abuelo está muerto. Dice mamá que enfermó poco después de que yo entrase en coma. Pobrecito, ya ves tú, tampoco era tan viejo.

El que sí que parece viejo es el hombre que se acaba de sentar a mi lado. Además, no se calla. Murmura sin parar quejas por algo que sucedió a finales del 2013 del año pasado, dice. No le hago mucho caso, porque está loco. Ya ves. O está loco, o viene del futuro, pero todavía faltan diez años para el 2014. Sigue murmurando mientras ojea el periódico que tiene en las manos.

—Oh, oh... ¡La fecha!

Él me mira, sorprendido. Pero yo ya me he dado cuenta. Supongo que no se esperaba que descubriese tan rápido que es un *futurista*.

—Sí, sí. Es de hace algunos meses. Un periódico viejo sin importancia.

Volví a mirar la fecha para estar segura. Y ya ves, claramente ponía «marzo de 2014». Ese hombre y su periódico venían del futuro. Una suerte que yo estuviese preparada para una situación como aquella. Al fin de cuentas, tras mi largo coma, casi podría decirse que yo vengo del pasado. Sé exactamente lo que tengo que decir.

—Y entonces —le digo—, si usted mata ahora a su madre, ¿llegaría a existir en el futuro? ¿O le es imposible asesinar a su madre porque para hacerlo tendría que haber nacido antes? Siempre he querido saber cómo funcionan estas cosas, ya ves.

# Richard, “el marqués” y Dani, “el cojo”

Marazul

.....

El balón fue rodando hasta los pies de Richard; detrás un niño indeciso que no se atrevía a recogerlo. No era de extrañar, al ver el aspecto desaliñado de aquel hombre que calzaba unas viejas y rotas alpargatas sujetas por deshilachados cordones. Vestía unos pantalones cortados hasta la rodilla, dejando al descubierto churretes en sus pantorrillas. La chaqueta, que se suponía era de pana, tenía los bolsillos rotos y unos buenos lamparones en las solapas. Los ojos azules, si alguna vez fueron hermosos, ahora se mostraban hinchados de tanto alcohol, la barba descuidada y en cuanto a la boca ésta tenía más huecos que dientes.

El Marqués, así le llamaban sus colegas del parque porque mostraba cierta cortesía en sus ademanes, empujó suavemente el balón hacia donde estaba el niño, y éste recogéndolo con celeridad salió corriendo al amparo de su madre.

Richard siguió con su tarea de buscar en la papelera, al mismo tiempo que apartaba con el pié a un par de palomas descaradas que picoteaban a su alrededor. Ellas tendrían que esperar su turno.

Sabía que a esas horas, después de las meriendas, podría hacer acopio para la cena; la de él y la de Dani, el cojo, su colega. Era ya experto en seleccionar residuos: la cáscara de un plátano, alguna lata vacía, un paquete de galletas rotas, los restos de un yogur, una manzana que aún tenía un par de mordiscos, media magdalena, un trozo de bocadillo de chorizo y un periódico atrasado, que le serviría para envolver todo aquello.

Conocía muy bien aquel parque y sus rincones. La fuente en donde se

lavaba la cara por las mañanas y se refrescaba en verano, cada uno de los árboles y sus sombras; reconocía el sonido que hacían las ramas cuando las movía el viento, y el gorgojeo de los pájaros que anidaban en sus copas; distinguía los olores de las plantas, de sus flores.

Aquel parque se había convertido en su verdadero hogar. Como techo el cielo raso, como cama el banco junto a la estatua del escritor, como abrigo periódicos y cartones.

Detestaba el albergue al que le obligaban a ir en las noches más frías, porque todo lo que Richard necesitaba era la bebida, restos de comida, unas colillas al día y la compañía de su amigo “el cojo”. Los dos colegas conversaban, cantaban, también discutían, y, al atardecer hartos de vino, caían rendidos hasta que nuevamente el sol, el viento o la lluvia les despertaban.

Un correteo acompañado de un ligero jadeo obligó a Richard a girar la cabeza. Curioso y juguetón aquel pequeño ser se paró frente a él mirándole con sus grandes ojos y moviendo la cola. ¿Tal vez reclamaba su atención?. ¿Tal vez en busca de una caricia?. De pelo blanco y con grandes manchas rojizas se movía nervioso, atrevido y curioso. Alrededor del cuello un collar con iniciales, que arrastraba una correa sin dueño

—Ven pequeño granuja...!

El animalito no parecía asustarse ante su presencia. Todo lo contrario, confiado, pretendía encaramarse sobre sus piernas.

Esa actitud agradó a Richard que, sin pensarlo, se agachó para acariciarle el lomo y jugar con el morro y las orejas.

—¡Rita...Rita! ¿Donde estás? —era un grito de mujer angustiada con pronunciado acento extranjero.

Se presentó agitada, y Richard no sólo pudo comprobar que vestía de forma elegante, si no también percibir el aroma de un perfume que no le resultó desconocido pero sí muy olvidado.



—¡Oh...! *Excusez moi, monsieur*. Es una perrita muy traviesa —se disculpó por la actitud desobediente de Rita, en una mezcla de español y francés.

Cuando se agachó para recoger la correa la mujer mostró unas bonitas y esculpidas piernas que calzaban tacones de vértigo. Dirigió unas palabras reprendiendo a Rita, esta vez en la autentica lengua de Molière, y echando mano del bolso ofreció a Richard un billete

—*Merci, monsieur*.

Manos blancas y aroma caro.

Suave acento francés....

Richard tomo el dinero y algo en su interior se despertó.

Vergüenza, humillación...

Orgullo olvidado, dignidad perdida...tal vez.

Al mismo tiempo que la mujer, seguida por su ya dócil perrita, se perdía detrás del magnolio, Richard vio venir al cojo con las botellas. Era menudo y delgado, más bien algo esmirriado; de ojos minúsculos e inexpresivos, inconfundible con su balanceo al andar y la gorrilla ladeada.

—Mucho has tardado, “cojo”. Ya empezaba a impacientarme.

—Tranqui, Marqués, que me vengo apretando los meaos y en cuanto descargue te enseño el apaño.

Una vez sentados en el banco y después de echar los primeros tragos, Dani, “el cojo”, hurgó en el bolsillo de su gastada cazadora vaquera extrayendo un montón de colillas que enseñó a su amigo como el mejor de los botines.

—¿Ves, Marqués, como la espera merecía la pena?

Richard por su parte comenzó a desenvolver el paquete con las sobras de las meriendas y lo extendió encima del banco.

—Joer, Marqués, tú también has conseguido buena jalada...!

Pero Richard no miraba los restos de comida. Con mucha atención y despacio, apartando un trozo de manzana, empezó a leer aquella esquila del periódico ABC que tenía un tamaño considerable:

“Ilustrísimo señor Don Ricardo Álvarez de Guzmán y Mendoza, Marqués de Torreblanca. Falleció en Madrid el día 20 de noviembre de 2013”.

A pesar de las manchas de grasa en el papel Richard pudo seguir leyendo, al mismo tiempo que murmuraba para si y entre dientes:

—El viejo... ha muerto el viejo.

“Sus hijos don Ricardo (ausente), don Juan Luis, Marqués de Cañada, y doña Victoria, Condesa de Monteverde”.

Por un momento, y a pesar de su mente enferma y destruida por el alcohol, Richard tuvo un instante de lucidez. En su cabeza se agolpaban imágenes y recuerdos; la del niño huérfano de madre, a edad temprana, un padre autoritario, hermanos con los que nunca jugó.

Internado, abandono.

Rebeldía, castigos.

Huída, repudio.

Pobreza.

Dani, “el cojo”, no entendía la actitud de su amigo y como para hacerle volver a la realidad dijo:

—Anda... Marqués, que estas empanao, pásame el trago...

# El escondite perfecto

Ferminangel

.....

—Pueden ustedes observar aquí esta maravillosa obra del escultor vasco-suizo-uruguayo, tallada en bronce y cemento, llamada La Carreta —les decía con entusiasmo al grupo de turistas que miraba sorprendido.

Por detrás de ellos, el Japo hurgaba entre sus mochilas en busca de algo para comer y cuando me hizo una señal, apuré mi disertación:

—Sí quieren una foto yo se las tomo, y así continúan el paseo por el parque.

Agradecí unas monedas que me tiraron, y me reuní con el Japo detrás de unos pinos para compartir el botín.

—No hay duda que somos un gran equipo, amigo, sí esta temporada sigue así, creo que estamos salvados. —El Japo me lanzó una mirada solemne, meneó un par de veces la cola y se dedicó a saborear el manjar turístico—. Ya sé, ya sé que no le gusta que lo molesten cuando almuerza, pero es que el trabajo estuvo genial...si señor.

Mientras buscaba entre mis pertenencias la botella de licor para la sobremesa, miré de reojo al Japo y recordé: «Fue un esbelto animal en su juventud: con el lomo renegrido, las caderas mas bajas que el resto del cuerpo, el andar autoritario, la mirada inquisidora». Nada de eso quedaba ya: las pulgas jugaban en su lomo deslucido, el pelo se le desprendía a borbotones, sus ojos alargados vagaban por el parque en busca de un ayer perdido... al fin de cuentas, parecido a mí.

Encontré debajo de la condenada botella, entre unos restos de ropa y cartones un viejo periódico que era todo un documento. El trago de alcohol suavizó mi garganta, el titular del diario movió mi cerebro:

Montevideo, Agosto de 1985, «Desaparece El Capitán M. H. Garrido, Acusado de Torturas y Asesinatos»

—¿Se acuerda, Japo? ¡Qué épocas aquellas! Mucha acción, pocas palabras; mucha ejecución, poco debate. Mire esta foto, en aquél desfile: usted con una capa y escarapela patria y yo con sable y uniforme de gala...una preciosura de estampa. —El perro desatendió por un momento su comida y me contestó con la mirada, como casi siempre—. Y pensar que después, solo unos pocos reconocieron nuestra labor en bien de la patria. ¡Que ingratitud! Tener que andar atento a cada bocinazo, a cada sirena, a cada redada policial... no le digo Japo, iesto no es vida!

El bullicio de otro grupo de turistas hizo ladrar con fuerza al Japo: era hora de abandonar la lectura y volver al trabajo. El Parque Batlle tenía esas cosas: mucho verde, hermosos monumentos, un gran estadio de fútbol, algunas aves citadinas que poblaban los árboles, turistas y muchos vagabundos para poder vivir escondidos en el anonimato. De igual forma, no era cosa de descuidarse, cada vez que rechinaban, las sirenas policiales hacían erizar el pulgiento lomo del Japo... y el mío.

Me achaté el pelo con saliva, me coloqué el saco que otrora supo ser de tela importada, alisé las arrugas del pantalón descosido, guardé mis harapos en el carrito de supermercado y me dirigí con rapidez al grupo que ya contemplaba el coloso estadio.

—Señoras y señores, están ustedes frente a una joya del deporte mundial, construido en 1930, para el primer campeonato de fútbol del mundo... —El Japo se paseaba como al descuido entre los visitantes, tratando de hacer su labor—, y sepan que el campeón en dicha ocasión fue Uruguay. —Los extranjeros asentían insulsos a mis comentarios rebuscados, mientras capté la señal de mi compañero—, ahora la foto, una propina para este servidor y hasta luego.

Con una mochila ajena, apresada entre sus dientes, llegó el Japo a nuestra guarida entre los pinos, un ratito después que yo.

—Estos turistas sí que son tontos, amigo. Con cualquier parloteo le sacamos el jugo, pero a no descuidarse Japo: ¡Un soldado nunca duerme...vigila! —El animal, sentado en dos patas, esperaba su recompensa con ansias—. No se me ponga nervioso, camarada, ya le doy su ración.

La noche nos envolvía lentamente. Una sirena colorida y chillona irrumpió en la conversación, pero me tranquilicé al detectar que no era «La Poli», es que no había «química» entre nosotros. ¡Era solo otro accidente de tránsito! Me acerqué a observar el tumulto que se formó en la calle, buscando sacar algún provecho; el perro me seguía de mala gana olfateando que no había turistas. Me extrañó que no hubiera víctima ni siniestro. Lo único que había era un grupo de mujeres, con sus cabezas cubiertas con un pañuelo blanco, y una de ellas leía un periódico que me pareció conocido: Montevideo, Agosto de 1985...

Cuando quise huir, el círculo de mujeres se cerró entorno a mí, y alguien pronunció: «¡Capitán Garrido, está usted detenido! Y el Japo también, por complicidad».

# Misterio en el parque

Yolanda Tovar

.....

Aquella tarde, a Nick le extrañó lo desierto que estaba el parque, aunque no le importaba demasiado. Su única preocupación eran los juncos del estanque que contemplaba bajo su lupa. Y es que, a sus trece años, era un apasionado de la botánica. Incluso llevaba un amplio registro de la mayoría de especies vegetales en un bloc que cuidaba como si fuera un tesoro. Pero apunto estuvo de tirar su preciado bloc al agua cuando el grito familiar de un niño lo sacó de golpe de su mundo.

Con cara de fastidio, Nick se giró y vio a Alex, su hermano pequeño. Creía que esta vez no le había seguido. Era evidente que se había equivocado.

—Ya te has vuelto a escapar de casa, ¿verdad?

Alex sonrió con cara maliciosa:

—Esta vez no. He venido con el abuelo. —Le sacó la lengua y echó a correr. Nick sonrió y pensó que debía ser toda una aventura para un niño de nueve años ser el ayudante del jardinero del parque.

ncapaz de concentrarse de nuevo, decidió volver a casa. Mientras camina-ba, pensando en qué iba a hacer el resto del día, algo llamó su atención: un plástico sobresalía de uno de los setos que flanqueaban el camino. Nick frunció el ceño, molesto. No soportaba que la gente dejara envoltorios de comida en cualquier sitio. Resignado, apartó con cuidado las ramas y lo que encontró fue del todo inesperado: no era basura, sino una bolsa transparente cuyo interior contenía unos papeles enrollados y sujetos con una goma. Aquello no parecía obra de la casualidad. Alguien debía haberla colocado allí a propósito, estaba seguro.

Embargado por la emoción del descubrimiento se dispuso a abrir la bolsa pero, antes de sacar el contenido, se detuvo. Él no era el destinatario de aquellos papeles, no eran asunto suyo. Además, el propietario o la persona a quién iban dirigidos podía aparecer en cualquier momento. ¿Qué explicación daría cuando le viera metiendo las narices en algo que no era de su incumbencia? Por otro lado, ¿qué eran esos papeles? ¿por qué los habían colocado allí? Como siempre, sus ansias de saber ganaron la batalla emocional. Así que, finalmente, extrajo los papeles. Quitó la goma con cuidado y lo que descubrió fue un periódico de 1983. «¿A quién le interesaría un periódico tan antiguo?», pensó Nick. Su curiosidad aumentaba por momentos y cuando empezaba a hojearlo se quedó paralizado al oír unas voces detrás del seto.

—Llegas tarde. Ya deberíamos haber empezado.

—Lo sé. Ya sabes que a Mary no le gusta quedarse sola en casa, así que he tenido que llevarla a casa de la vecina.

Qué curioso, parecía la voz de su abuelo y hablaba con otro chico.

—Bueno, no te preocupes —dijo su abuelo—. Comprueba que el periódico sigue en su sitio y vuelve. Te esperamos dentro.

Nick se sobresaltó. ¿Hablaban del mismo periódico que él tenía en las manos? Si era así, no le quedaba mucho tiempo. Se apresuró a dejarlo todo como lo había encontrado y, después, volvió corriendo al estanque como si no hubiera pasado nada.

Estaba confuso. No sabía qué se traían entre manos su abuelo y aquel chico, ni para qué querían el periódico. De pronto, pensó en su hermano y le invadió la inquietud. Se suponía que estaba con el abuelo y Alex nunca se separaba de él. Tenía que averiguar qué estaba pasando.

Esperó a que el chico misterioso apareciera. Comprobó que todo estaba en su lugar y se fue por donde había venido. Nick lo siguió, escondiéndose entre los arbustos.

Llegaron al cobertizo del jardinero, donde debía estar su abuelo, y el joven entró. Asegurándose de que nadie le viera, Nick se aproximó por un lateral y pegó el oído a las finas paredes. Nada, ni un sonido. Entonces, armándose de valor, y con mucha cautela, él también entró. Nadie.

Al echar un vistazo al lugar se percató de que en el suelo había una trampilla. Parecía tratarse de la entrada a unos de esos búnkeres de los que tanto le había hablado su abuelo y que fueron construidos durante la guerra. Siempre había creído que el gobierno los había sellado todos. Abrió la trampilla y vio una pequeña escalera. Un escalofrío le recorrió la espalda. Nunca antes había estado allí, y no sabía qué le esperaba allí abajo, pero siguió adelante.

Contrario a lo que imaginaba, se encontró en un pasillo hecho de piedra, muy bien iluminado y decorado con globos de todos los colores. También había una puerta entreabierta que dejaba escapar un poco de luz y el sonido de unas voces infantiles ¿Estaría allí su hermano? Pensar en él hizo que se olvidara del miedo y se dirigiera rápidamente hacia la puerta. A punto estaba de abrirla, cuando vio un papel enorme que colgaba de la pared. En él se leía: «Gran Gincana Senior. Niños, poned a prueba a vuestros abuelos con pistas súper difíciles. Sólo habrá premio para aquellos que encuentren todos los objetos escondidos en el parque. ¡Buena suerte a todos! Nos vemos los viernes y sábados a las 17 horas».

«Menuda decepción», pensó Nick. Ahora entendía por qué el parque había estado tan desierto aquella tarde. En ese momento escuchó, aliviado, la voz de Alex:

—Ojalá mi hermano viniera a jugar. A él se le ocurrirían un montón de escondites geniales. Conoce el parque mejor que nadie, ¿verdad, abuelo?

Con una sonrisa, Nick, abrió la puerta hacia otra aventura.



.....

# **Móntame una escena... en un castillo**

*Abril, 2014*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

La escena de abril proponía crear un relato (con su presentación, su nudo y su desenlace) en el que se cumplan las siguientes características:

1. En el relato tenía que aparecer un castillo.
2. En el relato debía aparecer la frase “Se acabó el juego”.

# Desesperada

Borja González Otero

.....  
*[www.leondecomodo.blogspot.com.es](http://www.leondecomodo.blogspot.com.es)*  
.....

Dan apenas podía contener el temblor de su cuerpo. Los espasmos se habían adueñado de él. Sollozando en un extremo de la fría y oscura celda, lamentaba su suerte; lo rápido que había sucedido todo...

Aquella mañana, su madre y su hermano pequeño, se habían internado en el bosque para recolectar frutos silvestres mientras él se encargaba de acondicionar las cuadras. Descargaba una carreta de heno cuando los dos soldados se presentaron al galope. No dijeron nada. Descabalaron y se acercaron con premura. Dan intuyó sus funestas intenciones, pero no tuvo valor para escapar. Tan solo dio unos tímidos pasos hacia atrás, hasta acabar chocando con las maderas que delimitaban la pocilga.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde entonces, ni los motivos que lo habían provocado; tan solo podía sentir a la desesperación avanzando por sus entrañas con la determinación de un gato famélico.

Con los ojos vendados carecía de certeza alguna, pero el infesto hedor que llegaba hasta sus fosas nasales, le hacía sospechar con aprensión que sus huesos habían caído en lo más profundo de las mazmorras reales.

Un lugar en el que Dios no velaba por nadie.

Ensimismado en su desgracia, dio un respingo cuando el ruido de unos goznes oxidados, anunció que una puerta se acababa de abrir en una lejanía próxima.

Sentía los pasos acercándose. Notaba su presencia, su eco en las

graníticas paredes.

Debían estar pegados a su celda cuando se detuvieron.

—Aquí lo tiene, mi Reina —informó una voz sibilante.

A Dan se le heló la sangre.

—¿Estás seguro de lo que afirmas? —inquirió una voz femenina, con cierta duda en el tono.

—¡Por supuesto, Majestad! —repuso la otra voz, complaciente—. Mis conocimientos le darán lo que prometí. No estaría aquí si no pudiese cumplir.

El silencio se hizo eterno. Dan tenía el corazón frenético. No comprendía nada, pero tenía la certeza de que su destino dependía de la decisión que tomara la mujer.

—Está bien —concedió al fin—. Salva a mi hijo y el torreón del brujo será tuyo. Podrás hacer todos los experimentos que quieras allí.

—Será un honor majestad. Nada me haría más feliz.

En apenas unos segundos, la portezuela de la celda que lo retenía, chirrió al abrirse. Notó como unas manos lo asían y lo sacaban a la fuerza del cubículo. Intentó patalear, resistirse. Pero fue en vano. Tenía los pies y las manos sujetas con grilletes, mientras que su desnutrido cuerpo de ocho años no estaba capacitado para luchar contra la fuerza de un adulto.

—¿No será muy delgado? —preguntó la mujer con preocupación.

—No, mi Reina. Es mejor que sean así. Sin grasas que puedan enturbiar su sangre —le respondió en cuanto depositó el cuerpo del niño sobre una camilla de madera.

Ató las correas de cuero a los tobillos y a las muñecas, y soltó los grilletes. Dan seguía revolviéndose, aun así, todo era inútil. Únicamente logró quitarse la venda. Pero no le ayudó. La visión de aquel hombre vestido

con telas brillantes, todavía le atenazó más los músculos.

—¿Está segura de que quiere presenciar esto? —musitó el mago mientras sostenía el diminuto cuchillo entre sus dedos.

El muchacho cruzó su mirada con la de la reina, y contempló horrorizado como esta tragaba saliva y asentía apesadumbrada con la cabeza.

—Como desee —volvió a sisear el hombre, inclinándose sobre el cuerpo indefenso de Dan.

Con cada uno de los cortes que le practicó en las muñecas, el chiquillo abrió los ojos con fuerza. No tardó en sentir la sangre avanzando por su piel, ni en oír el lento repiqueo de esta, al caer en los recipientes depositados bajo la mesa para tal fin.

La vida se le estaba escapando gota a gota.

El tiempo pareció detenerse durante un instante. Ninguno hacía o decía nada. Estaban inmóviles, esperando el desenlace de aquel trance, cuando un ruido de puertas abiertas de manera precipitada rompió la quietud de la escena. Hasta Dan consiguió salir del sopor que comenzaba a asediario, para entrever a la pequeña comitiva que acababa de llegar.

—¡Se acabó el juego, cuñada!! —vociferó el hombre que iba al frente—. Tu hijo ha muerto.

—¡No! —ahogó un grito-. No puede ser...

—La coronación será mañana al mediodía —le informó con un sádico brillo de satisfacción en los ojos-. Espero que tú, y tus cosas, hayáis abandonado el castillo para entonces.

La mujer se venció sobre sus rodillas.

—¡¿¿Por qué??!! —aulló entre sollozos, mientras sus anegados ojos se perdían en el inerte cuerpecillo de Dan.

# Confunde el necio valor y precio

Miranda (Adela Paramio Miranda)

.....  
*www.catapultalieraria.tk - www.torbellinoliterario.tk*  
.....

—El coche está listo, don Jaime —dijo Fermín, entrando en el despacho.

Jaime cogió el maletín, en el que acababa de comprobar por enésima vez que llevaba toda la documentación. Era el día “D” en su vida. Hoy daría el golpe de gracia que demostraría a todos quien era él.

Salió del hotel con su impecable aspecto, se subió a la limusina blanca, un modelo Mercedes de última generación, y se acomodó, le quedaban un par de horas hasta llegar al castillo medieval perdido en los campos de Castilla, que se asentaba en terrenos de su familia desde tiempos inmemoriales.

Hacía más de treinta años que no visitaba su pueblo y hacía el mismo tiempo que no tenía relación con su familia.

Primero su padre y después su hermano habían ido dilapidando la herencia, a golpe de ventas para seguir manteniendo el status, sin preocuparse de generar riqueza, ni de poner en valor lo que poseían.

El abuelo siempre decía “Sólo el necio confunde valor y precio”. Desgraciadamente en su familia había demasiados necios, aunque quizá debía decir por suerte para él. Precisamente gracias a la necesidad de su familia él había conseguido reconquistar lo que quería.

Después de la última riña con su padre, hacía ya treinta años, tras su negativa a casarse con alguna de las ricas herederas que podían garantizar el tren de vida familiar conservando el patrimonio, se había marchado a Panamá, renunciando a su herencia. Allí se convirtió en ingeniero, de allí pasó a otras grandes obras internacionales, principalmente en países árabes y conoció a algunos de los

constructores más adinerados del planeta. A través de ellos había conseguido hacerse con el bien más importante de la familia.

El castillo tenía no solo un valor económico, sino también emocional, al menos para él, que había vivido allí los mejores años de su vida, mientras el camino, Jaime recordó sus juegos de infancia: escalando el talud, escondiéndose en las troneras y en las mazmorras, y viviendo sus primeros amores y desengaños, cuando se sentía parte de un mundo especial.

Sin embargo su hermano Arturo, único heredero a la muerte de su padre, después de su renuncia, jamás había conseguido dar valor a nada. Para Arturo todo tenía simplemente un precio, y ese precio era el de una cosa, por metros cuadrados o precio de mercado, siempre dependiendo de qué capricho tuviera en ese momento. De hecho, el muy estúpido había vendido el castillo por el mismo precio que el coste de una avioneta, que se le había antojado, ni siquiera una de las mejores, no, unas de las más baratas, equivalente al valor de un chalet en una ciudad pequeña.

Él habría pagado diez veces aquel importe.

Habían llegado.

El castillo estaba profusamente iluminado, las banderas le daban un aire especial, en los torreones estaban los actores contratados ataviados con ropas de la edad media, en el patio de armas y en las antiguas caballerizas se habían instalado puestos de un mercado medieval para ambientar, se habían cuidado todos los detalles.

Una alfombra roja atravesaba la barbacana, el puente levadizo y el patio hasta el edificio principal, donde iba a celebrarse la inauguración del hotel, en el que se había convertido el antiguo castillo.

Se sintió transportado. ¡Por fin podía disfrutar de su ansiado hogar en todo su esplendor!. Allí estaban ya todas las autoridades locales, que habían autorizado la transacción, al no haber podido igualar la oferta. También su hermano y algunos familiares más, además de los

reporteros

Y todos esperando al jeque, que según decían había comprado el castillo. Sonrió.

Se acabó el juego. Con paso firme se dirigió al escenario en el que habían dispuesto la mesa desde la que se iba a inaugurar el hotel. Los cuchicheos aumentaban mientras avanzaba por el centro de la sala, los vecinos estaban desconcertados, unos porque lo reconocían —por el parecido físico con su hermano—, otros porque no sabían quién era aquel hombre bien trajeado, que para nada parecía un jeque

Su hermano Arturo estaba lívido, hacía tiempo que se había arrepentido de haberlo vendido tan barato, al ver las posibilidades de explotación que había conseguido el comprador.

Jaime se sentó en la silla reservada al jeque, al lado de la de su hermano, con un guiño le dijo: Ya sabes... para mí tenía un valor, por eso pagué tu precio.

Arturo se acordó de su abuelo. ¡Necio, necio y necio!, esta vez sí lo había entendido, pero se las pagaría... para él, el juego acababa de empezar

Jaime tomó el micrófono y se dirigió a los asistentes...



# Cuando el cazador se convierte en presa. Versión él

Luca Severini

.....

## *Nota del autor:*

*Cuando a Virginia y a mí se nos ocurrió escribir la misma escena desde dos puntos de vista distintos, pensamos que iba a ser un divertido juego literario. Apenas nos conocíamos. De ella me encantaba su forma de escribir intensa y su carácter práctico y romántico al mismo tiempo. Con el paso de los días y de las semanas he descubierto muchas más cosas que me encantan de ella. El sonido de su voz, su manera de reírse, su melena rubia, sus ganas de vivir la vida a tope... También he descubierto, bueno, hemos descubierto, que somos dos mitades que encajan a la perfección y que sólo cuando estamos juntos, sólo cuando conseguimos ser “uno”, somos felices. Así que, una vez más, las palabras escritas han conseguido unir a dos personas que nunca hubieran llegado a conocerse de otra manera. En fin... Vir, te quiero.*

Miro la cuenta atrás de mi reloj de pulsera. Sólo faltan 59 minutos. Es casi imposible que llegue a tiempo. Por un día, por un sólo día que necesitaba llegar a tiempo...

El helicóptero se detiene a metro y medio del suelo unos segundos, sobre la explanada frente al castillo. El jefe de equipo me da luz verde. Las órdenes son claras: entrar, sacar a la chica sin un rasguño y largarse. Y, sobre todo, evitar bajas civiles.

Esto huele que apesta. Enviarme a mí, a un SEAL de la Marina, a rescatar a la hija del vice-presidente de Estados Unidos de una de sus

juergas es una locura. Puede acabar mal. Sin embargo yo no decido, sólo ejecuto.

Salto. Ruedo a un lado para amortiguar la caída y me pongo a cubierto. El camino hasta el castillo está despejado. Quito el seguro de mi fusil de asalto M4 y recorro agachado la distancia hasta el portón. Es enorme, de hierro forjado. Me acurruco contra la pared. Tendré que volarlo. Sin embargo hoy va a ser mi día de suerte, porque el portón se abre y un hombre aparece en el umbral. Sólo lleva puestos unos calzoncillos. Es flacucho, pálido y peludo. Mira alrededor. De sus labios cuelga un cigarrillo. No se ha dado ni cuenta del punto rojo de la mira láser de mi arma apuntando a su pecho.

En un segundo estoy encima de él. Le golpeo en el plexo solar para cortarle la respiración y le tumbo. Joder, el tío está pringado de aceite. ¡Qué asco! Me cuesta atarlo, resbala como una anguila. ¡Qué coño estarían haciendo!

Faltan 49 minutos. Todavía puedo llegar.

Entro en el salón principal. No hay señales de vida. Localizo la escalera y subo con cuidado a la planta de arriba. Hay un pasillo. Lo recorro. Son habitaciones. Seis en total. Todas vacías y a oscuras. Menos una. Una suave luz se filtra por debajo de la puerta. Está cerrada. Coloco una pequeña carga explosiva para abrirla, cuando de repente oigo una voz:

—¡Ni se te ocurra reventar la cerradura, pedazo de cabrón! Estoy desnuda y no pretenderás llevarme así ante mi padre, ¿verdad?

Guardo silencio. Es la hija del vice-presidente.

—Vé a recoger mi ropa a la habitación del fondo, está sobre una silla al lado de la ventana. Y no olvides mis bragas rojas, sin ellas no me iré de aquí.

¿Recoger sus bragas? ¿Por quién me ha tomado? ¿Por un puto mayordomo?

Faltan 41 minutos. Estoy en el límite.

Barajo mis posibilidades. Puedo llevármela por la fuerza. Pero eso significa forcejear con ella y eso me llevaría tiempo. Además, si está desnuda y pringada de aceite como el tipo de abajo la cosa se puede complicar.

Decido seguirle la corriente. Corro hasta la habitación del fondo. La oscuridad es total. Conecto las gafas de visión nocturna. No me lo puedo creer, estoy utilizando tecnología de más de treinta mil dólares para buscar unas bragas. Rojas.

Faltan 30 minutos.

Oigo una puerta que se abre y unos pasos. ¡La muy zorra me ha engañado! Se está escapando. Salgo de la habitación a tiempo para ver cómo se tira escalera abajo. La persigo.

Llego al final del pasillo y tuerzo para bajar la escalera. Y, sólo entonces, me doy cuenta de mi error. Sin embargo, ya es tarde. La tía está acechándome, agachada, y me golpea en plena cara con un objeto pesado. El casco amortigua el golpe, pero no puedo evitar perder el equilibrio y caer. Y todo se vuelve negro.

Cuando recobro el sentido tengo las manos atadas y una mujer rubia está sentada encima de mi pecho.

—Dios... ¿qué hora es? —le pregunto mareado.

—¿Perdona...? —contesta ella sorprendida.

—¿Puedes decirme cuánto queda?

—¿Cuánto queda para qué?

—Mira mi reloj y dime cuanto queda —le suplico.

Me obedece.

—23 minutos, ¿por qué?

—Porque tengo una cita.

Rompe a reír.

—¿Te has ligado a alguna súper mujer de algún cuerpo de élite? —me dice, sin dejar de refregarse encima de mi pecho.

—No, he quedado con la propietaria de “Bookkids”, una librería de cuentos para niños.

—Joder... ¿En serio? ¿Ahora?

—Dentro de 23 minutos.

Por fin deja de moverse. Ya no parece tan segura. Tan inflexible. Tan borde.

—Está bien... , se acabó el juego —me dice, entregándome sus manos en señal de rendición. —¡Llévame de nuevo al hotel con el viejo! Sólo a mí me podía pasar esto, tropezar con un SEAL sensible.

Faltan 22 minutos. Todavía puedo llegar.

# Cuando el cazador se convierte en presa. Versión ella

Virginia Figueroa

.....  
*www.bocetosdemimente.wordpress.com*  
.....

—¡Desde aquí hay unas vistas cojonudas de la ciudad, Leo! —le digo mientras expulso una bocanada de espeso humo que inunda la alcoba de un fuerte aroma a hierba.

—¿Leo? —repito retándole con mis pupilas que llevan dilatadas desde la cena—. ¡Joder! ¡Ya le ha dado el bajón!... ¡No sé por qué siempre termino con novatos! —me quejo suspirando y volviendo la vista al frío de una noche que me había prometido sexo y drogas sin límite.

El silencio que se respira en esta colina se interrumpe con algo que me hace asomar medio cuerpo por la ventana.

—¡Hostia puta! ¿Qué coño es eso? —grito mientras frunzo el ceño para enfocar lo que se acerca por el aire.

Un helicóptero se aproxima al castillo iluminando la explanada de tierra justo antes de la cuesta que lleva hasta el portón principal. Distingo cómo se baja de él una persona y se dirige a paso rápido hacia aquí. ¡Es un SEAL! Un puto NAVY SEAL de los que trabajan para mi padre, me quejo rabiosa. ¿Es que no puede dejarme tranquila disfrutar de mis 21 años ni en vacaciones?

Estoy mareada por el efecto de la marihuana, pero tengo que despertar rápido a éste para que me ayude.

—¡Joder, Leo!, ¡Despierta de una puta vez! —le espeto zarandeando su cuerpo con fuerza.

—¿Qué pasa tía? —se queja intentando acordarse de mí.

—Vé abajo, tenemos visita. Creo que es un vendedor de enciclopedias que viene a tocar los huevos.

—¿Qué?, ¡Tú lo flipas, Holly! ¿Qué hora es?

—La hora de que bajes tu puto culo a la entrada principal y hables con ese tipo para que se pire...—le ordeno malhumorada.

Consigo que vaya sólo por no seguir oyéndome, mientras me visto a toda prisa y paso el doble cerrojo a la puerta atrincherándome en la habitación. No pienso ponerle las cosas fáciles a ese esbirro militarizado de mi padre, le odio a muerte, por mucho que sea el vicepresidente de los EE.UU.

Aproximo mi oreja a la madera y oigo como unos pasos firmes suben la escalera y se paran al otro lado.

—¡Ni se te ocurra reventar la cerradura, pedazo de cabrón! Estoy desnuda y no pretenderás llevarme así ante mi padre, ¿verdad? —le grito irritada buscando posibles escapatorias. —Vé a recoger mi ropa a la habitación del fondo, está sobre una silla al lado de la ventana. Y no olvides mis bragas rojas, sin ellas no me iré de aquí.

Mi plan parece funcionar, porque al cabo de unos segundos oigo como se aleja mi enemigo por el corredor murmurando entre dientes. Abro con sigilo la puerta, armada con una antorcha apagada que localizo en una de las paredes y me echo a correr en dirección a la escalera lo más rápido que puedo. A la vuelta de la esquina me agazapo a esperar que venga, me ha oído, seguro. Cuando sus pasos me indican que le tengo a escasos centímetros cierro los ojos fuerte y le golpeo con todas mis fuerzas en la cabeza partiendo la antorcha en dos. Veo como cae rodando por la escalera. No se mueve. ¿Me lo habré cargado?, me pregunto mientras bajo para sentarme sobre su cuerpo desplomado y le ato las manos con mis cordones. Lo envolveré para regalo para que mi puto padre se lo lleve a casa, mascullo concentrándome en hacer un resistente nudo

marinero.

Al cabo de unos minutos noto como el SEAL va recobrando el conocimiento bajo mis piernas.

—Dios... ¿qué hora es?—me pregunta dolorido.

—¿Perdona? —me extraño intentando comprender por qué se preocupan todos hoy de la hora.

—¿Puedes decirme cuanto queda?

—¿Cuánto queda para qué?

—Mira mi reloj y dime cuanto queda —me suplica.

—23 minutos, ¿por qué? —empieza a intrigarme.

—Porque tengo una cita.

—Jajajajaja, ¿te has ligado a alguna súper mujer de algún cuerpo de élite? —le digo perdiéndome en el vaivén de sus pectorales.

—No, he quedado con la propietaria de “Bookkids”, una librería de cuentos para niños.

—Joder... ¿En serio? ¿Ahora?— interrogo con recelo.

—Dentro de 23 minutos. —me informa como un corderito y yo, no puedo evitar conmovirme ante esos ojos que me miran suplicantes, así que le desato; soy una blanda.

—Está bien..., se acabó el juego. —añado entregándole mis muñecas en señal de rendición.—¡Llévame de nuevo al hotel con el viejo! Sólo a mí me podía pasar esto, tropezar con un SEAL sensible.

# Discusión de almenas

Leosinprisa

.....

—¡Protegeos! —escucharon gritar ante la amenaza que se cernía sobre sus cabezas.

La piedra oscura brillaba en el aire como un sol negro, cruzándolo con la promesa de una muerte cierta allí donde cayese, extendiendo caos y desolación. Impactó contra la firme mampostería del muro, arrancando diversos fragmentos.

La parte más poderosa de la muralla, perteneciente a la magnífica estructura del castillo ducal, aguantaba una cruenta lucha. Los bravos mercenarios de las múltiples casas de contratación con sede en la ciudad, habían decidido combatir sin paga alguna y empeñado en proteger aquel lugar a costa de sus propias vidas.

No es que fuesen tan corteses y despreocupados, como para renunciar a un salario y los placeres de gastarlo en la cosmopolita ciudad. Sabían si perdían la batalla y el enemigo flanqueaba los límites de las fuertes defensas, las cuales durante tantos años sirvieron para ampararla, de nada les serviría cobrarlo.

Los combatientes de la fortaleza se agacharon en su inmensa mayoría, evitando ser alcanzados por algún trozo del gigantesco proyectil arrojado. Solo un pequeño grupo, comandado por un conocido guerrero a sueldo, un superviviente de muchas sangrientas batallas, permanecían erguidos y desafiantes.

Pudo contemplar desde su privilegiada situación como los fuegos devoraban parte de la antigua urbe y los ciudadanos, encerrados en aquella prisión involuntaria de donde no podían huir, corrían el riesgo de perecer abrasados.



El oficial observó con decisión a sus enemigos. Por desgracia eran muchos, demasiados para una lucha noble y justa. El caudal no parecía detenerse, chocando contra el impenetrable muro que se comportaba como un recio malecón ante una tormenta impetuosa.

—¿Dónde está esa maldita hechicera? —aulló el capitán de la compañía de los Manos Prestas, una de muchas que luchaban junto a la guarnición de la ciudad, mientras miraba frenético a su alrededor buscándola.

—¿Te refieres a la morena maciza? —el soldado y viejo conocido del aguerrido mercenario se rascaba indiferente la oreja disparando una certera saeta. Un buen tiro, un enemigo cayó al suelo para no levantarse.

—No, bobo. Esa otra estirada de pelo gris, la elfa. Debería estar aquí, para eso accedió a nuestra hermandad, me prometí no perderla de vista —levantó su espada y seccionó un miembro sin ningún miramiento—, es una pendona de cuidado. No me fio nada de los elfos.

—Ayer la vi en la taberna del Ciervo Castrado, parecía estar pasándose muy bien. Bebía como seis hombres y no le hacía asco a nada que pudiera llevarse a la boca. —Otra saeta encontró su objetivo y el ballestero sonrió satisfecho.

—Ya te lo he dicho. Un pendón. —Movié su escudo y golpeó a lo que intentaba escalar el muro, arrojándolo al vacío.

—Entonces, ¿mando llamar a la morena? Tiene muy malas pulgas, casi prefiero a esa elfa escurridiza. —Colocó una nueva saeta y comenzó a buscar donde clavarla con esmero, mientras esperaba la contestación de su compañero.

—¡No! Ni se te ocurra, es capaz de pasarse al enemigo si la molestamos en su rato de descanso. No he visto una fiera como esa morena exaltada, en mala hora se me ocurrió admitirlas. —La espada se movió con rapidez. El ruido de huesos y carne, le hizo sonreír de una forma perversa. En aquel momento hubiera golpeado con saña a las dos

incompetentes mujeres con su arma, con la parte plana por supuesto, y en aquel sitio donde el buen nombre de la espalda da lugar a otro más sugerente.

—Necesitamos más hombres aquí. En cualquier momento nos van a rebasar. —El diestro ballestero acabó con toda su provisión y arrojó la pesada ballesta al suelo, blandiendo una corta hacha a dos manos que cogió con soltura de su talabarte. No tardó en hacer uso de ella. La sangre húmeda y espesa salpicó a ambos, o algo con una consistencia parecida, pero ninguno de los dos se inmutó.

—Cogeré a esa elfa y le rebanaré las orejas. No tiene ningún sentido del deber, al menos la morena, caprichosa y rebelde como pocas, sabe obedecer órdenes y quien manda aquí. —Puso el escudo para defenderse de un devastador mazazo y replicó con ferocidad. La mano asida al mazo voló separada de su dueño, quien con casco hendido y cabeza fracturada, se desplomó desde lo alto de la recia muralla.

Tuvo un presentimiento a sus espaldas y se volvió dispuesto a utilizar su arma con presteza. Una férrea mano la sujeto con seguridad, impidiéndole cometer una equivocación en su apresurada acción.

—Cuidado, este vulgar hierro sin filo podría hacer daño a alguien —dijo socarrona la mujer elfa, quien desenvainó su espada, demostrando saber utilizarla contra quienes escalaban en aquel momento las altas almenas que los separaban del peligro.

—Estúpida elfa, ¿adónde vas con esa ropa de fiesta? —increpó furioso el capitán. Iba engalanada con un vestido que debía costar una fortuna, toda de verde con unos elegantes bordados de oro que contrastaban con la simpleza de los atuendos de los defensores.

—La elegancia no elimina mis artes de luchadora, ni mis habilidades de magia —recalcó con una insolencia que merecía ser contestada—. Además, no trabajo gratis.

—Eres una insensata o una chalada. El castillo ducal corre un grave peligro, si esta protección cae, la ciudad está perdida.

La elfa ignoró ese comentario y lo arrastró, evitando que una zarpa enemiga le alcanzase, con gran maestría la mujer de pelo gris partió al contrincante, tirándolo sin dilación muralla abajo.

—Deberías tener cuidado y prestar más atención a tu alrededor. También estas siendo muy poco galante, he dejado una interesante partida de dados para venir a vuestro lado. —Se sacudió la mano, impregnada por los restos que aquellos hombres tanto afán habían puesto en cubrirles. Toda suciedad, desapareció al instante.

El oficial la miró enfurecido, parecía fuese a explotar de pura rabia. Apretaba su arma con tanto ardor que la tenía blanca, tenso para azotar con ella a la inoportuna fémina que tan despreocupada se comportaba.

—Y estaba ganando. —Sonrió de una forma difícil de olvidar, con un encanto arrebatador—. Una cantidad indecente de dinero. Pero el deber era lo primero... —Quedó pensativa, no estaba muy de acuerdo con sus últimas palabras—. Bueno, casi lo primero. Pasárselo bien también es importante y...

—¡Basta! —gritó el enfurecido hombre—. No pienso darte nada, ni una sola moneda de la paga. No las mereces, pensaba estabas un tanto majareta. Algo muy extraño en tu raza, pero siempre hay notables excepciones. Tu banalidad de las cosas, me asusta. Por mí, puedes desaparecer de inmediato y volver a tu partida de dados. —Se fijó en su compañero, quien luchaba junto a otros por impedir que los atacantes escalasen con éxito la parte final de la muralla, haciéndole señas de que estaba cometiendo un error. La necesitaban, y más que nunca en aquel momento.

—¡Oh, te has enfadado! No era mi intención, puedo jugar otro día. Y ten por seguro ganaré, se me dan muy bien todos los juegos. —La elfa se acarició el largo pelo gris, recogéndolo y haciéndose un vistoso moño, pero no perdió en ningún momento su devastadora sonrisa.

—No te daré ni una moneda, larguirucha orejuda —repitió furioso.

La batalla para él había perdido toda importancia. Solo pensaba en los blancos dientes, ordenados y limpios, que formaban la dentadura perfecta de aquella insoportable mujer.

—Bueno, tal vez pueda renunciar a una buena paga en oro, pero me gustaría que ambos compartiésemos esta noche. —Le guiñó un ojo con insólito descaro— Muy juntos los dos.

—Yo... yo... —El capitán estaba atónito. La elfa era la belleza personificada y el propósito de su intención estaba claro, pero no lograba sino tartamudear unas míseras palabras. Lo había desarmado, nunca pudo esperar algo así y toda contestación, carecía de sentido. Volvió a pensar sin lugar a dudas, estaba loca. Tan loca que la amaba con igual locura.

—Entonces, no hay nada más que hablar, estamos de acuerdo. Se acabó el juego —comentó con inusitada calma la elegante mujer, mientras subía a una de las almenas y desdeñando todos los peligros, miró al frente enemigo.

Un vistoso escudo, formado por burbujas cristalinas, la envolvió. Observó a su compañera, la humana morena que tanto temían molestar, ocupaba igual puesto en una de las torres adyacentes y esperaba su señal. Los labios delicados y perfectos se entreabrieron para narrar con voz melodiosa:

“El corazón es para perderlo;  
la razón, para entenderlo.  
La vida es para guardarla;  
la muerte, para olvidarla.  
Corazón y razón, unirás;  
vida y muerte, compartirás”.

Las palabras fluyeron espontáneas, vigorosas, perturbadoras. Nacieron y murieron en el propio aire, escribiéndose con letras de fuego multicolor, como centellas inesperadas, quedando grabadas en las retinas de quienes la rodeaban.

Era al mismo tiempo, una sentencia y un recordatorio. Una clara amenaza teñida de verde. El verde de Hurtadillas, el color de la elfa, el emblema secreto de Tántasia.

Sus ojos refulgieron como dos flamantes constelaciones esmeraldas y en aquel momento, el máximo oficial de los Manos Prestas supo, sin duda alguna, la jornada acabaría con una victoria a su favor.

# El final del camino

Diego Manresa Bilbao

.....

Puede que fuera porque el Sol se ocultaba por detrás del Castillo de Ponferrada.

Puede que fuera porque ese sol hizo que se hubiera puesto esas gafas que, aunque ocultaban sus ojos marrones —para él, ella era *My Brown-Eyed Girl*—, le volvían loco y reflejaban su sonrisa y la belleza del mundo en ellas.

Puede que fuera porque se imaginaba que en ese castillo templario se habrían librado duelos por princesas como ella, que estaría observando desde el palco como dos valientes caballeros se mataban entre sí a lanzazo limpio con el único objetivo de poder seguir optando a sus favores.

Puede que fuera porque alguna vez se había sentido igual que esos hidalgos cuando la acababa de conocer y empezaba a cortejarla. En su caso, era más bien un Quijote en fiera lucha contra los gigantes de su inseguridad y su timidez, que con ella se convirtieron en simples molinos de viento.

Puede que fuera porque ella había accedido a muchísimas cosas a lo largo de los años; primero, desde cosas tan nimias —aunque grandes logros para él— como tomar un café o ir al cine, a decisiones tan importantes como ir a vivir con él o, aunque no supiera en un primer momento la importancia que iba a tener, irse a hacer juntos el Camino de Santiago.

Puede que fuera porque el atardecer le solía poner un poco melancólico. Tenía la impresión de que le quedaba un día menos para pasar con ella, un grano más había caído en el reloj de arena, y nunca se sabe lo

que ocurrirá mañana, hay que estar siempre preparado para expresar las cosas que uno va sintiendo, mejor arrepentirse de hacer que de omitir, mucho mejor pedir perdón que permiso...

Puede que fuera porque el verano del norte le sentaba maravillosamente, simplemente estaba más guapa que cualquier día que recordara, incluyendo cuando la conoció, cuando el frío de Madrid sonrosaba sus mejillas mientras caminaban a sus casas, ella porque vivía cerca del amigo común que celebraba esa fiesta, él porque se inventó donde vivía para acompañarla. Para él, esa noche acababan de desenfundarse las lanzas...

Puede que fuera porque llevaban un rato sin hablar, al principio disfrutando del silencio y la compañía, pero llega un momento en el que hay que decir o hacer algo antes de que el silencio se vuelva incomodo, y como no se le ocurría ningún comentario ocurrente, decidió que era el momento, y quiso quitarle solemnidad y darle un poco de factor sorpresa haciendo el payaso, que se le daba muy bien. El Bufón del Castillo.

Puede que fuera porque lo tenía planeado desde hace mucho tiempo, de un modo u otro, y era el momento, no podía esperar más, a veces sientes que si pierdes un instante especial no vuelve, y lo que es peor, se corre el riesgo de intentar que vuelva o imitarlo de alguna manera, y acabas arruinándolo.

Sin embargo, era porque en cualquier momento iba a estallar de amor si no lo hacía.

Fue entonces cuando, sin previo aviso, sin excusa ni pretexto, con premeditación, nocturnidad y alevosía, le dio un beso en la mejilla, se agachó, metió la cabeza por debajo de sus piernas, y la subió a hombros en medio de Ponferrada, empezó a trotar y a relinchar como el podenco que era, ante el asombro del resto de peregrinos que les acompañaban. Ella, como siempre que hacía este tipo de tonterías, fingió asustarse y estar sorprendida, y empezó a golpearle la cabeza, dándole pequeñas bofetadas, pero acabó por reírse.

Y qué risa era aquella. Fuegos artificiales. Toque de corneta, llamada a duelo o a lo que hiciera falta por asegurarse un segundo más. Hubiera jurado que los habitantes del castillo llevaban celebrando 800 años de fiesta mayor por esa risa.

Fue entonces cuando ella empezó a ponerse un poco nerviosa, nunca le gustaron las alturas y dijo:

—Bájame, no tiene gracia ya, cariño. Bájame, por favor. Se acabó el juego.

Y tenía razón, el juego se había acabado. Al menos para él. Sabía que era el momento, el lugar donde todo confluía, donde todo quedaba resuelto. Donde habían llegado todos los hilos que habían ido tejiendo desde aquella noche de invierno en Madrid. Había pensado hacerlo en Santiago, al final del Camino, nada más terminar el peregrinar que les habría llevado al comienzo de sus días. Pero en aquel atardecer con aires medievales, decidió que era el Final, el final de su camino, lo que había estado esperando durante toda su vida. Fue ahí cuando la bajo al suelo, se arrodilló y sacó el anillo de su bolsillo.

Ella tenía el Castillo a su espalda, y él siempre nos jura que, mientras estaba arrodillado, vio cómo, desde una almena, el Rey sonrió y, levantando el pulgar hacia arriba, le dio su bendición para tomar la mano de su hija.

Y toda la Corte aplaudió, dando por iniciados los festejos.



# Doppelgänger

Pato Menudencio

.....

*www.menudencio.wordpress.com*

.....

A mis 85 años ya siento la proximidad de la muerte. Pronto sólo seré un recuerdo, y lo que pueda ocurrir después de mi fin ha estado atormentándome estos últimos días. Es por eso que lo he convocado a usted, padre Stéfano. Necesito confesarle un horrible crimen que cometí en mi juventud.

Todo empezó el día que llegué a Zellindor. Tenía 25 años y en ese entonces era un simple turista que estaba de paso por el pueblo, mi intención era marcharme enseguida. Las vacaciones recién empezaban y Praga me esperaba llena de aventuras; pero aún quedaban cinco horas para abordar el siguiente tren, así que me dirigí a las famosas ruinas del castillo Rudenfort con el objetivo de hacer algo de tiempo antes de partir.

El camino era corto y una suave brisa refrescaba mi cara. Luego de un par de minutos caminando por el sendero del bosque, quedé ante lo que quedaba de aquella majestuosa edificación que otrora fuera la manifestación del absoluto poderío de un antiguo señor feudal.

Me adentré en el castillo y recorrí los interminables pasillos de roca negra, visité los amplios salones de arquitectura medieval y bajé por los peldaños de mármol que daban a las catacumbas.

En ellas la atmósfera era desconcertante, una mezcla de muerte y agonía que provenían de un lugar indeterminado erizó toda mi piel. En las paredes se podía ver tallados antiguos que representaban siniestros ritos; pero el miedo anterior no era nada comparado con lo que vería a continuación. Lo más terrorífico de todo el castillo estaba en medio de la sala. Un agujero imponente, que de acuerdo a la leyenda

local, era el foso sin fin, y que según los lugareños llegaba hasta las mismas puertas del infierno.

Escuché un ruido, en medio de la penumbra distinguí una figura humana que sondeaba cada uno de mis movimientos. El pavor fue en aumento al darme cuenta de que no estaba solo.

Poco a poco mi vista se fue aclarando, y con estupor advertí que el otro visitante era yo mismo.

Ante mí, el mayor de mis miedos infantiles se manifestó. De inmediato vinieron los recuerdos de mi abuelo contándome historias de terror cuando niño. De todos los horrores que aquel anciano me contaba, el que más recuerdo —por las noches sin dormir que me provocó— era el Doppelgänger. Que según la tradición, es el doble fantasmal de una persona, y que al encontrárselo, era un presagio de muerte.

Ahí estaba yo, petrificado de miedo frente a mi doble maligno. Por un momento nos miramos a los ojos sin emitir palabra alguna. Parecíamos dos bestias estudiándose antes de la batalla final. Cada uno de sus rasgos —y su ropa—, eran idénticos a los míos; pero no sólo era mi doble, era la muerte en persona.

Debía actuar rápido, o si no la leyenda se cumpliría con mi propia muerte. Morir no estaba en mis planes, ni mucho menos quedar abandonado lejos de casa, la angustia de saber que podía ser mi último día en la tierra era algo que me impedía pensar con lucidez.

No pude reaccionar a su primer ataque. Aún su grito lleno de odio diciendo «¡Se acabó el juego maldito!», retumba en mi mente las noches en las que la culpa no me permite conciliar el sueño. Se abalanzó sobre mí, y una ráfaga de golpes aterrizó en mi cara tumbándome de inmediato.

Estaba tirado en el suelo y sin posibilidad alguna de defenderme. Cada golpe lo recibía con impotencia por el miedo que aquel ser causaba en mí. ¿Acaso moriría en aquel pueblo en medio de la nada?

Usted comprenderá, padre, que me encontraba en una encrucijada, no hallaba la forma de enfrentarme a lo desconocido. Si la situación se mantenía, de seguro mi muerte sería inminente, sólo era un simple mortal incapaz de luchar contra los horrores del plano sobrenatural. Necesitaba cuanto antes una forma de salvarme.

En ese instante, cuando estaba entregado a mi destino, mi instinto de supervivencia afloró en lo más profundo de mí ser. Quería vivir, mejor dicho, necesitaba vivir a como diera lugar. Recuerdo que grité casi hasta las lágrimas, y sacando fuerzas de flaqueza, cogí una piedra, y golpeé directo a la sien de mi atacante. Un ruido sordo acompañado de un hilo de sangre anunció su muerte. En sólo una fracción de segundo me convertí en un asesino. Al ver su cadáver y su mirada vacía, no pude contener las ganas de vomitar. Verlo sin vida era contemplar mi propia muerte.

Tomé su cuerpo, y lo arrojé a las profundidades del pozo. Pese al miedo, una sensación morbosa se apoderó de mi cuerpo. Quería comprobar si la leyenda era cierta. Me senté, abatido en el suelo frío de aquel castillo maldito, y afiné mi oído tratando de escuchar como el cadáver tocaba fondo. Esperé unos segundos que se transformaron en minutos y nada se escuchó. Mi copia maligna fue perdiéndose para siempre en la inmensidad del abismo.

Debía abandonar cuanto antes aquel pueblo diabólico. Corrí hacia la salida llorando, sólo debía escapar de esa pesadilla. Si tenía suerte podía tomar el tren, esfumarme sin dejar rastro y volver a mi vida normal; pero un detalle acabó con mis anhelos de libertad.

Frente a mí, una joven con un bebé en brazos me contemplaba preocupada.

—Gustav, estábamos esperándote, debemos ir a casa. ¿Pero qué te pasó en la cara, mi amor?

—Nada, solo me pegué en la cabeza con una viga —dije sin comprender hasta el día de hoy cómo esa respuesta nació de mis labios, sellando

para siempre mi destino.

No lo podía creer, mi doble tenía nombre, se llamaba Gustav y tenía familia. El remordimiento casi me hace caer de rodillas. Estaba en el dilema de abandonarlos o ser Gustav para siempre. Algo en mí me hizo acompañarla, empezando una existencia de eterna expiación.

Con los años me fui enamorando de Agatha y a Luca lo consideré mi propio hijo. No fue fácil engañar a mi nueva familia y al resto del pueblo, usé los golpes recibidos en la pelea de forma provechosa y les hice creer que experimentaba un cuadro de amnesia. Gracias a esa actuación, todos en el pueblo me fueron ayudando a reconstruir mi nueva identidad. Tiempo después llegaron a nuestras vidas mis hijos, Roland y Simone. Desde aquel día Representé el papel de Gustav a la perfección, tratando de ser un modelo para todos. Y de ese modo, mi antigua vida murió cuando asesiné a Gustav con mis propias manos.

El resto de la historia usted ya la conoce padre. Me convertí en el querido alcalde de Zellindor por más de 20 años. Me esforcé más de la cuenta en hacer progresar al poblado, hasta convertirlo en el idílico lugar que es ahora. Pese a la vida en apariencia feliz que llevaba, la culpa me visitaba todas las noches, carcomiéndome por dentro y haciéndome cuestionar mi condición humana. Más de alguna vez, me dirigí al castillo para llorar en silencio. Donde sea que estuviera Gustav, le pedía perdón por mis actos...

Y ahora, *ad portas* de mi muerte, una pregunta resuena en mi cabeza una y otra vez de manera implacable...

¿Y si desde un principio yo siempre fui el Doppelgänger?

# El abuelo y su tango

Oswaldo Mario Vela Saenz

.....

Largo camino cuesta arriba. La Sinuosa ruta, dividía por mitad el peralte de la ladera. El verdor de sus perímetros resaltaba ante el color rojizo del encalichado sendero rumbo a la cúspide de la colina. Carlos Julián, de pie ante el nacimiento de aquella senda. Una maleta colgaba de su diestra. Concentraba su mirar en el castillo que se dibujaba en todo lo alto. Finca que daba una pincelada de belleza a la campiña de la Sierra de Maratines, cuya pendiente opuesta, nace donde mueren las olas del Golfo de México. Transporte carretero lo llevó a su destino. El motivo de su presencia: la lectura del testamento de su abuelo, Don Heberto Julián. Como nieto único, lo nombró uno de dos, herederos universales. Aquel palacio, sus activos y tierras que lo rodeaban le pertenecían a mitad. Según el notario que lo visitara, debía de compartirlo con la ahijada de su abuelo, Isabel. Mujer soltera y poseedora de recio carácter, según el contar del abogado. El castillo familiar lo construyó su abuelo, a quien nunca conoció. La boda sin consentimiento de sus padres fue causa de rompimiento familiar que lo mantuvo lejos. Carlos creció en los barrios latinos de Houston, Texas. Le gustaba la buena vida. Nunca conservó un empleo por mucho tiempo. Tenía la sangre liviana. Los amigos lo buscaban. Sus piropos certeros le ganaban simpatías. Adoraba los enredos de cualquier índole y más al salir beneficiado. Así es que cuando la firma de abogados lo localizó, la respuesta afirmativa no dilató. Se gastó los pocos ahorros que tenía en la compra de los boletos del viaje. Ya se veía vendiendo el castillo. Divagaba por su mente la vida de expendio que se daría con el usufructo de la venta. En cavilaciones de grandeza la distancia se fue acortando. Observaba en su caminar, el finísimo ganado que pastaba. Las cercas de alambre de púas parecían sacadas de una revista ganadera. Los caballos, con su estampa, reflejaban

posesión de título nobiliario. Era un lugar de ensueño. La bonanza sin límite que lo rodeaba lo hizo dudar. ¿Y si todo esto que vivía fuese una broma, y si se trataba de un juego televisivo como los que hay por doquier?

Llegó frente al palacio. De cerca lucía sus atractivos. Cuidados jardines despedían olores que llenaban sus pulmones. Los portones de madera abiertos de par en par le daban la bienvenida. Entró al patio con suficiencia. Al lado izquierdo de la entrada otro portón; el acceso a la Capilla. Necesitaba contar con un socio que lo ayudara en su empresa. Nadie mejor que el eterno morador de recintos sagrados. Él siempre le concedía lo solicitado. No dudó, entró sólo para toparse con su destino. Sola, hincada frente al altar, una dama con personalidad arrolladora. Sus ojos, expertos en juzgar encantos femeninos, le comunicaron su diagnóstico. Estaba frente a la Julieta de Romeo o a la Cleopatra de Marco Antonio, y él sólo se llamaba Carlos.

—Tú debes de ser Isabel.

La dama ,al oír su nombre, se puso de pie y lo enfrentó.

—Y tú, por lo irreverente debes de ser Carlos. Pudiste haber esperado que terminara de orar.

Trató de contestar con la misma fuerza de quien lo confrontaba, pero no articuló palabra alguna. La imagen, que él mismo se impuso de la ahijada de su abuelo, no coincidía en absoluto con la mujer que tenía enfrente. La imaginaba solterona amargada y hasta mentalmente incapaz. Contrariado, veía un bello rostro lleno de juventud y unos ojos juguetones que se reían burlones de su asombro.

—Parece ser que los abogados que me buscaron saben mucho de leyes, pero son ciegos al atractivo femenino. En lo único que le atinaron fue en tu recio carácter, que más que una falla me parece una cualidad. Rebasas por mucho, en apariencia y en inteligencia, la impresión que yo tenía.

—No te esfuerces en banalidades. Los abogados nos esperan para la

lectura del testamento. Vamos.

Isabel escondía en sus duras palabras el desasosiego que le provocaba su cercanía. Esos ojos ofendían su pudor al mirar. No podía evitar el sentir las virtudes femeninas que tanto atesoraba, expuestas sin recato.

La pulcritud y la elegancia del mobiliario del Palacio parecían conjugar con la presencia de los magistrados que darían a conocer el legado. La Fortuna del abuelo en tierras, en dinero y en bienes: incalculable. Esa abundancia iría a parar a la beneficencia pública. Solo una cláusula lo evitaría. Carlos reclamó a los jueces.

—Si esto es un juego, se acabó el Juego. No pienso jugar.

El juez de la toga y el birrete habló.

—No es un juego. Toda la fortuna de Don Heberto se esfumará si Carlos, su nieto, e Isabel, su ahijada, no contraen matrimonio. Y no solo eso, deben de permanecer casados por lo menos veinte años, antes de poder disponer de la mitad de los bienes. Sin cumplir ese requisito de tiempo, nadie es dueño de nada.

El abuelo se salió con la suya. Confiaba en los principios que le inculcó a su ahijada. A su nieto solo lo conocía por reportes detectivescos. Sabía que ella mantendría la hacienda viva y productiva. Si le hubiese permitido a ella escoger su compañero, se hubiese equivocado. Como mujer, se guiaría por el amor y el amor es ciego. Optó por escoger al “calavera” de su nieto para allanar su única debilidad. Su tango favorito, “Volver”, brindó con su letra la pauta exigida en su legado. En esa unión Irene le daría respuesta y rienda suelta a su desasosiego. Además, descubriría la parte tierna de su mirar. Carlos, por su parte, obtuvo a su Dulcinea en Isabel. Al disfrutar las riquezas del abuelo se dieron cuenta, como lo dice el tango, que *veinte años no es nada*.

# El castillo, el rey y el juego del ajedrez

Francisco Javier García del Río

.....

Vemos un trono situado en el centro de la nave principal, bajo una gran bóveda, las banderas que promocionan el nombre del reino: Reino de los ineptos. A la derecha del escenario se halla una figura de tamaño medio cubierta con una tela. Una música de *heavy metal* en el espacio escénico. La figura embozada es la de la madre del rey, que ayuda a su vástago en el juego del ajedrez que diariamente practica su graciosa majestad con cualquier lacayo que se persone en el momento en el que el monarca está buscando contrincante, pues el ajedrez es la parte más importante de sus deberes diarios.

Cuando la reina madre es requerida por el servicio de cocina, el monarca se levanta de un salto y dice: «Se acabó el juego».

Expulsando de la sala del trono al lugareño, que había acudido al castillo para hablar con el jefe de cámara y conseguir algo para llevarse a la boca, él y su familia, pero tuvo la desgracia de tropezarse con el rey que le exigió jugase con él la partida de ajedrez. Lo gracioso es que este hombre algo tarado de nacimiento nunca preguntaba a sus probables rivales si sabían o dominaban el juego, y así de esta forma, entre su madre embozada en plan de no ser vista y el desconocimiento de sus adversarios sobre el juego siempre ganaba la partida.

La reina madre, viendo la soledad de su hijo el monarca, sugirió al consejo del reino se editasen unos pasquines con la intención de buscar novia para su hijo.

Esta señora estaba muy bien ilustrada en los asuntos de los amoríos, pues gracias a ella al difunto rey padre del actual (parece ser, reconocido lo tenía), era conocido como el ciervo, el estaba todo orgulloso del sobrenombre, pues pensaba que se lo habían puesto por la bravura de



su persona.

La reina madre, entró en los aposentos de su hijo, para explicarle, los prolegómenos de su iniciativa:

—Hijo, como sabrás, estoy intentando buscarte esposa. Se han imprimido cientos de carteles haciendo constar tus necesidades sobre la misma, necesidades que la elegida habrá de cumplir para poder ser la reina consorte.

—Madre, yo no necesito mujer.

La madre se asombró y preguntó a su hijo si era...

—No madre no, lo que pasa es que nunca he estado con mujer y desconozco como hacer para poder tener descendencia.

—Eso es fácil, solo tienes que investigar con tu esposa y entre los dos encontrareis la manera y forma.

—¿Qué has escrito en los pasquines?

—Pues he puesto: «Su majestad el rey desea contraer matrimonio lo más rápidamente posible La candidata deberá de reunir las siguientes condiciones: Sabrá jugar al ajedrez, ser bebedora de ginebra, gustarle hacer el amor. Las solicitantes una a una tendrán que pasar por el castillo para ser examinada, previa cita».

Pasaron varios días y ninguna chica o mujer madura se acercó al castillo, por lo que la reina madre, encolerizada, hizo redactar un BANDO, por el cual se solicitaba que todas las mujeres del reino se personasen ante ella, bajo la pena de multa muy gorda para las que ignoren el citado precepto. Y así fue, empezaron a llegar doncellas y no tan doncellas, hasta que eligieron a una llamada Rosalinda. Se hicieron los preparativos de la boda. Fue una gran ceremonia. Más de mil invitados, corría el vino y la ginebra como si hubiese dos pozos en el jardín que manase dichos líquidos.

Al llegar el atardecer la reina madre, sugirió a su hijo que él y su recién

estrenada esposa se retirasen a sus aposentos, si bien recordándole a su hijo lo que le había dicho sobre las técnicas amatorias. Al llegar al dormitorio...

—Rosalinda, desnúdese.

—Si, Majestad.

Y el rey acordándose de los consejos maternos comenzó a investigar en el cuerpo de la joven con el fin de encontrar la manera y forma de intentar tener vástagos que garantizaran la perpetuidad en el trono. No llevaba mucho tiempo en esos menesteres, cuando con un sobresalto, la nueva reina le dijo:

—Está Su Majestad intentando hacer el amor, pues noto muchos movimientos de manos, debajo de las sábanas, y tocamientos por diferentes partes de mi cuerpo serrano.

—Así es, Rosalinda. Quisiera que hoy sea resuelto el problema que tengo con respecto a la procreación.

—No se preocupe, póngase a mi disposición, no deseo con esta insinuación alcanzar la grandeza de Su Majestad, pero le prometo que en un par de segundos del reloj de arena que tenemos en nuestros aposentos, sabrá de manera sencilla, el método agradabilísimo de procrear. Se lo prometo.

Cuando hubieron terminado de los escarceos con resultado favorable y nerviosismo en el rey, muy tembloroso se dirigió a su madre que se encontraba atendiendo a los últimos invitados para abandonar el palacio.

—Madre, le ordeno que en mucho tiempo, no puedo precisar concretamente cuánto, que ni a mi esposa, llamada también la reina por los miembros del servicio y usted, queridísima madre, no nos molesten.

—Así será, hijo. ¿Qué? Salió por lo visto como se esperaba, ¿verdad?

—Así es. Fue una gozada, madre.

—Eso ya lo sabía yo. Tu difunto padre, que en paz descansa, hizo felices a muchas doncellas del reino, y a mí todos los días de nuestro matrimonio. Era un hombre muy vigoroso, así mismo vas a ser tú.

—Claro está, es una práctica indudablemente satisfactoria.

—Pues no se hable más y a continuar. No abandone mi hijo sus obligaciones maritales. Dale saludos a la reina de mi parte y le dice, que dijo Su madre que tenga un buen provecho.

De esta forma, es como en el reino de “los ineptos” se inició la manera de perpetuar la raza y la sangre azul, la cual al parecer es la que poseen las monarquías. No tienen eso que se denomina RH, si no, sangre azul, que es una proeza, por ser diferentes al resto del mundo. Que conste, estoy deseando ver a alguno de estos señores y señoras se den un batacazo para observar la sangre, eso si debe de ser una gozada.

# El juego de Mountliburne

Noemí

.....

A partir de la medianoche las gentes de Mountliburne se habían ido congregando en los patios y la explanada del castillo y cuando la luz del sol apuntó por encima de las montañas, estalló el Apocalipsis: trompas, cornamusas, zampoñas, címbalos, tambores retumbaron todos a un tiempo. El señor de Mountliburne marchaba a Tierra Santa.

Mientras el estruendo que se colaba por ventanas y troneras alcanzaba niveles insoportables, en la reclusión de sus aposentos Arline de Lamballe escuchaba con aparente unción pero dudoso interés, el sermón que su esposo le estaba echando a modo de despedida.

—...y a partir de hoy mi amada Arline quedarás a cargo de la administración del feudo. Sé que eres demasiado joven e ignorante, a veces bastante atolondrada, pero confío en que con la ayuda de Dios y mis consejos podrás sobreponerte. A toda hora ten presente mi ejemplo y reza, pues pasaré estrecheces, infortunios y con la vida siempre a punto de ser inmolada padeceré sufrimientos sin nombre por la salvación de mi alma.

Emocionado por su propio discurso calló.

«Guerra Santa —se dijo Arline—, aplastar cabezas, violar mujeres, estrellar niños contra muros en llamas...».

Relinchos y entrechocar de armas. De súbito Mountliburne vociferó con todas sus fuerzas:

—¡Dios lo quiere!

Este último grito unido estrépito exterior hizo que Arline sintiera que el castillo se desplomaba sobre ella aniquilándola.

El conde avanzó hacia la pared desnuda y descolgó ceremoniosamente una enorme espada.

—Esta, querida mía, es la reliquia gloriosa de mis antepasados —dijo—. Ella será custodia de tu honra hasta mi regreso. ¡Jura que permanecerá incólume a tu lado!

Y con un ampuloso gesto la colocó sobre lecho matrimonial del que, en poco, su honorable persona desertaría.

Arline alzó la cabeza, tenía apenas diecisiete años y una expresión intensa y serena, miró al monstruoso artefacto emboscado en su cama y luego a su corpulento esposo que ya contaba largo los cincuenta.

«Es un juego —pensó—, y el más fuerte impone las reglas».

Juró con un gesto apenas perceptible. Más no se esperaba de ella. Desde ese instante su cuerpo quedaría sujeto al juicio de Dios por la vicaria presencia de la espada.

El conde la tomó por los hombros, besó —sin advertir un despectivo frunce— su pálido entrecejo. Y, por fin, se marchó satisfecho a la Cruzada tronando: «¡Dios lo quiere!».

Contra todo vaticinio Arline de Lamballe resultó ser la castellana perfecta; de carácter tan firme como el de su marido pero con muchísima más inteligencia. Su gracia y empatía le ganaron el amor y el respeto de suyos y ajenos.

Pronto de las peladas paredes del castillo colgaron tapices coloridos y en lugar del acostumbrado heno seco, los pisos ostentaron mullidas alfombras. La gran sala cambió el rastrillar de las espuelas por el suave roce de la seda y el terciopelo. Doncellas y pajes reemplazaron las sangrientas ordalías por el “gozoso sufrimiento” de las Cortes de Amor y música, danza, poemas; flores y risas suplantaron las roncadas baladronadas de los espadones borrachos.

A la plaza del castillo comenzaron a concurrir juglares y comediantes. Tras ellos, como aves de paso llegaron a sus salas los trovadores, para

cantar la belleza de las damas y maldecir al alba que separa a los amantes.

A fines de otoño, cuando las rojas ciruelas arrastradas por el viento se desprendían de las ramas, llegó a Mountliburne un misterioso caballero. Joven, trovador, músico y poeta dijo llamarse Arnaud y vivir más allá de las montañas de oriente. Nadie tocaba el laúd como él, componía madrigales más dulces ni cantaba con una voz tan viril y tierna. Pronto las doncellas le apodaron Arnaud le Beau, el bello.

No era de esperar que la joven castellana permaneciera indiferente. Se intercambiaron miradas soñadoras, sonrisas embozadas, discretos versos encriptados cuyos mensajes sólo podían interpretar ellos . Pasearon por los senderos cubiertos de hojas doradas, imaginaron caricias crepusculares y bajo la gualda penumbra del limonero se besaron castamente.

Una noche, cuando la luna se deslizaba por sus destrenzados cabellos, Arline oyó el ansiado roce de unos pies desnudos dirigiéndose a sus aposentos.

—Arnaud —suspiró.

No hicieron falta palabras, sólo el contacto de la piel despojada, los brazos alcanzando la codiciada presa y los labios cada vez más cerca. De pronto, cuando el cuerpo anhelado se introducía en el lecho una descarga glacial paralizó su gesto. La espada de Mountliburne agazapada en los pliegues de la sábana reveló su perversa existencia. El deshonor, más temido que la muerte, condenaba al caballero que cruzara sobre ella. Una espada de fuego deniega la entrada al Paraíso, despreciar este signo supondría bellaquería. «¡Dios lo quiere!».

Lentamente el trovador se fue arrancando del abrazo prohibido: piel, manos, cálida ternura, un instante aún y desapareció en la sombra.

Arline, desolada, pasó las horas insomne entre oscuros pensamientos y lágrimas mudas. Había jurado que aquel cacharro permanecería a su lado y un juramento, por inicuo que sea, compromete.

Por fin antes del alba abandonó la postración del lecho.

—¡Se acabó el juego!— exclamó.

Abrió un antiguo arcón y después de acarrear la vetusta reliquia marital hasta él, la arrojó al fondo. Luego arrastró el baúl hasta el borde de la cama. Así continuaría junto a ella tal como lo requería el juramento: a su lado, pero fuera. Y allí permanecería hasta el eventual regreso de su dueño. «¡Dios no lo quiera!».

Cerró el arcón con su triple candado, salió a la almena y arrojó las llaves al foso para que se hundieran eternamente en el denso, putrefacto limo.

Las nubes plumizas anunciaban la primera nevada. Desde el camino Arnaud se detuvo a mirarla. Ella alzó la mano abierta: era una señal y una promesa; él respondió al saludo con igual gesto: la próxima primavera cruzaría las montañas y volverían a encontrarse.

«Esta vez —se prometió Arline—, para una estancia muy, muy larga». Y ella cumplía siempre sus promesas.

# La torre habitada

Carmen Membrilla Olea

.....  
[www.elquemadordeesencias.blogspot.com.es](http://www.elquemadordeesencias.blogspot.com.es)  
.....

Vivo aquí; en este recinto amurallado, en la torre que me pareció más habitable cuando llegué. Sí, es un castillo ubicado en la parte más elevada de la colina más lejana que jamás pudierais imaginar. Llegué vestida de blanco, teniendo la certeza de que nunca más saldría de este lugar.

Ellos, los de abajo, me dan agua, comida y medicamentos. A cambio quieren saber mi nombre, mi vida, todas las circunstancias que me condujeron hasta este lugar.

Nunca hablaré de mi pasado. Me gusta pensar que soy una princesa, la princesa que habita la torre más alta a la espera de que un caballero llegue hasta aquí para besarme y hablarme de aventuras y mares embravecidos y luchas contra gigantes... ¿Dónde está el problema? Ellos; los de abajo, siempre me repiten:

—¡Se acabó el juego!

Pero se equivocan. Esto no es un juego. Podría ser cualquier cosa menos un juego.

*Cuando descubrí que se amaban, me quedé fría, caí al suelo sin hacerme daño, cuestionándome el verdadero significado de la palabra lealtad. Se amaron en secreto durante mucho tiempo, engañándome a sabiendas, quebrantando todos los límites de la confianza que yo tenía depositada en ambos. Aquella mañana de septiembre yo llegaba del banco. Abrí la puerta de casa con mi propia llave y al entrar noté algo raro e incomprensible, algo malo... Era el peso de dos respiraciones agitadas. Ella se abalanzó sobre mí*



*y me amenazó con el cuchillo que utilizábamos para cortar la carne; me llevó hasta la cocina; él estaba desnudo, sentado en una silla, atado y amordazado. Lloraba...Yo me quedé de pie, horrorizada; sin comprender aún la dimensión de una tragedia inminente. Ella tomó la palabra. Seguía siendo muy joven a pesar de los años transcurridos, aunque no demasiado guapa; nunca lo fue. Cuando la contraté para trabajar en casa tenía dieciocho años; era casi una niña. Empezó a contarme cómo llevaban años engañándome, qué cosas hacían los dos juntos en la cama, cómo mi marido le daba dinero...mucho más dinero del sueldo que yo le pagaba y cómo de un tiempo a esta parte se estaba negando a suplementarle lo que ella ordenaba. Él se retorció desde su silla emitiendo sonidos desesperados, clavando sus ojos en mí, suplicándome perdón. Yo ya había caído al suelo, aunque traté de mantener la calma... Ella estaba como loca. Había perdido el control. Creo que fue allí, tirada en el suelo, cuando empecé a darme cuenta de lo peligrosa que era. Le dije que lo podíamos solucionar, que mantuviera la calma. Sin mediar palabra se acercó hasta mí y me abofeteó la cara. Acabé como él; sentada en otra silla, atada y amordazada... y así fui testigo de aquella crueldad. Lo apuñaló sin que yo pudiera hacer nada... Lo mató delante de mí. Recuerdo la sangre y la muerte en su rostro. Lo mató a cuchilladas...y huyó. Yo estuve allí frente a él mucho tiempo. Me resultó muy extraño percibirlo sin vida. Me resultó muy extraño percibirlo como un traidor. Un traidor que acababa de morir asesinado en mi presencia. Ella no fue muy lejos. Lleva años pudriéndose en la cárcel. Él fue enterrado conforme a la tradición cristiana...Y yo... me marché. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me tragué mi rabia y mis ganas de venganza; me tragué mi pena honda; muy honda...y comencé a andar sin rumbo, sin nombres, sin puntos cardinales.*

*Pasaron años de vida en las calles, al amparo del sol y del frío, al son constante del olvido. Pasaron años de esquinas y paredes desconchadas, de nubes y claros en todos los cielos que a mí siempre me parecían el mismo. Conocí realidades extremadamente diferentes a la que yo había vivido; conocí lo particular de muchas historias*

*que nada tenían que ver con la mía. El pasado y el presente seguían siendo tiempos que ordenaban mi dolor sobre una línea invisible que seguía hiriéndome hasta la sangre más espesa. En muchas ocasiones quise morir pero nunca fui capaz de apartar mi existencia de este mundo hostil y solitario en el que llevo subsistiendo tanto tiempo.*

*De pronto alguien quiso protegerme. Fue ante una de mis crisis. Puede que se fijara en mis ojos y leyera en ellos una nueva teoría sobre la tristeza. Puede que se conmoviera ante mis manos sin fuerza, sin razones, sin destino. El caso es que se apiadó de mí. Me recogió de la calle y me trajo hasta aquí.*

Ellos; los de abajo, me cuidan... e insisten, insisten, insisten.

# Infierno interior

Julieta Ortiz

.....  
*www.plumadelmonoalado.blogspot.mx*  
.....

«¡Las cadenas en mis manos no resistirán ante el empeño de mi libertad!»

Se escucha el grito ahogado en lamentos proveniente del fondo de las celdas, acompañado de un golpear de cadenas secas contra los barrotes. Son tan viejos que parecieran evocar el sufrimiento de los que sucumbieron en tiempos anteriores.

Vacilante se torna la mente del preso, ya no le es posible distinguir entre el día y la noche. Inmerso en lo oscuro de su perversidad demoníaca, sus propios pensamientos interiores son los peores, conocedores del frío veneno fulgurante en su alma. De los recuerdos y arrepentimientos es mártir por un momento, al siguiente los ideas se vuelven huracán de neuronas para vociferar desde sus entrañas: «¡Lo volvería a hacer!». Y la risa hilarante del descaro invade su confinamiento. Se ha vuelto loco.

Lleva casi quince días sin probar bocado alguno, las gotas de agua que escurren desde la superficie, si acaso, mojan su frente resbalando hasta los labios, convirtiéndose en su único sustento. La mirada encajada entre los óseos rasgos de su tez raída, cetrina, alumbrada en extrañas ocasiones por un rayo de luna misericordioso.

Los guardias se pasean frente de ellos, a veces comiendo una fruta y tirando los restos a los pies de las puertas, teniendo el cuidado necesario de que no puedan alcanzarlos. Andan los celadores silbando tonadas chillonas que enervarían a cualquiera en su sano juicio. Pero al llegar frente de la última celda... en la que nadie se atreve a detenerse, ni siquiera asomarse por un momento es opción, se dice

que es horrible lo que se descubre.

De haberlo sabido, no lo hubiera hecho. Me asignaron anteanoche, pero no había querido dar la ronda pues me sentía cansado. Una ligera siesta y el trabajo continuará, pensé.

Hace un rato decidí caminar por el corredor para conocer a los presos, hombres viejos casi todos; extrañas miradas han desarrollado, perdidas, fijas en la nada, quizá en el recuerdo de una vida que se les fue. Los harapos de una existencia, sus ropas no se terminarían antes que su carne.

Misteriosamente, la celda más oscura, la más alejada, la del fondo, es así mismo tan silenciosa como misteriosa, pero no me resisto a mirar en su interior, a pesar de todo una cosquilla me inquieta.

Mi curiosidad me lleva a mirar de frente. Entre los barrotes se vislumbran un par de cadenas pendientes desde el techo y la luz ilumina pedazos blancuzcos de lo que imagino serían manos en algún momento. El olor es insoportable, podredumbre, hedor humano en decadencia. Al acercar el rostro queriendo encontrar algo más, de estrépito salta del interior un brazo lánguido que rodea mi cuello. Su fuerza es inhumana, lo acompaña una respiración agitada y esa voz que escapa y parece proveniente de los mismísimos infiernos pronuncia: «Se acabó el juego». Intentando tomar la llave de mi cinturón jalonea, la arrebató de un tirón. Siento como algo rasga la piel de mi mejilla, caigo al suelo y al levantar la mirada descubro que es una astilla de hueso fracturado lo que me rasguñó. Le miro escapar con el muñón izquierdo sangrando, a la velocidad que le permite su existencia se aleja.

Yo me quedo paralizado en el suelo, mientras me regresa al mundo la estridencia de los demás presos que estrellan sus cadenas contra las barras y gritan.

Al levantarme del suelo, me doy cuenta. La silla donde me deposité al comenzar la jornada está volteada y las llaves seguras en mi cinturón.

Toco mi cuello está salvo. Me atrevo a investigar en el fondo del recinto y todo parece estar en orden, pero al acercar el tolete y golpear los barrotes, una risa burlona y seca me sorprende emanando desde la oscuridad; atropella mis sentidos.

Al termino del turno, camino con la mente aún excitada, veo las barras del calabozo podridas a los pies de la edificación, mientras mis pasos se alejan del recinto vuelve a lapsos, se detiene y toma fuerza nuevamente. La risa continua retumbando en mi mente.

# Ladrillo a ladrillo

David M. Sobrino Platas

.....  
*www.davidmsp.bubok.es*  
.....

La construcción del castillo llevaba ya meses parada, pero hoy se ha retomado. Se tuvo que tirar la torre derecha, la que tenía el tejado puntiagudo, porque le faltaban ladrillos. Era de nuevo hora de continuar con el tedioso trabajo y terminar de una vez de construir la fortaleza para poder abrir las puertas al público. Una a una se iban trayendo las piezas para terminar la última parte de la obra. El sol se empezaba a ocultar ya tras el horizonte y el cielo se comenzaba a poner naranja. Lentamente, la torre se construye. El castillo parece sacado de un cuento de hadas y magos. Uno a uno, los ladrillos se van colocando, sólo falta el tejado rojo. Las tejas también se van colocando. El cielo ya está negro y la obra espera terminarse hoy. Sólo falta un ladrillo... Y... Colocado. Por fin he terminado la maqueta del castillo Neuschwans. Se acabó el juego.

# Por encima del bien y del mal

juanjohigadillo

.....

Caía la tarde, y un viejo y desvencijado carro avanzaba renqueante por el pedregoso camino. No muy lejos, desde la torre del homenaje, un gigante, que parecía tallado en la misma piedra, le seguía con la mirada. Sabía que la noche caería antes de que el carro llegara a la encomienda de San Cebrián, y sabía también que al día siguiente alguien traería a palacio la noticia de que el único ocupante del carro, el hermano Bernardo, había sido asaltado y asesinado en el bosque.

Observó alejarse al carro mientras, a su espalda, el Sol se ocultaba dando paso a la noche, que envolvería todo bajo su manto de sombras; imaginó por un momento el fingido asombro con el que recibiría la triste noticia al día siguiente, y sonrió.

\*\*\*\*\*

Álvaro de Olmedo, el hombre del castillo, había heredado el condado de Valnegra a la muerte de su padre, y desde entonces lo había exprimido a su antojo. Todo cuanto abarcaba la vista le pertenecía, y podía hacer con ello lo que quisiera; para eso era el Conde de Valnegra, el amo y señor de todo y de todos, y estaba por encima del bien y del mal, de la vida y de la muerte. Podía disfrutar de la abundante caza, emborracharse hasta perder el sentido con el vino que producían sus excelentes viñedos, bañarse en las plácidas aguas del lago e incluso, eso también, solazarse con toda hembra que le apeteciera, consintiera ella o no.

Le embriagaba la sensación de poder que esas violaciones le producían y no podía, ni deseaba, renunciar a esos escarceos pese a que su mujer, doña Blanca, una real hembra que arrancaba a su paso miradas de deseo, le proporcionaba con tanta frecuencia como él lo demandara

momentos de placer tan sublimes como ninguna otra era capaz ni tan siquiera de igualar.

Pero últimamente circulaban por palacio comentarios sobre el mucho tiempo que la Señora pasaba a solas con su confesor, el hermano Bernardo, y eso le corroía. El hermano Bernardo había llegado de la mano del prior y pronto se hizo popular, aparte de por su juventud y apostura, por los profundos y extensos conocimientos de herboristería y botánica que poseía, y con los que mediante diversas preparaciones había aliviado o sanado los males de los más desfavorecidos.

Doña Blanca, de extracción humilde pero ávida de sabiduría, argumentaba que el interés por esos conocimientos era lo que la llevaba a pasar tanto tiempo con el religioso. No obstante, don Álvaro, el gigantesco bruto, envenenado por el demonio de los celos, daba más crédito a las malintencionadas habladurías que a su propia esposa.

—Te prohíbo que vuelvas a ver al hermano Bernardo —le dijo él en cierta ocasión, rojo de ira—. Recuerda que me debes obediencia y sumisión.

—Pero Álvaro, nunca pretendí...

—¡Ni Álvaro ni nada! —rugió él—. ¡El juego se acabó! A partir de ahora soy tan sólo tu señor, y me obedecerás en todo, si no quieres volver al arroyo del que te recogí, perdida.

—Pero mi señor, sólo intento...

—¡Basta de palabrería, mujer! ¡Fuera de mi vista!

—Está bien, mi señor, pero no pienso dejar de...

El bofetón, con la mano aún enguantada, fue tan repentino y brutal como un golpe de ariete, y doña Blanca quedó semiinconsciente en el frío suelo. Allí tirada, pálida y temblorosa, todavía le oyó farfullar mientras se alejaba:

—¡Se va a enterar el tal Bernardo de lo que significa jugar conmigo!



Desmadejada y todavía incapaz de levantarse, le miró alejarse a través de sus ojos llorosos y juró vengarse: los conocimientos del hermano Bernardo, para bien o para mal, no se perderían...

\*\*\*\*\*

Cuando la oscuridad y la distancia le impidieron seguir vigilando al carro, don Álvaro descendió por la angosta escalera hasta el salón del trono. Allí, de pie en el centro de la estancia y mirando al suelo, le esperaba sumisa doña Blanca.

—¿Puede saberse qué haces aquí, mujer?

—Parecéis cansado, mi señor. ¿Deseáis algo: una copa, alguna vianda, gozar de mí... ?

—¡No estoy de humor; déjame solo! Bueno, antes sírveme una copa de ese estupendo licor que nos regaló Monseñor Velasco.

Ella así lo hizo, y se retiró caminando servilmente hacia atrás, pero antes de cerrar la pesada puerta, miró al conde apurar ávidamente la copa y pensó:

—Ahora sí, se acabó el juego.

Y sonrió.

# Sitiados

Robe Ferrer

.....  
*www.robeferrer.blogspot.com.es*  
.....

Llevaban varios días encerrados en su propio castillo resistiendo los ataques de sus enemigos. La gran mayoría de su ejército de infantería había caído en la lucha. La caballería del Rey Alexander, guiada por el Conde de Locksley, era muy poderosa. Bajo los cascos de sus caballos yacían muchos cadáveres. Demasiados.

Al principio, la batalla había sido muy igualada. La infantería del Rey Eric, su rey, contaba con el mejor entrenamiento del país, pero su caballería era muy limitada. Cuando la caballería del Conde de Locksley cargó, el ejército del Rey Eric fue aniquilado casi por completo. Los pocos supervivientes de la infantería regresaron a su castillo para protegerse de la furia enemiga.

Desde las almenas del castillo, los arqueros mantenían a raya al ejército del Rey Alexander. Habían reforzado las puertas con carros y elementos muebles que habían encontrado por las inmediaciones de la muralla.

Cuando atacaron con arietes las puertas, desde lo alto de las murallas los soldados lanzaron agua y aceite hirviendo contra sus enemigos, que corrieron abrasados y repletos de quemaduras.

Flechas incendiarias y piedras lanzadas por catapultas comenzaron a caer sobre las casas que estaban en el interior de las murallas.

—¡AGUA!¡AGUA! —resonaban los gritos por todas las calles. Los aldeanos corrían de un sitio a otro con calderos de agua para poder apagar el fuego. No era tarea fácil extinguir un incendio y, al mismo tiempo, esquivar flechas y grandes piedras lanzadas por las catapultas.

Después de resistir durante horas a los ataques, las fuerzas de los habitantes del castillo del Rey Eric comenzaban a flaquear. También los atacantes estaban cansados de intentar, sin éxito, atravesar las murallas de la ciudad. A la orden del capitán de la guardia personal de la Reina, esposa de Alexander, los soldados se retiraron a descansar y a recibir las consagraciones de los obispos que los acompañaban a las guerras para darles su bendición y la ayuda divina.

Con los primeros rayos de sol de la mañana, la batalla se reanudó casi en el mismo punto en el que se había interrumpido la noche anterior. El pendón negro del ejército del Rey Alexander ya estaba enarbolado cerca de las murallas blancas del castillo del Rey Eric. Blanco contra negro, negro contra blanco. La luz contra la oscuridad. El bien contra el mal. El todo contra la nada. Los contrarios. Siempre los contrarios eran los que marcaban las diferencias.

Los arqueros y la infantería atacaban sin piedad el castillo, mientras el escaso ejército de Eric se defendía como gato panza arriba. Tenían que resistir un día más. Esperaban la ayuda del Duque de Borgoña. Habían enviado un mensajero poco antes del ataque del Rey Alexander, solicitando ayuda de su caballería. Si todo iba bien, al alba del día siguiente recibirían el apoyo solicitado. Lo que ignoraba el Rey Eric y su ejército era que el correo enviado había sido interceptado un día después de su partida y nunca llegaría la ayuda necesaria.

Pero las malas noticias no se acababan ahí. A las murallas se aproximaban dos grandes torres de asalto de color negro. Con aquellos artefactos, la conquista del castillo iba a ser pan comido para el ejército del Rey Alexander. Un par de horas después, el pendón negro del Rey Alexander caminaba por las calles de la ciudadela. El capitán de la guardia personal de la Reina retenía al Rey Eric. Fue la propia Reina en persona la que recibió el cetro de mando de manos del Rey derrotado tras su rendición.

—Jaque mate. Se acabó el juego —exclamó una voz infantil.

Cuatro manos de niños recogieron las piezas de ajedrez para guardarlas

en su caja y que no se perdiera ninguna. La partida (batalla) había durado varios días y, después de muchos movimientos defensivos, Alexander había derrotado a su hermano Eric gracias a las dos torres y la reina.

# Un sacrificio necesario

Luis del Moral Martínez

.....  
*www.luisdelmoral.es*  
.....

—Es muy noble de vuestra parte que aceptéis otra partida, padre. Estoy deseando mostraros mi valía.

—No tienes valía alguna que desconozca, Rodrigo. No te esfuerces sino en pensar por ti mismo y en escuchar a tu sensatez; ella, y solo ella, te mostrará el camino que has de seguir en la vida.

—Lo sé, padre. ¿Quiere un poco más de vino? Su copa está casi vacía.

—Gracias.

—Coloque sus piezas mientras; escoja las blancas y así empieza primero.

—Está bien.

—Es agradable pasar estos ratos con usted, ¿sabe? Su biblioteca es su lugar sagrado; me atrevería a decir que todo nuestro feudo lo considera misterioso. No me aventuro a molestarle cuando está estudiando esos polvorientos volúmenes.

—¡Ay de aquel pobre campesino que espere encontrar riqueza entre estos muros! De piedra son, como el resto de este castillo, pero bien es sabido que nuestro feudo es modesto y no hay lujo alguno que tenga sentido arrebatarse a nuestros lacayos para otorgármelo. Ninguno, salvo la lectura.

—¡Qué gran verdad esa, padre! Aquí tiene su copa. Veo que uno de sus jinetes ya se encuentra en el campo de batalla. Es mi turno —cogió un peón entre los dedos y lo desplazó dos casillas en dirección al corcel blanco.

—Tienes que entender, Rodrigo, que no hay mayor virtud en un líder que velar por el bienestar de todo su pueblo; nunca dejes atrás a los tuyos, o te quedarás completamente solo.

—Entiendo perfectamente las virtudes que debe tener un líder, padre. Me siento preparado para dejar de servirle; para ser algo más. —Su padre dejó caer un peón sobre el tablero y, mientras lo recogía, le devolvió la mirada—. Estoy listo para sucederlo en el trono.

—Todavía eres muy joven para entender cómo funciona el mundo. —Rodrigo había desviado la mirada y, mientras manoseaba sus piezas, exhaló un suspiro—. No estás preparado para gobernar este feudo.

—He leído todos los grabados; incluso los más antiguos. Creo entender todas sus enseñanzas y tener honor y gracia suficiente como para ser digno de su favor.

—Todo a su debido tiempo, Rodrigo. La lectura no lo es todo; hay que tener estrategia, que no ambición.

—Yo no veo diferencia alguna.

—Pues la hay. —Golpeó el peón negro con su caballo y lo tumbó—. Eso era ambición, codicia. Tu ejército ha sido diezmado.

—Solo era un peón; otro ocupará su lugar.

—Un peón jamás puede ser reemplazado, hijo. Son aquellos que aran los campos, los que sierran la madera; son nuestro pueblo y jamás será reemplazable. —Alargó la mano hacia la copa de vino y tomó un sorbo—. Jamás llegarás a ser un buen líder si continúas por esa senda.

—Sí que lo seré. Puede que la estrategia no lo sea todo después de todo; a veces implica un sacrificio: el combustible que alimenta a un fin mayor que todos nosotros.

—No entiendo qué estrategia podría necesitar de un sacrificio; esta te proporciona ventaja y sabiduría. No hay nada mejor que la paz y el alimento en abundancia para nuestro pueblo.

—¿El dinero, tal vez? O el poder, padre; ¿qué me dice del poder?

—El poder es una vara candente que derrite hasta la más gruesa de las armaduras. Una vez en tus manos brilla y te sientes atraído por él.

—Comenzó a toser y soltó la copa en la mesa. Carraspeó y continuó—: Jamás te convertirá en un líder; para eso necesitas confianza y valor: las cualidades propias de un escudo, no de una vara.

—Yo podré controlarlo. Estoy seguro de ello.

—Por ahora ya he diezmado a varios de tus hombres y a uno de tus generales. —Volvió a carraspear—. Créeme hijo que en el campo de batalla el horror sería mucho peor. Jamás hubo necesidad alguna de traer la tristeza a estos campos.

—Lo sé, padre. —La tos fue en aumento. Dejó caer la copa y los ronquidos le impedían hablar—. Pero los sacrificios son necesarios, e inevitables.

—Rodrigo ... No puedo ...

—Este feudo pronto conocerá el verdadero poder y la gloria; por fin se extenderá por toda Castilla. Es una lástima; podríamos haberlo conseguido juntos, pero usted lo quiso así. —El anciano se tapó la boca y se derrumbó sobre el suelo.

—Este general ya no será necesario. —Rodrigo derribó el rey blanco—. Se acabó el juego; prometa que estará orgulloso de mí. Cosas muy grandes nos esperan padre, muy grandes.

# Herencia mágica

Guillermo Lobato

.....  
*www.elsurcodelplumin.blogspot.com.es*  
.....

Aún no daba crédito. Llevaba ya dos semanas malgastando mi talento con aquella torpe cría. El rey me había encomendado su adiestramiento, convencido de que la niña rebosaba potencial mágico. Al parecer lord Rayford la encontró realizando un sencillo truco de ilusionismo en las calles de Khalevorn a cambio de limosna y una investigación le confirmó que pertenecía a un linaje mágico antiguo y poderoso. Para un patán como el rey que apenas sí era capaz de distinguir la escritura normal de las runas mágicas, la palabra de lord Rayford era más que suficiente. Pero yo aun albergaba serias dudas. Si bien la niña demostraba cierta habilidad en la ejecución, sus capacidades de comprensión y especialmente de atención eran casi nulas, lo que más de una vez me había llevado a interrumpir la lección.

—Leria, ¿te importa? —llamé su atención al ver que de nuevo su mente no se encontraba entre nosotros.

—Perdón —se disculpó mientras volvía al mundo real—, estaba pensando en lo que has dicho sobre las cuatro canalizaciones de la energía y...

—¡Son tres, Leria! Llevamos toda la mañana trabajando en ello; si no vas a prestarme atención prefiero que salgas a dar una vuelta por el bosque, así podré dedicar mi tiempo a la investigación.

—El rey no me deja salir del castillo —contestó enfurruñada—. Además, sí presto atención.

—Si eso fuera cierto sabrías que solo hay tres canalizaciones.

—Pero si tú mismo has dicho que había una por elemento.



—Que debía haber una por elemento —la corregí—. Si no me escucharas a medias habrías oído que el cuerpo humano no puede soportar una de fuego.

—Pero eso no es cierto. Yo puedo hacerlo —contestó con total despreocupación.

No podía culparla por su ignorancia, después de todo solo tenía doce años. ¿Qué mago no soñaba con canalizar el fuego a su edad? No obstante, aquella falta de respeto por los principios de la magia había acabado con mi paciencia.

—Muy bien, muéstrame como lo haces —la reté.

—¿Aquí dentro? ¿No será peligroso?

—Bueno, aunque no sea capaz de realizar la cuarta canalización como tu, sigo siendo el mago más poderoso de las Tierras de Luz —contesté en tono jocos—. Podré apañarmelas con un pequeño incendio.

—Está bien...

Entonces ante mi asombro se descalzó el pie izquierdo y realizó un vínculo geofísico con el suelo mientras con las manos formaba a la vez los gestos de agua y viento creando una especie de remolino de vapor. Antes de que pudiera entender qué era lo que pretendía, una ráfaga de energía había reducido mi escritorio a un montón de humeantes cenizas.

—¿Lo ves? ¡Te dije que podía hacerlo!

—¿¡Pero qué demonios!?

—¿Quieres que lo haga otra vez? —preguntó orgullosa mientras yo trataba de extinguir las brasas.

—¡No! Se acabó el juego. ¿Se puede saber como has hecho eso?

—No lo sé —confesó sonriendo con toda naturalidad—, supongo que al ser la canalización más poderosa es lógico que sea resultado de las

otras tres, ¿no?

No, no era eso... Tras recuperarme de la impresión comprendí que en realidad no había usado fuego como tal, sino que había emulado el comportamiento de un rayo cargando de energía el aire con las manos y protegiendo su cuerpo con la tierra. Un método ingenioso basado en miles de principios que desconocía y al que ningún mago había llegado hasta ahora. Aun se notaba la carga eléctrica en el aire de la habitación levantando ligeramente nuestros cabellos, aunque los míos ya llevaban un rato erizados de pura rabia contenida. ¿Quién era ella? ¿Cómo alguien sin los conocimientos teóricos más básicos podía haber hallado esa solución? No podía permitir que alguien con su potencial llegara a desarrollarlo. Si era capaz de hacer algo así con doce años y sin ningún tipo de preparación, ¿quién sabía hasta donde podía llegar? Revolucionaría lo que hasta entonces parecían los límites de la magia, dejándome al mismo nivel que los cuentistas que vendían imanes en la plaza del mercado prometiendo que servían para buscar oro. No había más remedio: debía acabar con ella antes de que su poder fuera mayor.

—¿Estás enfadado? —me preguntó preocupada sacándome de pronto de mis pensamientos.

—¿Eh? No, no, para nada —mentí—. ¿Por qué lo dices?

—Porque has puesto la misma cara que mi madre el día que me vio hacer esto. El día que me abandono.

—¿Te abandonó? ¿Qué tipo de madre abandona a su hija por chamuscar un mueble?

—No fue por el mueble. Le daba miedo que fuera capaz de hacer fuego. La gente en los pueblos pequeños tiene miedo de la magia.

¿La hija de una pueblerina supersticiosa? ¿Esa era la fantástica sangre que corría por sus venas?

—¿Y qué hay de tu padre? ¿Como permitió aquello?

—Nunca llegué a conocerle. Mamá solo me dijo que era mago de la

corte en Khalevorn. Que ella no lo sabía cuando le conoció

—¿En Khalevorn? —la interrumpí sobresaltado—. ¿Tu padre trabajaba para el señor de Khalevorn?

—Sí. Trate de buscarle, pero cuando llegue a Khalevorn me dijeron que murió hace años.

—¿Y como dices que se llamaba? —pregunté como si tampoco tuviera especial interés.

—Galvand. ¿Por qué? ¿Lo conocías?

Galvand, claro. De ahí venia su poder. Por eso el rey no quería decirme que le contó lord Rayford.

—Si, bastante bien, la verdad. De hecho, fui la ultima persona que lo vio con vida.

—¿Entonces sabes que le pasó?

—¿Qué si lo se? Vi como pasaba... ¡Yo hice que pasara!

—¿iQué!?! —el miedo se reflejó en sus ojos mientras me acercaba—. ¿Por qué?

—Cometió un gravísimo error. Durante los últimos cincuenta años he sido considerado el mago más poderoso del mundo y pienso asegurarme de que así siga siendo. Me da igual si para ello tengo que acabar con el viejo Xillas, lady Svina , mi hijo... io su bastarda!

# Verdades en el castillo Banbridge

Miguel Zoltan

.....

*“Cuando hay interés, cuando hay amor”*

*Theodore Sturgeon*

El Castillo de Banbridge, asentado en el centro del condado de North Hampshire, no muy lejos del pequeño poblado de Huntington, en realidad no era un castillo, sino una confortable mansión al estilo victoriano, que constaba de 38 habitaciones, sin incluir los aposentos de la servidumbre y las caballerizas.

Estamos al final de la década de los 30 del siglo XX y en el salón comedor están desayunando Lord Edward Faquad, integrante de la Cámara de los Comunes y 67º Par del Reino y su esposa Lady Margarita Owen-Simpson. Los dos frisaban los 60 años, eran naturalmente elegantes, naturalmente educados, naturalmente protestantes, es decir naturalmente ingleses, indeed.

—¡Edward! —dijo Lady Margarita—. Aprovechando que los muchachos jamás bajan a desayunar antes de la 9, ¿no crees que es hora de que James contraiga matrimonio?

—¿Ah? ¿Qué? ¿Eh? —balbuceó sorprendido Lord Edward, quien estaba embebido en la lectura del “Financial Times”, lectura inútil, pues nunca lograba entender nada, ya que su olfato para los negocios era casi nulo y producía desastrosos resultados por lo general —¿Te parece querida? ¿Hay alguna razón específica para ello?

—Pues sí, varias: me preocupa nuestro futuro económico, tú puesto en el Parlamento no es eterno y ¡ejem! tú no eres precisamente un lince para los negocios y tu hijo tiene 25 años y es un holgazán —puntualizó

acrememente Lady Margarita

—¡Eeeh! ¡Claro! ¿Y que propones tu, querida? —preguntó cautelosamente Lord Edward, ya que veía venir un problema de los gordos si no tenía cuidado; Lady Margarita era una mujer de armas tomar si se le llevaba la contraria.

—Emplazar a James a que en un plazo no mayor de un mes nos presente una candidata adecuada —replicó Lady Margarita

—Uuuh, ¿y a que llamas tú “adecuada”, querida mía?

—Pues a una muchacha bonita, inteligente, de la alta sociedad y ¡ejem! poseedora de una sólida fortuna, preferiblemente —aclaró dignamente Lady Margarita—. Cuando tiene que decidir el corazón es mejor que decida la cabeza.

—Pues si a ti te parece bien, yo también estoy de acuerdo —expresó Lord Edwardy ansiando salirse de tan peliagudo asunto, se levantó de la mesa y fue a servirse más riñones.

En ese momento entraron como un torbellino de vitalidad James y Cecile Faquad. Ya sabemos quien es James, y Cecile es una hermosa niña de diecisiete esplendentes años. Ambos eran dignos representantes de la generación que derrotaría al terror nazi y levantaría a Inglaterra de sus cenizas, jóvenes, alegres, irresponsables, egoístas, valientes... en fin ingleses por todo lo alto.

Entre risas y chanzas se sirvieron el desayuno y se sentaron a la mesa.

Lady Margarita aprovechó la ocasión y se dirigió con toda diplomacia y tacto a James y le dijo:

—¡James, tu padre y yo pensamos que es hora de que te cases!

Cecile explotó en una carcajada seguida de una apresurada disculpa y James logró poner la taza de té sobre el plato sin derramar una gota, a pesar de que le temblaba el pulso. Esto era un rasgo propio de James, su imperturbabilidad en todo momento.

—¿Que te hace pensar eso, madre? Creo que todavía soy muy joven para eso, he conocido a muchachas bonitas, a muchachas inteligentes, a muchachas ricas, pero hasta ahora ninguna de ellas logra reunir esas tres virtudes, así que, querida madre, creo que debemos abandonar ese asunto, por ahora y como dice Oscar Wilde: “Uno debería estar siempre enamorado. Por eso jamás deberíamos casarnos” —remató calmadamente James.

Cecile no pudo contenerse y explotó en una carcajada que por poco la hace caer de su silla.

—¡Cecile, no le veo la gracia en absoluto! En cuanto a ti, James, podrás pensar lo que quieras, pero tienes un mes para presentarnos a una o mas candidatas y eso no tiene discusión —dijo Lady Margarita, con ese tono autoritario que hasta los gatos del Castillo Banbridge temían

—Como tú quieras, madre —dijo James y comenzó a tomar su desayuno tranquilamente, hablando banalidades con su hermana, la cual cada vez que veía la adusta expresión de Lady Margarita, casi no podía aguantar la risa.

Tres semanas más tarde, lord Edward, Lady Margarita y Cecile paseaban por la terraza bajo un cielo amenazador. Cuando el temporal se desató entraron precipitadamente por la puerta vidriera de la biblioteca y allí se encontraron a James besándose castamente con Oliver Eggwood, un amigo suyo que pasaba el fin de semana en Banbridge.

—¡iiiJames!!! ¿¿¿Qué es esto??? ¡Estoy sorprendida! —gritó Lady Margarita, mientras Lord Edward, pálido como un muerto musitaba y balbuceaba, y Cecile reía descontroladamente.

—No madre, el sorprendido soy yo, tú estás estupefacta —puntualizó imperturbable James—. ¡Se acabó el juego! ¡Madre, Padre, Oliver y yo estamos enamorados y voy a mudarme a su departamento en Londres!

Una súbita explosión de hilaridad, acompañada de gritos e interjecciones se oyó afuera de la biblioteca. La servidumbre asistía a

la melodramática escena como si se tratara de una obra de Punch and Judy.

Lady Margarita abrió bruscamente la puerta de la biblioteca y ladró: “¡¡¡Silencio!!! ¡¡¡Fuera!!!”. Y el pasillo quedó súbitamente desierto salvo por un pañuelito bordado que en un gesto de inusual valentía fue rápidamente recogido por la doncella francesa, quien después de una reverencia y un “Pardón”, huyó despavorida.

Súbitamente, los verdes ojos de Lady Margarita fulguraron y dirigiéndose a Oliver le preguntó:

—¿Tú no eres Oliver Eggwood, de Eggwood y Eggwood Enterprises?

—Para que no perdamos el tiempo, Lady Margarita, entre la herencia que me dejó mi padre y mis propios negocios, mi fortuna esta calculada en mas de 50 millones de libras, si eso le interesa —contestó breve pero astutamente Oliver.

—¡Edward!, ¡creo que debemos ceder ante la naturaleza y bendecir esta unión! ¿No estás de acuerdo? —le espetó Lady Margarita—. “Cuando hay interés, cuando hay amor...”.

—Si querida, aahh, si estoy de acuerdo, eso creo... —balbuceó quedamente Lord Edward—. Y como dice Shakespeare: “Mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad, y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes”. ¡Vamos, por decir algo bonito para el final!

# El estío y el sueño

Saray Pérez

.....  
*www.quelocuenterita.com*  
.....

Desde siempre he temido la llegada del estío. En muy contadas ocasiones me muestro compasivo y trato de aceptar que su nacimiento es recibido con anhelo y cierta precipitación, ya que significa el adiós al invierno y a las sacudidas imprevistas de la primavera. Pero al final, siempre derrotado, termino considerando esa estación como un periodo estremecedor e inevitable. Pero no piense mal, le aseguro que no se trata del capricho de un loco, tengo mis razones. En cuanto irrumpie la primera noche templada, un mismo sueño me visita una y otra vez, quedando atrapado en mi memoria, sin remedio, servicial siempre durante las siguientes vigiliass.

Es mi obsesión y mi personal extravío. En el sueño aparece una mujer joven, con cabellos de un rubio tostado que acarician sus hombros y caen por su cuerpo, que se estremece porque apenas está cubierto por un camisón; o quizás sea un vestido, no lo sé con certeza. La mujer me da la espalda, desconozco si se ha percatado de mi presencia, y parece mirar por una ventana. Supongo que esa oquedad es el único espacio abierto de aquella estancia, construida con piedra viva y suelo de tierra apelmazada. Descubro en ese momento que se trata de la atalaya de un castillo.

En un determinado momento la mujer se gira y solo en aquel instante me mira solemne.

—El juego se ha terminado —dice, y de nuevo se vuelve sobre sí misma y apoya sus manos en el alféizar de la ventana.

Yo apenas respondo a esa sentencia y permanezco inmóvil observándola, admirando la curva infinita en la que muere su espalda.



Una suave brisa entra por la ventana y balancea sus cabellos, aunque juraría que yo no siento ninguna sensación en mi piel. Ella comienza a temblar. Y sin saber por qué, me contagia su rabia y su pavor.

Desde hace décadas está encerrada en aquella atalaya sin que nadie le haya explicado los motivos. No puede salir, no puede hablar, no puede relacionarse con nadie del castillo, ni tan siquiera le permiten recibir a los huéspedes. No parece haber clemencia para ella, ni una simple palabra intercambiada, ninguna mirada a escondidas, ninguna esperanza. Desde su ventana apenas puede vislumbrar el reflejo dejado por los gigantescos cirios que custodian la entrada. Solo en contadas fechas adivina la llegada de alguien por el castaño nervioso de los caballos al trotar a través del puente levadizo. Es entonces cuando en la distancia, la mujer afina aun más su oído, creyendo oír ciertas conversaciones exiguas, traqueteos de armaduras y los sonidos apurados provenientes de las cocinas.

—Son las doncellas que se preparan para el recién llegado —me asegura—. Todo debe estar a punto para recibirle en el Gran Salón.

Me doy cuenta de que la joven me observa ahora de una forma extraña. Se retira de la ventana y avanza directamente hacia mí. Ya no hay marcha atrás, ha tomado la decisión. En seguida entiendo el sentido de su primera frase. Ha decidido huir de su cautiverio, de aquella humillación, del sinsentido que la inunda por culpa de aquel feroz sometimiento. Ella sigue caminando hacia el lugar que ocupo, aunque no sé muy bien cuál es, porque a veces estoy allí y a veces allá, a veces arriba y a veces abajo; pero a la vez en la misma estancia, en aquella misma atalaya.

—Se acabó el juego —repite.

Sé que la joven tiene miedo. A través de su avance, sus dedos acarician los imperturbables muros como si los palpara en la oscuridad, como si rozándolos, supiera encontrar su propio camino. Quizás no exista ninguna luz —pienso—, quizás estemos en medio de la nada, no estoy seguro. Yo la veo ahora en todo su ser. Veo el reflejo de su rostro en la

noche sombría.

De repente me encuentro fuera de la atalaya, y la veo descender por las escaleras hacia el Gran Salón. Parece que nadie se ha dado cuenta de aquella evasión prohibida ¿Qué ocurrirá si la descubren? ¿Qué horrible castigo le aplicarán los soldados por semejante atrevimiento? Ahora soy yo el que sufre un estremecimiento que paraliza mis músculos y me impide ayudarla. La joven avanza rápido entre todos los crujidos, sonidos y vaivenes cotidianos que consiguen proteger sus vedados movimientos.

Por fin logra salir del castillo. Por una extraña razón, aquel día las compuertas aparecen abiertas de par en par. La joven descubre con horror que no hay ningún enrejado ni ninguna antorcha que ilumine el puente levadizo. En realidad, no existe ningún puente, la nada lo inunda todo, no hay arriba ni abajo, no hay distancias, todo es vacío. Entonces, ella levanta su cabeza y el aire gélido del exterior araña su rostro obligándola a cubrirlo con sus manos. Comienza a llorar mientras sus ojos de vidrio miran hacia el cielo. La atalaya está derruida, descabezada y mordida por el paso del tiempo. Tan solo las piedras erosionadas de su base permiten adivinar que allí hubo alguna vez una construcción. Nadie sale en su busca, no hay vida, no hay gritos ni voces de alarma. Todo está en calma, como parte de una horrible paradoja. Y yo permanezco junto a la joven, que cae a mis pies gritando, tirándose de los cabellos, hasta que poco a poco se hunde en un silencio incondicional.

Entonces me despierto envuelto en un sudor frío. Me imagino a aquella joven. Trato de comprender su desolación y la locura que surge imprevista y voraz al descubrir la verdad implacable:

Roto ya el espejismo, es fácil admitir con verdadera conciencia que todo ese tiempo, todos esos años, toda su vida entera, ha estado eso mismo.

Sola.

# La historia de cómo mis padres murieron por amor

Minat

.....

Les contaré la historia de cómo mis padres murieron por amor.

Era el día de mi noveno cumpleaños. Mamá y papá se ponían al día con los preparativos de mi festejo, que sería en el patio trasero de nuestro hogar. Los ánimos en la familia no estaban para fiestas, y fue esta misma razón que motivó a mis padres a organizar el evento.

Yo jugaba con Cristian, mi hermano menor, en la puerta de nuestra habitación. De pronto, escuchamos los gritos y discusiones de siempre, de cuando mamá y papá se quedaban a solas. Sentimos unas fuertes pisadas subir por las escaleras y se apareció mamá frente a nosotros con los ojos hinchados y llenos de lagrimas. No dijimos nada, y ella se quedó mirándonos por unos segundos.

—Muy bien chicos, se acabó el juego. Ya es hora de ir a desayunar.

Mi hermano y yo bajamos sin protestar, pues con la cara que traía mamá, eso era lo más recomendable.

Papá estaba al pie de la escalera. Apoyaba su mano derecha sobre el barandal, mientras que con su mano izquierda sostenía su cabeza. Cuando se percató de nuestra presencia frente a él, nos sonrió. Cargó a Cristian y me tomó de la mano, llevándonos a la cocina. Ya el desayuno estaba listo.

En ese momento sonó el timbre, papá sentó a Cristian en su lugar de la mesa y se volteó hacia mí.

—Cumpleañero, necesito que me ayudes a cuidar a tu hermanito mientras atiendo la puerta. ¿Puedes hacerlo?

—¡Claro papá! —contesté.

Papá sacó su arma de reglamento de su estuche y lo colocó en el estante alto de la cocina como siempre hacía; y fue a abrir la puerta. No podía escuchar quién era el invitado. Y como la curiosidad de un niño de nueve años es más fuerte que la obediencia. Me acerqué al pasillo que daba al recibidor para poder ver.

Era el tío Abel, un amigo de la familia desde hacía muchos años. Era abogado, soltero y dedicado exclusivamente a su vida laboral. Dos meses atrás, cuando papá le entregó los papeles del divorcio a mamá, mamá le pidió que por favor la ayudara. Aunque el tío Abel no quería involucrarse en esa situación, mamá logró persuadirlo, pero con la condición de que el proceso de divorcio se llevara civilizadamente y sin conflicto alguno, para que no se viera afectada la amistad que tenía con ellos. Mamá aceptó sus condiciones.

Volví rápidamente a mi lugar cuando el timbre volvió a sonar. Esta vez sí pude escuchar, eran unos trabajadores. Vi por la ventana que avistaba el patio como empezaban a llevar bombas y lonas y supe inmediatamente que pondrían un castillo inflable allí.

Mamá bajó para continuar con los preparativos, mientras que papá, tío Abel, Cristian y yo nos quedábamos en el patio viendo como poco a poco aquel pedazo de lona se convertía en un castillo enorme. Cuando los trabajadores terminaron, recogieron los excesos y se marcharon. Entonces mamá nos pidió que fuéramos a cambiarnos mientras papá y el tío Abel probaban que todo estuviera bien con el castillo.

Mientras nos preparábamos para la fiesta, reíamos a carcajadas. Mamá estaba junto a la ventana y miraba a través de ella. En un instante perdió la sonrisa de su rostro, sus ojos miraban fijo un punto sin pestañear. Nos indicó terminar de cambiarnos y quedarnos allí. Salió de la habitación y tras cerrar la puerta yo me asomé a la ventana que ella observaba. Y entonces lo vi. Papá y tío Abel están dentro del castillo, se abrazaban y besaban como si nada en el mundo existiera más que ellos dos.

Mamá tomó el revólver de papá y le disparó a ambos. Una sola bala y los atravesó a los dos. Creo que ni lo notaron. Luego mamá hizo lo mismo en su boca.

Del día que murieron mis padres solo puedo decir lo siguiente: papá murió en brazos del hombre que amaba y mamá murió al perder al hombre que siempre amó.

No importa lo que digan las personas de mis padres. Ambos murieron por amor.

# El príncipe y el brujo

Dina Casserino

.....  
*www.garabatosenelcafe.blogspot.com*  
.....

El castillo parecía asfixiarse. La abundante madreSelva rodeaba sus mohosas paredes, como si quisiera protegerlo de algún mal cercano. Y tenía razones para hacerlo.

Un tintineo leve, pero alarmador, atronó en los oídos de los habitantes de Vencil.

—¡Soldados, a las armas! —se escuchó.

El disparo de un cañón alertó a Lorenzo, obligándolo a salir de la cama, privando a su general el mal gusto de hacerlo.

—Su Alteza...

—No te molestes, Miles. Él está aquí ¿no?

El general asintió.

—Entonces, ya sabes que tienes que hacer. En cuanto a él, déjame lo a mí.

Miles musitó algo por debajo de su tupido bigote y salió a grandes zancadas del dormitorio.

El asalto a la ciudad ya había comenzado; la espada de Lorenzo abandonó su funda.

—¿Qué es lo quiere ahora? —pensó el príncipe con furia contenida—. Lo de siempre, seguro.

Zenes, un brujo malvado y arrogante, había buscado el trono de Vencil por más de una década. Ése era el motivo de sus constantes asaltos.

Pero de su último ataque había pasado más de un año, lo que había hecho pensar a los habitantes de la ciudad que había llegado la paz. Lorenzo no se confió. De hecho, esa rara ausencia era sospechosa.

La sospecha se tradujo en una centena de soldados armados hasta los dientes. Sin embargo, Vencil no estaba desprotegida. Sus soldados respondieron al instante; los ciudadanos no se quedaron atrás: hombres, mujeres y niños salieron a las calles.

La batalla fue cruda y sanguinaria. La puesta de sol se aproximaba y aún nadie se había declarado vencedor.

El Lucero del Atardecer apareció cortejado por los últimos rayos del astro rey. Sombras difusas vagaban por las calles de Vencil, huyendo, otras gritando.

Pero... ¿Y Lorenzo?

Un choque metálico rompió el silencio, verificando la sentencia. Dos cuerpos se endurecieron, tratando de que la resistencia se hiciera eterna. Sin embargo, nada dura para siempre.

Una sonrisa maldita se mostró en todo su esplendor, una mirada honorable suplicó al cielo.

—Deberías rendirte príncipe —río Zenes—. Puede que te perdone la vida.

El futuro rey no respondió. Sabía que era mejor callar; las palabras eran una falta de respeto a sus compañeros caídos.

Un rayo de luz repiqueteó en la espada de Lorenzo. Un nuevo choque, esta vez sordo y penetrante rompió, no el silencio, sino el corazón de un hombre, si es que se puede llamar así a un brujo.

Un líquido negro comenzó a brotar del pecho del hechicero, primero con brusquedad, luego lentamente.

—Se acabó el juego —dijo Lorenzo recogiendo del suelo su capa y su corona, mientras la madre selva liberaba su casa.

# El palacio de la luz

KiriOtaku

.....

*Nota de la autora:*

*Este cuento surgió gracias a la canción Lost it all de Black Veil Brides.*

En lo alto de la cima de la grandiosa montaña del saber se encuentra un castillo. Un castillo construido con luz de estrellas, en el que se guardan los tesoros más maravillosos del mundo.

Desde la copa de un árbol un pequeño príncipe observaba el castillo con ojos relucientes ante la nueva aventura a la que se enfrentaría. Pequeño, pero valiente, su capa ondeaba al viento fundiéndose con el cielo.

Con cuidado bajó del árbol y continuó el sendero hasta llegar a las puertas del castillo. Unas puertas enormes, de madera dorada y adornos de plata. Posó una mano encima de las bellas espirales plateadas que cubrían la puerta y ésta comenzó a vibrar. El Joven príncipe se alejó mientras que las puertas se doblaban sobre sí mismas en un baile frenético. Solo quedó un hueco, un pasillo estrecho con apenas luz. Entró, fuera del pasillo la luz lo inundaba todo. Una gruesa capa de polvo y pelusa tapaba el brillo que se adivinaba antaño señorial.

Pasó por salas y salones, cocinas y cuadras, nadie habitaba el castillo, solo sombras que se movían incansables tras él.

Una ligera brisa y el olor rancio del tiempo llegaron hasta nuestro pequeño amigo.

—Vos no deberíais estar aquí, joven príncipe.

Al girarse pudo observar una criatura extraña, grotesca en su forma,



pero bella de un modo inexplicable. Otra voz se unió a la primera en un delicado coro.

—¿Queréis jugar, joven príncipe? —Las pequeñas hadas del polvo comenzaron a danzar a su alrededor envolviéndolo con sus mantos y mostrando sus cuerpos deformes. De sus cabellos caían las pelusas y en alguna ocasión algún pececillo de plata incauto, que fue engullido por estas voraces hadas al construir su cuerpo. En un baile alocado, llevado por el frenesí del juego, el príncipe recorrió numerosos pasillos y estancias, corredores interminables y salones de fino cristal.

Jugaron sin cesar, subieron a la torre más alta y bajaron a la mazmorra más profunda, cada rincón fue explorado, a excepción de una sala. Una sala de la que las ruidosas y juguetonas hadas del polvo huían como del agua, como si el mal mismo se encerrase dentro. Jugaron durante cientos, miles de años, fueron distintas personas mezcladas en una sola. Fueron bestias maravillosas y caballeros gallardos. Pero el Joven príncipe quería más. Las polvorientas hacían todo lo que él ordenaba, cualquier cosa y no importaba cuál. Estaban maravilladas ante la increíble persona que no huía de ellas ante su sórdido aspecto, e incluso jugaba con ella a los juegos de múltiples mundos que conocían. Pero para nuestro amigo, no era suficiente.

Observaba con curiosidad la habitación evitada por la hadas, distraído por completo de los espectaculares juegos que le mostraban.

—¿Por qué nunca os adentráis ahí?

—Ahí no se nos permite entrar.

—¿Por qué?

Las hadas se miraron consternadas, sus pequeños y brillantes ojos centellearon con miedo y emoción al mismo tiempo. Sin necesidad de respuesta el Joven príncipe se adentró.

Cristales rotos eran la única decoración de la que gozaba la sala. El suelo, inundado por un misterioso barro de color

violáceo que se acumulaba en los rincones, auguraba la tragedia. Al fondo, una joya, una joya jamás descrita en ningún libro. Una flor.

Una flor de color blanco purísimo, asentada sobre un tallo de preciosos colores verdes. Su aroma dulce y estival llenaba por completo todo cuanto se acercaba a ella.

Hipnotizado, completamente cegado por la belleza de la misteriosa joya, la arrancó.

Las hadas se escondieron detrás del Joven príncipe, esperando que algo terrible ocurriera. Nada ocurrió, y nada sigue ocurriendo.

El tiempo se paró y solo un sonido se escuchó. Susurros. Dentro de la cabeza del muchacho estos susurros hacían desaparecer el mundo ante sus ojos. “No debiste hacer eso, ahora lo pagarás. Se acabó el juego. No podrás escapar”.

El mundo desapareció, y todo se tornó negro. Nada quedaba del maravilloso palacio de luz, nada quedaban de sus queridas hadas del polvo. Una luz se coló por sus cansados párpados.

—Cariño, despierta, vas a llegar tarde al cole.

Todo un sueño, nada más que su imaginación, o quizás no.

Un niño, de unos ocho años, se levantó perezoso de la cama, frotando sus ojos con fuerza. Mientras, debajo de la cama, se podían adivinar dos sonrisas de dientes puntiagudos. Detrás de las sonrisas cuerpos amorfos se acomodaban para descansar sus largas melenas de pelusas y bichos.

SÓLO UN SUEÑO.

Y mientras dormía la sombra se deslizó por las paredes, acercándose al bello rostro durmiente.

Entre dientes una canción y su voz grave resonando en los oídos de la chica.

En su sueño lo podía ver, era realidad y carne al mismo tiempo.

Despertó entre lágrimas, sabiendo que al despertar había perdido sus besos, y sólo soñando volvería a verle.

Pero la sombra siguió reflejándose en los espejos, siguiendola de cerca, jamás alejándose. Pues para la sombra ella era el mundo, y sólo con ella la vida tenía sentido. La seguiría hasta la muerte. Con manos invisibles la acariciaba, intentando acercarla a él.

Lo había perdido todo, menos a ella, su creadora, su diosa. Él era un sueño, únicamente real en su mente.

La odiaba y la amaba, y ella le pertenecía a él, tanto como él a ella.

Siguió reflejándose en los espejos y en la plata, brillando en la luz de la Luna y en sus ojos.

Ella intentaba encontrarlo, pero no sabía que ya lo había hecho. Vivía en ella, él era su sueño, ella podía hacerlo real.

Con un lápiz roto y papel humedecido por sus lágrimas comenzó a esbozar su sueño. Y con labios temblorosos lo enseñó al mundo.

La sombra ya no estaba y jamás se volvió a reflejar en los cristales. Ahora era carne y la acompañaba hacia su mundo, el mundo de ambos, reflejado únicamente en sus ojos.

.....

# **Móntame una escena... el circo y el beso**

*Mayo, 2014*

.....

## **¿En qué consiste esta escena?**

Para participar en el taller de este mes había que enviar un texto en el que apareciesen las palabras «circo» y «beso». Además, proponíamos como reto extra opcional, escribir el relato sin usar adjetivos calificativos.

# La cita

Kelly J. Hernández

.....  
*www.kellyjhernandez.wordpress.com*  
.....

Afuera, el cielo se iluminaba al mismo tiempo que rugía amenazante. Entretanto yo recorría mi habitación de un lado a otro. Me sentaba en la cama por momentos, y al instante me levantaba; sentía que el aire me faltaba. No había forma de permanecer tranquilo. Miré el reloj deseando que ya dieran las diez. Tomé mi sombrilla, y caminé a toda prisa las cuatro cuadras que había de la casa a mi edén.

Las viejas luces del parque titilaban bajo el ritmo sinfónico que producían las gotas de agua al caer. Y ahí estaba yo, como cada noche, cumpliendo nuestra cita; a un lado de la banca de madera sosteniendo mi sombrilla esperando por Elena. Esa misma sinfonía acompañaba mis pensamientos, mientras una sensación gélida que a ratos hacia dar brincos a mi cuerpo me invadía, junto al movimiento casi involuntario de mis pies que dejaban al descubierto mi ansiedad.

El compás de un delicado caminar que se abría espacio en el agua, poco a poco se acercaba, dando paso a una esbelta silueta ataviada en una fina gabardina de un blanco immaculado, que resaltaba aún más su delicada piel morena. Su estilizada y alargada figura se proyectaba interminable en aquellas escurridizas aguas. Su rostro angelical esbozaba una tímida sonrisa. Sus finos labios no necesitaban musitar palabra alguna, mientras que los míos vacilantes, se ahogaban con las que tenía guardadas.

—Temía no encontrarte, Benjamín —apenas susurró, mientras yo me abandonaba observándola.

—¡Sabía que vendrías! —le repliqué.

Ahí estábamos solo los dos, bajo la inmensidad de aquel manto oscuro y húmedo. Bajo esas gotas de agua, que poco a poco empapaban nuestros rostros, y terminaban bañando nuestros cuerpos. La complicidad que había en nuestras miradas nos delataba.

Sus brazos se extendieron invitándome a ir hacia ellos. Mi cuerpo acogió emocionado el llamado. Me acerque despacio y nuestros cuerpos se juntaron. Mis manos se deslizaron lentamente sobre su cara, las suyas acariciaban con vehemencia mi pecho. Mis manos cayeron rendidas a su cabellera, mientras ella jugaba hasta posar las suyas alrededor de mi cintura. Mientras yo me perdía en su tierna mirada, ella acercaba su rostro vacilante y juguetón hacia el mío. Sentí lo mucho que me deseaba. Ella Recorrió con sus manos mi espalda una y otra vez, las mías acariciaban de forma sutil cada milímetro de su cuello. Nuestros labios tibios se fueron acercando, paulatinamente se rozaron y terminamos uniéndonos en el más delirante beso. Sus suaves mordiscos recorrieron todo mi cuerpo y yo sentí flotar. Y ahí estábamos ella y yo, perdidos en la grandeza de nuestro momento de pequeña intimidad.

Caminamos por aquellas vías enladrilladas de nuestro edén tomados de la mano, olvidando por completo el diluvio que se cernía sobre nosotros.

A lo lejos se escuchó un estridente ruido, su mirada se clavó dubitativa en la mía, nuestras manos se alejaron y nuestros cuerpos ya no se tocaban.

—¿Qué es todo ese escándalo? —me pregunté un tanto molesto.

Elena me miraba y se apartaba cada vez más.

—¡Espera un momento! —le dije desesperado—. No te vayas.

El estridente ruido se acercaba más y más y yo no entendía qué pasaba. Elena dio la vuelta, y empezó a caminar alejándose de mí.

—¡Por favor! —le supliqué.

—Es inevitable —me respondió sin mirarme.

Su silueta se fue sumergiendo con cada paso en aquella oscuridad. Ese ruido estaba más cerca, robándome la calma. Una sensación de soledad me recorrió el cuerpo. Intentaba alcanzarla, pero no podía. Mi corazón se aceleraba, y ese ruido era más penetrante, sofocaba mis pensamientos; me alejaba de ella. Mi cuerpo se estremeció. De pronto, aquel sonido fue más audible. Di un salto y desperté bañado en sudor justo cuando frente a la ventana de mi cuarto, en la mitad de la calle, pasaba un viejo Volkswagen con un parlante en su techo anunciando la inminente llegada del circo a la ciudad. Golpee lo más fuerte que pude las almohadas mientras me lamentaba. Mi cita, mi bella cita con ella, no había sido más que un sueño.

—¡Un sueño!

Después de una ducha, me vestí y me fui de prisa a mi trabajo sin probar nada de comida. Al llegar, crucé la puerta hacia mi escritorio y ahí estaba ella, tan linda y elegante como siempre; dándole un beso a su flamante esposo, quien además era mi jefe.



# El orfanato

Carlos Dauro

.....

6 de Enero de 1959. 10:30 horas.

Caminaba sin aliento, invadida por la ansiedad y el miedo, mejor dicho, se arrastraba asida del brazo de su acompañante por la Calle Jesús de Valencia. De sus ojos manaban, y digo bien, manaban lágrimas desde hacía nueve años mostrando en sus mejillas unas arrugas, como cauces, que demacraban su rostro.

—¿Y si he llegado tarde? —gimoteaba sin parar

—¡Shhh! No pienses eso.

—¡Me moriré como ya no esté! —seguía atormentándose.

—No has dejado de rezar ni de acordarte de ella un ápice de segundo en estos años. Bastante martirio has pasado ya, como para que Dios siga mortificándote el resto de tu vida.

Al acercarse al número 10 de la calle tuvo que parar, el corazón desbocado la atenazaba inmovilizándola. Se olvidó que el respirar es un acto involuntario y que no podía imponer su ritmo.

—Ve tú, no podría soportarlo.

—¡Dolores! —le increpó su acompañante—. Sécate las lágrimas y empieza a caminar como es debido. Luego, pase lo que pase lo superaremos juntos. —Al tiempo que le acercaba su pañuelo y le daba un beso.

Una vez recuperada la compostura siguieron andando.

Allí estaba la imponente puerta de madera maciza sobre un pedestal de dos escalones y, en la parte baja, la portezuela giratoria donde las

mujeres engañadas o familias sin recursos depositaban a sus recién nacidos a escondidas por las noches, con la esperanza de que tuvieran un futuro y, tal vez, con algo de suerte encontrar una familia pudiente que los pudiese acoger. No era su caso. Lo dejó claramente escrito en la nota que cosió a su vestidito para que no se perdiera.

Aún, después de tantos años, seguía sintiendo el tacto frío y arisco de la madera en la yema de los dedos cuando empujó la canastilla de su bebé adentro del orfanato.

Y en todo este tiempo, sus lágrimas no han dejado de acompañarla ningún día.

Golpearon la puerta con los nudillos de las manos al unísono. Unos pasos presurosos y un abrir de fiadores y cerraduras dieron paso a una monja menuda que les sonrió.

—Buenos días. ¿Vienen a adoptar algún niño?

Ella no fue capaz de articular palabra, el miedo la petrificó y su mirada se llenó de vacío.

—Sí, claro —contestó rápidamente él—, tomando el mando de la situación.

—¿Quieren pasar? —preguntó al tiempo que abrió la puerta dejándolos entrar.

El clausurar de pasadores se escuchó esta vez acompañado del eco de la estancia que rompía el silencio callado del lugar.

Los acompañó al patio donde habían muchos niños y niñas jugando, unos más altos, otros más bajitos, pero todos tenían algo en común: estaban muy delgados.

Sólo tenía ojos para las más mayores. No había muchas. En este tiempo seguro que a las más afortunadas las habrán dado en adopción y, a otras, la gran mayoría, entregadas como chicas de servicio en casa de los más pudientes.

Al fondo, casi pegadas al muro que cercaba el orfanato, donde el frío sol de Enero lo caldeaba, tres niñas jugaban a la comba mientras entonaban una canción.

Un reflejo fulgurante salió del pecho de la niña que saltaba. Era ella. Su mirada se llenó de vida, él se dio cuenta enseguida.

La niña que saltaba tropezó con la cuerda al distraerse mirando a unas personas que la observaban.

—Madre, lo siento pero hemos de irnos. En realidad, hemos venido a traer un obsequio para todos estos niños en un día tan especial como es el día de los reyes magos y a todas ustedes como reconocimiento a su impagable labor. —Depositando en su mano un pequeño paquete envuelto con papel de periódico.

—Gracias. Pero no entiendo. ¿No quieren conocer a ningún niño?

Una sonrisa acompañada de un rostro resplandeciente, fue toda la respuesta que tuvo.

6 de Enero de 1959.13:30 horas.

La madre superiora del orfanato “*El santo celo*” de Valencia, otrora conocido como el de “*La casa del pecado mortal*”, subió a la tarima del comedor para dirigirse a sus niños y niñas que acababan de comer y dar gracias a Dios por haber podido hacerlo.

—Como cada año, el día de reyes la Providencia nos sorprende con sus regalos. Pues bien, este año sólo tenemos uno para todos.

—¡Me pillo estrenarlo! —gritó alguien.

—¿Por qué has de ser tú? —le inquirió otra.

—Porque quiero estrenar un juguete al menos una vez en la vida —respondió el otro entre lágrimas.

—Tranquilos, este año lo vamos a disfrutar todos a la vez —contemporizó la madre superiora—alguien que ha escuchado nuestras oraciones nos

ha dado un paquete con entradas para el circo. ¡Y nos vamos todos a verlo en una hora!

El silencio del comedor se transformó en gritos de alegría y unos cuantos atrevidos daban saltos por el pasillo que hay entre las mesas imaginándose que eran los saltimbanquis que iban a ver.

Una niña, María, que hoy cumplía nueve años y que por primera vez en su vida había visto cumplirse uno de sus dos deseos: el que todos tuvieran un regalo, daba las gracias a Nuestra Señora del Santo Celo.

La niña empezó a acariciar la media medalla de la Virgen de los Desamparados que le colgaba del cuello.

Abstrayéndose del momento, imaginaba a su madre con el otro fragmento de dos puntas que encajaría entre los tres dientes de sierra de su trozo. Se la acercó a la mejilla buscando el recuerdo de los besos que su madre sin duda habría dado antes de abandonarla, con el ánimo de sentirlos y recuperarlos para ella.

A partir de mañana podrán adoptarla. El papel que envolvía su tesoro cuando la dejaron en el portal decía: “*María, volveré a por ti. Lo juro por Dios*”, y este juramento ha sido su ángel protector durante todos estos años para no ser dada en adopción.

—¿De verdad te has acordado de mí en algún momento mamá? —se preguntaba gimoteando.

Su rostro de mirada color caramelo parecía el modelo con el que se pintó el ángel que hay en la Capilla de la Comunión en Valencia y sus manos para coser que para sí quisieran muchos orfebres, no haría sino facilitar su salida del orfanato.

No tenía nada más, ni a nadie más.

El aposentador los acompañó a sus asientos obsequiando con un dulce de café con leche a cada uno de ellos. El brillo en los ojos de los niños irradiaba emoción contenida.

Pronto apareció el presentador dando la bienvenida al público que abarrotaba la carpa de los sueños y aplaudía sin parar, ataviado con un traje donde las mangas, la abotonadura de la chaqueta y las perneras del pantalón, hablaban de un traje heredado de alguien con más porte y sufrido más hambruna que él.

El toque de clarines y timbales dio paso a la actuación de los perros amaestrados que realizaron toda suerte de piruetas.

Un payaso apareció en la arena imitando a los perritos provocando las carcajadas del respetable y las reprimendas por parte del maestro de ceremonias, a las que correspondía con gestos de burla acompañados de sonidos emitidos por un saxofón. Resuelto el “incidente”, dio paso al mago que entregaba la capa a su asistente después de saludar.

—Necesito un voluntario —inquirió el mago al público.

Un montón de manos alzadas exigían ese protagonismo.

—Alguien que cumpla años hoy —especificó.

María se quedó sola con la mano levantada.

Las ovaciones la acompañaron hasta el centro de la pista. El mago le dejó su varita mágica indicándole que debía dar tres toques sobre su chistera. Al hacerlo, un conejo salió del fondo del sombrero y se refugió dentro de una caja al otro extremo de la pista. El mago, con gesto malhumorado chasqueó los dedos y en un segundo mientras la asistente mostraba la caja sin nada dentro, el conejo asomó su cabeza de nuevo desde donde se había escapado. Esta vez apareció enredado con un hilo del que pendía un colgante.

María empezó a llorar desconsoladamente. La asistente del mago se acercó a abrazarla.

—Hija, he vuelto a por ti tal y como te prometí —le susurró al oído.

La cogió en brazos y delante de todo el mundo encajó las dos mitades, dándole un beso que cicatrizó nueve años de ausencias. El mago se

unió a ese abrazo, a ese beso.

Desde entonces y hasta el año que cerraron el orfanato, los niños que allí estaban nunca dejaron de ir al circo el día de reyes, cuyos dueños, cumplieron el segundo deseo de su hija María: *“Ayudar a todos los niños que pudiera si volvía con su madre”*, eligiendo cada año a uno o dos niños del orfanato para enseñarles un oficio e integrarlos dentro de esa gran familia que era el circo.

Y, en aquellos años tan duros y pobres, tanto el circo como el orfanato fueron testigos de la verdadera magia: la que existe en las voluntades de las personas de bien.

Como recuerdo al circo de los muchachos. A toda su magia.

# Brindis

Maude

.....

—¡Señoras y señores! Para todos ustedes, sin descanso, sin dilación y con mucho cariño, nuestro espectáculo que se forja en el país de las maravillas: el ciiiiiiiiiiiiiiiiirco.

(Aplauso, aplauso)

—Con todos ustedes, de nuevo, como siempre, con fuerza y tesón los equilibristas que se mantienen en el filo de la cuerda.

(Música, música)

—¡Miren! ¡Miren! Qué capacidad, qué entereza y equilibrio. Los dos y sus cuerpos de fibra. Caminan por y para el peligro. Balanceándose de un lado al otro, de un lado al otro. Siempre en el filo, nunca caen.

(Oooh, oooooh)

—Y ahora, desde las tierras del norte donde el frío es de hielo, donde los hombres se visten en pieles y matan lobos a puñetazos: la mujer de altura sin parangón y su feminidad hecha pelo. Contemplan su mirada de profundidad, su cuerpo que recela fuerza y crueldad. Su barba.

(Silencio, silencio)

—Y los payasos de risa que contagia, de la que se pega en la boca. Se ríen de todo y de nada. Siempre bromeando y lanzando chorros de agua de sus flores de goma. Miren, miren, cómo le toman a uno el pelo constantemente. ¡Ahá! Y ahora le bajan los pantalones a uno que no está por lo que tiene que estar. ¡No te enfades, hombre!

(Carcajada, carcajada)

—He aquí los que lanzan cuchillos y dagas por doquier. ¡Cuidado con su

espalda! Y aciertan siempre en la diana, rozan las vestiduras y a veces las rasgan. Pero no se preocupen, no hieren a muerte, solo lastiman.

(Uuuuuuy!Uuuuy!)

—Y con orgullo les presento al señor que ostenta tener la fuerza de mil hombres, tal vez más. Observen y admiren sus músculos de fibra que difícilmente los atravesaría espada o cuchillo. Todos le temen y sin embargo todos dependen de él. Y su bigote que se ondula a cada levantar las pesas. Maestría en esencia.

(Aplausos, aplausos y más aplausos)

—Finalmente, y sin esconder mi preferencia, tengo el placer de presentarles al león, ya saben, no sería el circo sin él. Su rugir, su vigilar, su apresar... ¡No se asusten! Ferozmente ha sido entrenado para darle a usted, sí a usted, un beso. No se preocupen, les mostraré como puedo meter mi cabeza dentro de sus fauces...

(Color rojo, color negro)

¿Qué espectáculo verdad? Mientras chocan sus copas, un brindis (chin-chin), sonrían y el mundo a su alrededor se les asemeja a un circo de los de antes, de farándula que envejece con el paso de las horas. Y el reloj irremediablemente arrastra ese paso. Esos tics-tacs que nos envuelven. Han vuelto a hacerlo, han vuelto a mirar de ese modo que escapa de la realidad.

(Camarero, otra de lo mismo.)



# Aquellos años del circo

Ismael Tomás Perez

.....  
*www.gigantedealgodon.blogspot.com.es*  
.....

Jonathan no pudo esperar más. Al llegar el circo a su localidad y, a pesar de sus sesenta y dos años, decidió que tenía que volver a pisar un circo. Esta vez estaba claro que como espectador. Lo vio llegar, vio desde su balcón la enorme caravana de camiones y *roulottes* que componían la comitiva y, a la vez, residencias de lo que se ha llamado siempre “El Mayor Espectáculo del Mundo”. Vio como después descargaban todos los camiones y como, casi a la vez, un verdadero enjambre de operarios iba montando cada pieza para, a continuación, ir la encajando con la siguiente. Casi de forma automática, con una precisión extraordinaria, iban dando forma a ese colosal escenario, a esa pista y esa carpa con cientos de columnas, de asientos, de escaleras. Miles de tornillos y tuercas iban siendo colocados a una velocidad y precisión increíbles. En prácticamente dos días estuvo todo el circo montado. Había sido colocado en el recinto ferial de la localidad, espacio municipal polivalente que servía también para el mercadillo de los miércoles, para eventos, conciertos musicales e incluso, en alguna ocasión, para ofrecer un pequeño refrigerio después de un mitín.

Sentía su atracción, su llamada. Aquellos colores formando la carpa a rayas rojas y blancas, aquel sonido de orquesta y el redoble de tambores cuando se lanzaban los trapezistas al vacío para que, en el último momento, unas manos amigas de otro compañero trapezista situado boca abajo lo sujetara para evitar su caída al vacío ante el pavor de todos los espectadores. Le atraían los funámbulos o equilibristas que cruzaban la pista central andando sobre un cable de acero en lo más alto del escenario.

Jonathan recordaba también lo que el público no veía, todos los ensayos,

su vida nómada, de ciudad en ciudad para que, cuando ya estaban perfectamente asentados y ya conocían un poco la localidad, tener que desmontarlo todo otra vez para trasladarse, a veces al pueblo de al lado y otras veces a otra ciudad quizás al otro extremo del país. Ese deambular de un sitio para otro dependiendo siempre de un contrato con un ayuntamiento después de haber negociado arduamente a fin de poder obtener algún pequeño beneficio.

Aquella vida le atrajo mucho, gracias a estos devaneos nómadas había conocido en su juventud la mayor parte del país y también a su actual esposa, Ingrid, de origen eslavo, de la que no pudo aguantar el flechazo que le produjo en el primer instante de conocerla.

Jonathan había empezado en el circo con doce años. Su padre, Edgard, trabajaba en el circo como lanzador de cuchillos. Era fantástico, jamás fallaba ningún lanzamiento. Para ello entrenaba cuatro horas como mínimo todos los días. Su ayudante, que hacía de blanco a evitar para sus lanzamientos fue su madre, Elizabeth, una preciosa mujer con un cuerpo escultural que ya solo por su belleza dejaba boquiabiertos a los espectadores.

Un día, Elizabeth, poco antes de comenzar la actuación, se encontraba muy indispuesta, con fiebre e incapaz casi de mantenerse en pie, con lo que Edgard no sabía que hacer para no tener que suspender la función. Fue entonces cuando Jonathan se ofreció como voluntario a su padre para los lanzamientos.

Cada día, cuando terminaba las clases, ayudaba a sus padres en los preparativos. Era todo un ritual ya que disponían de un maestro en el circo para enseñar a los niños que componían una parte importante del personal.

Aquello fue un gran espectáculo. Por primera vez, un niño de doce años se ponía delante de su padre para que este lanzara, con gran tino, un par de docenas o más de cuchillos.

Nunca jamás pudo olvidar ese primer momento, esa adrenalina que

subía y bajaba a cada lanzamiento. En cada movimiento de su padre se tensaba como una cuerda de guitarra, perfectamente preparado y atento por si tenía que esquivar algún lanzamiento, cosa que no hizo nunca falta. A los dos días, ya su madre reestablecida, Jonathan no consintió en volver a cederle el puesto. Esto tuvo mucho éxito y su madre se encargó, a partir de entonces, de la presentación del espectáculo.

Fueron unos años gloriosos. El Gran Circo Británico, que así se llamaba, cosechó muchos éxitos. Ya el número de los cuchillos fue superándose en dificultad, siendo siempre los últimos lanzamientos con cuchillos envueltos en fuego a lo que apagaban las luces del circo, lo que hacía que los espectadores permanecieran en un silencio sepulcral.

Con la llegada del año 1976, un aparatoso incendio devastó varios de los camiones donde estaban encerrados los animales que componían el espectáculo de domador de fieras. La paja que servía de aposento en el suelo de estos ardió como la pólvora y originó la muerte por asfixia de muchas fieras, quedando las demás dañadas. Esto contribuyó a la decadencia del circo. Hubo muchos malos rumores y el público dejó de asistir a las exhibiciones.

Dos años mas tarde y ante la imposibilidad de poder mantener económicamente el circo, sus dueños, dos hermanos ingleses que habían puesto toda su ilusión y medios financieros en la empresa, se vieron abocados a cerrar el circo y despedir a todos los empleados.

Fue una catástrofe, la mayoría del personal era como una gran familia en la que convivían todos sin prejuicio de color, nacionalidad, o ideas propias.

Jonathan había colaborado en el lanzamiento de 110.000 cuchillos en los doce años que estuvo trabajando allí.

Ya nunca volvió a ir a un circo. La gente que había conocido allí pronto se desperdigó perdiéndose el contacto de unos con otros. Aquello le afectó moralmente creándole una gran depresión afectando también

a su familia.

Su vida tuvo que buscar nuevos caminos, aunque por mas formas de trabajar que pudo experimentar, nada le hizo tan feliz como aquellos años en el circo. No pudo olvidar cuando era el centro de las ovaciones compartidas con su padre, el lanzador que jamás tuvo un error.

# El tipo que tenía el Funk

Keeper Tom

.....

*Caminaba por la calle, sí, aunque no del modo en el que lo haría un colega del barrio; no, él no, ya que él tenía ese «no sé qué». Te lo juro, y me puedes creer o no, pero me fue imposible no clavar los ojos en ese hermano, no pude evitarlo, que va. Ya de lejos, con distancia de por medio, exclamé: ¡Uau! Ese tío lo tiene, no es uno de esos, uno como esos otros... ¡Joder, yo soy uno de esos otros!, pensé, decepcionado conmigo mismo, mirando mis patéticas pintas de chulo barato. Y entonces pasó por mi lado, sin mirarme, sin notar que estaba allí, en la calle, cerca de él, y no me enfadé, no, imposible, porque supe que él nació para ser contemplado, para ser admirado, no para fijarse en otros. Al sobrepasarme se me cortó el aliento, me quedé sin aire tío, noté como algo de mí se negaba a separarse de él. Ese día todo se me jodió, se me fue a la mierda, la tristeza me cogió de la mano y no me soltó, y todo... todo fue por él. Él tenía el Funk, él tenía el Funk.*

*Eran finales de los sesenta, y el funky dominaba, mandaba tío, nada de esta cultura pop de ahora, tan igual toda, tan carente de estilo propio; que va, el funky era la hostia colega, la hostia. Ya por aquel entonces sólo unos pocos entendían esta filosofía... Perdona, déjame que me corrija, porque tachar de filosofía algo así, algo tan grande... no sé, no es lo más adecuado. A ver si me explico amigo. No es sólo una cultura, o una forma de ver la vida, ni siquiera se limita a un estilo musical, que va, esto es mucho más profundo colega; mucho más profundo, mucho más. Esto lo tienes o no lo tienes. Puedes intentar imitarlo, y nos reiremos de ti. Puedes querer tocarlo y, amigo, te la pegarás. Créeme, sé de lo que hablo. Aquí donde me ves, con tantísimos años a mis espaldas, rocé el Funk. Fue como estar en el... bueno, en el sitio ese en el que todo es... El Paraíso o por el estilo,*

*¿me sigues?*

*Cómo te iba diciendo, estaba arriba colega, en la cima del mundo. Y miré hacia abajo, miré hacia abajo y sentí paz tío, paz. Tuve una revelación: vivimos en un circo y nos vestimos de payasos, payasos que intentan sobrevivir a su propia comedia. Pero yo no, yo estaba arriba. Hablo en pasado hermano, en pasado. Es triste reconocerlo, pero ahora no puedo verlo, el Funk se separó de mí para no volver. Fue un instante, tan sólo un instante que duró un par de años, pero bajé y entonces: ipuf! Todo se esfumó.*

*El problema fue el jodido Destino, se metió por medio, mejor dicho, hizo que aquel hermano me abriera los ojos, me... Deja que te explique cómo era. Mira tío, ese negro no andaba, nosotros sí y parecíamos estar hechos de piedra a su lado, él, sin embargo, se deslizaba como un barco que domina, no, no domina, ante el que el mar se vuelve dócil, sí, que hace que el mar se someta, y nosotros éramos putas montañas, nos movíamos pesados, torpes. Y si no te sirve lo del barco, quizá así lo entiendas mejor: para él la calle era como su propia autopista personal, y los demás éramos simples árboles a los lados. Nadie se le ponía por delante. No había motivo para evitarlo, pero te apartabas, bueno, más bien te detenías a contemplarlo. ¡Joder, ese hermano mandaba! Recuerdo que intenté odiarlo, ¿sabes? Por aquel entonces me creía alguien en el barrio, todos admiraban a este negro, todos. Pero llegó él y, bueno, de pronto me vi, literalmente, vestido de payaso, como todos los demás. Dos años en lo alto, dos años creyendo tener el Funk. Intenté odiarle por destronarme, imposible. Después de un tiempo lo vi, era imposible odiarle porque él era así, no fingía, era honesto, él tenía el Funk, nada más.*

—Oye Carl, esto... ¿me dejas la botella? —solicita otro vagabundo desde debajo de lo que parece una manta.

En los suburbios de la gran ciudad la vida es así, presa de las adicciones, uno sólo tiene sus historias, y puede contarlas o no. Carl era de los que contaba su historia, aunque, normalmente, solía hacerlo para oyentes que sólo él podía ver, que sólo él podía ver al cerrar los ojos, borracho;

aunque aquella noche sí que había alguien, o mejor sería decir «algo», que le escuchaba con atención.

—Venga Carl, déjame darle un besito —dice alargando una mano hacia la botella.

Carl no opone resistencia cuando le es arrebatada de entre los brazos, porque Carl no está allí, le da igual lo que le pase a la botella, porque Carl está a mediados de los sesenta, Carl está disfrutando de su historia, del tipo que tenía el Funk.

Carl mira hacia el mismo, contempla como su compañero, otro vagabundo al que considera su amigo, le quita la botella de entre las manos. Es entonces cuando se da cuenta de lo que ocurre, es entonces cuando se percata de que lleva unos minutos muerto. Carl gira sobre los talones, y sus ojos se topan con aquel tipo que tenía el Funk.

—¿Eres la muerte? —le pregunta curioso, sin sorpresa, por el mero hecho de saber.

—Sasto.

Carl mira hacia su cadáver por encima del hombro, con gesto de aceptación asiente, y devuelve su atención al tipo que tenía el Funk.

—Es un buen momento para marcharme, sí, de todas formas hacía años que no pintaba nada en este mundo.

—Ese es el espíritu hermano —celebró la muerte.

—Bueno, dime, ¿ahora adónde me llevarás?

El tipo que tenía el Funk se le acerca, rodea los hombros de Carl con un largo brazo y extiende el otro hacia el frente.

—Tío, ¿es que no puedes verlo?

Carl aprieta lo párpados, usa una mano a modo de visera, y comienza a ver. La sonrisa de su rostro es amplia, sus ojos cargados de ilusión. Mira a la muerte y dice:

—Colega, esa es la disco del barrio, ¡es la jodida disco!

—Sí Carl, y ahora vamos a recuperar tu Funk.

—Sí, vamos a recuperar el Funk.

Cuando comienzan a caminar, Carl ya no viste con harapos, ni está gordo, ni es viejo, Carl es esplendor: piel negra brillante y lisa, pelo afro, expresión sobrada y cuerpo delgado de músculos fibrosos. La ropa de Carl brilla, y sus pantalones de campana marcaban el ritmo de todo su cuerpo, marcan el ritmo que bailará para toda la eternidad.



# Por una sonrisa

Verónica Cervilla

.....  
*www.habichuelasmagicas.blog.com*  
*www.wherearethemagicbeans.blog.com*  
.....

Me gusta que me hagas esa pregunta. Pues creo que viene de cuando era un niño. Mi madre tenía una enfermedad de la que no supimos su nombre hasta más tarde. Ahora está de moda, pero antes no sabíamos nada. Los médicos le decían que era cansancio. Se pasaba el tiempo en la cama, sin tener ganas de hacer nada y a veces lloraba todo el día. Otras veces no se movía, sólo miraba al horizonte como si estuviera en otro mundo. La echábamos de menos, pero era como si no estuviera con nosotros. Mi hermano y yo no sabíamos qué hacer. Entonces me senté a pensar alguna solución, algo que hiciera sonreír a la gente.

Ahí estábamos nosotros, con siete y nueve años, aprendiendo trucos de magia, haciendo imitaciones de personajes de la tele, inventándonos obritas de teatro. Poníamos la casa patas arriba buscando lo que necesitábamos para nuestros disfraces. Mi padre no tenía tiempo para fijarse en nada con el trabajo y mi madre sólo salía de la cama para buscar algo de comer. Cuando sentimos que era el momento, nos presentamos en la habitación de mi madre, bajamos las luces y las sustituimos por una que alumbraba el centro de la estancia, delante de la cama. Como si hubiéramos nacido para ello, fuimos interpretando todo lo que habíamos estado ensayando, una actuación tras otra. Mi hermano y yo lo estábamos pasando muy bien y casi nos olvidamos de por qué hacíamos todo eso, hasta que mi madre se incorporó en uno de los trucos de magia y sonrió.

Sonrió.

Su cara se llenó de vida por un momento, quizás fueron sólo minutos,

no lo recuerdo, pero la imagen de su sonrisa estuvo en mi mente todo el día. Valió la pena todo el esfuerzo, los ensayos, los nervios por hacerlo mal.

El espectáculo de antes de dormir en la habitación de mi madre se convirtió en una cita que repetimos todos y cada uno de los días en los que ella vivió. Al final de cada actuación, nos deseaba buenas noches, nos daba un beso a cada uno y volvía a la oscuridad de su mente.

Aunque su enfermedad no se fue, al menos en ese ratito sabíamos que ella era feliz. Mi madre sabía que no podía deshacerse de su condición para siempre, pero nosotros la poníamos en pausa con nuestras bromas e ilusiones de aficionados. ¿Me preguntas por qué hacemos lo que hacemos? ¿Por qué abrimos el circo cada día con la misma ilusión que el anterior? Quizás porque no hay sensación que nos aporte más serenidad que la de saber que, por un momento, las personas que nos ven ponen sus problemas en pausa y sonrían gracias a unos niños que siguen jugando a ser payasos.

# Feriantes

Fernando Seguí

.....

Mi madre nunca nos lleva al circo. A la feria tampoco. Son mis abuelos quienes se encargan de eso. Yo creo que odia a los feriantes, les tiene una manía increíble.

Siempre que llegan las fiestas de Navidad, mi hermana y yo lloramos y pataleamos hasta que mami cede y permite que nuestros abuelos nos acompañen. Vivimos con ellos desde que papá murió, cuando mi hermana nació, aunque yo no recuerdo su entierro. Mamá se queda en casa.

Una vez en el circo mis abuelos nos compran algodón rosa de azúcar y palomitas dulces de colores en un puesto regentado por dos ancianos. Es un matrimonio encantador que nos trata con mucho cariño. Al despedirse, nos inflan a besos y abrazos. La mujer, que se parece mucho a mi hermana, trata de retenernos con zalamerías y se le escapa alguna lágrima incluso.

Ya dentro de la carpa lo pasamos pipa con las acrobacias de los artistas, con los caballos, con los leones y los funambulistas. Pero lo mejor, lo que más deseamos, es ver a los payasos.

Yo de mayor quiero ser payaso. Uno de ellos, que toca una bocina de esas antiguas y lleva una flor en la solapa que dispara un chorro de agua, se acerca a nosotros, como todos los años, nos gasta un par de bromas y nos saca al centro de la pista. Los payasos nos hacen todo tipo de tonterías y juegan con nosotros. Cuando se despiden, el que nos sacó nos regala una flor para mamá y nos da un beso.

Regresamos a casa emocionados y yo le cuento a mami lo de que de mayor quiero ser payaso.

—La cabra siempre tira al monte —me grita—. Tú estudia para ser alguien de provecho y déjate de tonterías.

Mi madre coge la flor y la mete en una caja donde las guarda todas, que ya están secas, junto a una foto de mi padre.

Algún día me escaparé y me haré feriante.

# El encargo del arzobispo

Rogelio Fernández (NHICAP)

.....

Invocar a los espíritus encierra un riesgo: en ocasiones, responden.

No debía saberlo Aurora, una escritora castellana de prometedor futuro, cuando sacó a pasear a Don Antonio de Fonseca y Ayala, Capitán General de Castilla en tiempos del emperador Carlos V y el autor moral de la quema de Medina del Campo, cuyo incendio ordenó en 1520 como represalia por la falta de apoyo de sus autoridades, en la represión de la revuelta de los comuneros en la ciudad de Segovia, liderados por Juan Bravo

No muy lejos de Medina del Campo, en la iglesia de Santa María la Mayor de la villa de Coca, está enterrado “el reverendísimo y muy ilustre señor Don Alonso de Fonseca y Ulloa, Señor de Coca y Arzobispo de Sevilla”, relevante personaje de la corte castellana y tío de Don Antonio, el pirómano de Medina.

Pues bien, un caluroso día de abril de 2014, la buena de Aurora publicó el relato “la Plaza de Segovia”, donde recuerda con mucho sentimiento, el despiadado episodio que Don Antonio de Fonseca y Ayala protagonizó en su querida Medina. Sin saberlo, y seguro que tampoco desearlo, Aurora perturbó el tranquilo descanso del Arzobispo Fonseca, en el interior de un hermoso sepulcro situado a la izquierda del altar mayor. ¿Qué ocurrió? Te cuento.

Durante la aparatosa tormenta que sacudió aquella tarde las tierras de Coca, un rayo enfiló la vertical de la iglesia de Santa María la Mayor y aterrizó en lo alto del pararrayos, provocando un deslumbrante resplandor seguido de un enorme estruendo. La luminosidad inundó el templo de tal forma que unos poderosos haces de luz alcanzaron el sarcófago que contenía la momia del Arzobispo. Consecuencia, la

claridad estimuló su epítesis,(una glándula de nuestro cerebro con la delicada función de regular el mecanismo vigilia/sueño), y, entonces, al interrumpirse la secreción de la hormona melatonina, el Arzobispo, o quizá su espíritu, despertó del apacible sueño, un letargo de 500 años.¡Y, ostras tío, menudo guirigay!

Veamos lo que acontecía en otro lugar, y en ese preciso momento.

En una bella ciudad de la fachada atlántica, allá por el noroeste español, el escritor colega de Aurora se sentaba en las gradas bajo una gran carpa circular, con la intención de pasar una divertida velada en compañía de su mujer e hija. Pero a veces, los hechos no discurren de la forma que habíamos planeado. De pronto, mientras explicaba a su hija las curiosidades del divertido espectáculo que iban a presenciar, sintió que la mente se le nublaba, algo comparable a un ligero mareo. Su cerebro estaba descodificando en ese instante, las ondas inmatrimales de pensamiento que portaban el siguiente mensaje:

*«Yo, el espíritu de Alonso de Fonseca y Ulloa, como arzobispo que fui de Sevilla, ruego a vuestra merced explique a sus lectores un hecho de mi vida, algo que la gente reconozca. ¡Hubo más FONSECAS además del que incendió Medina del Campo!»*

—Descuidad Monseñor, se hará así —musitó con voz muy tenue—. Por su palidez, el escritor semejava el espectro de un hombre que había perdido su esencia. Sin embargo, la recuperación fue rápida y no pareció experimentar preocupación alguna; imaginó lo que estaba aconteciendo porque había padecido otras veces esa misma sensación: convertirse en receptor de unas percepciones extrasensoriales, es decir, sin la intervención de los cinco sentidos.

Este hecho puede parecerle chocante a mucha gente, no obstante, algunos antropólogos y científicos defienden que hace un millón de años, los primeros homínidos se comunicaban mediante la transmisión del pensamiento; sería algo parecido a la telepatía. ¿Y porqué perdimos los humanos ese sexto sentido?, te preguntarás. Según dejó escrito el todo poderoso cardenal Talleyrand, un hábil manipulador amén de un

gran estadista, la palabra aparece cuando el hombre necesitó ocultar sus pensamientos ¡Pues eso, así de simple!

Bajo la carpa, la mujer del escritor le estaba acariciando las mejillas, preocupada por su semblante lívido y desencajado.

—¿Qué dices? ¿Te encuentras bien? —le preguntó tras escuchar el susurro que había salido de su boca.

—Sí, estoy bien. Ha sido un leve mareo, pero ya pasó. Salgo a tomar un café y enseguida vuelvo.

Sentado frente al café, con la mirada pendiente de la voluta que dibujaba el humo de su cigarrillo, el escritor se preguntó: “¿Por qué me eligió a mí?” No tenía respuesta pero, entre los pliegues de su memoria, recuperó la imagen que presidía el local de la vieja barbería del tío Rosendo, un tipo muy listo con dotes de curandero. Se trataba del retrato de la bisabuela Catalina, de rostro huraño y con una gélida mirada, de quien se decía que había sido bruja, una mera especulación de la gente pues, en realidad, solo había acertado un vaticinio en su vida: que la mujer del farmacéutico tendría gemelos en su primer embarazo. ¡Menuda bruja de pacotilla! El escritor nunca se sintió heredero de aquellas facultades de la bisabuela. Sin embargo, en ese momento, llegó a dudar.

A continuación aparecieron las musas y pudo escribir el relato que le había encargado el Arzobispo, o quizá su espíritu ¡A saber!

»Corría el año 1460 cuando los Arzobispos de la familia Fonseca entraron en escena. Para complacer la petición del rey Enrique IV de Castilla, el Papa designó Arzobispo de Santiago de Compostela a un muchacho de veinte años, Alonso de Fonseca y Acevedo, también sobrino del Arzobispo de Sevilla y con su mismo nombre. Al tío se le conoce como Fonseca I y al sobrino como Fonseca II.

»Aquí te dejo una muestra de la personalidad del tío. Hace muchos años, leí, o quizás escuché, esto: “en una ocasión que los Reyes visitaron la villa de Coca, el Arzobispo Fonseca I acompañaba a la Reina en una

jornada a caballo por los montes cercanos y aprovechó el cinegético paseo para requebrarla atrevidamente” ¡Tela! Todo un personaje su eminencia el Arzobispo.

»Por aquel entonces, en Santiago abundaban las intrigas, era un verdadero nido de víboras, debido a los intereses de algunos señores feudales en adueñarse del Señorío de Santiago y convertirse, bien ellos mismos o algún familiar, en su Arzobispo. En aquellas condiciones, a pesar de la simpatía e inteligencia que según parece atesoraba el joven Fonseca II, enviarlo a Galicia representaba, para algunos, un despropósito y un infanticidio para otros. Allí se requería un político de fuerte carácter, con un par de huevos, para lidiar y someter a los más altivos feudales: Pedro Alvarez de Osorio, Conde de Trastámara —en el blasón del escudo familiar figuran dos lobos—, y Bernal Yáñez de Moscoso, señor de la casa de Altamira.

»Fonseca I era el hombre: los tenía como el caballo del Espartero. Con la venia del Papa y del Rey, propuso a su sobrino el intercambio de la Mitra de Santiago por la de Sevilla, durante el tiempo necesario para doblegar a los personajes que controlaban la ciudad y ocupaban su catedral.

»Firmado el acuerdo, Fonseca I se dirigió a Santiago al frente de un pequeño ejército y acompañado por su familia y allegados. Mediante argucias y generosas propinas, se ganó el favor de ciertos señores feudales, enemigos del Osorio y del Moscoso, que le ayudaron a cercar la ciudad con sus mesnadas, y a quemar las casas y construcciones próximas al templo catedralicio. Ante tal demostración de poderío, los rebeldes salieron por piernas antes de que Santiago fuera tomada a las bravas por las huestes del Arzobispo

»Transcurridos unos meses, dedicados a mejorar su patrimonio con nuevas posesiones, Fonseca I se propuso comunicar al sobrino que el Señorío de Santiago estaba pacificado ino conocía bien a los gallegos!. Como habían convenido, ya podían regresar cada uno a su Sede. Pero aconteció que Fonseca II se había acostumbrado a la buena vida sevillana: a su clima, al rebujito y a otros placeres más mundanos.



Y se negó al cambio; ni de broma permutaría Sevilla por la remota y lluviosa Santiago de Compostela.

»Al final, una orden del Papa, la intervención del Rey, más algún que otro mandoble, se impusieron sobre las razones del sobrino; y resignado, no tuvo más remedio que dirigirse a Compostela. Con el tiempo, y no sin dificultades, allí se acomodó y hasta se echó una novia ¡Otro Fonseca enamorado!

»Pasados los años, el ingenio popular acabó inmortalizando este peculiar desencuentro entre tío y sobrino, en el refrán: “El que se fue de Sevilla perdió su silla” que todavía perdura en el imaginario colectivo, transformado con el paso del tiempo en: “El que fue a Sevilla perdió su silla”».

Al regresar a su asiento, el escritor le dijo a su esposa:

—Ya estoy tranquilo, he cumplido mi compromiso

—¿Qué compromiso?

—El que prometí a un espíritu hace unos minutos.

—¡Ah sí! Pues me parece muy bien —dijo ella— Oye, tú has fumado algo raro ahí fuera.

El escritor sonrió, dio un beso a su esposa y otro a su hija. Empezaba la función de circo.

# El gallo no tiene quién lo mate

Kangreja

.....  
*www.palabrasyalas.wordpress.com*  
.....

“La perturbadora aceptación de la comodidad cotidiana, hace feliz al protagonista presente, e infeliz al futuro convaleciente de arrepentimientos”

Si Gabo hubiese vivido en esta habitación, habría escrito “El gallo no tiene quien le escriba”, o quizás, “El gallo no tiene quién lo mate”. Al igual que algunos amores que imploran ser asesinados.

El viejo gallo canta a las cuatro, a las cinco, a las seis, a las siete, y a las once sigue cantando y yo preguntándome: ¿No estará acaso mirando al cielo e implorando que alguien lo mate ya? Toda una vida cantando, suplicando que la tormenta aparezca. Que el final que limpia lo vuelva a sus orígenes. Igual que aquellos amores perezosos, cansados, esos llenos de miserias, los que nacen con fecha de expiración y deciden a diario consumirse caducados.

Ayer te vi, con tus ojos de tormenta. No reíste, no bromeaste, miraste al infinito, como diciéndome con la mirada: esto no es la vida. Y tienes razón, esto no puede ser la vida.

Tus ojos sin hablar me dijeron que haber apostado todas las cartas al acto primero, no fue del todo acertado. Tu vida convertida en un circo de protocolos, de renunciadas, de formalidades asfixiantes. El circo cotidiano de buscar en los otros lo que no encontramos en nosotros.

Carmen, solías ser una chica feliz, pero de eso ya hace años. Ayer te vi y constaté lo que ya murmuraban. Él robo tus piernas. Y con ellas parte de tus alas, de tu grito, de tu canto. José decía ser un chico listo; pude certificar después de verte que no lo suficiente. Veinte años de

matrimonio, reproduciendo agónicos rituales han dejado su saldo. Una orden de alejamiento y tú queriendo ser el gallo que suplica el desenlace, al que por fin matarán para festejar la vida.

Ayer te vi, y digo vi porque te vi yo. Tú, no me miraste en toda la visita. Sin embargo cuando me iba, rompiste el silencio.

—¿Aún eres de los que creen que en el mundo de los que aman una sola vez en la vida, hay dos tipos de gente?

—Los que lo asumen con todas las consecuencias y los que huyen a pesar de las consecuencias —sonreí, terminando la frase.

Me sorprendió tu voz, casi había olvidado cómo sonaba. La cadencia de las letras, la textura de tus palabras.

Recordabas la sentenciosa frase que te había dicho aquel invierno, cuando elegiste la complaciente rutina.

—¿Lo recuerdas? —dije.

—Lo he recordado cada día durante estos veinte años —susurraste.

Entonces, durante un instante, nos añoré en ese tiempo feliz. También lo vi a él. Sentí las lágrimas, me mojé en el aguacero de nuestra despedida.

Tú continuabas mirando hacia lugares impenetrables, mientras yo te decía adiós con mi cuerpo.

Hoy, el gallo sigue cantando, y tú seguirás deseando el final. El beso transgresor, la mirada sutil que te lance al abismo o te devuelva a la vida. Lejos de tu jaula de oro, de tu opresora rutina. Pero ni el gallo será escuchado hoy, ni tú serás rescatada del abismo. No hoy. Hoy no.

Tristemente comprendí. El paso del tiempo es cruel con los sentimientos. En el mundo de los que aman una sola vez en la vida, tú elegiste huir y yo elegí asumir. Hoy tú elegirás el canto del gallo, el canto del desespero, yo tendré que elegir no reproducir un amor caducado. Elegiré matar al gallo agónico que fue nuestro amor. El

gallo ya ha encontrado quien le escriba, quien lo mate.

Elegiré, aun sabiendo que poca gente puede hacernos sentir extraordinarios. Aun sabiendo que tú me hiciste sentir extraordinario por mucho tiempo.

# La verdadera maldad

Frank Novalis

.....

La verdadera maldad. Pura y venenosa. Oscura. Silvano la vio aquella fría tarde de abril, bajo la persistente lluvia, entre el gentío.

Se acercó a la fuente de la plaza de las palomas, donde acostumbraba a hurgar en busca de tesoros, donde se rodeaba de niños iguales a él, de su misma edad y condición. Aquella tarde no había niños; ninguno, o al menos el muchacho no dio con ellos. La plaza, sin embargo, no estaba vacía; al contrario, la muchedumbre rebañaba cada rincón de ella como si fuese a ocurrir algún hecho milagroso. Silvano se movió impaciente, como un gorrión en una jaula, preguntándose qué diablos hacían allí tantas y tantas personas reunidas. Recordó que tal vez, como venía ocurriendo una vez al año por aquellas fechas, el circo ambulante habría llegado al pueblo. “*¡Leones y magos!*”, pensó, “*¡Tonto despistado! ¿Cómo has podido ser el último en enterarte?*”. El entusiasmo le hizo adentrarse a empujones en la marea humana en busca de un lugar mejor desde donde mirar.

Logró ver, a duras penas, una plataforma de madera toscamente improvisada, y sobre ella dos figuras, una alta, ancha, envuelta en gruesas ropas negras. Su rostro se escondía bajo una tela algo deshilachada, y su mano desnuda portaba un objeto puntiagudo que refulgía a poco que lo moviera. El chico no tardó en darse cuenta de que lo que llevaba era un largo cuchillo. La otra persona estaba completamente desnuda. Era una mujer, humillada y desvencijada, con los huesos enroscados en las finas concavidades de pellejo seco. Sus pechos caían sin forma, uno a cada lado, desprendidos y laxos, y sus brazos y piernas no eran más que sombras que escapaban de su cuerpo. Silvano se estremeció, convencido de que a aquella mujer le había abandonado toda vida, y que se mantenía erguida por algún

sutil artificio.

Cuando la miró a los ojos, las miradas de ambos se encontraron. No era hermosa, desde luego, resolvió el muchacho, pero se percibían vestigios de una belleza anterior, ya desaparecida. La mujer le sonrió de pronto, una sonrisa brusca y forzada, colmada de feos dientes, y terminó el gesto en algo muy parecido a un beso, pero el muchacho no hubiera podido asegurarlo. Silvano le devolvió la sonrisa. Acto seguido el gigante encapuchado se acercó a ella arrastrando los pies al caminar y, con un grácil movimiento, le abrió el cuello con el cuchillo, de lado a lado. Una nueva sonrisa apareció bajo el mentón de la victima, pero ésta era negra y sucia, y se abría y se cerraba mientras escupía los restos de vida que le quedaban a la mujer. Su rostro se quedó petrificado, balbuceando quedamente, el horror puesto en sus ojos.

En la plaza nadie hablaba, solo toses y gruñidos, y de repente un aplauso, vigoroso por parte de algunos, gélido y desconcertado por otros. Silvano, no obstante, no se movió de su posición, no tosió ni gruñó, y mucho menos aplaudió. Solo contempló en silencio hasta que la tarde comenzó a pudrirse, la lluvia cesó y le sobrevino la noche. Ni siquiera entonces abandonó la plaza. Fue el último en marcharse, y cuando ya no quedó nadie, se dio la vuelta, y sin mirar atrás se prometió a sí mismo que nunca más volvería a buscar tesoros a la fuente.

# Simplemente ella

Silvia Villaverde Tejado

.....  
*[www.ciudadanacorriente.blogspot.com.es](http://www.ciudadanacorriente.blogspot.com.es)*  
.....

La amaba tanto que tuve que marcharme para comprenderlo.

El día que cogí el avión para embarcarme en mi aventura, no era del todo consciente de cuánto iba a añorarla, a ella y a sus costumbres, aunque algunas las mantuviera.

Han pasado los años y sigo buscando su olor, su sonido. Sigo sorprendiéndome a menudo pensando en ella, en su ritmo, mi ritmo, el que llevábamos cuando estábamos juntos.

En la distancia, todavía la siento bullendo como parte de mí.

He caminado por las calles de mi hogar mientras la busco entre las gentes, en los autobuses, en el metro, en las tiendas y en los bares. Nunca la encuentro porque, aunque yo me haya trasladado, aunque haya evolucionado, ella no lo hará. Permanecerá en el mismo lugar de siempre, esperándome a mí, y a cualquier otro, con los brazos abiertos de par en par.

Mis costumbres, las nuestras, me han acompañado en cada paso. He buscado sus atardeceres, sus parques y praderas por donde he caminado, pero he fracasado en el intento.

Durante las noches nada cambia. Diferentes costumbres. Diferentes personas viviendo su propio circo y yo sólo consigo recordar el mío, el que montaba bajo su atenta mirada desde Alcalá a Cibeles, de Moncloa hasta Gran Vía. El que llenábamos con las risas de nuestros amigos mientras nosotros sonreíamos también.

El cielo que me alumbra esta noche es el mismo que lo ha hecho durante

los últimos años, pero no brilla de la misma forma que lo hacía cuando estaba con ella. Ella lo hacía diferente, no he hallado atardecer que pueda comparar con los contemplados en el Templo de Deboh.

La he sentido admirarme aunque no tanto como yo a ella.

Todo fue tan precipitado que apenas tuvimos tiempo para despedirnos, quise llevarla conmigo, pero no tenía espacio en la maleta.

La recuerdo siempre con una sonrisa. Para mí fue la mejor y, aun así, necesitaba saber si era desconocimiento sobre las demás lo que la hacía ser lo que era o si realmente era la mejor; me marché para ver mundo.

No diré que fuera un error, toda acción provoca una reacción y mi viaje sólo concluyó lo que yo ya sospechaba.

Muchos creen que un hogar es sólo lo que el hombre construye o transforma, embelleciendo o amoldándolo a sus necesidades.

Otros creen que un hogar son las personas que lo habitan. Yo sé que ella es mi hogar, podemos separarnos durante días, tal vez años, pero sé que ella seguirá esperando mi regreso igual que lo espero yo.

Antes de marcharme sabía que ella estaba en mí y en cuántos me rodeaban. Sabía que era completamente imposible atraparla o describirla.

Ya con anterioridad poetas, cantantes y escritores lo han intentado con mayor o menor éxito. Incluso algunos pintores han tratado capturar su esencia, pero ella sigue allí, enamorando a quienes la visitan.

Mañana cogeré un avión que me llevará con ella. Sé que no me ha echado de menos, sé que ha estado entretenida viendo el ir y venir de los transeúntes que pisan sus calles, que admiran sus edificios y se divierten en sus parques. Sé que, igual que fue testigo de mi primer beso, lo está siendo de tantos otros.

Así es ella, guarda la calma y el bullicio en sus calles, las promesas de amor y las celebraciones de los aficionados a cualquier deporte. Es



cómplice de las risas de jóvenes y adultos.

Con todo dicho, soy consciente de que esto es sólo una pincelada de lo que Madrid, mi Madrid y la de cuántos la visiten, es:

Para unos, la que construyeron los hombres, para otros las personas que la habitan.

Para mí, mi amor.

# Que se pare el tiempo

Cristina Murillo

.....  
*www.cris182al.wordpress.com*  
.....

Ese día decidimos ir al circo, sin ningún motivo, simplemente vimos un anuncio y allí nos dirigimos, quizás para relajar las tensiones que sentíamos el uno con el otro, o tan solo para romper con la rutina. La verdad es que tras todo este tiempo se podría decir que nuestra relación era sinónimo de perfección, todavía notaba ese cosquilleo en el estómago al mirarle, ese brillo en su mirada cada vez que ponía sus ojos en mí, y esas ganas de vivir y compartirlo todo con él. Dicen que los desacuerdos entre parejas son muy comunes y que son un signo de amor. Más que las peleas, las reconciliaciones. Siempre y cuando puedan llegar a producirse.

Me prometí intentar no pensarlo y dejar que surgiera solo. Fuimos dando un paseo. Durante el camino no sabía qué sería más oportuno si cogerle de la mano o no. Es curioso como después de conocer a una persona durante tanto tiempo, en algunas situaciones puede parecerte un extraño. En un impulso decidí hacerlo, y después del distanciamiento de ayer, sentir sus dedos entrelazarse con los míos fue como un calmante que me alivió enseguida. Aún no nos habíamos dirigido la palabra, y parecía que la tensión podía cortarse con un cuchillo. Supongo que el también lo notó, porque al final me dijo:

—¿Tienes ganas de ir al circo? —Intentando sonar con normalidad contesté:

—Sí, la verdad es que me apetece mucho.

—Genial —contestó Gabriel sin mirarme.

Fue como si me clavaran una espina, así que intenté sacar un tema de

conversación para no volver a escuchar el silencio entre nosotros.

—Hay gente en contra de los circos, dicen que es como una cárcel de animales, pero no sé, también tiene una parte nostálgica que te lleva a recordar tu infancia, ¿no te pasa?

Gabriel me miró de una manera que nunca antes había visto, como si no entendiera por qué le había preguntado eso. Como si no me conociera.

—La verdad es que no. —Miré al suelo. Esto no iba a resolverse con facilidad. Mi cabeza iba a mil por hora, buscando algo que decir o hacer para acabar con esto de una vez.

Giramos la esquina y vi un puesto de comida, así que me acerque a comprar unos cacahuets, fue un impulso, ya que no tenía hambre, ni me apetecía comer nada. Gabriel me esperó unos metros alejado del puesto, cuando me acerque a él noté la frialdad con la que me miraba y también me di cuenta de que no me volvió a coger la mano.

Nos dirigimos a la entrada del circo, donde afortunadamente no había cola, iba comiéndome los cacahuets para excusarme por no hablar. Gabriel pidió las entradas y las pagó sin decir nada. El lugar estaba lleno de gente, familias con sus niños, parejas, y grupos de gente. No pude evitar sentir una punzada de envidia al ver a una pareja que se hacía fotos en el móvil y reía entre besos y abrazos. Miré a Gabriel. Estaba mirando su teléfono móvil.

—Es por aquí —le dije. Sin decir palabra me siguió por los pasillos hasta que encontramos nuestros asientos, menos mal que no nos tocó cerca de aquella pareja. Creo que no habría sido capaz de aguantar sus arrumacos durante todo el espectáculo.

Nos sentamos uno al lado del otro, estábamos rodeados de gente que hacía fotografías sin parar, se oía mucho ruido y risas. Saqué el móvil para mirar la hora. Las 17.50h. Todavía quedaban diez minutos hasta que empezase el show. Los diez minutos más largos de mi vida. Sentí un nudo en el estomago, tenía ganas de girarme y gritarle. Decirle que

dejara de ser tan testarudo y que olvidase lo que había pasado. Quería besarle también, abrazarle, despeinarle, tirarme a su cuello. Sentía rabia y pasión, sentía que no podía dejarle ir, que tenía que estar con él. Cada vez que le miraba, me fijaba en la forma de su nuez, en su barbilla puntiaguda, en la curva de sus labios. No podía. No quería separarme de él. Sin embargo, no hice nada. No me moví de mi sitio. Intenté no mirarle, ni hablarle. Así que pasamos el tiempo observando a la gente y fingiendo que mirábamos algo con mucho interés en nuestros móviles.

A las 18.05h empezó el show, no pude evitar una sonrisa cuando escuche la música del circo, salió el presentador, que con un par de chistes nos hizo reír, algo que agradecí ya que me hizo relajarme un poco y acercarme a Gabriel. Creo que había estado conteniendo la respiración. Le miré y noté que él también se había relajado y sonreía. En ese momento giró la cabeza y me miró a los ojos. Fue como si intentara decirme algo. Y noté ese cosquilleo otra vez. Iba a acariciarle la mejilla cuando el presentador anunció el comienzo del espectáculo, y mi momento se desvaneció.

El espectáculo continuó y note como Gabriel me ponía el brazo sobre los hombros, también intercambiamos algunas palabras. Uno a uno, vimos como actuaron los trapezistas, los cuales saltaban y se colgaban del techo como si no existiera el miedo a caer, lo hacían con tanta facilidad... Me reí mucho con el show de las focas y de los elefantes. ¿Cómo podían balancearse esos animales que pesaban toneladas con tanta gracia? No sé si ir al circo fue como una especie de terapia que nos alivió a los dos, pero salí renovada.

Quizá fue por la magia del ambiente, por ese momento al acabar el espectáculo del fuego, cuando Gabriel me acarició el pelo, y metiéndomelo detrás de una oreja, me miró a los ojos, sonrío con ternura y me dijo:

—¿Sabes que, Laura? Eres la persona más complicada, e irritante que conozco. Y estás loca. Pero aun así eres la única que consigue hacerme feliz, por algún motivo o por muchos. Y te quiero. —Me quedé petrificada, y él acercó sus labios a los míos.

Me besó como nunca me había besado, y fue un beso que consiguió que se me erizara el bello, en aquel momento el circo desapareció y solo existíamos él y yo, yo y él. Fue como un primer beso, lleno de ilusiones y esperanzas. No sé cuál fue el motivo que le llevó besarme en ese momento, lo que sí que sé es que me encantó y que sonreí mientras me besaba cogiéndole de la nuca, acercándole aun más a mí. Ahora éramos nosotros la pareja cursi. Y me encantaba serlo.

# La ascensión

Tarodsim

.....

Cuando el circo abandonó la ciudad cesaron los asesinatos. Creo que todos sabíamos que el asesino se disfrazaba de payaso o de hombre forzudo. Todos podíamos intuir en el pueblo que los motivos del asesino eran artísticos, aunque ninguno de los casi mil habitantes entendíamos nada de arte moderno. Los tres muertos, uno por cada noche que el circo durmió a las afueras de Jorkan, eran completos desconocidos, al menos para nosotros. Sin duda eso contribuyó a que todo nos pareciera sólo un sueño. El primer cadáver apareció flotando junto a una bandada de globos. La función había terminado y los vecinos estábamos comentando lo guapa que era la trapecista. De pronto, se abrió la puerta de una de las autocaravanas. Uno a uno fueron saliendo los globos como si fueran burbujas al abrir un refresco, o más bien como si fueran parte de un refrescante eructo de burbujas. Los globos correataron hasta llegar a nuestra altura. Justo cuando parecía que íbamos a ser arrollados, el líder de la manada (un globo verde con forma de perro) se dejó llevar por su espíritu de helio. Saltó hacia las nubes, arrastrando con él a toda su prole de pequeños globitos. Estábamos entretenidos identificando aquí una jirafa, allí un trasatlántico, cuando lo vimos. Uno de los globos tenía forma de globo aerostático. En la pequeña cesta una figura humanoide parecía dormida. Su cara completa estaba borrada por un beso.

A pesar de los tres asesinatos, cuando el circo estaba escapando de nuestra tristeza, varios fuimos a despedirlo. Los elefantes iban andando. Recuerdo que pensé que no tenía mucho sentido. ¿Iban a paso de elefante recorriendo todo el continente? El cirquero de bigotes retorcidos leyó mi pensamiento.

¿Sabes cuánta gasolina cuesta llevar los elefantes en los camiones,

hijo?, dijo. Y me dejó sin palabras.

Sobre el último de los elefantes iba la trapecista. Yo había ido el primer día por aburrimiento; los otros dos sólo por verla a ella. Cuando pasó a mi lado ni siquiera me miró. Pero justo cuando doblaba la alameda, y su imagen pasaba a mi colección de deseos inexplorados, se volvió y me lanzó un beso. En aquel momento pensé que me estaba declarando su amor. Pensé en correr detrás de aquel elefante, golpear sus rodillas de paquidermo, obligarle a bajar hasta mi altura y secuestrar a su *mahout*. O quizás dar un salto de globo de helio y posarme junto ella. Pensé todo esto digo, pero mientras lo pensaba pasó más tiempo del que un deseo puede soportar. Ahora entiendo que ese beso era una confesión. O una amenaza de muerte.

El segundo cadáver vino justo antes del tercero. Pero a decir verdad, un asesinato era lo máximo que podía soportar entonces nuestra gente y ahora mis recuerdos. Hablamos mucho sobre si en aquel globo con forma de globo había un muerto. No podíamos descartarlo, pero aquella bandada de globos lideradas por un perro verde ya debía haber escapado del planeta. Y de los siete vecinos que presenciamos su ascensión, ninguno estaba demasiado seguro de lo que vio. Yo en cualquier caso estaba más interesado en soñar con la trapecista.

# Alma de piedra

Maureen

.....

La Piazza Navona, en Roma, es tal vez la plaza más bonita del mundo. «La plaza tiene esa forma alargada porque hace dos mil años fue el circo romano de Domiciano», nos ha explicado Danubio en incontables ocasiones. Hace 350 años, la rivalidad entre dos grandes genios la embelleció y dio pie a la leyenda de que Bernini me esculpió con el brazo en alto para protegerme del inminente derrumbe de la iglesia de Borromini. Puedo aseguraros que no es más que eso, una leyenda, pues la iglesia se construyó después. En la actualidad, paso mis días observando fragmentos de las vidas de los que pasan por delante: una mañana cualquiera, un carterista escamotea la cartera del bolso de un turista; una noche de verano, dos jóvenes intercambian su primer beso; en otra ocasión, un hombre con barba contempla sobrecogido la plaza por primera vez...

Es de madrugada; la plaza ha quedado vacía por fin y yo bajo el brazo y desciendo de la mole de roca en la que me recuesto. Nilo me ha advertido de que acabarán por verme, y procuro mantenerme quieta aun cuando no hay nadie en la plaza, pero a veces necesito disfrutar de la poca libertad que tengo.

Acabo de posar los pies en la base de la fuente cuando un pequeño grupo entra en la plaza. No me da tiempo a volver a subir, así que levanto el brazo para ponerlo en su posición original y me quedo de pie, inmóvil. Da lo mismo: a esas horas nadie se fija en nosotras.

El grupo pasa con apresuramiento por delante de mí y puedo ver que está formado por cuatro personas: un joven avanza delante, con un bebé en brazos; detrás, una mujer de piel morena lleva cogida de la mano a una niña de ocho o nueve años.



La mujer se detiene de repente y dice con voz temblorosa:

—Luca, llévate a los niños. Yo le esperaré aquí.

—¿Estás segura, Mariuccia? Vete tú y me quedo yo a esperarle.

—Es mi marido, debo hablar yo con él.

El joven asiente. Coge a la niña de la mano y echa a andar, pero la pequeña no quiere alejarse de la mujer:

—¡Mamá!

—No te preocupes, cielo, enseguida voy con vosotros. Vete con el tío Luca, vamos.

Se acerca a la niña y le da un rápido beso en la mejilla. Le da otro al bebé.

—Corred.

Ellos se van; la mujer se sienta en las escaleras de la iglesia. Llora quedamente. Casi de inmediato oigo los pasos de otra persona. La mujer se levanta; el rostro cuajado de lágrimas parece ahora esculpido en piedra.

—Tony.

Él la ve y se acerca. Ahora puedo verlo: es un hombre trajeado, cuya expresión crispada contrasta con la calma de ella.

—¿Dónde están los niños? —grita, rompiendo la quietud de la plaza.

—A salvo. De ti. No volverás a ponerles la mano encima. Ni a mí tampoco.

—¡Putá! Voy a encontrarlos, y vais a volver a casa conmigo. Ahora mismo, o te...

—No, Tony, no...

¡Plas! El golpe restalla como un látigo y la mujer cae al suelo, con el

labio partido. El hombre la levanta con rudeza y la arrastra hacia aquí. Ella se resiste, así que él la golpea contra el borde de la fuente y le mete la cabeza en el agua.

Ganges piensa que Bernini hizo por nosotras mucho más que esculpirnos: nos dotó de un alma. Y nuestras almas están hechas para la belleza y no podemos resistir tal brutalidad. Percibo el pesar de Ganges a mi espalda. Sé que Danubio, de carácter belicoso, está en tensión, aunque no se atreve a intervenir. Incluso el ciego Nilo está horrorizado. No lo soporto. Antes de que el hombre se dé cuenta, bajo mi brazo con fuerza y lo golpeo en la nuca. Se desploma.

La mujer se ve libre y se pone en pie despacio. Mira al hombre muerto a sus pies y después me mira a mí.

—Gracias.

Con paso vacilante, se va sin mirar atrás.

Vuelvo a mi pedestal cuando el sol comienza a salir a mi espalda. La vida vuelve a la plaza.

En los titulares del día siguiente, una noticia: «Aparece un hombre muerto en la Fuente de los Cuatro Ríos».

# La promesa

José Torma

.....  
*www.cuentohistoriasyotraslocuras.wordpress.com*  
.....

El ambiente estéril del hospital sobrecogía a Martha. No le gustaba. El olor a desinfectante le hacía llorar los ojos y siempre se había sentido incomoda en ellos; ni cuando nacieron sus hijos había podido permanecer más de dos días internada. Pero ahora era distinto, Ramón había tenido un accidente muy grave. El médico le pidió a una enfermera que la retirara de urgencias, ella obedeció porque sabía que nada podía hacer para ayudar. El accidente había sido muy fuerte y en realidad era un milagro que aún estuviera vivo.

Después de lo que le pareció una eternidad, los doctores le informaron que su marido estaba en terapia intensiva, que podía pasar unos minutos, siempre que no lo alterara. Con paso lento se acercó a cama; él, al verla, le sonrió.

—Chatita, ¿me quiere?

Martha retiró un mechón de cabello que le cubría el ojo izquierdo.

—Bien sabe que sí, Moncho —le contestó con ternura.

—Entonces, ¿por qué está triste, amor? ¿Qué pasó?

—Soy una tonta, no me haga caso —dijo aguantando un suspiro—. Apacigüese, que se va a lastimar el brazo

—Me siento cansado, el cuerpo adolorido. ¿Me voy a morir verdad?

Ella esquivó la mirada para que no viera sus lágrimas.

—¡Cómo dice tarugadas! El doctor dice que va a estar bien.

Ramón la miró con amor.

—Vieja, ¿me ama?

—Viejo loco, eso del amor es para jovencitos. Usted y yo hace rato pintamos canas. Estése sosiego y déjeme rezar mi rosario.

—Perdóneme, viejita, pero creo que le voy a faltar a la promesa —le dijo mientras cerraba los ojos; al escuchar su respiración entrecortada, Martha no pudo contener más el llanto.

Recordaba cómo lo conoció: eran las ferias del pueblo y su amiga Susana la había obligado a ir a la plaza. Ella siempre había sido muy retraída y tímida para los eventos sociales, pero esta vez se dejó convencer.

—Seguro que agarramos marido —le decía mientras caminaban hacia el centro—. Si no, al menos una invitación al circo.

La fiesta del pueblo era muy concurrida por los solteros en edad de merecer. La costumbre indicaba que, en la Plaza Mayor, las damas caminaban en el sentido de las manecillas del reloj y los caballeros en sentido contrario. Cada caballero portaba una rosa en la solapa, dispuesto a entregársela a la mujer que le atraía. Si una pareja se gustaba, entonces el hombre le entregaba la rosa, la misma que ella ponía en su cabello; una vez aceptada, el caballero la invitaba a tomar un refresco o un helado. Si el muchacho tenía suerte, eso podría ser el inicio de un noviazgo formal.

Al llegar a la plaza, Martha vio a Ramón, montado en su caballo alazán, con un gran bigote que le daba personalidad a su rostro moreno. Su corazón dio un brinco y sintió que le faltaba el aire. Supo en ese momento que ese jinete sería el dueño de su corazón.

Lo vio desmontar con gallardía, amarrar el cuaco, levantar la mirada y lanzarle un guiño. Ella se ruborizó tanto que empezó a sudar; aún más cuando él se acercó adonde Susana le pellizcaba el brazo para que se espabilara.

—Buenas tardes —le dijo mientras le tomaba la mano—. Mi nombre es Ramón, ¿Me aceptaría una invitación a un refresco?

Martha agachó la mirada, sin atinar a dar una respuesta, pero sin retirar la mano tampoco.

—¡Acepta, taruga! —la apremió Susana al ver su reticencia—. Yo los veo al ratito. —Dando un giro a su cabeza y con singular coquetería, se acercó a la plaza.

Sin soltarle la mano, Ramón la llevó al puesto de sodas. La química era innegable, la rota había encontrado a su descosido. Platicaron toda la tarde; Martha, que de normal era tímida, se sorprendió a sí misma de lo fácil que le resultaba platicar con él. Tres semanas después eran novios y a la quinta semana su sueño se convirtió en realidad cuando, yendo en la grupa del caballo, su hombre volteó la cabeza y, sin delicadeza, le plantó un beso en el cachete.

—Ay, Chatita ¿hasta cuándo dejará de ser tan penosa? —Sonrió mientras espueleaba al alazán. Luego, y a la vera del río, le tomó sus pequeñas manos y, mirándola con gran ternura, le dijo:

—Chata, aquí solos usted y yo, en la presencia de Tata Dios, le hago la promesa de quererla para siempre, de no faltarle nunca y, si la hora llega, de morirnos juntos para llegar los dos al Cielo. ¿Cómo la ve, mi alma? ¿Me acepta por marido?

Martha le sonrió a la vez que lo abrazaba.

—¡Juntos pa'toda la vida, Moncho!

Solo el bip del monitor interrumpía el amoroso silencio entre la pareja. Ramón había caído en un leve sopor y Martha le limpiaba la frente con su pañuelo favorito. Las lágrimas corrían por su bello rostro mientras realizaba la tarea. El doctor entró a revisar los signos, pero su gesto indicaba que el final estaba cerca.

Después de lo que le pareció una eternidad, Ramón abrió los ojos y al ver sus lágrimas logró levantar su brazo para limpiarlas.

—Ahora sí me voy, Chatita, no me llore ni me frunza la jeta que se mira fea. Le pido perdón por no poder esperarla, pero Tata Dios me llama. Sirve que llego antes para poder platicarle, pa'cuando me alcance.

Su respiración se hizo entrecortada y el aparato empezó a emitir una serie de alarmas. Los doctores se apresuraron a auxiliarlo pero, con un gesto, Martha los detuvo.

Ramón la observó y sonrió a la vez que le decía:

—Deme un beso, Chatita, de trompita. —Y, mientras Martha le cumplía su petición, Ramón emprendió el viaje.

# Parcas

Sergio Mesa

.....  
*www.miesquinadelring.com*  
.....

—Bueno, ya estamos grabando. Empecemos por su nombre.

—Vale. Me llamo Marcelino Figueroa, Marcé. Tengo 72 años.

—¿Dónde nació, Marcé?

—En Sibila, un pueblito de Badajoz. Muy cerca de “La Raya”. Creo que ahora es un pueblo fantasma. Mis padres trabajaban en un circo ambulante. Nací allí y me crié rodando entre Mérida, Tarifa y Cartagena.

—¿Trabajó en el circo también?

—Durante mucho tiempo, sí.

—Okey. ¿Desde cuando puede ver a la muerte?

—Perdone, yo no puedo ver a la muerte.

—No es lo que le dijo a mi compañera. Lo tengo aquí anotado, por eso vengo a hacerle la entrevista.

—Le dije a su compañera que a veces sé que una persona va a morir, porque veo algo a su alrededor.

—¿Y qué ve?

—Mariposas.

—Entendido. ¿Ve a la muerte revoloteando como una mariposa alrededor de la gente cuando están a punto de morir?

—No.

—¿Y entonces?

—A veces veo unas mariposas volando cerca o posadas sobre alguien. A veces no es una persona sino un sitio.

—¿Y entonces muere?

—Sí, si es una persona muere. En unos días, unas semanas, no hay un plazo fijo.

—¿Y si es un lugar? ¿Muere alguien en él?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Como cualquier otra mariposa. Pero del tamaño de la palma de una mano y del color de la noche.

—¿Negr...

—No. La noche no es sólo un tono. La noche es oscuridad y vacío. Y también es todo lo que se mueve dentro de ese vacío y nosotros percibimos sólo a medias. Son de ese color.

—Ya veo. ¿Puedo fumar?

—Junto a la ventana por favor.

—¿Tiene fotos?

—No. No salen en el revelado.

—Ha intentado usar una cámara digit...

(Durante ocho minutos a partir de este punto los daños de la grabación impiden entender el contenido).

—... nca lo supe. Por lo que a mi respecta sólo puedo verlas yo.

—¿Y cuando las vio por primera vez?

—En el circo, cuando tenía nueve o diez años. Había una trapecista. Se



llamaba Ángela, “La chica de los cielos”, tendría unos trece, creo que fue mi primer amor. Estaba siempre pegado a sus faldas. Una noche me dio un beso en la frente al pie de la pista, como siempre, y al empezar a subir la escalerilla vi que llevaba como una capa de plumas...

—Eran mariposas.

—Sí, cuando saltó al trapecio salieron volando. La siguieron de un lado a otro de la pista durante todo el número. Hasta que en un salto se le soltó una mano y no consiguió sostenerse con la otra.

—¿Murió en el acto?

—¿Importa?

—Lo siento

—Murió unos días después, en el hospital.

—¿Se lo ha contado a alguien?

—Sí, a mi mad...

(Los daños en la grabadora han destruido por completo el contenido a partir de aquí, no hay forma de saber cuántos minutos).

—...ás café?

—Sí, por favor. ¿Y ahora mismo? ¿Las estas viendo Marcé?

—No. Aquí no.

—Es una alivio. Je.

—Asómate a la ventana y mira hacia la rotonda del final de la calle.

—¿La de la estatua?

—Esa. Las farolas están llenas de mariposas.

—No las veo.

—Ya. Cuando sopla el viento parecen señoronas con abrigos de visón.

—¿Te importa que saque una foto desde aquí?

—Claro que no.

—¿Desde cuando...

—Y también están las del dormitorio.

—¿El dormitorio?

—Sí, mi dormitorio.

—¿Desde cuando?

—Hace una semana y poco.

—Pero, ¿Están en la habitación o cerca de ti?

—Amanezco cubierto todos los días.

—¿Por eso llamaste a la redacción?

—El primer día me asusté. Antes de abrir los ojos las noté sobre mí. Estuve llorando todo el día.

—Ya.

—Pero a la mañana siguiente me pareció que me acariciaban. Nunca las había tocado. Y ahora lo estaban haciendo ellas. Cuando abrí los ojos las noche se despedazó en mil aleteos de terciopelo. Es precioso.

—¿Estás seguro de que va a pasar? A lo mejor intentan decirte algo.

—Tampoco las había oído nunca... No, sé a lo que vienen. A lo que siempre vienen.

—¿Por eso nos llamaste?

—Sí. Quería contarle a alguien antes de irme. Ya no tendrán tiempo de reírse de mi y llamarme loco. Ni siquiera tú.

—No creo que estés loco.

—Ya.

—Te importa que te haga una foto tendido en la cama.

—No. Vamos.

—Vamos.

—¿Vas a dejar eso grabando?

—Ah, no... ¿Y a qué huelen?

—A vida.

(Fin de la transcripción del contenido de la grabadora hallada en el coche de Gabriel Maldonado Puntin. Siniestrado en la Rotonda de la Plaza Minayo, Ciudad de Badajoz) .

# Suave como el terciopelo

Luis A.R. Selgas

.....  
*www.universosenblanco.wordpress.com*  
.....

Ese día observé por vez primera la libertad en vida; como jamás lo había hecho, en las tiernas alas de un pájaro, en el suave mecer de sus plumas al viento. Pues yo ya estaba muerto, y lo estaba por la prisión que habían supuesto los grilletes de un beso de sus labios. El pájaro revoloteó dando piruetas, se posó en el borde de la ventana y picó el cristal. Parecía que me llamaba. Yo no acudí, pero mi alma no resistió la invitación que se le hacía para emprender el primer y último vuelo. Cerré los ojos y desperté...

Ella entró por la puerta del lavabo haciendo resonar sobre el parqué las agujas de sus zapatos de tacón. Estiró las piernas para esquivar el cadáver tendido en el suelo, mi cadáver. Suena raro hablar de uno mismo cuando ya estás muerto; pero después de todo, la mayoría de las personas que alguna vez han vivido, hoy están muertas. Supongo que todo es cuestión de acostumbrarse en esta vida. Ella pasó por encima de mí sin pudor por la abertura su falda, y qué falda, y qué piernas. Mi sangre nunca volvería a correr enfebrecida por aquellas piernas, una verdadera lástima. Aunque al final resultase ser una arpía y acabase con mi vida, la verdad es que había valido la pena. Era mi arpía. Además, no es que yo no me lo mereciera. Siempre fui un idiota del tres al cuarto, un don nadie de poca monta, un estúpido que habría ido al infierno por esos labios de rubí. Moriría por ella... morí por ella.

Mi arpía se agachó con cuidado de no tocarme, para recoger del suelo el maletín que yo había dejado caer cuando recibí el disparo en el pecho. El maletín de la pasta, le llamaba ella; porque dentro debía haber cien mil dólares. Eso era lo que había terminado valiendo nuestro amor. Y pensar que yo creía que con ese dinero íbamos a fugarnos y pasar

el resto de nuestras vidas en medio del paraíso. Ella fue hasta el tocadiscos, puso un vinilo y lo encendió. El aire se llenó con las notas de nuestra canción, “Blue Velvet”. Una despedida o una broma, ¿quién sabe?

—Siempre fuiste un cobarde —le dijo a mi cadáver—. Pero admito que esta vez has sido útil, cariño.

Teníamos un plan. Esa mañana yo debía ir al bar de Pete el gordo, el mayor capo de la zona. Tenía que entrar en su despacho y cambiar el maletín de la pasta (era para sobornar al juez Constanza) por uno preparado con una sorpresa de explosivos. Nosotros nos íbamos con el botín, y nadie tendría tiempo de buscarnos mientras recogían los trocitos del jefe. Pero ella tenía pensada otra cosa. Me esperó en mi piso. Cuando yo entré escuché el agua de la ducha correr. Me imaginé su silueta detrás de la cortina. Al abrir la puerta del baño yo aún tenía el maletín en la mano. Mi arpia estaba sentada sobre la taza del retrete, apuntándome con aquel revolver. Bang, un disparo en medio del pecho me rompió el corazón. Entonces volé y al final fui libre.

No puedo culparla, incluso muerto aún la seguía amando. Me hubiese gustado poder decirle una última cosa. Ella levantó el teléfono y marcó un número.

—Hola. Ya tengo el dinero —dijo al aparato—. No te preocupes, no sospecharán nada. Cuando explote el maletín todos sabrán que fue él, estarán tan ocupados con el circo que tendrán montado que, no se pararán a pensar quién lo mató... Sí, yo también te amo.

Se acercó al fiambre por última vez, se besó los dedos y me los acercó a la frente.

—No hubiese funcionado, cariño. Siempre fuiste un cobarde, y a mí no me van los de esa clase —se burló de mí.

Y tenía razón...

Cerró la puerta tras de sí sin que yo pudiera disculparme por haber

sido un cobarde. Sin poder decirle las últimas palabras que me habría gustado. No me importó el disparo en el pecho, pero aquella llamada me había dolido en el alma. Un te amo puede ser más penetrante que una bala de 9mm. Ya no importaba lo que le quería decir. Ella se lo había merecido.

El pajarito seguía picando el cristal de la ventana. Por debajo de la letra de “Blue Velvet” aún se escuchaban sus zapatos de tacón al alejarse por el pasillo. Llevaba bajo el brazo el maletín con la bomba que no me había atrevido a cambiar. Después de todo, yo siempre había sido un cobarde.

# El abuelo Rhodo

Ana Vera

.....  
[www.losversosmastristesestahoche.blogspot.com.es](http://www.losversosmastristesestahoche.blogspot.com.es)  
.....

No sé cuándo os vais a cansar de escuchar la historia de Los Grandes, aquello no merece la pena recordarlo. ¿No preferís escuchar mis aventuras por las montañas de sal de las lágrimas? No hay topografía más bella que la de esos cristales que he escalado tantas veces. Pero si lo que queréis es una historia de terror de las de verdad, os contaré la de aquella vez que hace muchos, muchos años, caí en una gota de agua de mar... no, por favor, la de Los Grandes otra vez, no. Lo único que se salva de esa historia es la parte en la que el suelo salió volando y comenzó a caer, justo antes de explotar violentamente bajo nuestros *fosfófagos* y hacerse añicos. Volvamos a la gota de agua marina, eso sí es una historia: como recordaréis, una vez vuestros abuelos y yo caímos en un charco de agua de mar y vivimos una de las experiencias más terroríficas de nuestras vidas. Nunca habíamos visto monstruos como los que viven en esas aguas. Tenían unos *fosfófagos* cien veces más largos que los nuestros, con los que te atrapan y te comen de un bocado, sí, los monstruos marinos todavía comen, sí, como Los Grandes, sí... no empecéis otra vez, no pienso volver a ellos, ya os he dicho que es aburridísimo y que lo único emocionante de esa historia es cómo escapamos de aquel lugar, que el suelo cayó hasta el fondo como cuando vuelas sobre una hoja seca que de pronto se desprende, pero a la velocidad del diablo y bla bla bla. Pero lo que os estaba contando: pedid al Amanecer que no caigáis nunca en una gota de agua marina, escapamos de ella por los filamentos. Claro que entonces yo era muy joven y tenía todos mis *fosfófagos* en forma, ahora tengo estos tres de aquí inútiles, desde el accidente con Los Grandes, cuando el suelo salió volando y todo eso. Cambiemos de tema, quizá el más hermoso paisaje que he contemplado jamás sea el de la gota de zumo

de naranja, un delirio de colores. Los Grandes, si es que queda alguno vivo todavía, creen que es naranja, pero no es naranja en absoluto es... ¡Oh, qué pesados sois!, ¡no amustiéis los *fosfófagos* de esa manera!, ya os sabéis de memoria todas las cretinadas de Los Grandes, a ver, ¿cuántas veces os habré dicho cómo nos llamaban? Pues eso, “*Rhodopseudomonas Palustris*” y cosas aun más extrañas, como “*Bacteriasdescubiertas*”. Admito que tiene su gracia, sí, yo también reía con eso cuando estábamos allí. Me acordaba de los *Filosoles* que no estaban con nosotros y me preguntaba qué opinarían de llamarse “*Rhodopseudomonas Palustris*” y “*Bacteriadescubiertas*”. Lo que pasa es que Los Grandes eran unos ignorantes que no se enteraba de nada, si las cosas no tenían el tamaño de un circo se creían que no existían, y cuando descubrían que existían les parecían fascinantes. Os decía que la gota del zumo de naranja es el sitio más hermoso que conozco, pero solo porque cuando lo he dicho no he pensado en la belleza de los bosques de neuronas, ese sí que es un sitio hermoso, es como si estuvieras en una tormenta eléctrica interminable, el cielo no cesa de iluminarse con los rayos más extraños que os podáis imaginar. No, no insistáis más, por favor, con Los Grandes no viví nada bello ni emocionante, teníamos mucho sueño y pasábamos muchas horas durmiendo. No hacían otra cosa que encerrarnos en un sitio y en otro. En algunos era muy fácil encenderse, pero en otros no había manera, no nos llegaba luz a los *fosfófagos* y cuando creíamos que nos apagábamos para siempre, nos encerraban en otro sitio distinto donde podíamos recuperarnos un poco. Así fue como descubrieron que nos alimentamos de electricidad, ya veis, noticias frescas, pero ellos estaban maravillados. A nosotros lo único que nos interesaba era que terminaran de descubrirnos de una vez y nos tiraran por el fregadero. Las cloacas no eran un sitio temible para *Filosoles* como nosotros y en aquellos momentos no nos hubiera importado acabar en las cloacas para poder salir de allí.

No me gusta recordar aquello. No sé qué es lo que nos hicieron. Hasta entonces habíamos paseado entre sus cabellos, navegado por su sangre y viajado de uno a otro en un beso sin que nada sucediera, pero desde



que estuvimos allí, basta con que nos acerquemos un poco para que caigan fulminados.

# Alas

Ichabod Kag

.....  
*www.beyond-kag.blogspot.mx*  
.....

Cuatro segundos.

Caigo. Y mientras caigo, veo el suelo avanzar hacia mí. Todo el circo me observa sin pestañear, sin proferir siquiera un ruido. Esperan el impacto para reaccionar.

Yo, por mi parte, prefiero no pensar en ello. En los pocos segundos que restan para el final, cierro los ojos y me enfoco en mis recuerdos. Así, acuden a mi mente aquellos días en los que observaba a los pájaros volar a través de la ventana, a veces días enteros, sin pensar en otra cosa.

Recuerdo también las palizas que mi padre me daba para que continuara con su oficio de zapatero. Pero no sirvieron de nada. Mi anhelo siempre fue volar como las aves. Por las noches, solía soñar que crecían alas en mi espalda y entonces era capaz de acompañar a los rayos de luna en el firmamento y danzar sobre las nubes de tormenta en medio de la oscuridad.

Pero al despertar y comprobar que seguía pegado al suelo, atado a una vida detestable, no podía sino llorar. Aquellos eran solamente sueños.

Tres segundos.

Recuerdo también que un día decidí, por razones que evaden mi memoria, dar una vuelta por el río. Fue allí donde la vi. Ella estaba recostada cerca de la ribera, comiendo un durazno y leyendo un libro cuyo título también olvidé.

Al advertir mis pasos, alzó la vista. Mi corazón comenzó a latir con tal

fiereza al encontrarme con sus ojos que por un segundo temí que se me escapara por la boca. Pensé en echar a correr, pero antes de que mi cerebro pudiera coordinarse adecuadamente, ella se levantó y se acercó hacia mí.

No recuerdo de lo que hablamos ese día, pero de mi mente nunca se borrará la sensación de tenerla a mi lado, su mano entre la mía. Caminamos hasta que las estrellas asomaron en el cielo junto a la luna.

Nos vimos en otras ocasiones y, en una de ellas, le platicué mi sueño. Ella, contrario a lo que esperaba, no se rió sino que me contó su propio secreto: sabía volar.

Dos segundos.

Me llevó, entonces, al circo y me mostró su arte. Y fue entonces, al verla surcar la carpa como una alondra, que le entregué mi alma completa. Supe que no podía vivir más tiempo sin ella, así que me uní a su mundo abandonando a mi padre y sus sueños de crear una dinastía de zapateros.

Mi alondra me ayudó a perderle el miedo al vacío y a disfrutar de la vida en el aire. Sus besos me otorgaron alas como las de las águilas para remontar los cielos. Y cuando estaba junto a ella, en esos momentos de éxtasis que otorgan cruzar las simas de la muerte, en realidad sentía que las plumas comenzaban a brotar de mi cuerpo, transfigurándome en un ave magnífica.

Jamás olvidaré aquellos días ni la forma en que nos tomábamos de la mano en pleno vuelo. Pero, como todo en el mundo, el final apareció el día menos pensado.

Un segundo.

En un ensayo a ella le fallaron las alas. Se podría decir que también tuve algo de culpa, puesto que no la sujeté a tiempo. Mi alondra cayó y cerró sus ojos para no volver a abrirlos. En ese instante sentí que la mitad de mi cuerpo se rompía de tal forma como si alguien la hubiera

martillado sin clemencia.

Continué actuando durante un tiempo, pero ya nada fue lo mismo. Volaba como lo hace un avión, con alas artificiales y un motor que perturba los cielos, pero sin sentir ya el viento entre mis plumas. Y también el día menos pensado, mientras recibía los aplausos del público, tomé una decisión...

Mañana muchos dirán que lo que está a punto de acontecer fue un accidente y, seguramente, me llorarán por unas horas. Quizás alguien tenga la decencia de enterrar mi cascarón destrozado. Pero tengo la confianza que después me olvidarán. Y eso es lo que quiero pues este momento es solo de nosotros dos.

Abro los ojos y al ver el suelo frente a mí, no puedo sino dejar escapar una sonrisa.

Esta es mi decisión. Quiero irme con ella del mismo modo que viví a su lado: volando.

Cero segundos.

# Último viaje

Sonia Pozo

.....

La pareja de adolescentes intercambió miradas de jubilosa emoción cuando el asegurador se deslizó a su lado y fijó el cierre del último vagón. Oyeron el pitido agudo y estridente proveniente de la cabina de control, y el trayecto de la montaña rusa dio comienzo con un chasquido. Los pasajeros de las primeras cajetillas emitieron sonoros gritos que contagiaron a Emily parte de su efusiva alegría, y ésta sonrió volviendo la cabeza hacia su acompañante. Marcos le devolvió el gesto con una mirada llena de ternura. Su vagón dio un acelerón seco antes de que llegase al vértice en el que los dos raíles formaban un ángulo obtuso, e inició el ascenso con un constante traqueteo resonando en los tímpanos de sus ocupantes. Emily cerró los ojos con la sonrisa aún resplandeciente en su rostro, agudizando el resto de los sentidos. Sintió la esencia dulzona que emanaba la feria inundándole la nariz en forma del agradable aroma del algodón de azúcar y las palomitas.

Abrió los ojos con un parpadeo cuando el vehículo aumentó su velocidad de forma brusca, para después disminuirla hasta quedar inmóvil. Una gélida ráfaga de viento azotó la punta más alta de la atracción, y Emily se frotó los brazos entumecidos exhalando una bocanada de aire frío, en contraste con la temperatura de hacía solo unos minutos. A Marcos no le pasó desapercibido el gesto y deslizó un brazo sobre los hombros de Emily, que volvió la cabeza para mirarle con ojos cristalinos, color del mar embravecido. Al tiempo, finos mechones de cabello escaparon de su maltratada trenza hecha a toda prisa.

Mientras él se inclinaba hacia ella, un sonido chirriante la hizo desviar el rostro por debajo de sus pies, más de veinte metros de vertical caída libre. Pudo vislumbrar una desdibujada sombra anaranjada que se

extendía rápidamente, como una ola. El beso erró su destino y rozó la comisura de sus labios, una caricia suave y ligera como un soplo de brisa primaveral. Marcos vio el cuerpo de Emily izarse como movida por un resorte, un resorte activado por un espasmo de miedo.

Entonces el mundo adquirió consciencia a cámara lenta; la revitalizante música se convirtió en gritos penetrantes y discordantes, y el olor acre del óxido mezclado con el humo estalló en sus fosas nasales, haciéndoles volver la cabeza y toser, un sonido seco. Los tenues rayos de luna eran absorbidos por un fragmento de tela bicolor hundida, los restos consumidos por las llamas de un viejo circo.

En medio del creciente caos, las manos de Emily y Marcos se entrelazaron con fuerza, y sus cuerpos se abrazaron en un movimiento impulsivo contra el frío vagón de metal, asiéndose a la barra de sujeción firmemente.

La fila de idénticos vehículos se inclinó peligrosamente hacia delante, tambaleándose casi tímidamente. El volumen de los gritos ascendió, hasta que a Emily empezaron a protestarle los oídos. No mucho después, los gritos de la joven se unieron también a los de los demás.

Estaban cayendo.

# Juegos malabares

Marisa Cuñat Mafé

.....

Cuando Gregorio cruzó la calle Játiva hacia la calle Ribera, se percató de que algo no había funcionado. Su instinto le llevó a caminar hacia la estación. Se detuvo ante un cartel donde una domadora que sostenía un aro en llamas, atraía la atención de unos tigres. Desvió su mirada temiendo que los dos hombres que vestían gabardina, perteneciesen a la brigada político social. Era Navidad y la carpa del Circo Mundial estaba instalada en la plaza de toros. Las caravanas habían ocupado los alrededores. Olía a animales, a suciedad y a orines.

Dudó si acudir a su cita con Elías, el contacto del comando de estudiantes. Pero algo había sucedido. Él era perro viejo y percibía el aumento de vigilancia. Desde la muerte de Ruano, en una comisaría de Madrid y la manipulación de los informes para evidenciar un suicidio, cualquier nimiedad se convertía en obstrucción al régimen y llevaba al Tribunal de Orden Público. La proclamación del estado de excepción había sembrado más zozobra.

Gregorio ya no vaciló al observar movimiento en la acera del City Bar. Sin embargo, el lugar parecía idóneo para sus objetivos. Estaba en el corazón de la ciudad y era frecuentado por huertanos, tratantes de ganado, gerifaltes del mundo torero y estraperlistas. En el sótano, se apostaba a las cartas y en el piso superior cantaores y vicetiples entonaban coplas y humoristas desgranaban chistes. Flotaba un aroma de habanos. Nadie imaginaría que la barra escondiese los panfletos que lanzarían esa tarde por las calles colindantes.

Al atravesar la calzada para iniciar un retorno hacia no sabía dónde, una mujer le susurró:

—Camarada, ha habido un soplo. Pero hemos hecho un salto y la plaza

está alfombrada de octavillas. La pasma lo sabía y hay grises por todas partes. Varios detenidos. Hay que largarse.

Le tendió la mano y le pasó una nota.

En ese preciso instante, sobre un ulular de sirenas, se oyó música de fanfarria y un altavoz chirrió:

—Señoras y caballeros, el mayor espectáculo del mundo, gratis para sus niños, en esta función de tarde.

Iniciaba la cabalgata un grupo de zingaros bailando al son de panderetas y violines. Los payasos repartían entradas entre volatineros, acróbatas, y malabaristas. En torno a un faquir que escupía fuego, desfilaban hombres negros, bellezas chinas y enanos saltimbanquis. Un elefante cerraba el asombroso cortejo.

Gregorio leyó el mensaje:

#### *ROULOT DE LOS TRAPEICISTAS DELANTE DEL MUSEO TAURINO*

Sin pensarlo, se encaminó al pasaje donde acampaban los artistas ambulantes. Entre cables de luz, tomas de agua y tenderetes de ropa, las estrellas se maquillaban o hacían flexiones. Una pareja, ya lista para salir a escena, le introdujo en su camerino-vivienda.

—Las gradas están tomadas por la secreta. Ya nos han identificado. Serás nuestro ayudante a pie de pista..

Bajo los focos, con mallas, lentejuelas y capa terciopelada, al compás de un redoble de tambor, Gregorio escuchó al presentador:

—Damas y caballeros los hermanos Rinaldi efectuarán un salto mortal, sin red.

En el graderío, el inspector Benítez observaba.

Al finalizar la actuación, entre aplausos, el trío regresó a la caravana.

—De buena nos hemos librado —afirmó Renata.



—Don Gonzalo ha dejado dicho que te reúnas con él en el City Bar. Y no te hemos visto nunca —remató su hermano.

Advirtió sobreentendidos que él no acababa de hilar. En el desorden aparente de los acontecimientos había un nudo bien atado. Sin más palabras, Gregorio Penella se dirigió al bar asegurándose de que no le seguía nadie.

Había salido de Toulouse una semana antes obedeciendo órdenes. Seguía sin explicarse por qué le habían encomendado una misión, justo ahora cuando su colaboración con el partido era escasa aunque seguía al tanto de muchos entresijos. Había crecido, tras la huida de su madre a Francia, al abrigo de exiliados que no habían renegado de la lucha de clases ni perdido la confianza en la victoria comunista.

Empujó la puerta giratoria y distinguió a Gonzalo Higuieruelas, el abogado mercantil, en una mesa discreta. Su atención parecía centrarse en rellenar la cachimba de una pipa pero le hizo una seña imperceptible.

—En la boca del lobo estamos seguros, le advirtió. Ahí los tienes en la barra alardeando.

Efectivamente, el inspector Benítez parecía dar pelos y señales de las refriegas de esa tarde a varios mandamases del régimen local. Gonzalo explicó que Elías había sido detenido y que el cerco policial había aniquilado de cuajo al grupo.

—Hemos cortado los enlaces de todas las organizaciones. El alcance de la redada es difícil de prever.

—¿Mi función ? —se adelantó Gregorio.

—La red de camaradas dependerá de ti. Eres el candidato perfecto, exiliado con pasaporte español.

—¿Mi objetivo?

—Reorganizar la estructura de contactos, recomponer la actividad de

los militantes, intercambiar información, evaluar riesgos.

Pero había otra razón de su presencia allí que el abogado no había desvelado.

—He de contarte algo.

Y Gregorio notó un cambio de tono en la voz.

—Fui gran amigo de tu padre. Cuando Salvador, por ser militar republicano, fue acusado de adhesión a la rebelión, intenté sacarle del campo de concentración de Portacoeli, supimos que había sido trasladado a la Cárcel Modelo. Solicitamos, sin resultado, un indulto. Tras su fusilamiento, me ocupé de instalarlos en Francia.

—Nos llegaban cartas a través de Joanot, un guía que pasaba españoles por la montaña. Un día, la Guardia civil interceptó a un grupo. Ya no hubo noticias.

—Tus tías no se atrevían a dejar huellas. Tu madre les advirtió del riesgo y su religiosidad evitó sospechas. Hasta hace menos de un año, guardaron una caja con cartas que tu padre escribió desde la prisión. Bien plegadas y enrolladas las introducía en el asa de las cestas de mimbre con comida y ropa que le hacíamos llegar. Son estremecedoras. Un relato carcelario, con nombres, fechas y cifras.

—Jamás me han hablado de lo que pasó. Y desde que murió mi madre he venido a visitarlas con frecuencia.

—El miedo.

—Y, ¿cómo han aparecido, esas cartas?

—¿Conoces a Josefa?

—Hombre, claro, el hada madrina de mis tías. Desde que vive con ellas, la casa es otra.

—Sin querer, fue Josefa quien tiró del hilo.

—¿Encontró la caja?

—No. Josefa tenía 20 años cuando su marido, tornero y comunista, fue delatado y fusilado por auxilio a la rebelión. Acabada la guerra, ella tuvo que buscarse la vida.

Gonzalo recordó, mientras hablaba, aquel tiempo en que prestaba atención a sus quehaceres, seguía sus movimientos e incluso alcanzaba a reconocer su olor a lavanda oculto en las vahadas de lejía que la precedían. Fregaba los suelos del City Bar con altanera rabia. A veces la veía trasegar en un rincón de la barra. El abogado advertía entonces un ceño de alerta que mudaba su efigie taciturna.

Un día escuchó un comentario del inspector Benítez.

—Tiene un polvo esa roja de mierda.

Aquella frase hizo saltar la alarma. Había que sacarla del punto de mira policial.

—Tus tías necesitaban ayuda en casa. Aceptó y todas salieron ganando. Con el día a día vinieron las confidencias. Al conocer su historia, se atrevieron a desempolvar unos papeles que jamás habían leído, siguiendo la tajante orden de tu madre antes de huir a Francia contigo.

—Yo tenía ocho años...

—La lista de asesinados en el paredón del cementerio de Paterna es larga. Estamos localizando a las familias. El marido de Josefa y el padre de los trapeceistas están en ella ¿Sabes quién firma la ejecución de la pena? José Benítez. Era de la Falange. Su rúbrica está en todos los documentos que vamos consiguiendo.

Gregorio palideció. Con la cólera atenazando su estómago, clavó sus ojos en el inspector. Le oyó decir:

—Me voy a Comisaría.

Apenas hubo llegado el inspector Benítez a su despacho, sonó el teléfono. Cuando colgó, parecía satisfecho.

—¡García! —gritó—. He de irme. Me ha salido una faenita.

—Vaya usted tranquilo. Si hay algún imprevisto, me hago yo cargo.

—Cuando llama doña Encarna, no hay imprevistos —se dijo a sí mismo, sonriendo—. Me ha reservado un bomboncito de los que me gustan.

Apretó el paso y enfiló la calle del Hospital. El barrio chino rebosaba de putas, chulos y clientes.

—Habría que hacer limpieza más a menudo —rumió.

En el cine Oeste, en la avenida del mismo nombre, había cola. El Doctor Zhivago llevaba meses en cartel.

Apenas pudo avistar un movimiento tras la cristalera del zaguán del edificio cuya planta principal ocupaba el burdel de lujo más afamado de la ciudad. Un individuo que debía haber permanecido agazapado tras el mostrador de la portería, disparó al inspector. El tiro sonó amortiguado. Benítez se encogió, se llevó la mano al pecho, se derrumbó soltando un rugido y cayó inerte ante la puerta del ascensor.

# Proyecto Literautas

*Si te gusta escribir*

Literautas está dedicado a todos aquellos a los que les gusta escribir y quieren disfrutar del proceso de la escritura.

Además del taller “Móntame una Escena”, libros de escritura y aplicaciones móviles para ayudar a tu inspiración, en Literautas.com podrás encontrar muchas otras cosas: un club de lectura, foros para escritores, ejercicios de escritura, consejos, apuntes, tutoriales y otros recursos sobre el arte de contar historias.



¡Te esperamos!

[www.literautas.com](http://www.literautas.com)

[facebook.com/Literautas](https://facebook.com/Literautas)

[twitter.com/literautas](https://twitter.com/literautas)